

Apolonio de Rodas

Argonáuticas



4
LA ARGONÁUTICA

POEMA EPICO

DE

APOLONIO RODIO

TRADUCIDO DEL ORIGINAL GRIEGO
EN VERSO CASTELLANO

POR

IPANDRO ACAICO

TOMO PRIMERO

MADRID

TIP. DE LA "REV. DE ARCH., BIBL. Y MUSEOS"

1919

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE
OBRAS DE DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

ARGONÁUTICAS

APOLONIO DE RODAS

**FUENTE: BIBLIOTECA NACIONAL DE ESPAÑA
EDICIÓN: IGNACIO MONTES DE OCA Y OBREGÓN**

ÍNDICE

Cubierta

Portada

Preliminares

La Argonautica

Dedicatoria tomo I

Carta-Prólogo

Clave alfabética

LIBRO PRIMERO

Sumario

Invocación a Apolo

Causa de la Expedición

Catálogo de los Argonautas

Orfeo. Milagros de su canto

Genealogía de Astorio y Polifemo

Parentesco de Ificlo con Jasón

Origen divino de Erito y Equión

Corono. Hazañas de su padre

El Adivino Mopso

Oíleo. Suerte que le aguarda

Telamón y Peleo

Teseo retenido en el Averno

Tifis Agniades y Argos Agenórides

Llamamiento a Hércules Alcides

Nauplio

Idmón el adivino

Cástor y Pólux

Idas y Linceo

[Augías Anceo, hijo de Licurgo](#)
[Eufemo el andarín](#)
[Ergino y Anceo, hijos de Neptuno](#)
[Meleagro. Iflico](#)
[Zetas y Calaín, hijos de Bóreas](#)
[Acasto, hijo de Pelias. Argos](#)
[Marcha de los héroes](#)
[Despídese Jasón de su madre Alcimedea y de su padre Esón](#)
[La sacerdotisa de Diana](#)
[Frente a la nave](#)
[Hércules rehusa ser caudillo](#)
[Jasón nombrado jefe. Su discurso](#)
[Botadura del Argo](#)
[Sacrificio a Apolo](#)
[Insolencia de Idas](#)
[Reprimenda de Idmón](#)
[Himno de Orfeo](#)
[Partida](#)
[Despedida de las Deidades, Ninfas y el Centauro Quirón](#)
[Arribada junto a la tumba de Dólope](#)
[Llegada a la Isla de Lemnos](#)
[Su sangrienta historia](#)
[Etálides, hijo de Mercurio, heraldo de Jasón.](#)
[Aventuras y amores de los Argonautas](#)
[Despedida de Jasón e Hipsipilea](#)
[De Lemnos a la Propóntide](#)
[Con los Doliones](#)
[Combate con los Gigantes](#)
[Partida de Cízico](#)
[Regreso a Cízico](#)
[Combate desgraciado](#)
[Suicidio de Clita](#)
[Sacrificio en el Dindimo](#)
[Penosa travesía](#)
[Arribo a Misia](#)
[Aventura de Hércules](#)
[Rapto de Hilas por las Ninfas](#)

[Abandono de Hércules y Polifemo](#)

[Tumulto a bordo del Argo](#)

[Cálmalo la aparición de Glauco](#)

[Llegada a Bebricia](#)

[LIBRO SEGUNDO](#)

[Sumario](#)

[Lucha de Pólux con Amico](#)

[Muerte de Amico](#)

[Combate con los Bébrices](#)

[Triunfo de los Argonautas](#)

[Sacrificio y banquete](#)

[En la costa de Bitinia](#)

[Encuentran al profeta Fineo. Su historia](#)

[Los hijos de Bóreas. Las Harpías](#)

[Vaticinio de Fineo](#)

[Episodio de Parebio](#)

[Sacrificio a Apolo](#)

[Origen de los vientos Etesios](#)

[Partida. Auxilio de Minerva](#)

[La Paloma exploradora](#)

[Paso de las Simplégades](#)

[Socorro decisivo de Minerva](#)

[En el Ponto Euxino](#)

[Tristeza de Jasón](#)

[Arribo a Tiniada](#)

[Aparición de Apolo](#)

[Himno de Orfeo](#)

[Aquerusia](#)

[Con los Mariandinos](#)

[Alianza con Lico, su Rey.](#)

[Muerte de Idmón](#)

[Muerte de Tifis](#)

[Anceo nombrado Piloto](#)

[Aparición de Esténelo](#)

[Sacrificio fúnebre](#)

[Por el Ponto](#)

[Cabo de las Amazonas](#)

[Tibarenos y Masinecos](#)
[Isla de Marte](#)
[Lucha con los Pájaros](#)
[Tempestad y Naufragio](#)
[Salvamento](#)
[Los Hijos de Frijol](#)
[Arenga de Peleo](#)
[Historia de Filira](#)
[Llegada a Cólquide](#)
[Introducción al tomo II](#)
[Clave alfabética](#)
[LIBRO TERCERO](#)
[Sumario del libro III](#)
[Invocación a Erato](#)
[Juno y Minerva](#)
[Visita a Venus](#)
[Las tres Diosas](#)
[Venus y Cupido](#)
[Vuelo de Cupido](#)
[Discurso de Jasón](#)
[Cementerio de Circe](#)
[Palacio de Etas](#)
[Medea](#)
[Etas](#)
[Flecha de Cupido](#)
[En el palacio de Etas](#)
[Narración de Argos](#)
[Réplica del Rey.](#)
[Respuesta de Jasón](#)
[Condiciones de Etas](#)
[Acepta Jasón](#)
[Impresiones de Medea](#)
[Respuesta de Argos](#)
[Regreso a la nave](#)
[Ofrecimiento de Peleo](#)
[Arenga de Argos](#)
[Portento y vaticinio](#)

[Furores de Idas](#)
[Amenazas del Rey](#)
[Sueño de Medea](#)
[Soliloquio de Medea](#)
[Penas de Medea](#)
[Las dos hermanas](#)
[Medea y Calcíopa](#)
[Calcíopa y Medea](#)
[Remordimientos](#)
[Vacilaciones](#)
[Desesperación](#)
[Recuerdos](#)
[Tocador de Medea](#)
[Ungüento de Prometeo](#)
[Camino del Templo](#)
[En el Templo de Hécate](#)
[Ave agorera](#)
[Medea en el Templo](#)
[Jasón y Medea](#)
[Separación](#)
[Celos de Idas](#)
[Dientes del Dragón](#)
[Sacrificio a Hécate](#)
[Etas armado](#)
[Armas encantadas](#)
[El combate](#)
[Los toros de bronce](#)
[Arando](#)
[Siembra](#)
[terrígenas](#)
[Matanza de terrígenas](#)
[LIBRO CUARTO](#)
[Sumario del libro IV](#)
[Invocación a la Musa](#)
[Despedida de Medea](#)
[Partida de Medea](#)
[Soliloquio de la Luna](#)

[Medea dolorida](#)
[Juramento de Jasón](#)
[Embarca Medea](#)
[El Vellochino de Oro](#)
[Pánico](#)
[El dragón adormecido](#)
[Robo del Vellochino](#)
[El Vellochino a bordo](#)
[Fuga del Argo](#)
[Persecución](#)
[Navegación del Argo](#)
[Nuevo derrotero](#)
[Conquistas de Sesostris](#)
[Datos geográficos](#)
[Bocas del Danubio](#)
[En el Adriático](#)
[Tratado de paz](#)
[Quejas de Medea](#)
[Imprecaciones](#)
[Asechanzas](#)
[Pérfidos regalos](#)
[Traiciones de amor](#)
[Mutuas traiciones](#)
[Asesinato de Absirto](#)
[Matanza de Colquios](#)
[Retirada](#)
[Bocas del Po](#)
[Colonia Feacia](#)
[Por las Islas](#)
[Habla la quilla](#)
[Muerte de Faetonte](#)
[Llanto de las Helíades](#)
[El Ródano y el Rhin](#)
[Isla de Circe](#)
[Circe](#)
[Absolución de Circe](#)
[Confesión](#)

[Expulsión de Medea](#)
[Embajada de Iris](#)
[Juno y Tetis](#)
[Bodas de Tetis](#)
[Vuelo de Tetis](#)
[Tetis y Peleo](#)
[Zarpa el Argo](#)
[Las Sirenas](#)
[Escila y Caribdis](#)
[Las Nereidas](#)
[Salvamento](#)
[Ganado del Sol](#)
[La Isla Drepana](#)
[Colquios y Griegos](#)
[Medea y la Reina](#)
[Medea y los Griegos](#)
[Noche insomne](#)
[La Reina](#)
[El Rey Alcinoó](#)
[Preparativos de bodas](#)
[Ninfas y Nautas](#)
[Solemnes bodas](#)
[Regalos de bodas](#)
[Sentencia del Rey.](#)
[Partida y regalos](#)
[En las Sirtes de Libia](#)
[Desolación](#)
[Renuncia de Anceo](#)
[Noche amarga](#)
[Las Ninfas de Libia](#)
[Ninfas y Vates](#)
[Oráculo y Visión](#)
[La Nave a cuestas](#)
[Plegaria de Orfeo](#)
[Fuente milagrosa](#)
[En busca de Hércules](#)
[Muerte de Cautho y Mopso](#)

[Agonía de Mopso](#)
[Buscando salida](#)
[Regalo de Tritón](#)
[Sacrificio a Tritón](#)
[Tritón lleva el Argo](#)
[El gigante Talo](#)
[Medea contra Talo](#)
[Muerte del Gigante](#)
[Aparición de Febo](#)
[Sacrificio rústico](#)
[Sueño de Eufemo](#)
[Certamen de Egina](#)
[Fin de la Expedición](#)
[Acerca de esta edición](#)
[Enlaces relacionados](#)

LA ARGONÁUTICA

AL EXCELENTISIMO SEÑOR

DON ANTONIO MAURA

Presidente del Consejo de Ministros,
Director de la Real Academia Española.
Excelentísimo señor y dignísimo Director:

De los cuarenta años largos que he podido trabajar, de cerca o de lejos, para esta Real Academia, los últimos cinco he militado, en activa campaña, a las órdenes de V. E. El ambiente literario que a su lado, y en medio de nuestros egregios colegas, he respirado, despertó en mí los alientos poéticos hacía tiempo adormecidos; y mis forzados ocios me permitieron dar rienda suelta a las aficiones de mi juventud. El más importante de los trabajos que he emprendido es la versión métrica de LA ARGONÁUTICA de Apolonio Rodio, de que hoy presento a V. E., y en su persona a la Real Academia Española, el primer volumen, que comprende la mitad del poema. Tengo fundados temores de no poder terminar la otra mitad; y si tal sucediere, ruego a V. E. y a la ilustre Corporación

que no dejen incompleta una obra que hace falta a las letras españolas, y encomienden su coronamiento a alguno de los ingenios de la nueva generación .

Sea cual fuere mi suerte, conservaré gratos recuerdos del largo período que he trabajado, bajo su inmediata dirección, en el cuerpo literario que conserva todavía, sobre el idioma castellano y sobre los corazones de cuantos se glorían de hablarlo, el antiguo poderío del Imperio español.

De V. E.

obediente servidor y humilde colega,

Ignacio,

Obispo de San Luis de Potosí.

CARTA-PRÓLOGO

AL EXCELENTÍSIMO SEÑOR DON FRANCISCO RODRÍGUEZ MARÍN, DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA.

Mi buen amigo y erudito colega:

El 15 de febrero de 1882 escribía yo al esclarecido Ingenio que V. se complace en llamar *maestro*, y era ya entonces mi íntimo amigo, las siguientes palabras: “Creo que ya es tiempo de bajar del brillante carro de las hijas de Apolo, y que no volverá V. a hacerme empuñar sus doradas riendas. A usted y a sus discípulos toca enriquecer nuestra literatura con las versiones de los clásicos griegos de que aún carece. Yo creo haber contribuído ya con un contingente proporcionado a mis fuerzas, traduciendo en verso castellano *Los Bucólicos* y ahora el *Píndaro*, que remito a V. y pongo bajo sus auspicios.”

Me refería yo a la epopeya de Apolonio Rodio sobre la Expedición Argonáutica, que nuestro nunca bien llorado Marcelino Menéndez Pelayo, secundado por el no menos insigne y lamentado Juan Valera, me excitaban a traducir. Entonces no pude ni quise emprender la versión métrica del gran poeta, que, después de Píndaro, me pareció necesariamente inferior. Han transcurrido treinta y siete años. Vicisitudes no previstas me han traído a España, y tenídomme en ella, no breves temporadas, como antes, sino varios años seguidos. He visto que el *Épico* de Rodas carecía aún de una versión métrica en castellano, y que la pléyade de jóvenes que rodeaba a aquellos dos Ingenios envejeció sin haberla emprendido, y ha desaparecido en su mayor parte. Los forzados ocios de mi nueva situación, la imposibilidad física de emprender estudios más serios, me movieron a volver a subir al carro de las

Musas y a hacer a las letras españolas el servicio que en mi juventud debí haberles prestado.

Pero he aquí que cuando más embebido estaba en mi trabajo, me anuncian que no tardaré en volver a mis antiguas ocupaciones pastorales. Temo no tener tiempo para terminar la entera versión, y me resuelvo a publicar el tomo primero, confiando en que la Academia a quien lo entrego hará que *con mejor plectro* dé cima a la empresa alguno de sus nacientes poetas y helenistas, si a mí me faltaren ocios y alientos.

Los juicios de los eruditos acerca de Apolonio y su poema son diversos y a veces contradictorios. Nació el año 270 antes de la era cristiana, según unos, en Naucratis, y según otros, en la misma Alejandría, donde estudió bajo la dirección de Calímaco. Éste fué largos años eximio en todos los ramos del saber, y no tenía ni podía sufrir rival alguno en poesía. Tal flaqueza lo hizo convertirse en enemigo encarnizado de su discípulo, desde que Apolonio leyó en público, con éxito poco feliz, su *Argonáutica*, y lo obligó a emigrar a la Isla de Rodas.

El destierro se convirtió para el joven poeta en segunda patria, que le dió bienestar, fortuna, la fama que le había negado su suelo natal, y hasta el apellido o título gentilicio con que es conocido hasta el día.

Muerto Calímaco, volvió a Alejandría, donde sucedió a su antiguo maestro en la dirección de la famosa Biblioteca, y la presidencia del *Museo*, o grande Academia de las Musas, de que formaba parte. Era puesto altamente honorífico y lucrativo, en el cual murió hacia el año 180 antes de Jesucristo. En Rodas había corregido cuidadosamente su poema, que a su regreso a la Patria volvió a leer y publicar con grandes aplausos. ¡Ojalá hubiera añadido una que otra corrección a las muchas que lo embellecieron! Acortando la profecía del ciego Fineo y dejando el catálogo de los Argonautas, como hizo Homero con el de las naves, para cuando ya el lector conoce a algunos de los héroes, y en ellos se interesa, se me figura que hubiera acertado, Pero parece que, lejos de imitar a Homero, como pretenden algunos críticos, lo que quiso fué apartarse de él en todo y por todo, y probar que se podía escribir una epopeya sin calcarla sobre la *Ilíada* o la *Odisea*.

Le echan en cara que fué más retórico que poeta. Puede ser. Muy pocos hay que, como el mismo Homero, o nuestro Ercilla, narren acontecimientos en que han tomado parte y escriban el poema que ellos formaron con sus propias hazañas y aventuras. Tampoco es un defecto lo atildado de su lenguaje. Siglos hacía que nadie hablaba el *dialecto épico*, y para resucitarlo, había que hacer un estudio especial. Otro tanto pasaría al español que quisiera escribir hoy día una epopeya en el idioma de Gonzalo de Berceo.

La de Apolonio Rodio suministró a Virgilio materia para nada menos que veinte episodios o pasajes de la *Eneida*, La *Argonáutica* latina de Valerio Flaco no es más que una traducción muy libre de la griega. Ovidio bebió abundantemente en el mismo manantial. Hay quien diga que es simplemente una serie de episodios; pero la unidad épica está en la misma expedición.

En la Carta-prólogo citada al principio de la presente, decía yo a nuestro Marcelino: “Empecé en octavas la *Pítica IV*, verdadero canto épico, imitando en esto al italiano Borghi. Presto me cansé de su prolongado retintín, y juzgando que el lector se cansaría lo mismo que yo, introduje, a estilo de las leyendas románticas, diversos metros. ¿Qué le parece a V. esta transgresión de los preceptos clásicos? En una versión, por ejemplo, de *La Argonáutica* de Apolonio Rodio o de *La Odisea* de Homero, ¿podría seguirse el mismo método?”

No tuvo ocasión el gran polígrafo de darme una respuesta; pero la experiencia personal me ha enseñado que no. También me ha confirmada en la convicción que ya tenía, a despecho de sabias opiniones, de que la *octava rima* es la mejor para una versión castellana de los clásicos griegos o latinos. En el verso suelto, la armonía especial que requiere y la necesidad de evitar las asonancias presenta mayores dificultades que la rima. No se logra tampoco el objeto de seguir más de cerca el original; y si eso es lo único a que se aspira, más valdría la prosa poética (como la del *Telémaco* de Fenélon). tratándose del público en general, o una versión absolutamente literal, y aún interlineal, si está destinada a principiantes en los estudios de las lenguas sabias.

La *octava rima*, aunque algunos giros se trastornen, algunos epítetos se omitan, algunas frases se trasporten de una estrofa a

otra, suena mejor al oído, agrada a doctos e ignorantes, y, sin desdeñar la gramática, revela más los encantos de la poética.

¿Habré acertado poniendo en práctica estos principios? A otros toca juzgar. Yo sólo añadiré que, como siempre, mi versión es de poeta, y no de humanista; y aunque libre, menos libre que otras veces. No he podido tener a la vista más que la edición de Firmin Didot y una de Londres de 1912. He seguido el texto que más me ha acomodado en una y otra. He consultado una versión literal latina, otra en prosa elegante, inglesa, y Otra en verso mediano, también en inglés. Estas traducciones a veces me han servido y a veces me han extraviado. Los dos libros que presento al público en este volumen son más bien una *muestra* que un trabajo definitivo, y agradeceré las observaciones que los doctos se sirvan hacerme. En vez de notas, me he resuelto a poner una *Clave alfabética* que facilite al lector la inteligencia de ciertos pasajes históricos, geográficos y mitológicos.

Ignoro, amigo mío, si me seguiré sentando junto a V. en esta Real Academia, como en los últimos años, o si los mudables vientos que aquí me trajeron me volverán a llevar a mi sede. Comoquiera que sea, cuento con los auxilios de su amistad, su erudición y su buena voluntad para la terminación de éste mi último trabajo, y le reitero las gracias por sus bondadosos ofrecimientos y servicios.

Siempre suyo

*Ignacio Montes de Oca y Obregón,
Obispo de San Luis de Potosí,
entre los árcades, Ipandro Acaico.
Madrid, junio de 1919.*

CLAVE ALFABÉTICA

PARA LOS DOS PRIMEROS LIBROS

APOLO, hijo de Júpiter y Latona, hermano de Diana, padre de las Musas y de muchos héroes que figuran en este poema. Además de su nombre de Febo, se le designa bajo diversos títulos, como Patrono de la playa, de los que desembarcan (Ecbasio o Ecbaso), Salvador de naves, Dios de los pastores, Médico divino, Flechador, Señor de la aurora, etc.

ARGO, ARGONAUTAS, ARGOS.—La nave que llevó a Jasón se llamó *Argo*, del nombre de su constructor Argos. Otro Argos embarcó en ella más tarde. Sus tripulantes, además de *Argonautas*, se llamaban Minios, nautas simplemente, legión divina, compañía, cohorte, semidioses, etcétera, etc. Su catálogo y genealogía se encuentran al principio del libro I, y un poco más lejos, la historia de la construcción de la nave.

BACO.—Dios de las viñas. A su vuelta de la India fundó en Calicoro las orgías en su honor.

BÉBRICES, *Bebricio*, *Bebricia*.—Región y pueblo de Bitinia. De la muerte de su rey Amico se habla en el libro II.

CENTAUROS.—Al final del libro II se narra el nacimiento del Centauro Quirón, mitad hombre y mitad caballo, como los demás; pero de índole suave y de gran sabiduría.

DÁCTILOS.—Herreros del Monte Ida, en Creta.

FRIJO (o Frixo), hijo de Atamante y Néfele y hermano de Hele.— Huyó para salvarse de las asechanzas de su madrastra, sobre un carnero de vellón de oro, regalado por Mercurio. Hele cayó al mar y dió su nombre al Helesponto. Frijó llegó a Cólquide, donde reinaba *Etas*, y allí sacrificó el, carnero a Júpiter, colgando de una encina el vellón, cuya conquista forma el argumento del poema.

HAYA.—Hemos adoptado esta ortografía para el nombre griego de Aia, capital de Cólquide.

JASÓN. hijo de Esón y de Alcimeda, rey legítimo de Jolcos, que fué a reclamar del usurpador Pelias.—Este, para librarse de él, le prometió su reino en cambio del Vellón de oro, dando lugar a la expedición Argonáutica, de que fué Jasón el héroe principal. Se le designa bajo su nombre patronímico de Esónides, se le llama el *Minio* por excelencia, Caudillo, Jefe, Capitán, Comandante, Patrón..

MINERVA. hija de Júpiter, nació, sin madre, de la cabeza del Rey de los Dioses y de los hombres. Diosa de la sabiduría, de la guerra, de las artes y las industrias femeniles, prototipo de prudencia y de estrategia, la vemos en este poema dirigiendo la construcción de la nave *Argo*, que salva milagrosamente en su mayor peligro, y bordando con sus manos el manto de Jasón. Se le llama también *Palas* y *Atena*.

MINIAS.—Era hijo de Eolo; y de sus hijas descendían Jasón y muchos de los Argonautas, de donde les vino el nombre de *Minios*.

PATRONÍMICOS.—A menudo se designa a los personajes del poema, no sólo por sus nombres, sino por sus apellidos o patronímicos, como Agníades, Tíndárides, Elátida, Agenórides, etc. Se conserva la terminación griega en la traducción; pero no siempre la del dialecto épico. La acentuación a veces se varía, conforme a las necesidades de la métrica.

SIMPLÉGADES. por otro nombre rocas o islas *Cianeas*.—Eran dos peñascos o islotes que estaban en continuo movimiento, a la entrada del Ponto Euxino, y no dejaban pasar embarcación alguna. El *Argo* logró pasarlas, y desde entonces quedaron fijas hasta el día.

VENUS.—Nacida de la espuma del mar, se llamó por esto *Afrodita*. Llámase también Ciprina, Citeres o Citerea, por tener en Chipre y en Citera templos donde recibía especial adoración.

LIBRO PRIMERO

SUMARIO DEL LIBRO I

Invocación a Febo y causa de la expedición (octavas 1 a 4).
Elenco y genealogía de los Argonautas (5-44). Marcha de los héroes al puerto. Despedida de Jasón y su madre Alcimeda (45-59). Preparativos para el viaje. Botadura del Argo. Sacrificio a Apolo. Vaticinio de Idmón (60-90). El banquete: insolencia de Idas: himno de Orfeo. Partida (91-112). Viaje a lo largo de la Costa de Tesalia y a la isla de Lemnos (113-121). Trágicos sucesos en la isla y permanencia de los Argonautas (122-177). Despedida de Jasón e Hipsipilea (178-182). Travesía desde Lemnos a la Propóntide, por Samotracia (183-191). Amistosa acogida por los Doliones (192-200). Combate con los Gigantes (201-206). Partida y regreso a Cízico (207-224). Sacrificio a Rhea en el monte Dindimo (225-239). Llegada a Misia (240-250). Rapto de Hilas por las Ninfas (251-259). Mientras lo buscan Hércules y Polifemo parte la nave. Arriba el Argo al territorio de los Bébrices (260-282).

LIBRO PRIMERO

I

Empezando por ti, Febo divino,
Cantaré de los héroes los loores
Que a conquistar el áureo vellocino
En tiempos a estos siglos anteriores
Pasaron por la Boca del Euxino
De sus móviles rocas vencedores,
Y obedientes de Jolcos al Monarca
Zarparon en el Argo, insigne barca.

II

A Pelias un oráculo decía:
“Será contrario a tu ventura el Hado,
Si ingrato pueblo a derribarte envía
Noble doncel, con sólo un pie calzado.”
Ratificó Jasón la profecía
Cuando, tentando en el Anauro vado,
Una sandalia, que sacar no pudo
Del lodazal, dejó su pie desnudo.

III

Apenas atraviesa el hondo río
Saluda al Rey, y síguelo al convite
Que a su padre Neptuno ofrece pío
Y otras Deidades; y en que honrar omite
Pelias a Juno, con hostil desvío.
Las pretensiones de Jasón admite;
Pero fatal navegación le impone
Que al mar y a gentes bárbaras lo expone.

IV

Del Argo, de Minerva obra eminente,
Cantaron otros vates las grandezas.
Los nombres de los héroes que la ingente
Nave llevó, su alcurnia y sus proezas,
Su viaje por el mar y continente,
Narraré, con sus riesgos y asperezas.
Las Musas, del Parnaso moradoras,
De mi canto serán inspiradoras.

V

Mencionaré primero al gran Orfeo
A quien la Musa, de exquisita gracia,
Calíope gentil, por Himeneo
Unida a Eagro, príncipe de Tracia,
Diera a luz en la cumbre del Pimpleo.
Cuéntase que la roca más reacia
De su voz ablandaba la armonía
Y el curso de las aguas detenía.

VI

Formadas hoy en ordenada hilera
Las verdes hayas que animó su canto,
E hizo marchar de Tracia a la ribera
Desde Pieria, prueban el encanto
Mágico de su cítara hechicera.
Por orden de Quirón, el regio manto
De los Bistones, a dejar lo incita
Jasón, y su socorro solicita.

VII

Sin que nadie lo llame, Astorio llega.
El buen Cometes lo engendró en el llano
Que con violentos remolinos riega
El caudaloso y rápido Apidano.
Tiene en Piresias casa solariega
En la falda del monte Feleyano,
Do Enipo y Apidano sus corrientes
Juntan muy lejos de las patrias fuentes.

VIII

A unirse a los audaces navegantes
Polifemo Elatida, de Larisá
Desciende. Entre los Lápidas mucho antes
De nuestro siglo anduvo en la indecisa
Lucha con los Centauros arrogantes,
Y salió vencedor. Aunque hora frisa
En la vejez, con juvenil frescura
Y belicoso ardor su faz fulgura.

IX

En su Filaca Iflico no se queda
Y de Jasón se agrega a la cohorte
Su sobrino materno. Es Alcimeda
Su hermana, del anciano Esón consorte.
El parentesco renunciar le veda
A las expediciones de Mavorte.
Admeto, al pie del monte Calcodonio
Deja su grey y pingüe patrimonio.

X

A Erito y a Equión, en las montañas
De Alopa, su riqueza no detiene.
Son hijos de Mercurio, que mil mañas
Les enseñó. De sus hermanos viene
A emular Etalides las hazañas.
Nació de Anfriso en la ribera, y tiene
A Epólema por madre. A los mayores
Crearon de Antamira los amores.

XI

Corono su palacio de Girtona
Abandonar no duda ni un instante.
Gran fama de valiente lo corona,
Pero es mayor la de su padre amante,
El lápita Ceneo. Cual pregona
El coro de poetas, al gigante
De los Centauros el asalto rudo
Vivo enterró; pero vencer no pudo.

XII

Muy lejos de su gente, a la enemiga
Falange persiguiendo, solo avanza.
Lo envuelve entonces la traidora liga
De los Centauros, y sobre él se lanza.
El en un bosque de álamos se abriga,
Y ni una flecha ni un arpón lo alcanza;
Pero un montón de troncos lo sepulta,
Sin que se rinda a la mesnada inculta.

XIII

El Titaresio Mopso, a quien el arte
De adivinar, investigando el vuelo
Del ave, enseñó Apolo, a tomar parte
Viene en la expedición. El patrio suelo
Y lago azul, por el laurel de Marte
Trueca Eridamo, El hijo del difunto
Meneto, Actor, también llegó de Opunto.

XIV

Con Euriti3n, el ínclito Eribotas
Arriba. Ambos a dos, progenitores
Esforzados tuvieron y patriotas.
De la prosapia aqu3l de los Actores
Desciende desde edades muy remotas.
De Iro el audaz es hijo. No menores
Son los blasones que ornan al primero:
Su padre es Teleonte, el gran guerrero.

XV

Los acompaña Oíleo, temerario
En su valor, y, cual ninguno activo,
Picar la retaguardia al adversario
Cuando ya derrotado y fugitivo
Se repliega el ejército contrario
Le agrada sin dejar un solo vivo.
Caneto manda a Cantho desde Eubea.
¡Infeliz! el Destino lo espolea.

XVI

No volverá a aspirar el aura tibia
De Cerintho. Con Mopso el agorero,
Errante en los desiertos de la Libia,
Exhalará el aliento postrimero.
Ni la esperanza su penar alivia
De que lo entierren cerca de Falero.
Calcis está de Libia tan distante
Como del Sol poniente el Sol levante.

XVII

Juntos vienen después Clutio e Ifito,
Ambos a dos de Ecalia son señores,
E hijos al par del implacable Eurito
Que fué en su vida rey de flechadores.
Apolo le donó su arco exquisito;
Mas contra El lo vuelve en sus furoros,
Y de sus rayos, que al mortal consumen,
Uno le asesta el irritado Numen.

XVIII

De estos héroes en pos, pero no juntos,
Los Eácidas van a la marina
Expedición, de diferentes puntos.
Ambos huyeron rápidos de Egina
Apenas de la muerte hubo barruntos
De Foro. Telamón en Salamina;
Peleo, de su Rey con el auxilio,
En Tesalia fijó su domicilio.

XIX

Lleno de ardor de la Cecropia Atenas
De Talaonte, audaz, el hijo avanza.
Butes se llama. Al tuyo, Alcón, ordenas
Que parta, aunque en él cifra la esperanza
De que mitigue en la vejez tus penas:
Pero es Falero la primera lanza,
Y la ambición te mueve a que lo mandes
A ser el héroe grande entre los grandes.

XX

Entre los hijos de Ática figura
Siempre Teseo como el más preclaro.
En el profundo Averno, su aventura
Detiénelo, fatal, bajo el Tenaro;
Con Piritóo en la prisión oscura.
Si de Hércules la fuerza y el amparo
Los grillos de sus pies rompieran antes,
¡Cuánto dieran por él los navegantes!

XXI

Tifis Agniades viene de Sifea,
Pueblo de Tespia. Su feliz talento
En los astros y el Sol hace que lea
De las olas y el aire el movimiento,
Y las borrascas de la mar prevea
Como los rumbos y el furor del viento.
Por orden de Minerva se incorpora
A la cohorte, que su ayuda implora.

XXII

No sin razón en su venida influye
Minerva misma. La veloce nave
Con sus manos finísimas construye.
En el difícil arte, que ya sabe,
A Argos, progenie de Arestor, instruye
Con cuanta perfección en dioses cabe,
Y resulta un bajel, como no vemos
Sulcar la mar, a impulso de los remos.

XXIII

Flías viene veloz de Aretirea,
Donde el Asopo nace, que con vides
Su padre Baco espléndido hermosea.
Talo, Areyo y Deódoco, adalides
Que a Biantes donó la Neleidea
Pero, por quien Melampo el Eolides
Tanto sufrió de Ificles en la cuadra,
De Argos arriban a aumentar la escuadra.

XXIV

El magnánimo Alcides no podía
Desoír de Jasón el llamamiento.
De la náutica augusta compañía
Le llegó la noticia en el momento
En que de Arcadia al Lirceón volvía
Cargando en hombros, con heroico aliento,
Desde Erimanto al territorio Argivo,
Al jabalí de Lampia, atado y vivo.

XXV

Sin desligar sus lazos ni cadenas
De las anchas espaldas se lo quita
Hércules, en la plaza de Micenas.
Sus intenciones que conozca evita
Euristeo, el autor de tantas penas,
Y al joven Hilas a seguirlo invita,
Fiel escudero, que llenar la aljaba
Sabe, y cuidar del arco y de la clava.

XXVI

Del divino Danao el descendiente,
De Clitón prole, de Naubolo nieto,
Nauplio, se agrega a la marina gente.
Es biznieto de Lerno, hijo de Preto.
Pero a Neptuno tuvo, amor ardiente
A la Danaide Amínoma, sujeto;
Y el más célebre Nauplio vino al mundo,
Piloto y navegante sin segundo.

XXVII

Idmón, de los Argivos el postrero
Se ve llegar con paso vacilante.
Sabe su suerte; y, hábil agorero,
Teme el desprecio de Argos arrogante.
Apolo fué su padre verdadero,
No, como dicen, el mortal Abante.
Aquél lo ennobleció, su arte divino
Dándole, de profeta y adivino.

XXVIII

La flor de Etolia, la agraciada Leda,
A Pólux, luchador, mueve a que parta.
Ni a Cástor, domador de potros, veda
Que los peligros de la mar comparta.
Los dió juntos a luz, en la alameda
De la mansión de Tíndaro, en Esparta,
Y a volar a la gloria los convida,
Cual conviene de Jove a la querida.

XXIX

Idas el arrogante, de Afareo
Progenie, deja su ciudad de Arena
Con su hermano, el fortísimo Linceo.
La fama de uno y otro el mundo llena;
Mas de los ojos de éste el centelleo
Es tal, que su mirada, cual barrena,
La obscura tierra dicen que perfora
Y todo lo penetra, todo explora.

XXX

Periclímeno el bélico equipaje
En la nativa Pilos apareja
Primogénito augusto, del linaje
De Neleo, Neptuno nunca deja
Que ningún héroe en fuerza le aventaje
Todo peligro de su nieto aleja;
Con espléndidos triunfos lo corona,
Y en la guerra le da cuanto ambiciona.

XXXI

Cefeo, con su hermano Anfidamante
Sale de Arcadia, cerca de Tegea.
Tienen rica heredad en Afidante;
Licurgo, el primogénito desea
Partir también; mas de su padre amante
Ya quebrantada la salud flaquea.
Queda cuidando del anciano Aleo
Y manda en su lugar a su hijo Anceo.

XXXII

¡Qué bien al bravo mozalbete sienta
De oso la piel que, a falta de armadura,
Sobre los hombros y cabeza ostenta!
Doble segur esgrime con soltura,
Mas sin aljaba ni arco se presenta.
Por evitar que parta a la aventura,
Sus ricas armas le escondió el abuelo.
¡De nada le sirvió su tierno anhelo!

XXXIII

A Augías, rey de Elea, a quien la fama
Hijo del Sol riquísimo pregona,
De conocer a Cólquide le inflama
El ansia, y al que ciñe su corona
Etas, que al Sol también su padre llama.
Desde Pelene, que en la Acaica zona
Fundó su abuelo, en alto promontorio,
Tras él arriban Anfión y Astorio.

XXXIV

Europa, la de Ticio, de Neptuno
Un hijo tuvo, el andarín Eufemo;
De agilidad que no igualó ninguno,
En mar y tierra corredor supremo.
Sobre el agua no halló peligro alguno,
Humedeciendo apenas el extremo
De su sandalia y pie. Desde Tenaro,
Viene a alistarse el semidiós preclaro.

XXXV

Dos hijos más del mismo dios marino
Se agregan a la náutica cohorte.
En la ilustre Mileto vive Ergino;
El otro, en Samos, isla a la consorte
Consagrada de Júpiter divino:
Su nombre Anceo, de arrogante porte.
Ambos a dos peritos en navales
Asuntos y en la guerra son rivales.

XXXVI

De Calidona, su natal montaña
Va Meleagro, con marcial arreo:
Su tío Laocoonte lo acompaña.
Este es hermano de su padre Eneo,
Y no uterino, mas de sierva extraña.
De edad mayor, de cuerpo giganteo.
Por preceptor, en juegos como en lides,
Lo dió el anciano al juvenil Enides.

XXXVII

Muy tierno a la celeste compañía
Lo agrega, de los héroes al servicio.
Si un año lo tuviera todavía
De lancero aprendiendo el ejercicio
Y la táctica audaz de infantería,
Entre los argonautas, a mi juicio,
A Hércules exceptuando únicamente,
No hubiera semidiós más eminente.

XXXVIII

Por seguirlos, Iflico el Calidonio
Deja las playas áridas paternas.
De Oleno viene el fiero Palemonio
Que, aunque la gente lo apellida Lernas,
Es hijo de Vulcano. Testimonio
Dan de su origen sus endeble piernas;
Pero es su cuerpo de vigor portento,
Y Jasón incorpóralo al momento.

XXXIX

Gran gloria le dará. No menos fama
De Ifito, el hijo de Naubolo, espera,
Que, por su abuelo, Ornítides se llama.
En Focis, del Parnaso en la ladera,
Su hospitalaria casa y regia cama
Honró Jasón, cuando por vez primera
De Delfos el oráculo divino
Consultó sobre el áureo vellocino.

XL

Zetas y Calaín, de los amores,
Frutos los dos, de Bóreas, rey del viento,
Y Oritia, se presentan seductores.
Era la ninfa de beldad portento,
Y envuelta en nubarrones voladores
La arrebató al Iliso amarillento,
Y de la áspera Tracia una caverna
Formó la nupcial cámara materna.

XLI

De Sarpedón en lo alto del saliente
Promontorio, en prolífico himeneo
Su dulce vida deslizarse siente
Lejos de Atenas, la hija de Erecteo.
La arrulla del Ergino la corriente,
Y colma su ambición y su deseo
El ver que van creciendo sus infantes
A dioses, no a mortales, semejantes.

XLII

Llegan volando. A guisa de acicate
Con cadenilla de oro atadas lleva
Dos alas cada pie, que airoso bate
Cuando del suelo el semidiós se eleva.
Sin yelmo, ni cordón que al cuello la ate
Cabellera, que el Sol tiñe y renueva,
Sobre la espalda su color de cielo
Luce, agitada por el raudo vuelo.

XLIII

Ni aun a Acasto, de Pelias poderoso
Hijo valiente, el pundonor concede
Permanecer en su mansión ocioso.
Minerva consentir tampoco puede
Que Argos, su alumno, constructor famoso,
A otros embarque y él en tierra quede.
Uno tras otro con Jasón se alista
Corriendo del vellón a la conquista.

XLIV

Tales son los divinos campeones
Que con Jasón emprenderán el viaje.
Casi todos los ínclitos varones
De Minias pertenecen al linaje,
Y el pueblo, sin sutiles distinciones
Minios a todos llama en su lenguaje.
De Climena, hija de él, nació Alcimeda;
De ésta, Jasón, como narrado queda.

XLV

Cuando acabó de aparejar la nave
Con cuanto exige viaje tan incierto
La diligente chusma, el aura suave
Mueve a los héroes a dejar el puerto.
De Jolcos la Ciudad, con aire grave,
Los ve cruzar el adalid experto.
Y marchan a do el Argo está amarrada
De Pagasa Magnesia en la ensenada.

XLVI

Pónese la falange en movimiento,
E inmensa multitud sigue sus huellas.
Mas como en el obscuro firmamento
Entre las nubes lucen las estrellas,
Así, ¡oh legión!, de majestad portento
Y de hermosura celestial, descuellas
Entre la turba de hombres que te admira
Y que al verte partir dice con ira:

XLVII

“¡Júpiter inmortal! ¿Qué nueva trama
En esta expedición Pelias esconde?
De toda Grecia a tantos héroes llama,
Y los impele, sin saber adónde,
Ni por qué llevan incendiaria flama
A Etas, si a su exigencia no responde
Complaciente entregando el vellocino.
¡Guárdalos en el áspero camino!”

XLVIII

La cohorte al mirar, los ciudadanos
Manifiestan así sus pareceres.
Alzan al cielo lánguidas las manos
Suplicando a los Dioses las mujeres,
Que, ornados de laurel, salvos y sanos,
Regresen del hogar a los placeres
Los nautas con Jasón. Así se expresa
Una, del llanto más acerbo presa:

XLIX

“Alcimedea infeliz: la desventura
A ti también, que fuiste tan dichosa,
A herirte viene, ya en edad madura.
Pero es mayor la que tenaz acosa
A Esón. Más la valiera que su obscura
Tumba cerrara funeraria losa
Y en ella, envuelto en sábanas y vendas,
Dormir, sin ver tan hórridas contiendas.

L

”¿Por qué, cuando en el mar perdió la vida
La virgen Hele, del profundo abismo
Una ola no surgió, que enfurecida
Sepultara en el ponto a Frijón mismo
Con carnero y vellón? ¿A qué homicida
Numen se debe el hondo cataclismo
En que, dando al carnero humano acento,
De Alcimedea infeliz causa el tormento?”

LI

Tales son de la calle los rumores.
De Esón en la morada se congrega
De doncellas y fieles servidores
Gran multitud, a quien el llanto ciega.
Desgarran de Alcimedea los clamores
Cuando Jasón a despedirse llega.
Con la sábana Esón, que en cama yace,
Cubre su faz, y en llanto se deshace.

LII

Mitigar sus gemidos lastimeros
E infundirles valor Jasón procura.
Manda luego a sus fieles escuderos
Que le quiten el yelmo y la armadura.
Broches y cintas de dorados cueros
A desatar cada uno se apresura;
Y apenas cae la fúlgida coraza,
Corre Alcimedea y con ardor lo abraza.

LIII

Cual huérfana gentil, sola en el mundo
A quien madrastra pérfida hostiliza,
Huyendo de su encono furibundo
E improperios sin fin, de su nodriza
Se acoge al seno, y con amor profundo
Que, compartido, su pesar suaviza,
Ciñe su cuerpo con los tiernos brazos
Y no hay poder que rompa tales lazos,
LIV

Así Alcimeda, llanto inagotable
Vierte de su hijo en el amante seno,
Que no le impide que elocuente le hable
Con tiernas frases y ademán sereno.
¿Por qué, cuando el decreto detestable
(Clama con fuego) a la equidad ajeno
Promulgó Pelias en infausto día,
No exhalé yo también el alma mía?
LV

Entonces, hijo, con tus manos caras
Me rindieras el último tributo
Y, piadoso, mi cuerpo amortajaras.
Ya de tu educación el primer fruto
Me dieron tus hazañas tan preclaras.
Uno solo faltaba: y hondo luto
Me priva de este postrimer servicio
Y me condena a eterno sacrificio.

LVI
"Yo, que hasta aquí la principal señora
Fuí de las Griegas, en mi hogar desierto
Voy a quedarme como esclava ahora,
Llorándote perdido, o quizá muerto
A ti, por quien me alumbra seductora
La inmensa gloria de que vas cubierto;
Por quien, la primer vez, plugo al Destino
Mi faja desceñir de blanco lino.

LVII
"La vez primera y última. Lucina,

Cuyo numen jamás me fué propicio.
Sufrir no pudo, en su implacable inquina
Que alegrara mi hogar más natalicio
Que el tuyo. Ni que Frijó mi ruina
Pudiera ocasionar cupo en el juicio
De esta infeliz mujer.” Calla, y en coro
Sus siervas la acompañan en su lloro.

LVIII

Jasón así replica con ternura:
“Cálmate ¡oh madre! por favor te pido:
No trueques en tristeza mi bravura,
Ni añadan aflicción al afligido
Lágrimas que ninguna desventura
Alejarán de tu hijo tan querido.
Sabes que de improviso a los mortales
Mandan los Dioses infinitos males.

LIX

"Aunque presa de atroz melancolía,
Con alma varonil sufre tu suerte,
En Minerva verídica confía;
En Febo, cuyo oráculo te advierte
Que hermosa brilla la fortuna mía,
Y, sobre todo, en mi falange fuerte.
Adiós. Quédate en casa. No como ave
De mal agüero vengas a mi nave."

LX

Dice. Madre y alcázar abandona,
Y avanza, como Apolo sacrosanto,
Cuando de Claros, Delos, o Pitona,
O Licia, a orillas del divino Janto,
Dígnase honrar los templos en persona.
Inmensa multitud lo aclama en tanto,
Y de ella se desprende Ifias, anciana
Sacerdotisa de la augusta Diana.

LXI

La mano de Jasón, humilde, besa,
Y le quisiera hablar. ¡Vana esperanza!
Que la atropella muchedumbre espesa.
A juventud que rápida se lanza
Seguir, no es a su edad fácil empresa.
Atrás dejando la ciudad, avanza
El héroe, y de Pasada es el postrero
En llegar al mirífico astillero.

LXII

Frente a la nave en ordenada hilera
De semidioses la legión divina
A su caudillo respetuosa espera.
Detiéndose Jasón; grave se inclina
Y quiere hablar, cuando en veloz carrera
Se ve bajar de la ciudad vecina
A Acasto nada menos, el Infante,
Y Argos, el arquitecto y navegante.

LXIII

¿Cómo, contra las claras intenciones
De Pelias, se aventuran temerarios
De los nautas a ser conmlitones?
Acasto luce de colores varios
Doble mantón, que debe entre otros dones
De su hermana Pelopia a los vestuarios.
A Argos Arestorides negro cuero
De hermoso buey, lo cubre todo entero.

LXIV

Precavido Jasón, nada pregunta,
Y asiento entre los héroes les señala
En la que a abrirse va solemne junta.
A su talante cada cual se instala,
Ya de una antena en la inclinada punta,
Ya en una vela, que enrollada iguala
Áureo sillón o blando taburete.
Esto, a su decisión, Jasón somete.

LXV

“Armado está el bajel. Para la larga
Y audaz navegación cuanto precisa
Su fuerte casco en las bodegas carga,
Y apenas sopla favorable brisa
Hacernos a la vela nada embarga.
Mas la prudencia, amigos, nos avisa
Que hay que pensar en la ida y el regreso
De todos al natal Peloponeso.

LXVI

“Por tanto, al adalid más eminente
Sin miramientos la Asamblea elija
Que dicte paz y guerra a extraña gente,
Y sin rival nuestros destinos rija.”
La congregada juventud asiente,
En Hércules los ojos luego fija,
Con entusiastas vítores lo aclama
Y, unánime, caudillo lo proclama.

LXVII

Se alza, sin apartarse de su asiento,
Hércules. Con gentil desembarazo,
“Tal honra en aceptar yo no consiento
(Dice, tendiendo su nervudo brazo),
Y os vedo cualquier otro nombramiento.
De aquel que nos llamó, leal, abrazo
El sagrado pendón. De Esón al hijo
Capitán elegid, cual yo lo elijo.”

LXVIII

Del generoso Alcides obedece
El magnánimo voto la Asamblea.
Esónides de gozo se estremece
Con la elección que así lo lisonjea.
Levántase a arengar, y antes que empiece
A hablar, la multitud lo vitorea;
Y a la legión, que por oírlo ansía,
Así el Caudillo su saludo envía:

LXIX

“Puesto que me imponéis, con los honores
Del mando, los deberes, desde luego
Que no, como hasta aquí, vanos temores
Retarden ya nuestra partida os ruego.
De Febo nos alcance los favores
Ante el altar, propiciatorio fuego,
Y de su venerado simulacro
Nos adune en redor, banquete sacro.

LXX

”Ya van los mayordomos presurosos
Que en mis establos tengo a mi servicio
A escogerme los bueyes más preciosos
Para la mesa, al par que el sacrificio.
No nos quedemos entre tanto ociosos,
La nave al fondeadero más propicio
Saquemos, donde cómodo ancoraje
Sirva de base y facilite el viaje.

LXXI

“La carga y armamento terminemos.
Que a cada banco, el constructor advierta.
Ha de ajustar con precisión los remos.
Las velas revisad, y la obra muerta.
Gracias a los oráculos supremos
De Apolo en Delfos, la victoria es cierta,
Al que patrono nuestro se declara
Consagraremos en la playa una ara.

LXXII

”Mostrarme del Océano las sendas
Me prometió; y el éxito seguro
Vaticinó veraz, si las contiendas
Con el Monarca, férvido inauguro
Propiciando su Numen con ofrendas”,
Dice: y lejos del mar, en peñón duro
Que en invierno lavó la onda marina,
Para bien trabajar, su ropa hacina.

LXXIII

A ejemplo de su jefe infatigable
Se lanzan los demás a la faena.
Circundan, ante todo, con un cable
La nave desde el borde a la carena.
Su bien tejido centro, impenetrable,
Y su espesor igual al de una antena
Tablas y costillar dejan que apriete,
Clavos y trabazón también sujete.

LXXIV

Maniobra tan feliz, al arquitecto
Argos se debe. Así del oleaje
Podrá evitarse el pernicioso efecto.
Para que al agua fácilmente baje,
Un plano forman, inclinado y recto;
Y un lecho cavan, donde firme encaje
El casco, sin peligro ni desvío,
Del ancho y de lo largo del navío.

LXXV

Con vigas de madera acepillada,
Para que se deslice suavemente,
La arena de la zanja ya excavada
Cubren; y forman del primer durmiente,
Para elevar la quilla, fácil grada:
Lo inclinan, y lo tiran por el frente;
Y otros, por ambas bandas, de los remos
Sostienen el bajel con los extremos.

LXXVI

No bien el remo a su tolete atado
Queda, con la fortísima correa,
Cuando el remero pónese a su lado,
Y con hombros y manos lo cimbreo.
Salta a la nave Tifis esforzado
Que la maniobra dirigir desea,
Y de su experta voz con la energía
Anima a la novel marinería.

LXXVII

Con pies y brazos, del profundo asiento
Sacan el casco en uniforme empuje.
Por el improvisado pavimento
Al deslizarse, cada viga cruje.
Del hierro y la madera el rozamiento
Levanta flama, que un instante ruje,
Y se convierte en humo y polvareda,
Hasta que ya flotando el Argo queda.

LXXVIII

Más de lo que a los náuticos conviene
Mar adentro avanzar hace la quilla
El ímpetu, que a fuerza se detiene
De remos, arrimándola a la orilla.
Hacia la prora el mástil se le aviene,
Y embarcan, con la vela y la toldilla,
Cuanto sirvió por fuera a la maniobra,
Agua potable, y víveres de sobra.

LXXIX

Declaran los peritos armadores
Que nada falta. El banco se sortea
Que cada par de heroicos remadores
Debe ocupar. Sin que rifado sea,
A Hércules se conceden los honores
Del centro, con Anceo, el de Tegea.
Del Argo, timonel proclama el voto
Universal a Tifis el piloto.

LXXX

A la orilla del mar llevan rodando
Piedras de gran tamaño, para el ara
Que dedican a Apolo venerando;
Y Numen tutelar se le declara
De los que embarcan, de Jasón al mando,
Como también del litoral que ampara,
Sobre el altar formando hoguera viva
Con ramas secas de silvestre oliva.

LXXXI

De Esónides se acercan los pastores
Con una yunta de escogidos bueyes,
Al ara los conducen los menores
De los aliados argonautas reyes.
Agua lustral y harinas en tibores
Llevan, conforme a las rituales leyes;
Y esta plegaria, del altar delante,
Jasón dirige a Apolo suplicante:

LXXXII

“Rey y Señor, que moras en Pagasa
Y en la ciudad que lleva mi apellido,
Progenitor y origen de mi casa:
Dígnate a mi oración prestar oído;
En Delfos recibí merced no escasa
De tu divino oráculo. Hoy te pido
Que, de llevar a cabo mi alta empresa
Y regresar, confirmes tu promesa.

LXXXIII

"Pues tuya fué la inspiración, te ruego
Que la alta dirección tomen tus manos;
Navegantes y nave yo te entrego.
Cuantos, merced a Ti, lograren sanos
Y salvos regresar al suelo griego,
Aquí otros tantos búfalos lozanos
Te inmolarán, de gratitud en prenda.
Delo y Pitón tendrán mayor ofrenda.
LXXXIV

"¡Celeste Flechador! El sacrificio
Que te vengo a ofrecer acepta en pago
De la espléndida nave a mi servicio.
Ya sus amarras en tu honor deshago;
Espero soplará viento propicio
De una feliz navegación presago,
Que, gracias a tus ínclitas bondades,
Nos libre de contrarias tempestades."
LXXXV

Así el Caudillo su oración termina,
Y en el altar esparce reverente
Sendos puñados de ritual harina.
Manda matar los toros. Obediente
A sus mandatos, Hércules, se inclina,
Y con la clava, en la robusta frente
Asesta a un animal golpe tan rudo
Que se estremece, y se desploma mudo.
LXXXVI

La ancha cerviz al otro toro raja
Con la segur de bronce el fuerte Anceo.
Los nervios le desgarran. Desencaja
La cornamenta el brazo giganteo;
Y de otros compañeros la navaja
Las pieles, que serán marcial arreo,
A ambos toros arranca; los degüella,
Y con hoja finísima desuella.
LXXXVII

Luego los descuartizan y destazan,

Y reducen a innúmeras porciones;
Sólo el sacro pernil no despedazan.
Encienden en el ara los tizones,
El campo en derredor desembarazan,
Hace el mismo Jasón las libaciones,
Y, empapada de grasa en capa espesa,
Arde la carne en la apolínea mesa.

LXXXVIII

Idmón, en tanto, arúspice perito,
Al ver las llamas por doquier iguales
Y el humo, matizado de exquisito
Rojo, subir en densas espirales,
De inspiración lanzando suave grito,
Pregona los designios paternales
Del almo Apolo, que revela el fausto
Aspecto del profético holocausto.

LXXXIX

“A vosotros el Hado y las Deidades
—Dice—al ir y volver, en el camino
Os probarán. Tras mil penalidades
Tornaréis con el áureo Vellochino.
¡Triste de mí! que allá en las soledades
Del Asia perecer es mi destino.
No lo ignoraba cuando vine al puerto.
De gloria, al menos, partiré cubierto.”

XC

Oyen la predicción con alegría,
Mas la suerte de Idmón los entristece.
Avanza más allá del mediodía
El Sol ardiente; sombra aún ofrece
A los prados la agreste serranía.
El mismo Sol acelerar parece
Hacia la noche obscura su carrera
Cuando a los héroes el festín espera.

XCI

Sobre la arena, que argentada brilla
Con la espuma que trae el oleaje,

Del mar se sientan en la fresca orilla
Sobre espesos cojines de follaje.
Manjares mil, en fúlgida vajilla,
Adornan el mantel de fino encaje,
Y rico vino, en ánforas lucientes
Circulan, escanciando, los sirvientes.
XCII

La juventud, que de áulicos modales
Se precia, parla más cuanto más liba,
Sin ofender. Así a los comensales
Viene a animar conversación festiva.
Pero Jasón, absorto en sus marciales
Propósitos, reír y hablar esquiva;
Y al ver que distraído come y calla
Idas así, con petulancia, estalla:
XCIII

“¿En qué piensas, Jasón? Tus pensamientos
A estos tus camaradas comunica.
¿Quizá, como en los mozos sin alientos
Ese silencio miedo significa?
Suplirá tu vigor, la que a los vientos
Mi nombre eleva, formidable pica.
Su punta, más que Júpiter, la fama
Me ha dado, que invencible me proclama.
XCIV

”Por esta lanza de adamante puro
Que a la victoria marcharás derecho,
Mientras Idas la vibre, yo te juro,
Y Si defiende mi broquel tu pecho
Reveses sin temer, duerme seguro,
De las Deidades venceré a despecho,
Que no en vano pusiste en mi pujanza,
Al llamarme de Arena, tu esperanza.”

XCV

Así diciendo, de licor henchida
Con ambas manos espumosa copa
Lleva a los labios, y a brindar convida.
La negra barba y la flamante ropa
Al derramarse, mancha la bebida.
Unánime clamor, la augusta tropa,
Lanza de indignación contra el aleve
Que a apostrofar Idmón así se atreve.

XCVI

“¡Desdichado de ti! Tus propios labios
Han pronunciado tu condena a muerte.
¿Del vino, por ventura, los resabios
Tu mente perturbaron de tal suerte
Que, sin temor, sacrílegos agravios
Contra los Dioses tu locura vierte?
Para añadir al adalid alientos
Otros del sabio son los argumentos.

XCVII

”¡Cuánta blasfemia!; ¡qué barbaridades
Has proferido! En arrogancia excedes.
Quizás, a los hermanos Aloyades;
Ni por asomo compararte puedes
A aquéllos en vigor. De las Deidades
Pagaron coa injurias las mercedes,
Y Apolo con sus flechas homicidas
Arrancó vengador entrambas vidas.”

XCVIII

Acoge con ruidosa carcajada
Idas la predicción del agorero.
Lanzándole terrífica mirada,
Con ronca voz replícale altanero:
“Dime si a mí también de la Aloyada
Familia alcanza el maldecido agüero
Que tu padre cumplió. Dime si a muerte
Me condena también tu dios inerte.

IC

"Oye con atención lo que te digo:
Yo volveré tu oráculo patraña,
Sin que mortal o numen al abrigo
Pueda ponerte de mi justa saña."
Media Jasón, cual jefe y como amigo,
Al ver que se enardece la campaña;
Y los furores de Idas Afareo
Aplaca al fin la cítara de Orfeo.

C

Los gritos aún no cesan, cuando el Vate
Toma con la siniestra la áurea lira,
Con la diestra el marfil. Su pecho late
Movido por el Numen que lo inspira,
El caos canta, y el primer combate
Que en cielo, tierra y mar puso la mira.
Uno solo eran antes, y en tres entes
Dividieron su ser luchas ingentes.

CI

Muestra su canto en la celeste esfera
Inmóviles los astros rutilantes,
Y del Sol y la Luna la carrera.
Narra cómo los montes culminantes
La tierra vió surgir; de qué manera
Nacieron los reptiles repugnantes:
Cómo brotaron, con sus bellas Ninfas,
De los ríos vivíficos las linfas.

CII

Del alto Olimpo en la nevada loma
Cómo reinaron—dicen los cantares—
Ofión y la Oceánide Eurinoma,
Hasta que de la lucha en los azares
El brazo de Saturno a entrambos doma
Y arroja a lo profundo de los mares.
Con el cetro de Ofión se pavonea,
Y con el de ella su consorte Rhea.

CIII

A los dioses Titanes se extendía
Su imperio, sin disputa. La edad tierna
Con infantiles juegos detenía
A Júpiter, de Creta en la caverna,
Y aguardando su augusta mayoría,
Su gloriosa armadura sempiterna
De rayos, de centellas y de truenos,
No le daban los Cíclopes terrenos.

CIV

Callan al par la voz arrobadora
Y la lira del místico poeta.
Los corazones, mágico, enamora;
Queda a su influjo la legión sujeta:
Quisieran escucharlo hora tras hora,
Y tiemblan al bañar con mano inquieta
La ardiente lengua al animal bendito,
Con libaciones que prescribe el rito.

CV

Toda la noche la legión reposa,
Al monte Pelio, con brillantes ojos,
Sale a mirar; la aurora esplendorosa
Tiñe sus cumbres de matices rojos,
Y en tanto al mar, a quien el viento acosa,
Las rocas de tragar vienen antojos.
Con sus rugidos Tifis se despierta
Y a los marinos da la voz de alerta.

CVI

La militar tripulación embarca
Y prepara los remos. En la arena
Del puerto de Pagasa y su comarca
Clamor extraño atronador resuena.
Clama también la Peliaca barca
Ansiosa de partir; que a su carena
Trabó Minerva (su gentil patrona)
Una haya milagrosa de Dodona.

CVII

En hilera marcial suben ligeros.
Los bancos señalados de antemano
De dos en dos ocupan los remeros,
Conservando sus armas a la mano.
En el banco central son compañeros
Anceo y el de pecho sobrehumano,
Hércules. A sus pies la clava brilla,
Y hace a su paso estremecer la quilla.

CVIII

Ya sus amarras el bajel desata,
Ya bebe el mar el expiatorio vino;
Jasón, en tanto, a quien la pena mata,
Sin mirar hacia atrás, marcha mohíno
El dolor una lágrima arrebatada
Al gran Conquistador del Vellochino:
La que lo sigue, juventud ardiente,
Los remos a compás mueve impaciente

CIX

Como en la orilla del sagrado Ismeno,
O en la feliz Ortigia, o en Pitona
En danza acompasada, el suave treno
Que el sacerdote con su lira entona,
Con los pies acompaña el coro pleno
Que en torno del altar forma corona,
De Orfeo así la cítara suprema
Dirige el movimiento del que rema.

CX

Y reman, en verdad, con fuerza tanta,
Que rauda el Argo entre la espuma vuela
De las rugientes olas que levanta,
En pos dejando blanquecina estela.
(Así del verde monte en la garganta
Brilla la senda, que el invierno hiela.)
Y con el Sol, los broncees que guarnecen
La nave, como flamas resplandecen.

CXI

Contemplan desde lo alto del celeste
Alcázar las atónitas Deidades
De semidioses la escogida hueste
Que unida arrostrará las tempestades;
Y causa asombro que a remar se preste
Como chusma, a las ninfas Peliades
Que por las peñas trepan en caterva
A ver la nave que labró Minerva.

CXII

Baja también Quirón de su montaña,
Y con sus cuatro pies las olas pisa,
Corriendo por el mar. Feliz campaña
Con las manos augura a toda prisa
A los valientes nautas. Lo acompaña
Su esposa Cariclea, que divisa
A Peleo, y le muestra a su hijo Aquiles
Enviándole sonrisas infantiles.

CXIII

Apenas salen del seguro puerto,
Tifis, que el gobernalle ni un instante
Quiere soltar, como piloto experto,
El pie del mástil, algo vacilante,
Manda fijar, con previsión y acierto.
Que a izquierda y a derecha se atirante,
El cable que lo afianza, sabio ordena,
E izar la vela en lo alto de la antena.

CXIV

La sujetan con fúlgidas hebillas,
Y el viento favorable hincha la lona.
Tranquilos, del Tisayo las orillas
Dejan atrás. Orfeo himnos entona
A Diana, salvadora de barquillas,
Hija de Jove, de la mar patrona,
Que protege, además, del promontorio
De Jolcos, el extenso territorio.

CXV

Fuera del agua asoma la sardina
Entre mil peces de mayor tamaño,
Y nadan en tropel, por la marina
Senda que lleva aquel bajel extraño,
Como en los prados al redil camina
En pos de su pastor el fiel rebaño,
Y modulando la sonora caña
Sus ovejas conduce a la cabaña.

CXVI

Los verdes campos, en cosechas ricos,
Del Pelasgo feroz gloria y conquista;
Del alto Pelio los postreros picos,
En su curso veloz, pierden de vista.
La ínsula de los fuertes Esquiaticos
Aparece, y el Cabo de Sepista.
Divisan a lo lejos, ya Piresia,
Ya la costa pacífica Magnesia.

CXVII

De Dólope a arribar junto a la tumba
El viento los obliga, que, contrario,
Hacia la tarde, entre el cordaje zumba.
La bóveda, que el vaso cinerario
Encierra, con el cántico retumba
Que sigue al sacrificio funerario
De ovejas blancas, que piadosa ofrece
La legión, en su honor, cuando anochece.

CXVIII

Dos días se detienen; y ya quietas
Las olas, zarpan al tercero día,
Cuando, de viento próspero repletas,
Las altas velas salen de la ría.
A aquella playa dan por nombre Afetas
Del Argo, que conservan todavía
De Melibeo no entran en la rada,
Siempre por temporales agitada.

CXIX

Hacia la aurora, la ciudad vecina
De Homola ante sus ojos se presenta,
Que en el ponto graciosa se reclina.
A poco andar, al timonel alienta
Ver del Amiro el agua cristalina
En el salobre mar entrar violenta.
Descúbrese Eurimena; pero el Argo,
Su rumbo sin variar, pasa de largo.
CXX

Los inundados valles, los torrentes
Que del Olimpo bajan, y del Ossa,
Miran entre sus cumbres eminentes.
Pelene, que en el Cabo se reposa
De Canastra, las brisas persistentes
Dejan pasar de noche; y majestosa
Al despuntar la aurora, se levanta
En Tracia, de Athos la montaña santa.

CXXI

Tan cerca está de Lemnos, que a Mirina.
Del nombre colosal la sombra alcanza,
Zarpando con la estrella matutina.
Arriba un buen bajel, que raudo avanza
Cuando el Sol a poniente aún no se inclina,
Mas sus primeros rayos, la pujanza
Hoy al viento arrebatan; y con remos
Llegar a Lemnos a los nautas vemos.

CXXII

¡Isla de iniquidad! El pueblo entero
Ha un año exterminaron las mujeres,
Vengando con maldad y dolo artero
Traiciones e ilegítimos placeres.
En reciente incursión, al Trace fiero
Despojó el insular de armas y enseres,
Llevándose cautivas tan hermosas,
Que por ellas dejaron sus esposas.

CXXIII

Airada, al ver sus aras sin ofrendas,
Venus urdió calamidad tamaña.
En los hombres, de amor soltó las riendas,
En las mujeres encendió tal saña,
Que, no bastando dar muertes horrendas
A infiel marido y a mujer extraña,
Toda prole del sexo masculino
El materno puñal hiere asesino.

CXXIV

Así creyeron en la edad futura
Toda huella borrar de la matanza,
Y una vida pacífica y segura
Poder llevar, sin riesgo de venganza.
Hipsipilea, de alma menos dura,
Abierta a la piedad y a la esperanza,
La única fué que socorrió a Toante,
Su anciano padre y Príncipe reinante.

CXXV

Tendido lo encerró dentro de una arca
Y al mar lanzólo en brazos del destino.
De pescadores lo llevó una barca
A la ínsula de Enoa, que hoy Sicino
Llaman, desque de Lemnos el monarca
En su destierro a enamorarse vino
De la ninfa gentil del mismo nombre
Y a Sicino engendró, de alto renombre.

CXXVI

Entre tanto, las bellas insulares
Pacen sus bueyes, surcos abren, siegan
Los campos: a maniobras militares
De bronce armadas, con ardor se entregan:
Las que antes alegraban sus hogares
Labores de Minerva, hora relegan
Al olvido; mas ¡ay! de cuando en cuando
Vuelven al mar sus ojos suspirando.

CXXVII

Temen que las asalte el fiero Trace
Saliendo al fin de su mendaz letargo.
Hoy el temor de la invasión renace
Al ver que a todo remo llega el Argo
Cual Bacantes, que sólo satisface
De carnes crudas el sabor amargo,
A la playa en tropel corren rugientes,
Armadas de metal hasta los dientes.

CXXVIII

De su padre Toante, Hipsipilea,
Vestida con la fúlgida armadura
Mandando a su legión, se pavonea.
Pero todo es temor, ni se figura
Nadie lo que el bajel les acarrea;
Este a arribar en tanto se apresura
Y desembarca Etálides esbelto,
Veloz heraldo, de ademán resuelto.

CXXIX

Es hijo de Mercurio. Sus funciones
Desempeña a menudo con donaire.
Mensajes, embajadas, legaciones
Se le encomiendan por la mar y el aire,
Y aun del Tártaro baja a las regiones
Sin que mortal o numen lo desaire,
Gracias a la memoria indeficiente
Con que su padre lo dotó clemente.

CXXX

De Aqueronte en el negro remolino
Bebió las aguas del olvido eterno;
Pero firme el decreto del Destino
Siempre quedó. Con movimiento alterno,
Hora respira el éter cristalino,
Mañana los vapores del Averno...
Mas ¿de qué sirve, historias y aventuras
De Etálides narrar, poco seguras?

CXXXI

Lo cierto es que la Reina, fascinada
Por sus palabras y gallardo porte.
Permanecer en la segunda rada
Una noche concede a la Cohorte.
Pero antes que despunte la alborada
Violento vendaval sopla del Norte.
Y de las olas el furor creciente
Levar el ancla al Argo no consiente.

CXXXII

De toda la ciudad las moradoras
Acuden en tropel a la asamblea
Que de aquel sol a las primeras horas,
Alarmada, convoca Hipsipilea,
Y así les dice: "Amigas y señoras:
Si queréis ahuyentar a esta ralea
De hombres extraños, como todos, malos,
Fuerza será colmarlos de regalos.

CXXXIII

"Llevemos provisiones a su nave
Que les sirvan en viajes y batallas:
Sendos barriles de licor suave,
Carnes sabrosas, frescas vitüallas;
Pero guardad de la ciudad las llaves.
Que nadie al interior de sus murallas
Penetre, acaso víveres buscando
Y averigüe su estado miserando.

CXXXIV

"Fué grande el crimen; y mayor perjuicio
Nos causará, Si lo supiere el mundo.
Estos varones, al menor indicio,
Nos odiarán, sin que su horror profundo
Calme ningún favor ni beneficio.
Mi humilde parecer en esto fundo.
La que proponga plan más aceptable
(Os convoqué a consejo) álcese y hable."

CXXXV

Al terminar, en el marmóreo trono

De su padre, magnífica se sienta.
Polixa se levanta, que en su abono
Alega ser nodriza y fiel sirvienta
De la Reina de la Isla. En dulce tono
Les pide la palabra, y aunque cuenta
Muchos años de edad, se le concede,
Y apoyada al bastón, moverse puede.

CXXXVI

Con paso vacilante, de la sala
Llega hasta el centro; y en redor un coro
De cuatro puras vírgenes se instala,
Que ostentan largas cabelleras de oro.
Aunque cargada de hombros, hace gala
Al accionar, de juvenil decoro
Y, algo inclinada la senil cabeza,
Así modesta su discurso empieza:

CXXXVII

“De regalos colmad enhorabuena
A esos advenedizos, como place
De nuestra Reina a la ánima serena.
Pero Si a una invasión del fiero Trace,
U otro enemigo, el Hado nos condena,
¿Será satisfactorio el desenlace?
Como arribó esta nave a nuestra orilla,
Inesperada, llegará otra quilla.

CXXXVIII

”Mas si la protección de las Deidades
De nuestro suelo tal peligro aleja,
¿Qué porvenir, decidme, aun en edades
Nada remotas, que esperar nos deja?
¿Qué aguarda a nuestras jóvenes beldades
Al desaparecer la última vieja?
Sin sucesión, desamparadas, solas,
Aun su gemir absorberán las olas.

CXXXIX

”Yo bajaré a la tumba antes de un año
Ellas, sin sociedad, ni amor, ni leyes,
Tendrán que constituir sólo un rebaño
En su orfandad, con las mermadas greyes;
Labrar las glebas, en consorcio extraño
Uncidas al arado con los bueyes.
Antes que ver calamidades tales
Quiero que celebréis mis funerales.

CXL

“La solución que en mi humildad discierno,
Es que ofrezcamos la Isla a estos señores
Con su administración y su gobierno.
A la mano tenéis los salvadores
De nuestra raza. Con afecto tierno
Hogar brindadles, y de amor las flores.
Salva de aplausos general resuena,
Y da su aprobación la junta plena.

CXLI

De nuevo Hipsipilea en pie se pone
Y así la interpela sugestiva:
“Si a la proposición nadie se opone
En que de Lemnos la salud estriba,
Un heraldo enviaré que se apersona
Con el Patrón que a nuestro puerto arriba”,
Dice: y a la doncella que a su lado
Se sienta le encomienda este recado:

CXLII

“Hazme favor, carísima Ifinoa,
De vestirme de gala, y al instante
Ir a embarcarte en rápida canoa
Y ver, quienquiera que fuere, al Comandante
De ese bajel que a nuestra playa aproa.
Y le dirás: *La hija de Toante
Reina de esta región, a ti me envía
Con mensaje de paz y cortesía.*

CXLIII

”Dile que tiene cómodo hospedaje
Ya preparado en el palacio regio,
Y de mi pueblo entero el homenaje
En él aguarda al Capitán egregio;
Que sin temor a descortés ultraje
A su ejército doy el privilegio
De entrar y pasear a su albedrío
En la Ciudad y territorio mío”.

CXLIV

Formuladas sus órdenes, disuelve
La asamblea su augusta Presidenta
Y a su morada majestuosa vuelve.
Ifinoa a los Minios se presenta;
Y a preguntar apenas se resuelve
A tal beldad el Capitán: ¿Qué intenta?
¿Qué la lleva al bajel? ¿Cuál es su asunto?
Ella sin vacilar responde al punto:

CXLV

“Al heraldo veraz tenéis delante

De mi augusta señora Hipsipilea,
Reina de Lemnos, hija de Toante.
De su nación, reunida en asamblea
La grata decisión al Comandante
De este bajel comunicar desea;
Y la hospitalidad que se merece
En su palacio espléndida le ofrece.

CXLVI

Por la Ciudad y territorio espera
Que la legión circule a su albedrío
Mi Reina," Invitación tan lisonjera
Place a los tripulantes del navío.
A Hipsipilea juzgan heredera
De su padre en el rico Señorío;
Y a saludar a la hija del Monarca,
Que creen difunto, salen de la barca.

CXLVII

Jasón precede a la naval caterva:
Con broche de oro prende el manto doble
Al hombro izquierdo. Lo tejió Minerva
Cuando Argos derribaba el primer roble
Para el bajel que al semidiós reserva,
Y de la arquitectura el arte noble
Desde los rudimentos le enseñaba
Cada tablón labrando y cada traba.

CXLVIII

Era en el centro de color de rosa
El regio manto. Púrpura encendida
En el cuello ostentaba primorosa;
Y en ambos lados, franja embellecida
Con ricos cuadros, que bordó la Diosa,
Y a que su aguja dió color y vida.
Al meridiano sol volver los ojos
Fuera mejor, que a sus matices rojos.

CIL

Los Cíclopes un cuadro nos ofrece
Forjando para Júpiter Tonante

El rayo asolador que resplandece,
Al verdadero fuego semejante.
De la llama voraz aún carece
Pero se ve que estallará al instante,
Fraguada a golpes de tenaz martillo
Que lanza chispas y siniestro brillo.

CL

De Antíopa se miran los gemelos
En otro cuadro; y Tebas, sin los muros
Que a edificar los mueven sus recelos,
Sobre cimientos hondos y seguros.
Zetha, una roca, con osados vuelos
Lleva en los hombros, cual de atleta, duros.
Tañe Anfión su cítara divina,
Y una peña mayor tras él camina.

CLI

Destrenzada su luenga cabellera,
Y al broquel apoyándose de Marte,
Aparece la diosa de Citera.
Sostiene el brazo izquierdo con mucho arte
La veste, que despréndese ligera
Dejando el seno descubierto en parte;
Y a la espalda gentil sirve de espejo
Del escudo el vivísimo reflejo.

CLII

Los hijos de Electrión en verde prado
Sus numerosos bueyes apacientan.
Bandidos Teleboes el ganado,
Fieros asaltan y robar intentan.
Defiéndense con ánimo esforzado:
Los bandoleros con más gente cuentan
Y a los pastores vencen. Fiel dibuja
Hasta la sangre, la divina aguja.

CLIII

Se ven rodar dos carros de batalla.
A Pélope acompaña Hipodamía
En el primero: y Enomao se halla

En el segundo, que Mirtilo guía.
Rota la rueda, desgranada estalla
Y muerto cae el Rey sobre la vía
Cuando esgrime, traidor, lanza alevosa
Y al yerno odiado por detrás acosa.

CLIV

De Febo Apolo la primer proeza,
Como flechero, píntase a lo vivo.
El dios apenas a vivir empieza,
Muéstrase Ticio ya gigante altivo.
Certero le atraviesa la cabeza
Dardo fatal del Numen vengativo.
Jove dos madres al jayón depara:
La fértil Tierra y la divina Elara.

CLV

Es el último cuadro maravilla
Del arte. Más que ver, oír parece
Frijo al carnero, cuya lana brilla.
Largas horas absorto permanece
Quien contempla al pastor con la amarilla
Dorada oveja: la ilusión padece
De que le van a hablar, y noble arenga
Pronunciarán, que a deleitarlo venga.

CLVX

Tales los cuadros son que el rico traje
Adornan de Jasón: obra maestra
De Minerva, y munífico homenaje.
También la larga lanza que su diestra
Empuña es, de benévolo hospedaje
Y mal pagado amor recuerdo y muestra.
Para ablandarlo, quiso en el Menalo
Atalanta ofrecerle este regalo.

CLVII

Seguirlo en la lejana travesía
Y compartir sus riesgos la doncella
Anhelaba. Jasón, que preveía
Los desmanes de amor, partió sin ella

Rehusándose con noble cortesía.
Hoy, al desembarcar, parece estrella
Que con sus rayos la Ciudad alumbra
Y a sus viudas y vírgenes deslumbra.

CLVIII

Al mirarlo pasar, por la entreabierta
Ventana de su hogar; en cada una
De amor renace la esperanza muerta.
“¡Oh, si éste fuera aquel que la fortuna
Para marido a destinarme acierta!”,
Ensimismada piensa. Cual la luna
Que en firmamento azul luce esplendente,
Jasón, en tanto, avanza refulgente.

CLIX

Lo siguen clamorosas mujerzuelas.
Sin dignarse mirarlas, va despacio
Recorriendo las calles y plazuelas.
Se para ante el espléndido palacio;
Ábrenle dos porteras las cancelas,
Atraviesa del atrio el ancho espacio
Y entra por fin en la espaciosa sala
Que, cortés, Ifinoa le señala.

CLX

Enfrente de la Reina rica silla
De fulgente metal la dama apresta.
Saluda, sonrosada la mejilla,
Hipsipilea, y siéntase modesta.
“Huésped—exclama al fin—me maravilla
Que permanezca en actitud molesta
Vuestra cohorte, fuera de los muros,
Pudiendo en la Ciudad morar seguros.

CLXI

”No hay en ella un varón. Todos en Tracia
Cultivan la fructífera campiña.
Veraz te contaré nuestra desgracia:
Imperaba mi padre; yo era niña,
Cuando, osada facción, a quien no sacia

Ni sangre, ni conquistas ni rapiña,
Al Trace fiel, que en la vecina tierra
Firme moraba en paz, llevó la guerra.

CLXII

”Rico botín, a guisa de piratas,
Sacaron de sus vastas plantaciones;
Bellas esclavas, a la vista gratas,
Robaron a su hogar nuestros varones,
Y por esas cautivas insensatas,
Locos de amor, debido a sugerencias,
Urdidas por la pérfida Citeres,
Dejaron sus legítimas mujeres.

CLXIII

”Largo tiempo sufrimos nuestra injuria
Esperando oportuna penitencia.
De las pasiones arreció la furia;
De vírgenes y viudas la inocencia
Nada valió. Venció la prole espuria,
Y el padre con punible indiferencia,
Vió cómo a su progenie una madrastra
Cruel azota y por el suelo arrastra.

CLXIV

”Se deshizo el hogar. El adulterio,
Al desamor unido en inhumano
Consortio, ahogaron todo afecto serio.
El hijo con la madre y el hermano
Con la hermana, añadían el dicerio
Y el desdén a palabras de villano;
Y en danzas y banquetes, calle y foro,
Se honraba a las cautivas sin decoro.

CLXV

“En fin, no sé qué Numen grande aliento
Para adoptar resolución suprema
Nos dió, de tanto infiel para escarmiento.
Cuando tornaban de la costa extrema
Del Tracio mar, con ímpetu violento
Cerrándoles las puertas, el dilema

A los traidores impusimos bravas:
“Nosotras, o las bárbaras esclavas,”
CLXVI

“Sin intentar en la Ciudad siquiera
Entrar, con su adorada concubina
Embarcó cada cual en su galera,
Llevándose la prole masculina.
Cultivan hoy de Tracia en la ribera,
Las glebas entre nieve blanquecina.
Nuestros maridos ser y nuestros amos,
Si os agrada, podéis: solas estamos.
CLXVII

”De mí padre Toante la corona
Acepta, sí algo mi amistad merece,
Que la más fértil ínsula te endona
Que en el piélago Egeo resplandece.
Torna a tu nave, y sin rubor pregona
Lo que a tu hueste mi bondad ofrece.”
Astuta así despídalo, ocultando
De la matanza el crimen execrando.
CLXVIII

Respóndele Jasón: “Hipsipilea:
Acepto las copiosas provisiones
Con que tu Majestad me lisonjea.
Conmigo los demás conmilitones
Vendrán a agradecerte tu presea.
Pero guárdate el cetro que propones
(Desaire no lo juzgues) al soldado
A quien sólo combates guarda el Hado.”
CLXIX

Despídese Jasón, y la derecha
A Hipsipilea majestoso tiende,
Que entre sus manos, tímida, la estrecha.
De lindas mozas multitud lo atiende
Que en raudos carretones, que pertrecha
Preciosa carga, al litoral descende
Llevando al Argo, a fuer de hospitalarios

Presentes, vitüallas y vestuarios.

CLXX

La dulce invitación narra el Caudillo
De la Reina, y la mágica entrevista;
Y las isleñas, con su hablar sencillo,
De los héroes consuman la conquista.
Hércules es el único que al brillo
De tan violenta tentación resista;
Y a bordo del bajel, con un puñado
De voluntarios, queda a su cuidado.

CLXXI

Su ínsula repoblar quiere Vulcano,
Y, obediente su esposa Cítrea,
En las viudas enciende amor insano,
Y a los héroes, astuta, agujonea.
Siguen a su Caudillo soberano,
A quien hospeda, tierna, Hipsipilea.
A los demás, de seducción sediento,
Ofrece cada hogar alojamiento.

CLXXII

Tras tanto malestar, ¡qué bellos días
Empiezan hoy para la Lemnia gente!
Danzas, banquetes, báquicas orgías
Y el humo del incienso, siempre ardiente
Ora de Venus en las aras pías,
Ora en las de Vulcano armipotente.
Y nave, mar, vellón, en el olvido
Yacen, merced a la deidad de Gnido.

CLXXIII

Hércules entre tanto, a cuya guarda
El bajel se confió, con impaciencia
Ordenes de zarpar en vano aguarda;
Y así, de las mujeres en ausencia,
Increpa a la legión: "Raza bastarda,
¿A qué furor tan larga permanencia
Se debe en Lemnos? ¿De la patria acaso
Sangre fraterna nos estorba el paso?"

CLXXIV

”¿Nuestra mansión, nuestra natal montaña
Nuestra hacienda quizá, nuestros haberes
Dejamos, por correr en tierra extraña
En pos de un matrimonio o de placeres?
Ese desdén el claro nombre empaña
De nuestras hermosísimas mujeres.
¿Es la tierra de Lemnos tan ferace
Que todo abandonar por ella os place?

CLXXV

”No es en los brazos de extranjera dama
Donde gloria hallaréis; ni el Vellochino
Os mandará algún dios a quien se clama
Sin combatir. Sigamos el camino
De Grecia. Aquél en la prestada cama
De Hipsipilea, cumpla su destino.
Repueble la Ciudad cuanto le plegue,
Quizá renombre a conquistarse llegue.”

CLXXVI

Con las palabras de Hércules tan crudas
Bajan, avergonzados, la cabeza
Mientras sus lenguas permanecen mudas.
Pero allí mismo a preparar empieza
Su viaje cada cual. A las viudas
Llega la triste nueva, y con presteza
Su amante a retener desesperada
Baja cada mujer enamorada.

CLXXVII

Como en tropel dejando sus colmenas
Van las abejas al florido prado
Y en derredor de blancas azucenas
Zumban libando el néctar delicado,
Así del litoral por las arenas
El femenil enjambre abandonado
Con ayes de dolor se desparrama
Buscando cada cual al hombre que ama.

CLXXVIII

De las Deidades los designios sabios
Al conocer, se rinden a su peso,
Perdonan, a los que huyen, sus agravios
Viaje feliz, y más feliz regreso
Augúranles con manos y con labios.
Hipsipilea reverente beso
En la mano de Esónides imprime
Y, al empezar a hablar, solloza y gime.

CLXXIX

“Parte—le dice—parte enhorabuena,
Ya que de tu mansión y aspiraciones
Tan noble empresa la medida llena.
A ti, y a tus períncritos varones
Lleven los Dioses sobre mar serena
A las que buscas, bárbaras naciones.
Que, sin perder un hombre en el camino,
Sanos volváis, trayendo el Vellochino.

CLXXX

”Que os pertenece esta ínsula no olvides.
¡Feliz Si el cetro paternal consigo
Que llegues a empuñar! En duras lides
Mil pueblos ganarás al enemigo,
Mayor afecto no, Si afecto pides.
¿Qué haré del hijo que en mi seno abrigo?
Si los Dioses feliz alumbramiento
Me conceden, ¿cuál es tu mandamiento.”

CLXXXI

Pasma al hijo de Esón grandeza de alma
Tanta en una mujer, y así replica:
“Hipsipilea: no poder la palma
Conceder a tu amor me mortifica,
No se hizo para mí vivir en calma
En tu ínsula tan fértil y tan rica.
Basta, Si vuelvo del combate impío
Y Pelias lo permite, el reino mío:

CLXXXII

”Pero si regresar al patrio suelo
De mi Grecia gentil me está vedado
Y a ti un varón te concediere el cielo,
Si mis padres vivieren, a su lado
Lo mandarás. De su vejez consuelo
Será, después que crezca a tu cuidado.
Y Si yo no fuí rey, guarde mi hacienda
Y sus abuelos y mansión defienda,”

CLXXXIII

Termina su respuesta: y a la prora
El vástago de Esón salta el primero.
Sigue la chusma, que su error deplora,
Se sienta en su lugar cada remero.
Del submarino escollo, y a última hora
Las amarras desata Argos ligero;
Y el robusto bogar hace que el roble
De los remos larguísimos se doble.

CLXXXIV

Trascurre el día sin hacer escala;
Pero al atardecer, pasar avante
Prohíbeles Orfeo. Argo recala
En la Insula de Electra, hija de Atlante.
Los ritos misteriosos les señala
En que iniciarse debe el navegante
Que de aquel mar arrostra las próceres,
¡Triste de ti, mortal, Si los revelas!

CLXXXV

Adiós, digo, por tanto, a Samotracia,
No quiero de sus Dioses tutelares
Caer, por mis palabras, en desgracia.
Del tenebroso Golfo a los azares
Se aventuran, remando. Aún la Tracia,
Al Norte, de Imbros ven los olivares
Y al ocultarse el Sol en occidente,
El Quersoneso surge prominente.

CLXXXVI

Del Sur les sopla favorable viento,
Todo el velamen izan al instante.
Del recio Noto el ímpetu violento
De la virgen, progenie de Afamante,
Los empuja al Estrecho turbulento,
Y cambiando de rumbo antes que cante
El gallo, ya de noche Argo costea
Por nuevas aguas la región Rhetea.

CLXXXVII

Viran, del vendaval favorecidos,
Toda Dardamia y la región del Ida
Dejando a la derecha. Por Abidos
Pasan y por Percote, y de Abarnida
Por los bancos de arena tan temidos,
Y Pitea divina, a la salida
Del inquieto Helesponto, a cuyo extremo
Llegan, la misma noche, a vela y remo.

CLXXXVIII

Dentro de la Propóntide, a distancia
No grande ya del continente Frigio,
Levántase del mar, con arrogancia
Isla sublime. Como aquél, prodigio
Es de feracidad, y la abundancia
De trigo y de maíz les da prestigio.
Un istmo los unió; pero tan bajo,
Que de las ondas siempre está debajo.

CLXXXIX

Por ambos lados bordes arenosos
Se ven; y acá, la desembocadura
Del río Esepo. Monte de los Osos
Llaman de la Isla a la mayor altura.
Raza insolente de hombres monstruosos
Nacidos de la Tierra, allí figura.
Con seis nervudas manos van armados,
Dos en los hombros, cuatro en los costados.

CXC

Los Doliones pueblan la planicie
Frente al Istmo. De Cízico sujeta
Al cetro está su vasta superficie.
Su padre Eneo fué; su madre, Eneta,
Hija de Eusoro. La feral sevicie
Del terrígenas nunca los inquieta
Del dios Neptuno gracias al amparo,
De su nación progenitor preclaro.

CXCI

Al espléndido puerto el Argo llega
Rauda impelida por el viento tracio.
Por consejo de Tifis se relega
Bajo una fuente (el manantial Artacio).
La piedra que del áncora segrega.
Otro canto mayor pone reacio:
Tras breves años, a los Dioses cara,
Será esa piedra convertida en ara.

CXCII

Así lo fué más tarde. El pueblo Jonio,
Que traza su ascendencia hasta Neleo,
De amor y de obediencia en testimonio,
Al Numen y al oráculo Febeo
La dedicó en el templo, ante el Jasonio
Simulacro de Atena, ara y trofeo.—
Con afable ademán los Doliones
Reciben a los ínclitos varones.

CXCIII

Sale al encuentro de la gente extraña
El mismo Rey; y apenas su linaje
Averigua y el fin de su campaña
Les brinda con espléndido hospedaje,
Y en el puerto interior, que el muro baña
De la Ciudad, su cómodo ancoraje
Ofrece, si, remando breve trecho,
El Argo, busca más seguro lecho.

CXCIV

Allí, del mar en la arenosa orilla.
La divina legión erige una ara
A Apolo Ecbasio, que al dejar la quilla
Al marinero, salvador, ampara.
Para los semidioses que acaudilla
Jasón, en tanto con afán separa
Sendos carneros el Monarca agosto
Y ricos vinos de exquisito gusto.

CXCV

Para el piadoso Rey no es letra muerta
El profético oráculo de antaño:
"Falange de héroes llamará a tu puerta.
Nada maquinas de su nave en daño,
Quede para ellos tu mansión abierta;
Franquea tu bodega y tu rebaño.
Piensa que vienen desde tierras lueñes,
Y en guerra inicua ni siquiera sueñes.

CXCVI

No sólo la Apolínea profecía
Ablanda el pecho del gallardo mozo,
Con Jasón espontánea simpatía
Lo liga desde luego. El primer bozo
Apenas de uno y otro el labio cría.
De la paternidad no alienta el gozo
A aquél: la Reina, de su amor señora,
Aún del parto la amargura ignora.

CXCVII

De Meropo Percosio hija eminente

Era Clita, de rubia cabellera,
Grandes regalos de valor ingente
Costó su mano al que en el Istmo impera,
Acaba de llegar del Continente
Y a su marido en el palacio espera;
Pero éste deja, a su mujer querida
Por la falange que a cenar convida.

CXCVIII

Disipa de Jasón el fino trato
Todo temor. Alégrese la mesa.
Narran de Pelias el atroz mandato
Y el alto fin de la naval empresa.
Hacen del viaje gráfico relato:
¿Por qué canal el Lago se atraviesa?
—Preguntan—¿qué ciudades, qué caminos
La Propóntide ofrece a los marinos?

CIC

La gran curiosidad que los anima,
No acertando a calmar la gente isleña,
Al despuntar la aurora, del Dindima
A la cumbre en subir Jasón se empeña.
Nada a su ojo avizor desde la cima
Escapa: ni un escollo, ni una peña.
El que siguieron áspero sendero,
"Camino de Jasón" llama el viajero.

CC

Cuando los monstruos, hijos de la Tierra
Ven que la barra atravesó, del Quito,
La hermosa nave, desde la alta sierra
Hacen rodar, con ímpetu inaudito
Peñasco inmenso, que la boca cierra
Del ancho río. Espantoso grito
Lanzan, cual cazador que se figura
Que su presa en la red tiene segura.

CCI

Pero han dejado custodiando el barco
Con juventud selecta a Hércules mismo.
Tira la cuerda de su elástico arco
Y a los monstruos sepulta en el abismo
Uno del otro en pos, en rojo charco
Trocando el ponto. Nada el salvajismo
Vale con que los bárbaros deformes
Lanzan a la legión rocas enormes.

CCII

¡Ah! Fué sin duda la implacable esposa
De Júpiter, fué Juno, quien aliento
A los gigantes infundió celosa,
De Hércules infeliz para tormento.
La escolta de Jasón, de la fragosa
Sierra y sus picos baja en el momento
Que de las armas el fragor se escucha,
Únese a aquél y enciéndese la lucha.

CCIII

Antes que posiciones—que ventaja
Presten—tomen en lo alto, o en las grietas
De peñas y barrancos, les ataja
El paso con mortíferas saetas.
Detiene sus asaltos y esquebraja
Con lanzas a los bárbaros atletas
Hasta que la falange esclarecida
No deja ni un terrígenas con vida.

CCIV

¿Visteis yacer en ordenada hilera
Los largos troncos de robusto pino
Que en la floresta derribó certera
Ancha segur de temple adamantino?
Los trajo el arquitecto a la escollera
A saturarse en el humor marino
Para que en ellos sólida se clave.
La fuerte cuña, al construir la nave.

CCV

No de otra suerte yacen insepultos
Entre la espuma los gigantes muertos.
De unos, los troncos asquerosos bultos
Forman sobre la playa descubiertos;
De otros, los hombros en el mar ocultos
Al aire dejan pies y muslos yertos,
De la brisa y las aguas vil juguete,
De aves y peces a la par banquete.

CCVI

Los héroes, terminada la refriega,
Un instante no más toman aliento.
Levan el ancla y el piloto entrega
Todas las velas al favor del viento.
El día entero rápida navega,
La marejada ayuda el movimiento;
Pero al anochecer, brisas de proa
Agitan procelosas la canoa.

CCVII

Retrocede al virar, sin rumbo cierto;
Pero, a despecho de la noche obscura,
Encuentra un fondeadero, que a cubierto
La pone, al fin, de la tormenta dura.
Que acaban de llegar al mismo puerto
De de salieron nadie se figura;
Y se apellida aún hoy Peñón Sagrado”
La roca a que el bajel quedó amarrado.

CCVIII

Que en las tinieblas de la noche densa
A regresar la tempestad obliga
Al Argo y a sus próceres, no piensa
De los Doliones la nación amiga.
Apréstense, al contrario, a la defensa
Creyendo que de Macra la enemiga
Pelasga gente deja los confines
Y a la Isla arriba con perversos fines.

CCIX

Cada guerrero viste su coraza
De fino bronce o acerrada fibra,
Ciñe la espada y el escudo embraza,
La ponderosa lanza ansioso vibra,
Y al que enemigo juzga de su raza,
Mas sin saber quién es, batalla libra,
Y enciéndose la lucha como fuego
Que por enjuta selva cunde ciego.

CCX

Atroz desastre colosal abate
Al pueblo Dolionio; ni la Parca
Que torne a su palacio del combate
Y a su alcoba nupcial deja al Monarca.
Tropieza a obscuras, al primer embate,
Con el Patrón de la extranjera barca,
Y del robusto Esónides, la gruesa
Lanza, de parte a parte lo atraviesa.

CCXI

Rompe la punta el costillar; y rota
Deja, saliendo, la dorsal espina.
Del asta en derredor la sangre brota,
Hacia adelante el lidiador se inclina,
Y al desplomarse, de la playa azota,
El moribundo Rey, la arena fina,
Y sin quejarse, en brazos de la muerte
Cumple en la juventud su adversa suerte.

CCXII

¡Soberano infeliz! Contra el Destino
Rebelarse al mortal está vedado.
Persíguelo doquiera en su camino
Y entre sus garras lo circunda el Hado.
Así al Conquistador del Vellochino
Juzgaba para siempre propiciado,
Y, error fatal, o pernicioso intriga,
Lo hace caer bajo su mano amiga.

CCXIII

Con él perecen muchos adalides.
A Esfondris mata Acasto. A Telecleo
Y a Megabrontes, el robusto Alcides,
Postra a Zelín el ínclito Peleo,
Y a Gefiro también, perito en lides.
Clicio a Jacinto, e Idas a Promeo;
Y Telamón, en esgrimir la pica
Sin rival, a Basilio sacrifica.

CCXIV

A Flogio y al audaz Megalosace
Los gemelos Tindárides las vidas
Quitan uno tras otro. Al fiel Artace,
Gran Capitán, y a Itómenes, Enidas.
Aun hoy la población triste les hace
Las honras que a los héroes son debidas.
El resto del ejército entre tanto
Huye hacia la Ciudad, presa de espanto.

CCXV

Cual tímidas palomas, acosadas
En el aire por ávidos halcones
Alígeras se escapan a bandadas,
Así con palpitantes corazones
Penetran por las puertas mal cerradas
En confuso tropel los Dolíones,
Y siembran el terror entre la gente
Al referirle su desastre ingente.

CCXVI

A entrambas huestes, al rayar la aurora
Su irreparable error, la matutina
Primera luz, revela aterradora.
Al ver tendido al Rey, que contamina
Sangre con polvo, súbito devora
Dolor acerbo a la legión divina.
Tres días gime con el pueblo todo
Mesándose el cabello en cruel modo.

CCXVII

Luego los héroes de la Minia banda
Con sus armas adórnanse marciales
De fino bronce; y como el rito manda,
Celebran los solemnes funerales,
En torno de la tumba veneranda
Tres veces desfilando, con iguales
Acompasados pasos; y establecen
Juegos que en nuestra edad aún no perecen.

CCXVIII

Sobrevivir no quiere al golpe rudo
La augusta viuda, la afligida Clita,
Y el grave mal que la carcome agudo
Con mal más grave remediar medita,
atase al cuello corredizo nudo,
Y su cuerpo gentil la cuerda agita.
No hay ninfa de la selva que no vierta
Copioso llanto al contemplarla muerta.

CCXIX

Los ojos de las ninfas tutelares
De los bosques derraman tal torrente
De lágrimas amargas, que los mares
Aumentar amenaza su corriente.
Mas ellas, sofocando sus pesares,
Convierten el raudal en dulce fuente,
E ínclita la apellidan, en memoria
De Clita la infelice, de alta gloria.

CCXX

Funesto sale el Sol para las bellas
Mujeres dolionias este día.
En los varones, más profundas huellas
Júpiter deja impresas todavía.
Ninguna mano, atenta a sus querellas,
Mueve el molino, en la cocina fría,
Y el grano al natural, sin cocimiento,
Sirve por mucho tiempo de alimento.

CCXXI

De años y siglos el transcurso vario
De honor ha convertido en testimonio
Lo que al principio ayuno funerario
Fué para el afligido Dolionio;
Y al celebrar el triste aniversario
El que en Cízico mora, pueblo Jonio,
No en los hogares la ritual harina
Muele, sino en la pública oficina.

CCXXII

De tempestades hórrida cadena,
Que dura doce días, se desata.
Doce noches también el rayo truena,
Y a los héroes los planes desbarata.
El sueño, al fin, sus párpados enfrena,
Y en tanto, de velar la poco grata
Misión, que sobre Acasto y Mopso cae,
Bienes inmensos a los nautas trae.

CCXXIII

Se acerca el alba, cuando alción marino
Sobre la rubia cabellera vuela
Del dormido Jasón. Su agudo trino
De la borrasca el término revela.
Lo oye y comprende Mopso el adivino
Y observa, a fuer de experto centinela,
Que adverso Numen, de la minia nave,
Procura en vano desviar al ave.

CCXXIV

Del mástil remontándose a la altura,
El pájaro consigue, de la popa
Posarse en la simbólica escultura.
El Capitán de la divina tropa
Sobre el blando vellón de lana pura
Con su manto de púrpura se arropa.
Despiértale el Profeta de su sueño,
Y esta arenga dirígele halagüeño:

CCXXV

“Del magnánimo Esón hijo sublime
Para que el sol del éxito te alumbre
Es fuerza que tu aliento nos anime
A subir del Dindimo a la alta cumbre.
Allí tu error ante el altar redime,
Y, obediente a la mística costumbre,
Haz que la Madre de los Dioses, Rhea,
Con sacrificios aplacada sea.

CCXXVI

”Al punto cesarán los huracanes,
Brillarán las estrellas en los cielos,
Y vientos favorables a tus planes
Calmarán tus zozobras y recelos.
Así con misteriosos ademanes
Bien claro me lo dijo en sus revuelos,
En torno de tu lecho, alción marino
Que a recrear tu sueño anoche vino.

CCXXVII

Vientos y mares la Deidad comprende
En sus dominios, y la baja tierra
Y aun el nevado Olimpo; y cuando asciende
Al trono celestial, desde su sierra,
Júpiter, por su Madre, condesciende
El rayo en apagar que el mundo aterra:
Y a las prerrogativas maternas
Rinden honor los otros Inmortales.

CCXXVIII

La favorable predicción, de gozo
Llena a Jasón, que da la voz de alerta.
Salta del lecho: loco de alborozo,
Uno por uno a los demás despierta.
Las nuevas comunica sin embozo
Que acaba de saber de ciencia cierta;
y en busca parten de rituales bueyes,
De aquel Senado los menores reyes.

CCXXIX

Mientras que a los cornudos animales
La juventud al monte agujonea,
El resto de los héroes inmortales
En desatar su actividad emplea
Las amarras que ató provisionales
Al Sagrado Peñón. Luego ondea
La nave, por los remos empujada,
Del Tracio litoral en la ensenada.

CCXXX

Dejando a bordo poco numerosa
Guardia, suben a prisa al alto monte,
Y a sus ojos, qué vista tan gloriosa
Se presenta, qué espléndido horizonte:
La de Tracia, a sus pies, playa arenosa,
De Macra con la cúspide bifronte;
Del Bósforo la boca, envuelta en niebla,
Los cerros, más allá, que el Miso puebla.

CCXXXI

Divísanse los muros de Adrastía.
La Épica llanura se dilata
Al lado opuesto; y la corriente fría
Del Esepo, reluce como plata.
Entre tanto, al cruzar la selva umbría.
De algunos las miradas arrebatada
De antiquísima vid tronco desnudo,
Alto, robusto, sin verdor ni nudo.

CCXXXII

Para formar de la Deidad serrana
El simulacro lo guardó el Destino.
Lo corta la segur, y Argos se afana
En modelarlo con cincel divino.
En hombros, a la cumbre no lejana
Lo suben, por el áspero camino
Le ofrecen pabellón, copas y frondas
De hayas gigantes, con raíces hondas.

CCXXXIII

Menudas piedras forman el que estrena

Inmaculado altar. Hojas de roble
Lo coronan, al par que la melena
De cada sacerdote de la noble
Falange, que a la Madre Dindimena
Invoca con el nombre augusto y doble
De Cibeles y Rhea; que a los Frigios
Enaltece con dones y prodigios.

CCXXXIV

También a Ticio y a Cileno implora,
Pareja entre millares escogida
De *Dáctilos Ideos*, que asesora
A la Madre benéfica del Ida.
Anquíale, la Ninfa seductora,
Con ambas manos a la tierra asida,
Los dió a la luz, en la sagrada cueva
De Creta que de Dicte el nombre lleva.

CCXXXV

A la Diosa, con sendas oraciones,
Los labios de Jasón piden bonanza,
Mientras su copa de oro libaciones
Sobre los bueyes humeantes lanza.
Armado coro de ínclitos varones
Que Orfeo organizó, bélica danza,
El ancho pomo del acero agudo
Resonando a compás sobre el escudo.

CCXXXVI

Así procura que se lleve el viento
El que a su Rey la multitud dedica
Malaugurado funeral lamento.
Parece que no en vano sacrifica
Jasón a la Gran Diosa, que al momento
Sus señales de agrado multiplica.
Los Frigios acostumbran desde entonces.
Propiciarla con tímpanos y bronces.

CCXXXVII

La lluvia de prodigios celestiales
Que la hecatombe atrae, ¿a quién no asombra?

De súbito se truecan en frutales
Los árboles que apenas daban sombra;
Espontánea germina de rosales
Y de violetas perfumada alfombra.
Y agitando las colas, van las fieras
Llegando de sus hondas madrigueras.

CCXXXVIII

La gratitud del pueblo, con portento
Mayor aún, la madre Diosa gana.
En el Dindimo, el animal sediento
La flor, el hombre, arroyo ni fontana
Jamás halló. Con su divino aliento
Raudal perenne de la roca mana,
Que el insular, de amor en testimonio,
Llama hasta el día Manantial Jasonio.

CCXXXIX

Antes de regresar los Argonautas
Al puerto, en la Montaña de los Osos
Se sientan en redor de mesas lautas
Libando, al son de cánticos piadosos,
De la Diosa en honor. Miradas cautas
Lanzan al mar y al éter; y animosos
Levan las anclas al rayar la aurora
Y enderezan al piélago la prora.

CCXL

No riza el mar el céfiro más leve,
Y a fuerza de bogar se va adelante.
A los heroicos remadores mueve
Tanta calma a apostar quién más aguante
Tendrá, quién será el último que lleve
Su remo, sin soltarlo ni un instante,
Y reman con tal ímpetu y pujanza,
Que más que él huracán, el Argo avanza.

CCXLI

Del carro de Neptuno los bridones
Con pies de tempestad y aéreos bríos
A aquellos indomables campeones
Del Argo nunca alcanzarán tardíos.
Pero al caer la tarde, ventarrones
Que soplan de las bocas de los ríos
La azotan a estribor, y fatigada
Deja a la juventud la marejada.

CCXLII

Tanto bogar a la falange hostiga:
Y a uno tras otro arranca de las manos
Los inútiles remos la fatiga.
Hércules, con sus brazos sobrehumanos
A quedarse en los bancos los obliga.
Anima a los cansados veteranos,
Y de su remo al poderoso empuje
El maderamen de la nave cruje.

CCXLIII

De Frigia se perdió la última roca;
De Egeón el sepulcro se divisa;
Ya del Rhíndaco claro por la Boca
Va a entrar la nave a la comarca Misa»
Del agitado mar la furia loca
Que Hércules va surcando a toda prisa
Le rompe por en medio el largo remo
Y arrebatan las olas un extremo.

CCXLIV

El ímpetu derriba de costado
Al héroe, que aun caído al ponto reta.
La otra mitad del remo destrozado
Con ambas manos pertinaz sujeta.
Torna a su banco, y a uno y otro lado
Vaga dirige la mirada inquieta.
Acostumbrado nunca a estar ocioso,
Lo cansa, hasta un momento de reposo

CCXLV

Va a anochecer. Es la hora vespertina
En que, del campo, el labrador hambriento
De arar cansado, lánguido camina
A su cabaña, sucio y polvoriento.
Dóblansele las piernas: se reclina
En el portal del rústico aposento
Y al ver sus manos, que el cavar maltrata
En mil imprecaciones se desata.

CCXLVI

Llegan los nautas, a la escasa lumbre
Crepuscular, de desemboca el Cío,
Y el Argantonio monte su alta cumbre
Levanta, en el Cianeo Señorío.
Ganado, harina, miel, fruta, legumbre
Hospitalarios llevan al navío,
Con vinos exquisitos y abundantes,
De Misia los corteses habitantes.

CCXLVII

Saltan a tierra, y unos verde grama
Al prado, o a los árboles follaje,
Quitan, para formarse blanda cama.
De otros aguza el afilado herraje
El palo, que al girar la leña inflama;
Otros, en fin, el místico homenaje
Preparan en honor de Apolo Ecbaso,
Vino vertiendo en cincelado vaso.

CCXLVIII

En tanto, va de Júpiter augusto
El Hijo al secular bosque vecino
En busca de otro remo, que a su gusto
Reemplace el que le ha roto el torbellino.
Con un tronco, cual de álamo robusto,
Se le presenta gigantesco pino
Que sin brazos ni frondas se alza recto.
Hallar no es fácil otro más perfecto.

CCIL

A toda prisa el héroe se despoja
De la piel de león, y con la aljaba,
El arco y flechas en el suelo arroja.
A recios golpes de la enorme clava
Tachonada de bronce, el pino afloja,
Y do más fuerte la raíz lo traba,
Fiado en su gran vigor, el tronco aferra
Con ambas manos, cerca de la tierra.

CCL

Con las abiertas piernas de gigante
Y el hombro colosal, hace palanca
Con terrones, raíces, y, no obstante
Su gran profundidad, el pino arranca.
Así ve arrebatarse el navegante
El mástil, con sus clavos y retranca
Cuando azota tenaz, casco y entena
El vendaval que Orion desencadena.

CCLI

Sus armas y su piel recoge Alcides
Y el árbol, como lanza, esgrime fiero.
Ni se unirá a los nobles adalides
Ni encontrará a su joven escudero
Hilas, que a su servicio y a las lides
Formado tiene. En busca de un venero
De agua potable se alejó, imprudente,
De cobre con su cántaro luciente.

CCLII

Mientras del bosque su señor regresa
Quiere para los regios comensales
Puntual aparejar la agreste mesa.
Desde que aquél lo recogió en pañales
Contra el Driope en la fatal empresa,
Al huérfano enseñó finos modales,
Y al arte de la guerra y del gobierno
Lo preparaba con afecto tierno.

CCLIII

Era el Driope montaraz y rudo,
Sin respetar jamás ley ni derecho.
Un pretexto encontrar Hércules pudo
Para asaltarlo, y lo dejó maltrecho.
Araba, triste, con su buey cornudo
Teyodamanto el árido barbecho,
Cuando la bestia Alcides le arrebató
Y al mismo Rey, que se defiende, mata.

CCLIV

La que siguió, batalla formidable
Y guerra de exterminio, causa espanto.
Narrar tanto desmán no fuera dable
A mi musa gentil en este canto.
Tan sólo de Hilas permitidme que hable,
Hijo del infeliz Teyodamanto,
Que, sin sospechas de su suerte, llega
Al sacro manantial que llaman *Pega*.

CCLV

Era precisamente la semana
En que, de ninfas los alegres coros,
No lejos de la límpida fontana
De su belleza lucen los tesoros
Celebrando a la espléndida Diana
Con danzas y con cánticos sonoros,
Sin que una sola ninfa del risueño
Promontorio jamás falte al empeño.

CCLVI

Las de los montes y antros, a distancia
Se presentan formadas en hilera.
Las que la selva guardan, su elegancia
Ostentan más abajo, en la pradera.
Aprestase a dejar su húmeda estancia
Y el pecho de alabastro saca fuera,
La ninfa tutelar de aquella fuente,
Cuando al gallardo joven mira enfrente.

CCLVII

Del rostro la blancura la fascina
Y de su cuerpo la encendida rosa,
Que, llena, desde el éter ilumina
La luna, como nunca esplendorosa
Asesta, en tanto, la Deidad Ciprina
A su pecho gentil flecha amorosa
Que súbita la hiere y enloquece
Y la Náyade casi desfallece.

CCLVIII

Para que el chorro el ánfora reciba
Observa que tendido se coloca,
Hacia adentro la faz, los pies arriba.
Un brazo le echa al cuello; con su boca
La boca del doncel busca lasciva,
Y en el raudal lo precipita loca,
Con la otra mano asiéndolo del codo
Con tal vigor, que lo sumerge todo.

CCVIX

Polifemo Elátida a paso lento
Se alejó de la heroica compañía,
Y a la llegada de Hércules atento
El valle solitario recorría,
Cuando hirió sus oídos un lamento
Apagado, que de Hilas parecía,
Y desnudando el sable, nimbo a *Pega*
A todo escape atravesó la vega.

CCLX

Como el león que en la floresta habita
Y oye a lo lejos de la tierna oveja
El agudo balar, que su hambre incita,
De su caverna rápido se aleja
Y a los apriscos al llegar, le irrita
Que impenetrable la cerrada reja
Resiste de sus garras el empuje,
Y se retira, y con espanto ruge.

CCLXI

No de otra suerte a Polifemo oprime
Ciego furor. Quizá bestias feroces
Devoraron al joven. Quizá gime
Víctima de ladrones más atroces.
Salta y corre al azar. La espada esgrime.
A Hilas junto a la fuente llama a voces.
Vano clamar. La enamorada ninfa
Lo guarda en los cristales de su linfa.

CCLXII

Por ver Si en medio de las selvas halla
Del perdido garzón algún indicio,
Se interna en su espesor; pero no acalla
Esa inquietud que le trastorna el juicio.
Un hombre ve de gigantesca talla,
Y de la luna al resplandor propicio
A Hércules reconoce... Al infelice
Detiene respetuoso, y así dice:

CCLXIII

“¡Desventurado amigo! Mensajero
Soy de nuevas fatídicas; pero antes
Que nadie la noticia darte quiero.
Por agua, los ansiosos navegante
Mandaron a tu cándido escudero,
Que aún no retorna. Presa de bergantes
O de lobos famélicos ha sido.
Claro escuché su lúgubre gemido.”

CCLXIV

A Al cides deja atónito el relato
Que conmovido le hace Polifemo.
Frío sudor lo baña; y largo rato
Inmóvil queda, en su dolor supremo.
Arroja con frenético arrebató
El árbol que ha cortado para remo,
Y, sin seguir sendero ni camino,
Se echa a correr en brazos del Destino,.

CCLXV

Como toro, del tábano punzado,

Cual flecha por el campo se dispara
Y ni atiende a pastores ni al ganado,
Y ya corre furioso, ya se para,
Ya muge con el cuello levantado,
Así en Jasón y el Argo no repara
Hércules, y ya corre, ya se agita,
Ya se detiene y con espanto grita.

CCLXVI

Va a amanecer. La matutina estrella
Sobre los altos picos aparece.
Ventolina sutil, delante de ella
Baja a las ondas y la nave mece.
Tifis aprovechar brisa tan bella
Manda. De embarque la orden obedece
La augusta tropa; y antes de la aurora
Anclas levando, hiende el mar la prora.

CCLXVII

Las velas del bajel la brisa enarca,
Y en breves horas deja atrás la punta
Que al Numen de los mares y monarca
Consagró la piedad. Clara despunta
El alba al fin, y al recorrer la barca,
Grave desgracia el Capitán barrunta.
Con Hércules, al vástago de Elato
En tierra abandonó grumete ingrato.

CCLXVIII

¡Qué agitación se sigue y qué tumulto
¡Dejar a nuestros dos conmlitones
A quienes Grecia entera rinde culto!
¡Dejar a los más fuertes campeones
Del Argo! ¿Es simple olvido o es insulto?
No se altera Jasón, ni oye razones,
Ni habla en contra o en pro. Furor inspira
A Telamón, que dice, ardiendo en ira:

CCLXIX

“¡Gózate en tu obra! Que te hiciera sombra
Al regresar a Grecia, la alta fama
Del Argonauta que Hércules se nombra
Siempre temiste. De la inicua trama
Eres único autor... y no me asombra,
Pero ¿a qué hablar? ¡La furia que me inflama
Sabrá quitar tus cómplices de en medio!
Yo solo a tanto mal pondré remedio.”

CCLXX

Diciendo así, frenético arremete
Contra Tifis Agniades el piloto.
Si Calaín audaz no se entromete
Y a tamaño desmán no pone coto
Con el auxilio de su hermano Zete,
A despecho del mar y contra el noto,
Atrás volviera la agitada quilla
Buscando a Alcides en la Misia orilla.

CCLXXI

¡Hijos de Bóreas, esplendor de Tracia
El estorbar del Argo el retroceso
Más tarde causará vuestra desgracia.
En la memoria de Hércules impreso
El baldón quedará. Perdón ni gracia
Podréis hallar, de Cólquide al regreso,
Al caer en sus manos colosales,
De Pelias en los juegos funerales.

CCLXXII

Verificarse vió la profecía
Muchos años después, el territorio
De Tenos, que circunda mar bravía.
Alzóles monumento mortuorio
El mismo que homicida los hería,
Con obelisco doble expiatorio.
Uno de éstos agítase ¡oh, portento!
Como pluma, de Bóreas con el viento.

CCLXXIII

Hoy la contienda a dirimir del Argo,
Glauco, veraz heraldo de Nereo,
De la profundidad del ponto amargo
Surge imponente. El pecho giganteo,
La hirsuta barba y el cabello largo
Saca empapado, al esplendor Febeo,
Y asiendo fuertemente la carena,
Con voz exclama, que el espacio llena

CCLXXIV

“¡Insensatos! ¿qué hacéis? Contra los Hados
Y voluntad expresa del Tonante,
Por recoger dos nautas rezagados
Impedís que el bajel siga adelante.
De los trabajos a Hércules mandados
Para ceñir de Numen la brillante
Corona, la mitad aún lo aguarda.
Necio será quien su misión retarda.

CCLXXV

”Dejad que el hijo de la bella Alcmena
A Argólide retome a su albedrío.
Jove fundar a Polifemo ordena
Rica ciudad de desemboca el Cío,
Hilas, en fin, cuyo clamor de pena
Causara de los dos el extravío,
Es ya marido de la ninfa ardiente
Que al fondo lo introdujo de su fuente.

CCLXXVI

Dice: y la quilla de la nave suelta,
Junta las manos, la cabeza inclina,
Y se sumerge en actitud resuelta.
Las ondas tiñe espuma blanquecina,
Y al ir luchando con la mar revuelta
Crujen las cuerdas y el timón rechina.
Toma a los corazones la bonanza
Y hacia su jefe Telamón avanza.

CCLXXVII

Tiende la mano, que Jasón estrecha,
Y entre sus brazos con afán se arroja.
“Perdona—dice—y a los vientos echa
Las que me sugirió fiero congoja
Palabras de baldón. De antigua fecha
Data nuestra amistad, y me sonroja
El impensado olvido de mí mismo,
Volvamos al cordial compañerismo.”

CCLXXVIII

“Volvamos, sí—magnánimo replica
Esónides—y piensa cuánto afrenta
Quien calumniosa acusación publica.
¡A un amigo vender! Si tu opulenta
Hacienda, en oro y en ganados rica,
Dijeras que robé, menos violenta
Fuera mi pena. Que hables en mi abono
A quien me ataque, espero... y te perdono.

CCLXXIX

Mientras se reconcilian en la nave,
La voluntad de Júpiter divino
Que cumplan hasta el fin, disponer sabe,
Los dos abandonados su destino.
Fundar una ciudad en suerte cabe
A Polifemo. El Cío cristalino
Le dará a la Ciudad aguas y nombre,
Y al fundador, espléndido renombre.

CCLXXX

Hércules marcha a terminar los doce
Trabajos exigidos de Euristeo,
Como la suerte de Hilas desconoce
Y hallarlo a toda costa es su deseo,
Si no lo encuentra, ya de vida goce
O haya bajado al lúgubre Leteo,
Promete a los de Misia el exterminio
De sus campiñas, pueblos y dominio.

CCLXXXI

Juran buscarlo, y dan como rehenes
Los jóvenes más nobles de la tierra
Sus vidas empeñando con sus bienes.
Hércules en Traquina los encierra.
Vanos serán los cánticos perennes
A Hilas buscando por llanura y sierra.
Perded toda esperanza que responda
Entretenido por su ninfa blonda.

CCLXXXII

Todo el día sopló próspero viento
Que en la noche arreció; pero la aurora
Quitó a los blandos céfiros aliento
Dejando inmóvil la cansada prora,
Un golfo y una punta, el ojo atento
Observó de los nautas; y a la hora
Que nace el Sol, entraba en la ensenada
El Argo, por los remos empujada.
FIN DEL LIBRO PRIMERO

LIBRO SEGUNDO

SUMARIO DEL LIBRO II

Lucha de Pólux con Amico, rey de los Bébrices: derrota y muerte de Amico (octavas la 20), Victoria de los Argonautas sobre los Bébrices: llegada a la casa de Finco (21-38). Historia de Fineo y de las Harpías, que son perseguidas por Calaín y Zetas, hijos de Bóreas (39-66). Vaticinio de Fineo y regreso de los hijos de Bóreas (67-100). Episodio de Parebio (101-112). Origen de los vientos Etesios (113-121). Pasa el Argo entre las Simplégades con la ayuda de Minerva (122-138), Llegada a Tiniada: aparición de Apolo (139-166). Llegan a la tierra de los Mariandinos, donde son bien recibidos por su rey Lico (167-174). Muerte de Idmón y de Tifis: se nombra piloto a Anceo (175-209). Pasan los Argonautas por Sinope y el Cabo de las Amazonas y llegan al territorio de los Cálibes (210-236), Costumbres de los Tibarenos y Mosinecos (237-240). Lucha con los pájaros de la isla de Marte (241-255). Allí encuentran a los hijos de Frijó, que acaban de naufragar (256-290). Llegada a Cólquide (291-294).

LIBRO SEGUNDO

I

Donde ancoró la nave, de los bueyes
Los establos están, del fiero Amico,
El más insoportable de los reyes
Y del género humano el más cínico.
Al extranjero impone duras leyes,

Yugo de hierro al súbdito Bebrico.

Melia, Bitinia ninfa, seducida

Por Neptuno falaz, le dió la vida.

II

Bien con el cesto, o con desnudos brazos,

Obliga a quien arriba a su dominio

A medirse con él a puñetazos

Hasta lograr de alguno el exterminio.

Cadáveres sin cuento, hechos pedazos,

De vecinos se ven. Al bajel Minio

Llega sin saludar. Tampoco inquiera

Quién es, cuándo zarpó, dó va, qué quiere

III

“Piratas de la mar, oíd atentos
(Sin preámbulos dice), que os importa:
No volverán a arrebatat los vientos
Al pasajero que a mi playa aporta
Si de mis puños antes los alientos
En singular combate no soporta.
Tal es el texto de la ley Bebricia,
De que mi labio os da plena noticia.

IV

”De vuestras filas al mejor atleta
Sacad para el terrible pugilato.
Quien, cobarde, a mi ley no se someta
Aguarde triste fin y áspero trato.”
Así a los nautas, petulante, reta,
Y de ira en un espléndido arrebató,
Pólux, con fieros, mas corteses modos,
Replica a nombre de los héroes todos:

V

“La lengua ten; y tu brutal violencia,
Quienquier que seas, desplegar no intentes
En contra de nosotros, que obediencia
Verás que a tus mandatos insolentes
Prestamos sin temor. Aquí, en presencia
De mis conmlitones y tus gentes,
Tu reto acepto, y con placer te digo
Que voy yo mismo a combatir contigo.”

VI

Como león, por el arpón herido
De un solo cazador en la floresta,
Aunque de mil monteros perseguido,
Mira no más a aquel cuya ballesta
Sin sangre lo dejó, mas no rendido,
Sobre el que dió la intrépida respuesta
Amico clava así los grandes ojos,
Torvos girando, como globos rojos.

VII

Del fino, manto de ligera lana
Que en Lemnos le donó bella viuda,
De hospedaje y amor prenda no vana,
Tindárides al punto se desnuda.
También arroja el Rey de mala gana
Su capa negra, el broche que la anuda
Y el tronco de acebuche claveteado
Que de maza le sirve y de cayado.

VIII

Exploran y separan el terreno,
Y de uno y otro lado forman valla
Bébrices y Argonautas, sobre el heno
Sentados. Esperando la batalla,
A cada luchador miran de lleno.
¡Qué diferente su ademán, su talla ¡
El uno es de Tifo imagen viva
O aborto de la tierra primitiva.

IX

Dicen que tales monstruos y alimañas
Produjeron, después de su querrela
Con Júpiter, sus grávidas entrañas.
Tindárides, en cambio, como estrella
Que por los cielos, mares y montañas
Dejando va su luminosa huella
A los mortales, que a su faz dirigen
La vista, muestra su divino origen.

X

Como entreabierto flor, en su mejilla
Empieza a despuntar el primer bozo
Y la inocencia en su pupila brilla;
Pero en los brazos del gallardo mozo
La fuerza de titán nos maravilla.
Los prueba y los esgrime sin embozo,
Por Si sacó a los músculos de quicio
Tanto remar o falta de ejercicio.

XI

Amigo a su rival de lejos mira,

Y mudo, desdeñando todo ensayo,
Por el momento crítico suspira
De arrojársele encima como un rayo
Y su sangre verter. Al suelo tira
Entre los dos, Licorio, su lacayo,
Dos pares de manoplas contundentes,
De cuero crudo, tiesas, resistentes.

XII

“El guantelete que te cuadre escoge
(Dice Amico, procaz): Si suertes echo
Es fácil que acusarme se te antoje
De inclinar la balanza en mi provecho.
Cuando la sangre tus quijadas moje
Podrás decir cuán duro y cuán estrecho
Sé fabricar el guante de combate
Y el cuero retorcer que al brazo lo ate.”

XIII

Pólux al descortés que lo provoca
Nada responde. Con gentil sonrisa
En una y otra mano se coloca
El par de cestos que a sus pies divisa.
Su hermano Cástor, que sentado a poca
Distancia está, levántase de prisa,
Y entre él y Talo, el hijo de Biantes,
Con mil augurios, átanle los guantes.

XIV

Al brazo de su Rey, de igual manera,
Omito con Areto atan el *cesto*.
¡Ciegos! Esta faena es la postrera:
El Hado le reserva fin, funesto.
Apártanse, del ímpetu en espera,
Ambos atletas, con marcial apresto,
Y cada lidiador alza, prudente,
Los puños a la altura de la frente.

XV

Como en la mar, ha tiempo embravecida
(Ultima en la tormenta que fenece),

Una ola colosal álzase erguida
Que hundir en su vorágine apetece
La nave, con furiosa acometida;
Pero ésta vira, se desliza, ofrece
El flanco al golpe, y cuando ya zozobra
La salva del piloto hábil maniobra,
XVI

Así de los Bebricios el tirano
Sobre el noble Tindárides se lanza
Asolador, infatigable, ufano.
Con la heredada indómita pujanza
Los golpes menudea; pero en vano
En los músculos cifra su esperanza:
Con arte y ligereza los esquiva
El hijo fuerte de la bella Argíva.
XVII

De su adversario a cada puñetazo
Con otro puñetazo corresponde
Que lo tritura cual pesado mazo.
Explora con astucia cómo y dónde
Herirlo puede, o Si el nervudo brazo
Virtud que lo haga invulnerable esconde.
Toros parecen ambos combatientes
Por vaca amada hiriéndose las frentes.
XVIII

Como de guerra en grandes arsenale ¡
Cuando clavan tablones y maderos
Uno sobre otro, artífices navales,
De martillos sin fin golpes certeros
Con estrépito suenan desiguales
Esgrimidos por bravos carpinteros,
Así con las continuas bofetadas
Resuenan dentaduras y quijadas.
XIX

Y no quieren ceder. Ya sin aliento
El pecho, y vacilantes las rodillas,
A respirar se paran un momento

Y enjugan el sudor de sus mejillas.
Breve es la tregua. A su rival atento,
Levántase el gigante de puntillas,
Como el que mata un buey: su cuerpo alarga,
De arriba, abajo un golpe le descarga.

XX

Pólux, zafando la cerviz, lo esquivo,
Y sobre el hombro cae el guantelete.
Su propia pierna, con maniobra viva,
Entre las piernas del gigante mete;
Salta veloz, y un poco más arriba
De la siniestra oreja lo acomete:
Rómpele el cráneo; y, al caer de hinojos,
Cierra la muerte del jayán los ojos.

XXI

Grito de triunfo atronadora lanza
La Minia tropa. La nación Bebricia
No abandona a su Rey; y de venganza
Insaciables anhelos acaricia.
Con mazas y venablos se abalanza
En confuso tropel. En su estulticia
Cree fácil derribar al héroe Minio
Y a la nave llevar el exterminio.

XXII

Pero saltan en pie sus camaradas.
Movidos cual de mágico resorte,
Y airosos desenvainan las espadas.
En orden de batalla la cohorte,
Aguarda las barbáricas mesnadas.
Cástor, al más audaz, con rudo corte
De sable, en dos mitades la cabeza,
Diestro, divide, y la campaña empieza.

XXIII

Pólux, aunque sin armas, salvo el guante
De lucha con que al Rey dejó maltrecho,
Al colosal Itímeno y Minante
Mata a la par. Un puntapié en el pecho
Asesta a aquél, saltándole delante.
Al otro arranca el párpado derecho,
Sobre la ceja al dar el golpe rudo
Que deja el globo en su órbita desnudo.

XXIV

Rozarlo puede apenas Oreídes
(Del rey Amico el íntimo lacayo),
Aunque su lanza a Talo Santidades
El cinturón perfora de soslayo.
Ni Areto logra a Ifito el Euritides
Con su maza causar sino un desmayo.
Aún es el Hado a su vivir propicio:
Más tarde al agresor matará Clício.

XXV

Anceo, el de Licurgo, a la palestra
Salta, blandiendo su segur enorme,
Que resplandece bélica en su diestra.
A guisa de broquel, de oso disforme
Obscura piel le cubre, la siniestra.
De los Bebricios en el grupo informe
(Ya con él los Eácidas) se mete.
Y Esónides tras ellos arremete.

XXVI

Cuando de crudo invierno en noche fría.
Entran en el redil lobos rapaces
Sin que el pastor los sienta, o la jauría
De sus mastines, siempre tan sagaces,
Las mil ovejas que el establo cría,
Huyendo de sus ímpetus voraces,
Se empujan, se atropellan, se encaraman
Unas sobre otras, y el terror derraman,

XXVII

Así en el lazo que tendió se enreda
La bárbara, confusa muchedumbre,
Sin que salvarse de los héroes pueda.
Pero como el pastor enciende lumbre
Sólo para ahuyentar con la humareda
Los enjambres de abejas que en la cumbre
De la montaña zumban a millares
En los improvisados colmenares,

XXVIII

El campo así los próceres despejan,
Y más con el fulgor de las espadas
Que con el filo a los contrarios vejan.
Estos se diseminan en bandadas
Y sus cabañas y heredades dejan
En su insensata fuga abandonadas,
Mientras esparcen ¡necios! la noticia
Del fin de Amico en la interior Bebricia.

XXIX

Al frente de sus bravos Mariandines
Acostumbraba el belicoso Lico
Atravesar del reino los confines
Y devastar su territorio, rico
En viñedos y pueblos. Ya sus fines
No puede contrariar el muerto Amico,
Y apenas llega la funesta nueva
Sus incursiones con furor renueva.

XXX

¿Quién augurar pudiera mal tamaño
Menos el que los nautas extranjeros
Arrebataran al real rebaño
Las mejores ovejas y cameros.
Al verlos inmolar, desde su escaño.
Frente al bajel, así a sus compañeros
En tono, ya de veras, ya de mofa,
Uno de los marinos apostrofa:

XXXI

“Decid: ¿qué fuera de la vil canalla
Sí entre nosotros a Hércules su puesto
Dejado hubiera un Dios? Que ni batalla
Ni pugilato viéramos, yo apuesto.
Jamás tuviera un héroe de su talla
Paciencia para oír tanto denuesto
De Amico. De su orgullo y ley sangrienta
Un golpe de la clava diera cuenta.

XXXII

Mientras con viento favorable en alta
Mar nos lanzamos, a él en la desnuda
Playa dejamos: ya veréis qué falta
A todos nos hará. Que sin su ayuda
Poco podremos a los ojos salta.”
Quien tantos males augurar no duda
Ignora que dispuso tal ausencia
De Júpiter la sabia providencia.

XXXIII

Es preciso curar las contusiones
Y heridas de los frágiles mortales,
Y víctimas y sacras libaciones
Ofrecer a los Dioses inmortales.
Para cumplir las dos obligaciones
De religión y afectos fraternales,
Del Argo las amarras no desatan
Aquella noche, y pingües bueyes matan.

XXXIV

Tras lauta cena, sin que el sueño grave
Los ojos, cortan las rituales frondas
Al árbol a que atada está la nave,
Y ciñen de laurel las frentes blondas.
Tañe Orfeo su cítara suave,
Y el himno escuchan las tranquilas ondas
Que canta a Pólux, luchador ilustre,
Hijo de Jove, de Terapna lustre.

XXXV

La luz del Sol, que a la montaña asciende
Y a los pastores despertó temprano,
A los piadosos próceres sorprende
Con las guirnaldas y ánfora en la mano.
Leva entonces el ancla: el viaje emprende
La nave rumbo al Bósforo cercano,
Y del botín quitado al enemigo
Cuanto puede cargar lleva consigo.

XXXVI

Aunque es de popa el viento, les ataja
El paso una ola colosal, inmensa,
Que no sube del mar, sino que baja
Del cielo, al parecer, y se condensa,
Y cual montaña entre las dos encaja.
Que va a estrellarse el navegante piensa
Pero un piloto de experiencia sabe
Cortar las olas y salvar la nave.

XXXVII

Hábil piloto es Tifis Agniades,
Y a la destreza la ola no resiste
Del que ha vencido tantas tempestades,
Y con igual valor hora la embiste.
Salva de aquel peligro a sus cofrades,
Pero se quedan con el alma triste;
Y al brillar nuevo Sol la nave Minia
En las costas atraca de Bitinia.

XXXVIII

Allí en el litoral Fineo mora,
El hijo de Agenor. De los mortales
Es el más infeliz y el que más llora
Bienes trocados por su culpa en males.
De Apolo la Deidad deslumbradora
Lo quiso superior a sus iguales,
Y el don le concedió de profecía,
Que su baldón originar debía.

XXXIX

Al verse dueño de tan alta prenda,
Aun a Jove perdió todo respeto;
Y a su locuacidad suelta la rienda,
Reveló de los dioses el secreto.
Cegó sus ojos catarata horrenda
De Jove por altísimo decreto,
Que a larga senectud y eterno ayuno
Condenaba al profeta inoportuno.

XL

Postrer recurso en su destino aciago
Era el socorro de personas pías
Que le llevaban víveres en pago
De sus acostumbradas profecías.
Ni un pedazo de pan, ni un solo trago,
Que llegara, dejaban las Harpías,
Sino sucio y hediondo hasta su boca,
Y en cantidad, para nutrirlo, poca.

XLI

Volaban por las nubes, en acecho,
Esas mujeres de pesadas alas,
De corvos picos, con humano pecho,
Garras de buitre, piernas como palas,
Y se precipitaban sobre el techo
De aquella choza sin calor ni galas,
Cuanto no le robaban, apestando,
Y con su hedor a todos alejando.

XLII

Oye el tropel el desdichado ciego,
Y su instinto profético que el justo
Castigo va a cesar le avisa luego.
Es la Legión que Júpiter Augusto
Mandarle prometió del suelo griego
Del paladar a devolverle el gusto.
Del duro lecho torpemente salta;
Sombra parece a quien el cuerpo falta.

XLIII

Más que la árida planta, lo sostiene
Su palo, al arrastrarse hacia la puerta.
Tentando la pared, trémulo viene
Y apenas el umbral a hallar acierta.
De suciedad y podredumbre tiene
Con capa asquerosísima cubierta
La piel, a pergamino semejante
Que liga su osamenta vacilante.

XLIV

Siéntase apenas al portal asoma.
Un vértigo letal lo desvanece,
Las piernas le flaquean, se desploma;
Que vueltas da la tierra le parece.
Despierta, al fin, del prolongado coma
Y de los Minios el asombro crece
Que con el Capitán a su socorro
Volaron, y en el atrio forman corro.

XLV

Con habla cavernosa, pero llena
De profético acento: "Oíd (exclama),
¡Oh flor y nata de la gente Helena!
Si fuereis, en verdad, los que la Fama
Anuncia... y sí lo sois, porque la vena
Que inspiración en mi ánimo derrama,
Y en que, a despecho de mis años, bebo,
Aún no ha cegado, cual mis ojos, Febo.

XLVI

"Os reconozco. De Jasón al mando,
Por exigencias de feroz Monarca,
El Vellochino de oro vais buscando.
Argo se llama vuestra hermosa barca.
¡Vástago de Latona venerando!
Gracias te doy. En alabanzas parca
Nunca será mi agradecida lengua.
Aun en mis penas tu favor no mengua.

XLVII

"A vosotros, por Júpiter, que el vicio
Castiga y las virtudes recompensa;
Por Febo, que se muestra tan propicio;
Por Juno, que en salvaros sólo piensa;
Por todas las Deidades: un servicio
Os pido. Sed mi amparo y mi defensa,
Y no os vayáis sin libertar a este hombre
De la que sufre adversidad sin nombre.

XLVIII

"No sólo la más negra de las Furias
Con su implacable pie cegó mis ojos,
Y a una vejez que durará centurias
Me tienen condenado sus enojos:
Para colmo de penas y de injurias,
De mi apetito burlan los antojos
Cayendo, como flecha, las *Harpías*,
Y arrebatando las vitualias mías.

IL

"Aunque rápido vuela el pensamiento,
Menos difícil alcanzarlo fuera
Que a las aves que roban mi alimento.
Algo suelen dejar, por que no muera;
Y es tal la podredumbre, que su aliento
Ni de adamante un corazón tolera..
¡Y a mí me obliga a devorar el hambre
Las parcas sobras del hediondo enjambre!

L

"Que los hijos de Bóreas de ese azote
Me libren el oráculo decreta.
Ningún extraño soy. Fuí sacerdote,
Opulento monarca y gran profeta.
Mi padre era Agenor. Con rica dote
Me desposé, de Calaín y Zeta,
A la graciosa hermana Cleopatra,
A quien mi corazón aún idolatra.

LI

La arenga de Agenórides excita
En el pecho de todos los valientes
Profunda compasión. Más alto grita
La sangre en los alígeros parientes.
Cuyo especial socorro solicita.
Acércanse, Dos lágrimas ardientes
Se enjuga Zetas; y en su propia mano
La mano sosteniendo del anciano,

LII

"¡Desventurado consanguíneo! (dice)
Juzgo que entre los míseros mortales
No hay uno como tú tan infelice.
¿Tus infortunios a la culpa iguales
Han sido, en realidad? ¿Así maldice
Al que viola secretos celestiales.
Y abusa de su mística pericia
De Júpiter excelso la justicia?

LIII

”Que pesa sobre ti la ira del cielo
Del más simple mortal salta a la vista.
Temo que a mí me alcance; y aunque anhelo
Lograr de las *Harpías* la conquista
Que me guardan los Númenes, el vuelo
No emprenderé para seguir su pista
Cuando vuelvan aquí, Si antes no juras
Que no lo ofenderán mis aventuras.”

LIV

Sus apagados ojos abre el ciego,
Y en él los fija con extraño brío,
Cual Si sus globos arrojasen fuego.
Y lo interrumpe así: "Calla, hijo mío.
De que envuelva traición mi humilde ruego.
Deseche tu alma el pensamiento impío.
Si soy profeta y adivino, sólo
Debo mi ciencia a la bondad de Apolo.

LV

“Por su numen verídico lo juro
Y por la nube que a dolor eterno
Condenó mis pupilas. Yo conjuro
A las Deidades del profundo Averno
A que jamás me salven si, perjuro,
Desciendo a las regiones del Infierno:
Ni ofenderá a los Dioses ni castigo
Puede causaros cuanto hagáis conmigo.”

LVI

Escuchan el solemne juramento
Y al combate se aprestan los hermanos.
La mesa, con el último alimento,
Sirven para los monstruos inhumanos.
Guardado por los héroes, toma asiento
Fineo; y no bien lleva las manos
Al plato, las *Harpías*, dando voces,
Cual súbito huracán bajan veloces.

LVII

Lanzan los Minios formidable grito

Para ahuyentarlas; pero sólo aumenta
Su atroz voracidad y su apetito.
Muy pronto dan de los manjares cuenta,
Y, atrás dejando aquel hedor maldito,
Emprenden, rumbo al mar, fuga violenta,
Y tras ellas, desnudos los aceros,
Vuelan los dos intrépidos guerreros.

LVIII

Siempre que van o vuelven las Harpías
A castigar al mísero Fineo,
Del Céfiro las raudas correrías
Superan con su rápido aleteo.
Para que puedan hoy esas impías
De los hijos de Bóreas ser trofeo,
Júpiter da de Calaín y Zetas
Fuerza y velocidad a las aletas.

LIX

Como animados por la voz del amo
Persiguen en tropel los perros fieles
Cabra montés o fugitivo gamo,
Y ya su presa tocan los lebreles,
Cuando del cuerno el súbito reclamo
Quita a los cazadores sus laureles,
Y de los canes, siempre enfurecidos,
Suenan en vano dientes y ladridos,

LX

Vuelan así en inútil seguimiento
De las Harpías a la mar remota
De Jonia los dos vástagos del viento.
A las flotantes ínsulas de Plota
Arriban, y matarlas es su intento,
A pesar de los Númenes. Lo nota
Iris; a toda prisa el vuelo tiende
Y a contener sus ímpetus desciende.

LXI

“¡Hijos de Bóreas, ay de quien las toque
(Exclama). Son de Jove la jauría.

Son sus perros de caza. No provoque
La cólera del Dios vuestra porfía.
Torne a la vaina el reluciente estoque,
Y yo os empeño la palabra mía
De que a robar al ciego el alimento
No volverán: oíd mi juramento.”

LXII

Y lo pronuncia santo, ineludible,
Por la Laguna Estigia, que no es dable
Violar a las Deidades ni posible.
Envainan los Boréades el sable
Al oír juramento tan terrible.
Torna de paz la Mensajera afable
A su mansión celeste, y mientras vuela,
Dejando va multicolor estela.

LXIII

Muy lejos de Fineo, y desarmadas,
Porque el Hado inmutable lo decreta,
Retornan las Harpías, confinadas
A la caverna lóbrega de Creta.
Vuélvense de las Flotas, que *Estrofadas*
Hoy se apellidan, Calaín y Zeta
Hacia la nave; dando alto renombre
A aquellas islas y su nuevo nombre.

LXIV

Entre tanto, los Minios campeones
Meten al ciego en delicioso baño;
Lavan con odoríferos jabones
Su macilenta piel, que, año tras año,
Secaron inauditas privaciones;
Los mejores carneros del rebaño
Que fué de Amico a muerte se condena
Y se prepara succulenta cena.

LXV

En el atrio, también purificado,
De la limpia mansión del adivino
Es el banquete. De Jasón al lado

De sentarlo a cenar tienen el tino.
¡Con qué satisfacción cada bocado
Devora, y liba el espumoso vino!
De contentar el hambre verse dueño,
Tras tanto ayuno, le parece un sueño.

LXVI

Aunque hartos de manjares y licores,
Quieren pasar la noche toda en vela,
Aguardando a los dos perseguidores.
Con ellos el Profeta se desvela
De la lumbre al calor: los pormenores
De la navegación, veraz revela,
E inspirado, predice las futuras
Peripecias, peligros y aventuras.

12

LXVII

Oíd ahora (dice); pero clara
Revelación de todo nadie aguarde.
Lo que Júpiter lícito declara
Diré: para escarmiento nunca es tarde.
Ya me costó los ojos de la cara
De mi adivinación el vano alarde.
Para que haya a los Númenes consulta
De parte del mortal, algo se oculta.

LXVIII

“Primer tropiezo, apenas de mis lares
Salgáis, serán las Cianeas rocas,
Que del estrecho que une entrambos mares
Al nauta cierran una de las Bocas.
Pasan entre esas peñas a millares
Corvos delfines y pesadas focas;
Pero yo os juro que ningún marino
Entró por ellas o salió al Euxino.

LXIX

”Ni raíces ni sólido cimiento
Tienen del mar en las cavernas hondas
Las móviles arenas de su asiento
Jamás probaron áncoras ni sondas.
Las dos, en su incesante movimiento,
Se encuentran y se hieren, y las ondas
Levántanse cual líquida montaña
Que azota el mar y el continente baña.

LXX

”Mis consejos seguid: Si la prudencia
A vuestra expedición sirve de norma
Y vuestro viaje a la alta reverencia
A los Dioses debida se conforma,
No cual la juventud sin experiencia,
Que ni de escollos ni del mar se informa,
Queráis correr a voluntaria muerte
Y de la nave malograr la suerte.

LXXI

“Enviad una paloma exploradora.
Si atravesare con intactas alas
Al mar abierto, enderezad la prora
Hacia las rocas. De invocar a Palas,
Si no la propiciasteis, ya no es hora
De sacrificios, las sagradas galas
No os salvarán en tan tremendo apuro,
Sino un brazo impertérrito y seguro.

LXXII

“Empuñaréis los remos, en acecho
Del momento fatídico en que acabe
De cruzar la paloma el hondo estrecho.
Al abrirse las rocas, vuestra nave
A todo remo y con valiente pecho
Haréis pasar por de pasara el ave;
Mas Si en su vuelo el pájaro fracasa,
Virad de bordo y retornad a casa.

LXXIII

”Tornad a casa, sí; porque igual suerte
Que ala paloma mística os espera,
Y vuestra muerte seguirá a su muerte.
Luchar contra los Dioses es quimera;
Y aunque de hierro duro casco fuerte
Tuviera el Argo, en vez de h́umil madera,
Pedazos mil lo hicieran las errantes
Rocas, con sus heroicos tripularles.

LXXIV

”No vayáis a pensar, desventurados,
Que porque airado el cielo me castiga
Son mis agüeros, como yo, menguados.
Aunque tres veces fuera su enemiga
Mayor, no me impidiera leer los Hados.
Yo os ruego que su viaje no prosiga
Por entre las Simplégades la nave
Si antes no pasa exploradora el ave.

LXXV

”Sucederá lo que a los Dioses plegue;

Mas Si escapáis ilesos del encuentro
De los peñascos y lográis que llegue
Sin avería el Argo mar adentro
En el Euxíno Ponto, que navegue
A la derecha haced, y no hacia el centro,
A Bitinia de cerca costeano,
Pero olas y rompientes evitando.

LXXVI

"Ojo avizor, hasta que atrás la Boca
Hayáis dejado del furioso Reha.
Cerca del Cabo Negro desemboca.
Dobladlo con vigor: gran fuerza lleva
Cuando el salobre mar el Río toca.
La isla de Tinia más allá se eleva:
Retroceded un poco; amparo y puerto
Los Mariandinos os darán de cierto.

LXXVII

"En la otra orilla está su territorio,
Y en él empieza la escabrosa vía
Que por el Aquerusio promontorio
Hasta el Averno a los mortales guía.
Con raudo movimiento giratorio
En remolinos sale la bravía
Corriente del horrísono aprisionado
Profunda barrenando el alto monte.

LXXVIII

"Pasará por la costa montañosa
Que es de los Paflagones vuestra barca.
Progenitor de aquella belicosa
Raza fué Enecio Pélope, y monarca.
Luego, del Septendrión mirando a la Osa
Y dominando el mar y la comarca,
El Cabo Carambín se alza lozano,
Que el furioso Aquilón azota en vano.

LXXIX

Cuando lo hayáis doblado, playa extensa
Recorreréis, que plana se dilata.

Luego, tras otro Cabo, espuma densa
Sobre el mar notaréis que se desata.
Es del rápido Halis la Boca inmensa;
En cambio, más allá, como de plata,
Del Iris brillarán los remolinos
Abriéndole a la mar lentos caminos.

LXXX

Tras de punta saliente y elevada
Ancha se extiende plácida bahía,
Por otra punta, más allá, cerrada.
La gente la llamó Temisciría.
El Termodonte allí logra la entrada
Al mar, después de larga correría.
De Deonte allí están las heredades
Y de las Amazonas tres ciudades.

LXXXI

"Más adelante, dueños de una tierra
Inaccesible a toda agricultura.
Son los míseros Cálibes. No encierra
El Orbe, entre sus hijos sin ventura
Raza más infeliz; a quien no aterra
Trabajo alguno ni fatiga dura,
Y desairada por la tierra y agua
Con fuego, hierro de las minas fragua.

LXXXII

"Los colindantes fértiles terrenos
Nutren ganados de velluda lana
Para los opulentos Tibarenos.
La puerta Genetea está cercana,
A Jove consagrada, que a los buenos
Con su hospitalidad ampara y gana.
Luego veréis las casas de madera
En la región de el Mosineco impera.

LXXXIII

"Mosinas las llamó la antigua glosa
Y ellas dieron su nombre al habitante,
Que al pie las construyó de la selvosa

Sierra, en maderas ricas abundante.
En la playa tendida y arenosa
De una isla que veréis más adelante
Os aconsejo que varéis la barca:
No hay otro fondeadero en la comarca.

LXXXIV

"El interior es áspero y desierto;
Pero de aves innúmeras de presa
Fuerza será ponerlos a cubierto.
Templo de piedra mal tallada y gruesa
A Marte alzaron, al salir del puerto,
Antíope y Otrera, a la alta empresa
En que ambas arriesgaron sus coronas
De reinas de las bravas Amazonas.

LXXXV

"Del mar salobre inesperado amparo
Vendrás: prolongar vuestra estadía
Os ruego, pues, por cuanto hayáis más caro.
Mas no me comprometas, lengua mía:
Abusar otra vez del don preclaro
Que el cielo me otorgó, de profecía,
No quiero, revelando los secretos
Que me vedan de Jo ve los decretos.

LXXXVI

"Más allá de la isla, y las regiones
Que enfrente surgen, moran los Filires,
Y sobre los Filires, los Macrones.
Veréis después las tribus de Bequires,
Luego de las Zapires las Mansiones,
Y lindando con éstos, los Buzires.
A los Colquios al fin daréis alcance.

¡Con gran cautela vuestra nave avance!

LXXXVII

"Son belicosos. No intentéis a tierra
Saltar, sin penetrar en la ensenada
En cuya extremidad, después que yerra
Por el campo Citeo, en prolongada

Carrera al Fasis baja de la sierra
Amarantina hasta la mar salada,
Desembocando por diversos cauces
En remolinos y con anchas fauces.

LXXXVIII

La barra cruzaréis. Luego aparece
Cada muralla, torre, baluarte,
De la mansión en que Etas se guarece.
Veréis el bosque consagrado a Marte.
Entre sus sombras fúlgido se mece,
Enarbolado a guisa de estandarte,
Y, sostenido por robusto encino,
El que buscáis, precioso Vellochino.

LXXXIX

"Fiero dragón, eterno centinela,
Lo guarda al pie del misterioso leño
Y día y noche infatigable vela
Los ojos sin cerrar al dulce sueño.
Del más valiente el corazón se hiela
Sólo del monstruo con mirar el ceño."
Aquí su narración el ciego corta
Y en torno calla la legión absorta.

XC

El vástago de Esón sigue perplejo
Sintiendo que, a pesar de su divina
Prosapia, necesita de consejo.
A su interlocutor al fin se inclina,
Y así le dice: "¡Venerable viejo!
Pasma a mi juventud tanta doctrina;
Pero que me declares el sentido
Del vaticinio, por favor te pido.

XCI

"Llegas en tu profético relato
Al fin de las marinas aventuras;
El modo de evitar el choque ingrato
De las móviles rocas prefiguradas
Y la salida al Ponto. Mas del grato

Retorno a nuestra Grecia nada auguras,
Ni si, abierto al salir, quedará acaso,
Para volver a entrar, cerrado el paso.

XCII

”¿Cómo desandaré, sin rumbo cierto,
El que emprendí, larguísimo camino?
Recuerda que soy joven inexperto
Y mandar a inexpertos fué mi sino.
En el extremo, apenas descubierto
De la tierra y del mismo mar Euxino
Dicen que está, de Cólquide en la raya
Ea que buscamos, gran Ciudad del Haya.”

XCIII

“Hijo (replica el viejo venerando):
Las Simplégades cruza en buen momento,
Es tu único peligro; pero cuando
Las hayas franqueado, cobra aliento.
Del Haya una Deidad te irá guiando
Por otra ruta a tu nativo asiento,
Y al Haya, exploradores tutelares
Te llevarán por tierras y por mares.

XCIV

”Pero escuchadme, amigos: sacrificios
A la Diosa ofreced que en Chipre impera.
De sus mañas depende y artificios
El éxito en la lucha que os espera,
Y no podréis triunfar sin sus servicios.
Más no me preguntéis. De esta manera
Agenórides habla: y de los cielos
Del Tracio Bóreas bajan los gemelos.

XCV

En pie los héroes pónense de un salto
El ruido al oír de las aletas
Y de los pies, al descender de lo alto.
A sus miradas ávidas e inquietas,
Narrándoles el viaje y el asalto
A las *Harpías*, corresponde Zetas,

Aunque con la fatiga y movimiento
Se halla su pecho casi sin aliento.

XCVI

De la persecución y la contienda
Cuenta el éxito y fin; cómo, su vida
Para salvar, y asegurar su enmienda
Iris, hija del cielo, enternecida
Su divina palabra dió por prenda:
De los monstruos la fuga y la partida
Narra, por fin, a la caverna obscura
De Creta, que será cárcel segura.

XCVII

Regocija a los próceres que abriga
Del ciego la mansión y al mismo ciego
Tan falista nueva. La palabra amiga
De Esónides lo alegra desde luego:
"Sin duda la Deidad que te castiga
Calmó su enojo; y bienhechor sosiego
Un Numen, que tus méritos aprecia,
A darte nos envía desde Grecia.

XCVIII

"Ya los hijos de Bóreas de la plaga
Mayor te libertaron voladores,
Y la esperanza férvida me halaga
Que alguno de tus Dioses protectores
Desvanecerse de tus ojos haga
Las nubes. Si del Sol los resplandores
Lograres ver, será mayor mi gusto
Que al retornar a mi palacio agosto."

IC

Cabizbajo respóndele Fineo:
"No vuelve atrás ceguera cual la mía,
Ni algún remedio que restaure creo
De ambos mis ojos la órbita vacía.
Sólo pido morir, y que el Leteo
Apenas cruce su corriente fría,
Con mi largo penar al fin concluya

Y a todo mi esplendor me restituya."

C

Con estas y otras pláticas entera

Se desliza la noche hora tras hora.

No calla aún la turba vocinglera

Cuando despunta la rosada aurora,

Y empieza a desfilar en larga hilera

La multitud de gente bienhechora

Que acostumbra tiempo ha su cotidiano

Alimento partir con el anciano.

CI

Pobres y ricos van. Cada cliente
Pertenece a diversas jerarquías.
Sus dones y limosnas, complaciente,
Con oráculos paga y profecías.
Desgracia no hay que su saber no ahuyente,
Ni penas que no trueque en alegrías.
Recibe a todos con paterno afecto;
Pero es Parebio el hijo predilecto.

CII

Al penetrar con los demás vecinos,
Sorpresa no le causa, ni le inquieta,
Ver a aquellos extraños peregrinos.
Su salida de Grecia ya el Profeta
Le reveló, su desembarco en Tinos,
Su expedición hasta el Imperio de Eta.
Le oyó con gozo, en sus peores días,
La fuga predecir de las Harpías.

CIII

El verídico Vate, su clientela
Con palabras benévolas despide;
Pero a los héroes presentar anhela
Al buen Parebio. Le detiene y pide
Que al ir a su cercana cabañuela
Entre sus greyes escoger no olvide
Sus mejores ovejas y carneros
Para los Argonáuticos remeros.

CIV

No bien Parebio sale de su casa,
El ciego dice así a los navegantes:
"Para favores, de memoria escasa
No siempre son los hombres ni arrogantes.
Con este joven ved lo que me pasa:
Fué siempre agradecido. Ya mucho antes
Que os conociera a consultarme vino
Sobre sus cuitas y su adverso sino.

CV

"En vano trabajaba; sus labores
E infatigable afán de noche y día
Sólo le acarreaban sinsabores,
Y ya la inopia rápida venía.
Más negra que las horas anteriores
Cada aurora para él triste lucía.
De tantos males la fatal cadena
Del crimen de su padre era la pena.

CVI

"Cortando leña andaba, cuando antojos
De asestar su segur a encina añeja
Vivos le vienen. Con llorosos ojos
Del árbol sale, y lánguida se queja
Ninfa del bosque. Póstrate de hinojos,
Le ruega, le suplica, le aconseja
Que salve aquella encina, cuya vida
Desde la cuna está a la suya unida.

CVII

"Del leñador la juvenil jactancia
El ruego de la ninfa no conmueve;
Y el tronco en que nació, pasó su infancia
Y ha de morir, a derribar se atreve.
La Hamadriáde castiga su arrogancia
Haciendo expiar la culpa del aleve
A quien no tuvo en ella participio,
Todo lo supe yo desde el principio.

CVIII

"Por tanto, le mandé que edificara
Para aplacar la ninfa en Tinia muerta,
Con expiatorias súplicas, una ara
Siempre de pingües víctimas cubierta,
Y ver Si su clemencia al fin lo ampara
Y de la suerte adversa lo liberta,
Que el paterno desmán a su hijo trajo
Lanzándolo a infructífero trabajo.

CIX

"Desde que logró la absolución pedida

A mi morada agradecido corre.
En mis dolencias con amor me cuida,
Con alimentos siempre me socorre.
Viene a mi lado y de partir se olvida,
Y sin que el tiempo sus afectos borre,
Por atender a mis acerbos males
Sólo por fuerza deja mis umbrales.”

CX

Su plática Agenórides termina
Al mismo tiempo que el leal cliente
Con dos pingües ovejas se encamina
Hacia los semidioses reverente.
Levántase Jasón, noble se inclina
Y los hijos de Bóreas igualmente.
A una señal del ciego, y sobre el ara,
El sacrificio al punto se prepara.

CXI

Ha declinado el Sol, y ya anochece
Cuando a la luz de la rojiza llama
A Apolo doble víctima se ofrece
Y Rey de los Profetas se le aclama.
Mientras se asa la carne, el pan se cuece
En copas de oro el vino se derrama;
Servir la mesa a los menores toca
Y todos comen a pedir de boca.

CXII

Retiran se a dormir, cansados y hartos
Unos, donde la nave está ancorada;
Otros, en grupos, en diversos cuartos
Del hijo de Agenor en la morada;
Otros sobre los mórbidos espartos
En que abunda la fértil ensenada.
Al alba, fuerte viento los despierta
Y el Comandante da la voz de alerta.

CXIII

Ya las Etesias brisas regulares
la voluntad de Jove soberana
Manda soplar por tierras y por mares.
Sus orígenes, a época lejana
Atribuyen versiones populares.
Allá en la infancia de la raza humana
Hubo una ninfa, la gentil Cirene,
Y de su amor la tradición proviene.

CXIV

Del rápido Peneo en los pantanos
Sencilla apacentaba sus corderos;
Puro su corazón, puras sus manos,
De la virginidad amó los fueros;
Pero Apolo, con ímpetus livianos
La arrebató a los límpidos veneros
Del fresco río, y a la arena tibia
La transportó de la caliente Libia.

CXV

Confió su amada a las de aquella tierra.
Ninfas originarias, y ya esposa
Le dió un varón en la Mirtonia Sierra.
Su nombre fué Aristeo. En la famosa
Caverna de Quirón el Dios lo encierra.
A la madre, de ninfa y casi diosa
El rango da su excelso matrimonio.
Al vástago venera el pueblo Hemonio.

CXVI

Gran cazador y numen de pastores
Tesalia, rica en granos, lo proclama.
Uno de sus discípulos mejores
El Centauro Quirón dulce lo llama.
Las nueve Musas cóbrenlo de flores,
Le llevan para esposa a insigne dama,
Y de curar le enseñan el divino
Arte, y el de Profeta y adivino.

CXVII

También le encomendaron como hermano.

Los rebaños que pacen en la altura

Del Otris, o se nutren en el llano

Atamantio de Ftía, o en la pura

Linfa beben del místico Apídano.

Pero cuando a los hijos sin ventura

De las Cicladas Islas, trajo Sirio

Calor, dolencias y febril delirio,

CXVIII

Entonces acudieron a Aristeo,

Del flechador Apolo por mandato.

Para salvar las Islas del Egeo

De aquella peste y del calor ingrato,

Por orden de su padre, en la de Ceo,

Estableció su hogar, a todos grato,

Y del Rey Licaón, los descendientes

Arcades, se le unieron complacientes.

CXIX

Una ara colosal construye luego

A Jove, que a la tierra manda justo

Con lluvia y humedad fecundo riego.

A los montes después trepa robusto

Y a la estrella de Sirio rojo fuego

Propiciador enciende, y al agosto

Vástago de Saturno, pío incensa

Recibiendo inmediata recompensa.

CXX

Del Sol canicular, desde ese instante

A templar el calor cuarenta días

El periódico soplo refrescante.

De tus Etesios vientos nos envías

Año tras año, ¡oh, Júpiter Tonante!,

Y el sacerdote sus plegarias pías

De Ceo ante el altar aun hoy ofrece

Apenas la Canícula aparece.

CXXI

Tal es la tradición sobre la brisa

Del Norte, que a los héroes refrigera,
Pero que al mismo tiempo hace precisa
En aquel puerto prolongada espera.
Por alcanzar del ciego una sonrisa
El pueblo Tinio en socorrer se esmera
A sus huéspedes, víveres sin tasa
Llevando, ya a la nave, ya a la casa.

CXXII

A las doce Deidades tutelares
Erigen, de la playa en el extremo,
Para sacrificar, sendos altares,
Y tornan a embarcar; a solo remo,
Dispuestos a cruzar los anchos mares.
No olvidan la paloma, a quien Eufemo
Estrecha entre sus manos, pues parece
Que quiere huir, y tiembla, y se estremece.

CXXIII

Levan entrambas anclas. Ni a la vista
Se oculta, de Minerva, la maniobra
Y a los remeros a animar se alista.
Del Argo, su delicia al par que su obra,
Aunque Diosa inmortal, sigue la pista
De aquella expedición, no sin zozobra
Y no obstante su peso, en nube leve
Embarca, que hasta el mar rauda la lleve.

CXXIV

Como viajero errante (y así pasa
A menudo a los míseros mortales)
No pierde nunca el rumbo de su casa,
Pero todas las sendas son iguales
A su afán de llegar. Campiña rasa,
Mar agitado y ásperos breñales
Se le figuran cómodo camino
Con tal que lo conduzca a su destino.

CXXV

Así en su nube la Deidad navega
Y en toda dirección los aires hiende;
Ya entre los astros se desliza y juega,
Ya hacia la baja tierra el vuelo tiende.
Sin detener el paso al Ponto llega
Y a guisa de relámpago desciende
Al litoral de Tinia, de ordinario
Al extranjero poco hospitalario.

CXXVI

Llegando van del tortuoso Estrecho
A la garganta. Cierran la alta orilla
Del lado izquierdo, al par que del derecho,
Sendos peñascos ásperos. La quilla
Hieren del mar los vórtices. Que el pecho
Les tiemble de temor no es maravilla
Cuando el fragor de la continua lucha
De las flotantes rocas ya se escucha.

CXXVII

Entre las olas y llovizna asoma
Eufemo; firme hasta la prora avanza
En las manos llevando la paloma,
Que hacia adelante por el aire lanza.
Su nimbo el ave entre las rocas toma,
En tanto que a bogar con gran pujanza,
Emulo Tifis de ínclitos mayores,
Exhorta a los heroicos remadores.

CXXVIII

Han escogido el crítico momento
En que una y otra roca se separa
La vez postrera. casi sin aliento,
Para seguir el vuelo, alzan la cara,
Del pájaro, más rápido que el viento
Que como flecha entre ellas se dispara;
Pero las rocas vuelven, entre tanto,
A unir sus frentes, con fragor y espanto.

CXXIX

De espuma blanquecina, que semeja
Gigante nube, se levanta hirviente
Enorme masa. Cada roca deja
De su lecho al salir, caverna ingente,
Cuyo hueco voraz, no bien se aleja
La móvil peña, invade la corriente.
Feroz redobla el hórrido bramido
Del ronco mar, el éter conmovido.

CXXX

Inunda el litoral la blanca espuma;
Hace girar la nave oía tras ola;
Un momento disípase la bruma,
Y en lontananza ven, volando sola
y sana, la paloma. Alguna pluma
El choque de las peñas, de la cola
Arrancarle logró. Los navegantes
Un grito atronador lanzan triunfantes.

CXXXI

Tifis, con voz que su gritar domina,
Remar les manda con mayor aliento
Ahora que para abrirse ya se inclina
Uno y otro peñasco. Vano intento,
Mientras el Argo avante más camina
Más hacia atrás la empujan mar y viento,
Hasta que entre las rocas, disparada
Cual flecha, la lanzó la marejada.

CXXXII

Que ya salieron del temido Estrecho
Juzgan al ver que el anhelado Euxino
Se extiende al lado izquierdo y al derecho,
Cuando ola enorme se alza en su camino
Como cóncava roca, que deshecho
Amenaza dejar el frágil pino,
Sobre los héroes hórrida se mece
Y hundirlos en el piélago parece.

CXXXIII

Bajan amedrentados la cabeza;
Pero de Tifis la maniobra activa
Hace virar la nave con destreza
Y con lento bogar el golpe esquiva.
Pasa bajo la quilla con fiereza
La ola veloz; con ímpetu hacia arriba
Alza la popa y de la ansiada boca
Del Estrecho muy lejos la coloca.

CXXXIV

Mirando de la nave el trance extremo
De proa a popa la recorre noble
Y a la tripulación exhorta En femó
A que su esfuerzo en el bogar redoble.
Pronto semeja un arco cada remo,
Hiere las olas el robusto roble,
Pero el contrario mar vencer no puede,
Si un paso avante da, dos retrocede.

CXXXV

En tanto, una ola abovedada avanza
A hundirla en un arranque repentino,
Cual proyectil cilindrico se lanza
El Argo, que detiene el remolino
En medio de las rocas. Ya le alcanza
Su choque asolador; ya cruje el pino
Del inmóvil bajel, cuando Minerva
De inminente naufragio lo preserva.

CXXXVI

Firme detiene con la izquierda mano
La peña colosal. Con la derecha
A flote saca el casco, y al cercano
Ponto lo lanza, como aguda flecha.
Sale el bajel, no ileso, pero sano;
La obra muerta de atrás queda deshecha
Al unirse, rozándole la popa,
La roca de Asia y el peñón de Europa.

CXXXVII

La Diosa hacia el Olimpo tiende el vuelo
Cuando los ve salvados del abismo.
Ya no hay de las Simplégades recelo,
Quedando fijas en el sitio mismo.
El Hado así y los Númenes del cielo
Decretaban premiar el heroísmo
Del primero que vivo, en su barquilla,
Pasara entre ellas sin romper la quilla.

CXXXVIII

Del ancho mar al verse en la llanura
Y bajo el azulado firmamento,
Los próceres respiran con holgura
Y olvidan el pasado desaliento.
Del Averno salir se les figura
Y desde el aprisionado turbulento
A la vida volver en frágil tabla,
Tifis, antes que nadie, así les habla:

CXXXIX

“Salvos estamos, salva nuestra nave
Ha salido y saldrá; pero debemos
Haber vencido obstáculo tan grave
A Minerva no más, no a nuestros remos r
Ella, virtud divina, darle sabe
Con que llegue a los límites extremos
Del Orbe. Al Argo la infundió aquel día
En que Argos su armazón hábil unía.

CXL

”Hijo de Esón: desecha en adelante
Toda vacilación, y no deploras
Tener que obedecer el terminante
Mandato de tu Rey. Ya los favores
De la alma Diosa y tu ánimo constante,
Vencieron de las rocas los horrores.
Por alta mar (lo dijo el adivino)
Fácil será hasta Fasis el camino.”

CXLI

Sin que suelte el timón su experta mano,
Así dice el piloto; y los consejos
Dócil siguiendo del Profeta anciano
Por en medio del mar, navega lejos
Del litoral Bitinio, rico en grano.
Entre tanto, del Sol a los reflejos
Jasón, con exquisita gentileza,
Al timonel a replicar empieza:

CXLII

“¿Por qué te empeñas, Tifis, buen amigo,
En consolar mi corazón llagado
Cuando senderos escabrosos sigo
Contra mi voluntad y la del Hado?
Desde que Pelias se encaró conmigo
Debí oponerme al pérfido mandado,
Aunque mi triste cuerpo hicieran trizas
Y esparcieran al viento mis cenizas.

CXLIII

“Desde que el Argo por los mares yerra
La que en mis hombros pesa formidable
Responsabilidad, siempre me aterra.
Me da pavor el piélago insondable;
Me asusta más lo que prepara en tierra
Del enemigo audaz, no el rudo sable
Sino la tenebrosa alevosía;
Y a noche insomne, sigue aciago día.

CXLIV

“Dichoso tú, que sólo a tu existencia
Y a tu timón, a fuer de buen piloto
Atender, ha prescrito la obediencia.
Pero a mí, de los próceres el voto
Me confirió su mando y presidencia,
De todos he de ser siervo devoto:
Por su vida y honor velar me incumbe.
Desdichado de mí, Si alguien sucumbe!

CXLV

“Mi propia salvación nada me importa:
De mis conmitones, sí, la suerte
Que en pensamientos lúgubres absorta
Mantiene mi alma triste hasta la muerte.
¿Qué haré Si el viaje vuestra vida acorta;
Si a Grecia retornar no logro verte
A tí, y a tus valientes camaradas
Que por mí abandonaron sus moradas?”

CXLVI

Sagaz, de la gloriosa comitiva
Con esta arenga la opinión explora.
Unánime la acoge alegre *viva*
De aplausos tras la salva atronadora;
Y la franca palabra persuasiva
De la Legión, que a su Caudillo adora,
Su desánimo trueca en ardimiento.
Así expresa Jasón su asentimiento

CXLVII

“De vuestro brazo en el valor confío
Y en adelante, aun del Estigio Lago
Desafiara la furia el pecho mío.
Constantes os halló lo más aciago:
No tiene que temer nuestro navío
De Simplégades nuevas otro amago,.
Y siguiendo las normas del Profeta,
Seguros llegaremos a la meta.”

CXLVIII

A pláticas renuncia todo el mundo,
Y remando en silencio, sin reposo,
Dejan atrás la Boca del profundo
Reba y el Cabo Negro, del fragoso
Colona el alto pico y el fecundo
Campo que riega el Filis caudaloso.
De esta región la primitiva historia
Conviene conservar en la memoria.

CXLIX

Hijo de bella ninfa de los prados,
Dímpsaco allí moraba. La sencilla
Vida del campesino a los cuidados
Prefirió de la Corte y de la Villa.
Humilde apacentaba sus ganados,
Que, ya del mar vagaban a la orilla,
Ya del paterno río en la ribera,
O de su augusta madre en la pradera.

CL

A sorprenderlo vino de repente
La llegada del hijo de Atamante.
Fugitivo de Orcómeno y doliente
Volaba por los aires fulgurante
Sobre el carnero de oro reluciente.
Dímpsaco lo acogió cual padre amante;
En su mansión le dió hospedaje regio,
Y aun hoy se ve su monumento egregio.

CLI

Todo lo ven los nautas a su paso

Las muchas bocas y menuda arena
Del ancho río, el Templo, el campo raso,
Del hondo Calpe la corriente amena.
Reman desde la aurora hasta el ocaso;
La que sigue después, noche serena,
Los contempla remando hora tras hora,
Y así los hallará la nueva aurora.

CLII

Como de bueyes laboriosa yunta
Dócil al yugo, baja la cabeza,
Y el alba apenas plácida despunta,
Cuando las glebas a romper empieza,
Y recorriendo va de punta a punta
El campo en que los surcos endereza,
Sudando a mares, con el cuello bajo,
Sin que un momento ceje en su trabajo,

CLIII

Se siente a los robustos animales
Bajo el peso gemir que los abruma:
Hálito hirviente sale en espirales
De la nariz, y de la boca espuma,
Se mueven sus pupilas desiguales;
Mas sin que la fatiga los entuma,
Honda en la tierra la pesuña fincan
Y hasta caer la tarde aran y brincan,

CLIV

Del Argo van así los navegantes
Sulco profundo de la mar inmensa
Abriendo entre las ondas espumantes.
No reina aún la claridad intensa
Del Sol ni la que al piélago poco antes
Daba negro color, tiniebla densa;
Pero la luz, que quien madruga llama
Crepúsculo, suave se derrama.

CLV

De la ínsula desierta de Tiniada
A esa hora arriba al puerto mal seguro
La audaz tripulación más que cansada.
Difícil es el desembarco y duro.
La aparición de Apolo inesperada
En gozo trueca su pasado apuro.
Viene de Licia: va al extremo Norte,
Y, a su paso, visita la Cohorte.

CLVI

De su Deidad deslumbra la hermosura.
Dé un lado y otro caen en su mejilla,
Cual racimo otoñal de una madura,
Sus rizos de oro. En la siniestra brilla
El arco celestial de plata pura,
Y en la espalda, el carcaj. Baña la orilla
El mar, que a su contacto se embravece.
Bajo su planta la isla se estremece.

CLVII

Estupor invencible se apodera
De aquellos héroes. Póstranse de hinojos,
Clavan la vista en tierra y no hay quien quiera
Mirar de frente sus divinos ojos.
Al Hiperbóreo pueblo que lo espera
Envuelto marcha en resplandores rojos
El Numen tutelar de la alma Delos,
Salvando el Ponto con osados vuelos.

CLVTII

Al fin, a la callada caravana
Orfeo dice: "Compañeros ¡ea!
La tierra que honra en hora tan temprana
Febo, a su Numen consagrada vea,
Y de Apolo, Señor de la mañana,
Isla desde hoy apellidada sea.
Nuestra piedad una ara le dedique
Y las víctimas que halle sacrifique.

CLIX

"¡Soberana Deidad! Si te dignares
Hacemos retornar al suelo Remonto,
De las silvestres cabras que a millares
Engordan las riberas del mar Jonio,
Humeará la carne en tus altares
De nuestra gratitud en testimonio.
Por hoy, acepta un pobre sacrificio.
Senos propicio, ¡oh Dios!, senos propicio."

CLX

Termina su oración. De piedras de honda
Quién construye un altar, y quién se apresta.
A explorar toda la isla a la redonda
Buscando un animal para la fiesta.
Ya un cervatillo entre la verde fronda,
Ya una cabra paciendo en la floresta,
Apolo, previsor, como al acaso,
Hace que se presenten a su paso.

CLXI

De odorífera grasa doble capa,
Según la ley ritual, la carne y hueso
Del pernil de las víctimas empapa.
Del holocausto sube el humo espeso,
Cuya fragancia a la Deidad no escapa
De *Apolo matinal*. Con embeleso
Formarse ve en su honor devoto coro
Y a oír se apresta su cantar sonoro.

CLXII

Cantemos al Señor aparecido:
Gloria a nuestra Salud, a Apolo gloria.
Con este grito empieza, agradecido,
El escuadrón su danza giratoria.
El divo Orfeo llama, conmovido,
Los favores de Febo a la memoria,
Y templando su cítara de Tracia,
Un himno entona con sublime gracia.

CLXIII

“Del áspero Parnaso en la vertiente,
Delfino, fiero monstruo, se desata.
Empuña Apolo su arco refulgente
Y de un flechazo a la alimaña mata.
El primer bozo aun apuntar no siente:
Su melena infantil ni corta ni ata,
Y ya vence al Dragón.”—Todo recuerda
De su lira gentil la mejor cuerda.

CXLIV

“Justo es, Señor (mi avilantez perdona),
Que nunca corte la traición. Ni el dolo
La cabellera de oro que corona
Tu augusta frente, ¡salvador Apolo!
Prole de Ceo, cándida Latona:
A ti el derecho se reserva sólo
De brillantar de tu hijo los hechizos
Ensortijando sus intonsos rizos.

CLXV

"Las armoniosas ninfas de Coricía
Del cristalino Plisto en la paterna
Corriente repitieron con delicia
El ritmo sacro: *Gloria sempiterna,*
Gloria a nuestra Salud. Sénos propicia,
Soberana Deidad. Con nota tierna,
Cantando sin cesar d;retornelo,
Lo trajeron, por fin, al Tracio suelo."

CLXVI

Terminada la danza y el concierto,
Que acompañan piadosas libaciones,
Ponen sobre el sagrado monumento
La diestra, los heroicos campeones,
Y ofrecen con solemne juramento
Que ni en guerra ni en paz sus corazones
Desunirá jamás fiera discordia.
Un templo allí se eleva a la Concordia.

CLXVII

Ellos, con prontitud maravillosa,
Construyeron el místico edificio,
De gratitud en prenda, a la gran Diosa,
Al tercer día Céfiro propicio
Dejar les hace la isla rocallosa,
Y por las Bocas del torrente Licio
Pasan, y del Sangalio y las colinas
Verdes, de las regiones Mariandinas.

CLXVIII

La nave, con los vientos favorables,
Su derrotero sigue a toda prisa.
Crujen el maderamen y los cables
Al cruzar la Laguna Antemoísa.
En la noche, las ráfagas mudables
Aflojan y, por fin, cesa la brisa;
Y al despuntar la aurora, de arribada
Forzosa, de Aquerusia entra en la rada.

CLXIX

Con altos picos de fragosa sierra
Saliente promontorio la limita
Por entre escollos que la roca aferra
Y el agua sin cesar cubre y agita.
El mar Bitinio, con fragor que aterra,
Sus ondas espumosas precipita,
Y en la cumbre se ven los platanares
Proyectando sus sombras en los mares.

CLXX

Formando el monte hondísimos barrancos
Hacia el valle interior baja en declive
De viva peña entre escarpados bancos.
La negra boca apenas se percibe
De lóbrega caverna, cuyos flancos
Y obscura frente espesa circunscribe
Froncosa selva de follaje eterno.
Por ella se entra al misterioso Averno.

CLXXI

Un hábito glacial el antro exhala
Que cuanto alcanza contamina y hiela
La misma espuma que hacia el mar resbala
Detiene entre las peñas y congela
Hasta que, haciendo de su fuerza gala
El Sol de mediodía la deshiela;
Pero de calma o paz no hay elemento
Que dé al Cabo fatídico un momento.

CLXXII

Gimen del Ponto las furiosas ondas.
Dejando su habitual susurro tierno
Gimen del bosque Las obscuras frondas,
Siempre agitadas por el soplo interno
Que arrojan crudo las cavernas hondas.
Allí, por alto cauce, del Infierno
Baja a desembocar el aprisionado,
Que en el mar Oriental vomita el monte.

CLXXIII

En otro tiempo se acogió a ese puerto
La colonia de Mégara, que vino
A establecerse en el feraz desierto
Que aún no cultivaba el Mariandino.
De la procela, por el cauce abierto
Salvó sus naves el audaz marino.
De gracia tal a la memoria fieles
Le llamaron después Salva bajeles.

CLXXIV

La calma obliga a entrar por esa vía
Al Argo, y de Aquerusia junto al Pico
A fondear. El pueblo ya sabía
El vencimiento del feroz Amico,
Su enemigo mortal. Gran cortesía
Muestra, por tanto, su monarca Lico
De la nave extranjera a los señores
Que del Bébrice llegan vencedores.

CLXXV

Júranse luego fraternal alianza.
Viene la gente de una y otra orilla.
Viéndole con los Dioses semejanza,
Rinde homenaje y dobla la rodilla
A Pólux, a quien debe su venganza.
Encamínanse todos a la Villa,
Y la que el Rey ofrece, lauta cena,
Viene a alegrar conversación amena.

CLXXVI

El invicto Jasón, sus camaradas
A su huésped magnánimo presenta.
Los nombres enumera y las moradas;
De sus abuelos las hazañas cuenta,
Las órdenes de Pelias extremadas
En que sus vidas arriesgar intenta;
De Lemnos, gobernada por mujeres,
La acogida recuerda y los placeres.

CLXXVII

Con Cízico y los bravos Doliones
Relata la amistad y desventura;
Su expedición de Misia a las regiones
Describe minucioso, y la amargura
Que al zarpar inundó los corazones
Cuando echaron de menos la figura
De Hércules en los bancos del navío,
¡Dejáronlo en las márgenes del Cío!

CLXXVIII

De Glauco la visión consoladora
Refiere, y la feroz descortesía
De la tribu de Bébrices traidora,
Que con Amico, su señor, moría.
La gran calamidad que aún devora
A Fineo, y su don de profecía,
Y el contrastado paso, audaz y largo,
Por entre las Simplégades, del Argo.

CLXXIX

La aparición, por último, relata
Del divo Apolo en la ínsula desierta,
Para los nautas de memoria grata.
El interés que el Capitán despierta
Con su gráfica historia, se retrata
Del franco Lico en la mirada abierta.
Pero lamenta, con severo tono,
De Hércules el maléfico abandono.
CLXXX

“¡Amigos, qué auxiliar habéis perdido
(Exclama el Rey) qué brazo tan robusto
Vais a llorar vuestro fatal descuido
Cuando el palacio de Etas el adusto
Halléis en fortaleza convertido.
También yo pude al Semidiós augusto
Conocer aquí mismo. Era yo mozo.
Aun no apuntaba en mi mejilla el bozo
CLXXXI

”Le dió mi padre, el ínclito Dasquilo,
En su mansión espléndido hospedaje,
Y Hércules pudo reposar tranquilo
Del que emprendió por Asia largo viaje,
Marchando siempre a pie, según su estilo.
El cinturón que le ganó el ultraje
De Hipólita, la intrépida Amazona,
Cual trofeo ostentaba su persona.
CLXXXII

”Cuando quitó con armas desiguales
La vida el Miso a mi querido hermano
Priolao (en su honor fiestas anuales
El pueblo, que lo amó cual soberano,
Celebra y religiosos funerales)
Hércules aquí estaba. Del tirano
Ansioso por vengar las injusticias,
Retó a combate singular a Ticias.
CLXXXIII

”Era este joven flor de luchadores,

Púgil sin par, espejo de valientes;
Pero de aquél las fuerzas superiores
Pronto le hicieron escupir los dientes
Y pagar, de la vida en los albores,
Las culpas de sus pérfidos parientes,
Sacrificando, a más de su existencia,
De su suelo natal la independencia.

CLXXXIV

"No sólo sujetó los arrogantes
Misos al yugo de mi padre, Alcides.
También a nuestros Frigios colindantes
Supo vencer en prodigiosas lides.
De Bitinia a los bravos habitantes
Nada valieron bélicos ardides,
Y añadió de mi padre a la corona
La tierra desde el Reba hasta al Colona.

CLXXXV

"Los mansos Paflagones, que el Billeo
Con sus revueltos vórtices circunda,
Rindiéronse a aquel brazo giganteo
Sin desafiar su fuerza tremebunda;
Mas de nosotros lo alejó el deseo
De continuar su expedición fecunda;
Aprovechó a los Bébrices su ausencia,
Y sufrimos de Amico la insolencia.

CLXXXVI

"Vinieron poco a poco en ambos lados.
Menoscabando el territorio mío,
Hasta que sus fronteras a los prados
Llevaron en la orilla del Hypío.
Vosotros, por los Númenes enviados,
Fuisteis a castigar su desvarío.
Por ellos, de Tindárides la diestra
Pudo matar a Amico en la palestra.

CLXXXVII

"¿Cómo podré pagar tantos servicios?
Es ley del hombre débil que recibe

Favores, protección o sacrificios
Del gran señor que en la opulencia vive
Prestarle en gratitud buenos oficios
Y que a su bienhechor honrar no esquive.

¿Aceptaréis a mi hijo y heredero
De vuestra expedición por compañero?
CLXXXVIII

”A bordo embarcaré de vuestra nave
A mi Dasquilo. Puntas y recodos,
En nuestra costa, de memoria sabe.
Sus moradores lo conocen todos:
Os salvarán en cualquier trance grave
Y os tratarán con amigables modos.
Bajo su amparo llegaréis seguros
Del Termodonte hasta la Boca y muros.

CLXXXIX

”De Tíndaro a los ínclitos Gemelos,
A quienes debo gracias singulares,
Un templo edificar son mis anhelos
En el alto Aquerusia, y dos altares
Cuyo incienso subir hasta los cielos
Se pueda ver en los remotos mares.
Predios le asignaré que den abasto
De culto y sacerdotes para el gasto.”

CXC

Toda la noche en pláticas sabrosas
Prolongan el festín, hasta que riega
La bella aurora sus primeras rosas.
Corren a bordo. Con los héroes llega
Lico también, que ofrendas numerosas,
A más de su hijo, en el bajel entrega.
Pero ¡ay! antes de entrar hiere el Destino
Inevitable a Idmón el adivino.

CXCI

En la adivinación ningún perito
Al vástago de Abantes hay que iguale
Pero en el libro del Destino escrito

Está que el postrimer suspiro exhale
No lejos de aprisionado y del Cocito.
Su arte, que a otros salvó, nada le vale
Y en la senda fatal no lo desvía
Su ciencia ni su don de profecía.

CXCII

Entre el cañaveral de la ribera
Su enorme vientre y espinazo plano
Fiero animal, tendido, refrigera
En las fangosas aguas del pantano.
Las ninfas que custodian la pradera
Suelen huir del jabalí serrano
Que, siempre solitario, del colmillo,
Para asaltar mejor, empaña el brillo.

CXCIII

Por este rumbo su contraria suerte
Trajo a vagar al vate sin ventura.
No bien el jabalí su paso advierte,
Lo asalta con furor desde una altura.
Abrele el muslo; hiérello de muerte;
Tendones rompe el hueso le fractura;
Y el grito que el herido, cuando cae,
Lanza, a los otros próceres atrae.

CXCIV

Asusta al animal su clamoreo,
Y a hundirse en el pantano se prepara
Cuando un venablo el cazador Peleo,
Sin que haga blanco, al jabalí dispara.
Háceles frente el monstruo giganteo
Y les embiste; pero alada vara
Que Idas a tiempo lánzale certera
Quita la vida a la indomable fiera.

CXCV

La dejan de cayó. Pero de Abante
Llevan cargado al hijo moribundo
Al Argo, aún con seno palpitante,
Los héroes, presa de dolor profundo
No tarda en expirar; y, delirante,
Dice el último adiós a nuestro mundo
En brazos de sus tristes compañeros,
Que en gemidos prorrumpen lastimeros.

CXCVI

Por de pronto, zarpar impide el luto.
Durante el triduo que el lamento dura,
Sacan al muerto al litoral enjuto:
Le dan al cuarto día sepultura,
Y en el cortejo y fúnebre tributo,
Al frente de su grey, Lico figura;
Y de carneros número infinito
Inmolan en su honor, cual pide el rito.

CXCVII

Túmulo sepulcral de cal y arena
Se le erigió, con sólido cimiento,
Que a siglos por venir la triste escena
Recuerde cual perenne monumento.
Corónalo de barco vieja entena
De madera de oliva; y ¡oh portento!
De Aquerusia al influjo reverdece,
Y cada primavera aún hoy florece.

CXCVIII

Comunicar me mandan un secreto
Las Musas inmortales. La obediencia
Me excusará, sí soy poco discreto.
Rango de Numen dió la omnipotencia
De Febo al buen Idmón; y su decreto
Mandaba, de Aquerusia en la eminencia,
Edificar una ciudad votiva
En derredor de la encantada oliva.

CIC

La ayudó a construir todo colono
De Mégata o Beoda originario.
A Idmón, hijo de Abante, por patrono
Se asignó a la ciudad y santuario.
Pero, ya fuera olvido, o abandono,
El pueblo la llamó con nombre vario,
Del Eólida pío todo ignora
Y a Agamestor, cual tutelar, adora.

CC

Pero ¿por qué dos túmulos gemelos
Se ven surgir? ¿Por qué en el mismo punto
Alzar dos monumentos paralelos?
¿Hay otro luto más, otro difunto?
Es Tifis el piloto, a quien los cielos
Mandan dormir al adivino junto.
Lo quiso el Hado. Tifis Agniades
Ya no desafiará las tempestades.

CCI

El fúnebre cortejo había vuelto
De sepultar a Idmón (cuenta la fama)
Cuando, breve dolencia, el cuerpo esbelto
De Tifis derribó sobre la grama
Por la muerte de súbito disuelto.
Su pérdida el desánimo derrama.
Del timonel la prematura tumba
Sus esperanzas de volver derrumba.

CCII

Inquietos, sin hablar, desesperados,
Sin pensar en bebida ni alimento,
En la playa se sientan embozados,
Presas sus almas de tenaz tormento.
Ya no quieren seguir. Paralizados
Por siempre allí quedaránse, Si aliento
No viniera a infundirles oportuno
El fuerte Anceo, a quien inspira Juno.

CCIII

A luz lo dió la bella Astipalea,
Ninfa del dios Neptuno favorita,
A orillas del Imbrasio; y alardea
De gobernar las naves con perita
Mano, cual pide su ínclita ralea.
De sus colegas la inacción lo irrita,
Y en tono, ya de mando, ya de mofa,
Al semidiós Peleo así apostrofa:

CCIV

“¡De Eaco el grande vástago divino!
¿Honroso te parece aquí, en extrañas
Playas, permanecer sin fe ni tino,
Olvidando combates y campañas?
A invitarme a buscar el Vellochino
Movieron a Jasón, no mis hazañas,
Sino mi ciencia náutica, que sabe
Armar y conducir cualquiera nave.

CCV

"De nuestros compañeros los temores
Por nuestra barca tu prudencia acalle.
No sólo a mí: marinos hay mejores
A bordo a quien confiar el gobernalle.
Muévelos a volver a sus labores;
No por vano pesar la empresa falle."
Arenga tal lo inflama, y corre luego
Entre los héroes a encender el fuego.

CCVI

"Egregios camaradas (así empieza
Peleo a discurrir): nuestra energía
¿Por qué ha de sofocar vana tristeza?
Si han muerto dos, el Hado lo quería.
Pero pilotos hay de gran destreza
No pocos en la noble Compañía.
La nave aparejad; fuera pesares:
Marchemos pronto a recorrer los mares."

CCVII

Jasón, desatinado, así responde:
Peleo: esos pilotos tan valientes
De que hablas ¿dónde se hallan, dime dónde
Los que antes se juzgaban competentes
En el arte naval no se te esconde
Que bajan más que yo las mustias frentes.
El fin de aquellos dos triste presagio
Es, a mi ver, de muerte o de naufragio.

CCVIII

"De Etas a la Ciudad inexpugnable
Si logramos llegar salvos y sanos,
¿Evitar otra vez nos será dable
Los móviles escollos inhumanos?
En esta playa, en ocio perdurable,
Llegaremos a míseros ancianos.
Después de tanto azar y peripecia,
Adiós hay que decir a nuestra Greda."

CCIX

Replica Anceo, y con calor extremo
De Juno bajo el hálito divino,
Pide por el timón trocar el remo.
El mismo cargo solicita Ergino,
Y Nauplio quiere y, a su vez, Eufemo,
Regir el clavo de robusto pino;
Pero de la Legión la mayoría
A Anceo sólo el gobernalle fía.

CCX

El duodécimo día ya amanece.
Entran en el bajel. Céfiro blando
Navegación segura les ofrece,
Y por el aprisionado van remando.
De la Barra al salir el viento crece,
Y el completo velamen desplegando
Con tiempo hermoso y favorable brisa
Caminan por el Ponto a toda prisa.

CCXI

Llegan a toda vela y viento en popa
A la Barra del río *Calícoro*:
Del Indostán al regresar a Europa
Baco, de Jove vástago y tesoro,
Allí fundó de la dorada copa
Y de las danzas en alegre coro
Las místicas *Orgías* en la cueva
Que de *Báquica alcoba* el nombre lleva.

CCXII

Este nombre le dieron porque, exhausto
Con el fatal vertiginoso rito,
Víctima de aquel lubrico holocausto,
Lo dominaba allí sopor bendito.
También al río, que el pasaje fausto
Del Numen presencié, le fué prescrito
Llamarse para eterna remembranza
Río gentil de la festiva danza.

CCXIII

De Esténelo (de Actor vástago ilustre)
Descúbrese el sepulcro a la derecha.
Cuando cruzaba esa región palustre
De una Amazona lo postró la flecha.
De la campaña en que con tanto lustre
La hueste femenil dejó maltrecha
Tornaba en el ejército de Alcides,
Su noble jefe en las robustas lides.

CCXIV

Suceso extraño impide que adelante
Siga el bajel en mares tan serenos.
El alma del difunto, suplicante,
De Proserpina implora que, a lo menos,
Le conceda mirar un breve instante
Otros hombres como él, héroes y Helenos.
Sus lágrimas ablandan a la Diosa,
Y el espíritu sale de la fosa.

CCXV

Colócase en la punta de la pira
Armado, como estaba en el combate.
Parece que resurge y que respira,
Que bajo la coraza el pecho late.
Roja cimera sobre el casco gira,
Y a guisa de alas cuatro plumas bate.
La mano diestra hacia la nave tiende,
Y al tenebroso Tártaro desciende.

CCXVI

De la visión el gesto y ademanes
A la tripulación dejan inquieta.
Mopso, el hijo de Ampico, sus afanes
Mitiga, a fuer de celestial profeta,
Y detenerse a propiciar los manes
Del infeliz Estáñelo decreta.
Recogen velas y fondean junto
Al túmulo glorioso del difunto.

CCXVII

Desembarcan y vierten libaciones
En tomo de la tumba. Sacrifican
Ovejas de blanquísimos vellones.
Rústico altar no lejos edifican
A Apolo, *Salvador de embarcaciones*,
Que, derramando vino, purifican.
Después queman perniles, cuyo denso
Vapor se mezcla al humo del incienso.

CCXVIII

También Orfeo consagró devoto
Su lira a Febo, y *Costa de la Lira*
Se dió por nombre al litoral ignoto.
A bordo vuelven; el navío vira:
El tiempo aprovechar quiere el piloto;
Templa las velas, la maroma estira.
Sin inclinarse a aquella ni a esta banda
Rápido el Argo por las olas anda.

CCXIX

Al arrojante gavián semeja
Que entrambas alas por igual extiende
Y que arrastrar del huracán se deja,
Sin que las mueva cuando el aire hiende.
Ya de la tierra impávido se aleja;
Ya de los cielos rápido desciende;
En equilibrio siempre y sin balance,
Ni aun el águila misma le da alcance.

CCXX

Pasa sin amainar la hinchada lona
Por donde sale la corriente mansa
Peí *Río de la Virgen*. De Latona
La prole virginal cuando descansa
De cazar en los montes y a la zona
Celestial va a volar allí descansa;
Y con el coro de sus bellas ninfas
La casta Diana bñase en sus linfas.

CCXXI

Sin descansar de noche, va la prora
Dejando atrás la Sierra de Eritina
Que a Sésamo da sombra, y a Citora,
Cromno y Crobial. La Punta Carambina
Doblan al rayo de la nueva aurora;
Y, al aflojar la afable ventolina,
A solo remo el litoral tan largo
Recorre un día y una noche el Argo.

CCXXII

Atracan luego en territorio Asirio,
Donde Júpiter mismo casa y lecho
A Sinope otorgó, y el blanco lirio
De la virginidad, aunque a despecho
De su profundo amor. En el delirio
De su pasión le concedió el derecho
De pedir y obtener cuantas mercedes
Se le antojaran, y cayó en sus redes.

CCXXIII

Su virginal integridad le pide.
Quedó burlado el Dios; y no fué él solo.
Con la hija del Asopo Apolo mide
Sus fuerzas, y también desecha a Apolo.
La solicita el Halis, y despide
Al claro Río con el mismo dolo.
Jamás pudieron dioses ni pastores
Jactarse de gozar de sus favores.

CCXXIV

Deileón, Antíloco y Flogio,
Vástagos del que fué gloria de Marte
Deímaco Tricceo, junto al río
Halis se encuentran, que formaron parte
De la legión que armó con tanto brío
Hércules, y dejaron su estandarte.
La nave al ver, su deserción lamentan
Y a los heroicos nautas se presentan.

CCXXV

Suben a bordo, y a la noble hueste
Los tres se agregan, en valor iguales.
Aléjalos la brisa del Noroeste
De las Bocas del Halis y arenales.
Dejan atrás el territorio agreste
Que del Iris fecundan los raudales,
Y, gracias al que sopla, fuerte viento,
La costa Asiria piérdese al momento.

CCXXVI

El Cabo de las fuertes Amazonas
Doblan antes que el Sol llegue al Ocaso;
Recogen, para entrar, las anchas lonas
En el cómodo puerto, y a su paso
Admiran el verdor de aquellas zonas
Que de su Reina vieron el fracaso
Al caer Melanipa prisionera
En la emboscada que Hércules tendiera.

CCXXVII

Hipólita, también hija de Marte,
Por libertar a su cautiva hermana
Le dió su cinto, maravilla de arte,
De riqueza primor. De mala gana
La que era del botín la mejor parte
Hércules devolvió,—La mar insana
Los empuja a ese golfo, al pie del Monte
Y a la Boca del río Termodonte.

CCXXVIII

De cuantos en sus ámbitos encierra
Ríos y arroyos, que le presten vida,
El ancho mundo, por la enjuta tierra,
No hay uno que, como éste, se divida
En tantos arroyuelos. De la sierra
Altísima es su punto de partida.
Cien menos cuatro son, Si los numero
De todos uno solo es el venero.

CCXXIX

Llamáronse Amazonias las montañas
De donde manan sus sagradas fuentes.
A veces de la tierra en las entrañas
Se pierden por los cerros sus corrientes;
Otras logran bajar a las campañas
Serpeando por sendas diferentes.
El Río, y uno que otro tributario,
Entran al Ponto poco hospitalario.

CCXXX

De buena gana el fin de la tormenta
Quisieran ver anclados en el puerto;
Pero con esa raza turbulenta
Imposible es la paz. Al campo abierto
Tendrían que salir, lucha cruenta
Sin poder evitar, de éxito incierto.
No son las Amazonas de Doantes
A las demás mujeres semejantes.

CCXXXI

En la que habitan, infeliz llanura,
Ni respeto a las leyes, ni justicia,
Ni gentileza o femenil dulzura
Hay que pedir. Furor por la milicia,
Batallador espíritu y bravura
Heredaron y bélica pericia
Al recibir el ser del dios Mavorte
Y de Harmonia, su feliz consorte.

CCXXXII

Las lóbregas florestas del Acmonio
Que de la Ninfa vieron el enlace,
De su fecundidad son testimonio;
Prole marcial, de aquella prole nace.
El que Júpiter manda, de Favonio
Soplo gentil, los ímpetus deshace
Hoy, de esas hembras, bravas como cautas
Que a acometer se aprestan a los nautas.

CCXXXIII

No habitan en idénticas ciudades,

Ni en una Capital tienen asiento.
Divídense en tres tribus y heredades;
Es su hueste juntar trabajo lento.
Gobierno aparte tienen las de Cades,
Que en manejar el arco son portento.
La tribu de Licastias lejos mora;
De Temisciria Hipólita es Señora.

CCXXXIV

El Cabo en que el alcázar se reclina,
Mansión de la Amazónide Princesa,
Merced a la gallarda ventolina
La nave audaz, burlándola traviesa
Dobla, y avanza a la región vecina.
El día entero de bogar no cesa,
Y a todo andar la noche subsiguiente
Arriba de los Cálibes enfrente.

CCXXXV

Jamás un buey uncieron al arado
Ni quisieron labrar la gleba dura.
Nunca su mano un árbol ha plantado
Cuyos ramos le den fruta madura.
Jamás soñaron en criar ganado
De su campo feraz con la pastura.
El hierro solo que su seno encierra
Sabe pedir el Cálibe a la tierra.

CCXXXVI

En las profundidades de su mina
Trabaja sin descanso el operario,
O entre el humo y hollín de su oficina
Y trueca su metal o su salario
Por víveres que surtan su cocina
O por prendas de exótico vestuario.
Nunca lo halló sin barra ni martillo
Del lucero del alba el primer brillo.

CCXXXVII

Pasan el Cabo a *Jove Gentilicio*
Consagrado, y las costas Tibarenas
Donde, Si sobreviene un natalicio,
La mujer no interrumpe sus faenas,
Y a su esposo, de pie, presta servicio.
El en la cama grita a fauces plenas
Y con vendada faz llora a raudales
Entre fajas y baños puerperales.

CCXXXVIII

Las torres de madera y las techumbres
Divisan de los tristes Masinecos,
Que moran de la sierra entre las cumbres
Cuyo nombre les dan sus palos secos.
Extrañas son las leyes y costumbres
De esa raza de escuálidos y entecos.
De todas las demás es enemiga,
Aunque es el Sacro Monte el que la abriga.

CCXXXIX

Lo que ven practicar otras regiones
En la calle, en la plaza, en el camino,
Al sagrado interior de sus mansiones
Introducir, no juzgan desatino.
En cambio, las contiendas y pasiones
Que requieren pudor, recato y tino,
Sin esperar jamás la noche umbría
Ostentan a la luz del mediodía.

CCXL

No hay vínculos de amor entre esa gente,
Ni lazo conyugal, ni justo enlace.
Como piara de cerdos, juntamente
La muchedumbre sobre el polvo yace.
Legisla el Rey sentado en eminente
Pilar, y Si a su grey no satisface,
La turba, un día entero a Su Sagrada
Majestad tiene hambrienta y encerrada.

CCXLI

El viento calma al declinar el día
Y enderezando el rumbo un poco al Norte,
A puro remo, en lenta travesía,,
Se acerca el Argo a la Isla de Mavorte.
Un pájaro del Dios, de los que cría
Aquella tierra, con osado porte,
Volando audaz hacia la mar avanza
Y de sus alas una pluma lanza.

CCXLII

Como saeta, que tirante cuerda.
Dispara cae sobre el divino Oileo
Clávale el hombro con la espalda izquierda;
El remo suelta y su marcial arreo.
De vista antes que el pájaro se pierda,
De otro pájaro se oye el aleteo.
Los nautas ven la pluma con asombro
Que ha atravesado del herido el hombro.

CCXLIII

Eribotas se acerca. Antes que lave
La llaga, extrae el proyectil, sentado,
Y, suelto el cinturón, lo venda suave.
En tanto, tiende el arco bien templado
Clicio, el hijo de Eurito, y cae el ave
Herida por la flecha, al diestro lado
Girando del bajel. De Aleo el hijo
Anfidamante, así prudente dijo:

CCXLIV

“Que la isla que tenemos a la vista
Es la de Marte, dícelo a las claras
La extraña aparición, que nos contrista
De esas aves, rapaces cuanto raras.
Inútil es marchar a su conquista
Sólo con arcos y emplumadas varas.
Si obedecer queremos a Fineo,
Con ardides será, según yo creo.

CCXLV

"Desdoro no hay ni deficiencia alguna,.
Hércules mismo, cuando a Arcadia vino
A echar de la Estinfálide Laguna
Las acuáticas aves, tuvo el tino
De no desperdiciar flecha ninguna.
Dejando intacto su carcaj divino;
Forjó de bronce, a guisa de campana,
Instrumento de fuerza sobrehumana.

CCXLVI

"Con mis ojos lo vi, de extenso ceiro.
Subir apresurado a la eminencia,
Agitando en sus manos el cencerro
Con tal celeridad y tal violencia,
Que huyeron a millares, Si no yerro,
Las aves en tropel, sin resistencia.
Con un ardid igual de nuestra parte
Se ahuyentarán los pájaros de Marte.

CCXLVII

"Permita la Legión que le sujete
Mi plan: después resuelva lo que quiera.
Al remo de flexible pinabete
Siéntese sólo la mitad primera:
Luzca la otra mitad dorado almete
Que en los aires agite la cimera.
Defiendan el bajel nuestras adargas,
Y las de fina punta, picas largas.

CCXLVIII

"Unánimes lanzad sonoro grito
Agitando alabardas y plumeros,
El repentino estrépito inaudito
Asustará a los buitres carniceros;
Y Si desembarcareis, os invito
A desnudar los ínclitos aceros
Y aprovechar el retintín agudo
Del golpe de la lanza en el escudo."

CCXLIX

Placen las oportunas sugerencias
A la Cohorte. pónenlas en obra
Calándose los fúlgidos morriones
Con el rojo penacho. A la maniobra
La mitad de los nobles campeones
Se apresta sólo y nuevo aliento cobra.
Los otros, con las lanzas y broqueles
Cubren la nao, a su consigna fieles.

CCL

¿Visteis la casa que albañil experto
Con elegancia coronada deja?
Pónela de las lluvias a cubierto
Acomodando teja sobre teja,
Así los nautas saben con acierto
Formar con lanzas provisoria reja
Y encima los escudos bien trabados
Superan al mejor de los tejados.

CCLI

Como en el rojo campo de batalla
De adversas huestes al violento choque
De los escudos el metal restalla
Al abollarlo el enemigo estoque,
Así es el ruido que en la nave estalla
Sin que a los fieros pájaros provoque,
Y ni uno solo por los aires yerra
Mientras se ve bogar lejos de tierra.

CCLII

Pero al tocar en la Isla, el formidable
Fragor de los escudos los ofende
Y de parvadas hueste innumerable
En toda dirección el éter hiende.
¿Visteis jamás a Júpiter mudable
Cuando a los hombres afligir pretende
Y de las nubes granizada infanda
Sobre los pueblos y las casas manda?

CCLIII

Del granizo densísimo el rindo

Ajconfiado habitante no amedrenta
Porque no le cogió desprevenido
El súbito rugir de la tormenta,
Y del tejado fuerte guarecido
Oye tronar e impávido se sienta.
En vano así, las aves a millares
Lanzan sus plumas al cruzar los mares.

CCLIV

Sobre el techo de escudos se despuntan
De las agudas plumas los cañones,
Mientras la nave a defender se juntan,
Debajo, los heroicos campeones
Que inútil es, los pájaros barruntan
El rudo desplumar de sus alones;
Y abandonando la natal montaña
Cruzan el Ponto y van a tierra extraña.

CCLV

Pero ¿cuál de Fineo fué la mente?
¿Por qué aconseja el místico agorero
Que desembarque la Legión valiente
En aquella isla de fatal agüero?
¿Cuáles ventajas a la heroica gente
Augura, del difícil paradero?
A los hijos de Frijó se aludía
Del ciego en la confusa profecía.

CCLVI

El padre, al sucumbir a la dolencia
Que lo llevó a la tumba allá en el Haya
Les mandó recoger la rica herencia
Que en Orcómeno, perla de la Acaya,
Legó de sus abuelos la opulencia.
Partir los vió de Cólquide la playa
En el bajel velero, que ambicioso
Etas, el Rey Citeo, dió gustoso.

CCLVII

Apenas entre gritos de alegría
En la Isla desembarca la Cohorte,
Fiera tormenta Júpiter envía.
Lluvia terrible y vendaval del Norte.
Luchan los tripulantes todo el día;
Pero no impiden que en la noche corte
La tempestad el casco y maderamen
Y arrebatan los vientos el velamen.

CCLVIII

¡Qué noche tan tremenda! Allá en el cielo
La húmeda senda del divino Arturo
Marca de lluvia tenebroso velo,
Y envuelve el Ponto torbellino obscuro.
Caen los remeros en el mar de hielo,
Y asidos a un madero mal seguro,
Y gracias a los Dioses soberanos,
Pueden salir a flote los hermanos.

CCLIX

No luce ni una estrella que el camino
A los cansados náufragos alumbre.
Bóreas, que suave, de laurel y pino
Las hojas agitaba allá en la cumbre
Por la mañana, arrecia de contino
Y las olas levanta; ni vislumbre
De salvación el navegante inerte
Desde su tabla ve, sino la muerte.

CCLX

El Hado los salvó. La marejada
Entre tinieblas lóbregas arroja
Al litoral la tabla a que abrazada
Va la doble pareja en su congoja.
Al despuntar el Sol, Jove se apiada.
Cesa la lluvia que la tierra moja
Dejando a la Legión ir en su ayuda.
Argos así, el primero la saluda:

CCLXI

“Por Júpiter, el de ojos penetrantes,
Quienquiera que seáis, oíd los votos
De estos infortunados navegantes
Que en mil pedazos contemplamos rotos
Los leños del bajel en que poco antes
A puertos caminábamos remotos.
Graves asuntos y útiles consejos
Nos empujaban de la patria lejos.

CCLXII

”Dejadnos abrazar vuestras rodillas,
Y, acogiendo benignos nuestras preces,
Prestadnos ante todo unas ropillas
Que cubran nuestras tristes desnudeces.
De la deshecha nave en las astillas,
Esperando ser pasto de los peces,
Ni soñamos siquiera en alimentos.
Socorred, por piedad, a los hambrientos.

CCLXIII

”Por último, os pedimos suplicantes
Trato cortés y hospitalario abrigo,
Con hombres a vosotros semejantes
Habláis, y no con pérfido enemigo.
Por Júpiter, amparo de viandantes.
Patrono del que llora y del mendigo;
Por Júpiter, cuya alta providencia
Todo lo ve, miradnos con clemencia.”

CCLXIV

Jasón, aunque algún Numen le revela
Que de Fineo cúmplase el conjuro,
Al replicar, pregunta con cautela:
“Los tres socorros que tendréis os juro.
Pero ¿dónde moráis? ¿Por qué a la vela
Os habéis hecho en temporal tan duro?
¿Cuál es vuestro clarísimo linaje,
Vuestro nombre y el fin de vuestro viaje?

CCLXV

Argos, a quien la pena aún azora,
Así contesta a Esónides prolijo:
"Parte de nuestra historia antes de ahora
A creer me atrevo que no llegó de fijo.
Que un Eólida vino, nadie ignora,
De Grecia al Reino de Etas: era FRIJO
Que jinete en carnero esplendoroso
Que Mercurio doró, volaba airoso.
CCLXVI

"Podéis aún en el alcázar regio
Ir a admirar el áureo Vellochino.
Mercurio mismo el animal egregio
Mandó inmolar a Júpiter divino,
Que de su majestad por privilegio
Ampara al fugitivo y peregrino.
El Rey le dió hospedaje en sus mansiones
Y a su hija misma, sin nupciales dones,

CCLXVII

"Del regio matrimonio somos fruto.
Calcíope está viva. En edad grave
Frijo pagó a la muerte su tributo.
Al embarcarme en la perdida nave
Sus órdenes postreras ejecuto.
¿La que gozó Atamante, quién no sabe
En Orcómeno insólita opulencia?
Vamos los cuatro a recoger su herencia.

CCLXVIII

"Si nuestro claro nombre, por ventura
Saber quisiereis, éste es *Citisoro*;
Frontis aquel de la color obscura;
Melas se nombra el de los cabellos de oro
A mí me llaman *Argos*" Se apresura
A abrazarlos cada uno de los nautas.
Jasón añade estas palabras cautas:

CCLXIX

"Parientes somos, desde luego veo,
Por el lado paterno. Fué Atamante
Hermano de mi abuelo, el gran Creteo.
A mí te envía Júpiter Tonante
De fijo, y cumpliré con tu deseo.
De Grecia vengo; voy más adelante,
Al Haya; mas no hablemos de aventuras:
Por hoy, os proveeré de vestiduras."

CCLXX

Calla. De las bodegas del navío
Sacan vestidos de variado corte.
Con raudo paso y belicoso brío
Al Templo se encaminan de Mavorte
En donde ofrecen sacrificio pío
De ovejas pingües. Queda la Cohorte
Fuera del edificio, que, sin techo
Fuera tiene el altar, a poco trecho.

CCLXXI

En torno al ara, negra por los años,

Oran en pie los Argonautas fieles.
Allí las Amazonas, con extraños
Ritos, aún en su piedad crueles,
En vez de ovejas de humildes rebaños
Inmolaban espléndidos corceles.
Después del sacrificio y lauta cena,
Su discurso Jasón así encadena:
CCLXXII

“Todo penetra la sublime vista
De Júpiter Supremo. A su mirada
No hay un mortal que impávido resista
Y a sus devotos proteger le agrada.
¡Su gran poder, como antes, nos asista
El destruyó la pérfida celada
Que de cruel madrastra la insolencia
Tendió de vuestro padre a la existencia.
CCLXXIII

”Le donó, con la vida, facultades
Sin límites, del mundo maravilla;
Y a vosotros, de recias tempestades
Os ha salvado en diminuta astilla.
A de queráis, cual íntimos cofrades,
De mi baje! os llevará la quilla;
Del opulento Orcómeno a la playa,
O solamente de regreso al Haya.
CCLXXIV

”Con Argos construyó la misma Diosa
Palas mi nave, de robusto pino
Que en el Pelio cortar quiso graciosa
Con su segur de temple adamantino.
Tragó la vuestra tempestad furiosa
Sin ver en la garganta del Euxino
Las rocas, que en perpetuo movimiento
Del nauta son peligro y escarmiento.
CCLXXV

”Pues os ligó a nosotros la Fortuna
Y os hace en este mar nuestros pilotos,

Que en la misión de transportar nos una
El vellón de oro, fin de nuestros votos,
A Grecia, que es de nuestros padres cuna;
Así de Frijos os mostraréis devotos.
Para aplacar a Jove es esta empresa.
De Eolo en la progenie su ira pesa."

CCLXXVI

Aunque cortés y fino habló el Caudillo.
A su auditorio horrorizado deja.
Sabén que no es negocio tan sencillo
Privar al Rey, astuto cual vulpeja,
De la piel del carnero, cuyo brillo
Al oro más espléndido semeja.
Argos, en fin, a quien la empresa indigna,
Así enojado responder se digna:

CCLXXVII

"¡Magnánimos amigos! Nuestra vida
Con cuanta sangre en nuestras venas arde
Tendréis apenas la ocasión lo pida
Y ni una gota os negaré cobarde.
Pero un furor terrífico se anida
En el ánimo de Etas. Hace alarde
De ser hijo del Sol, y en masa ingente
Lo circunda de Cólquide la gente.

CCLXXVIII

"Lo hacen rival de Marte, el retumbante
Grito de guerra y brazo giganteo.
Sin su consentimiento ese trasplante
Del dorado vellón difícil veo.
Fiero Dragón lo guarda vigilante.
Del Cáucaso el peñón Tifaoneo
Lo vió nacer de la fecunda Tierra.
Jamás el sueño sus pupilas cierra.

CCLXXIX

"De la Serpiente a la nativa roca
Legó su nombre Tifaón insano
"Que en un momento de arrogancia loca

Osó retar a Jove soberano.
Pero no bien su cólera provoca
Alza irritado Júpiter la mano
Y con agudo rayo lo fulmina.
Herido en la cabeza el rostro inclina,
CCLXXX
"Y destilando sangre, con que baña
Su cuerpo, por las llamas encendido,
Arrastrándose llega a la montaña
De misa, en busca de perdón y olvido.
Pero lo tiene aun hoy del Dios la saña
En el Bistonio Lago sumergido."
Con la atención lo escuchan, que merece,
Y más de una mejilla palidece.

CCLXXXI

Peleo, audaz, a la palestra salta,
Y le responde así: "Mi buen amigo:
¿Creéis acaso que valor nos falta
Para vencer, lidiando, al enemigo?
La alcurnia de los héroes es tan alta
Que por su salvación temor no abrigo.
De Dioses somos todos descendientes,
A la guerra avezados y valientes.

CCLXXXII

"Si el Vellochino de oro de buen grado
A entregar a Jasón Etas se niega,
Por nuestras huestes se verá forzado
Plázcale o no le plazca, a hacer la entrega,
Y ni uno dejaremos a su lado
De esas tribus de Cólquide que allega."
Pasan el tiempo en diálogo sabroso,
Cenan y buscan plácido reposo.

CCLXXXIII

Cuando se despertaron a la aurora
Empezaba a soplar brisa suave.
Izan las velas; pone al mar la prora
Y áncoras leva la veloce nave.
La Isla de Marte piérdese en una hora
De vista, y antes que la tarde acabe
La Insula majestosa de Filira
En lontananza aparecer se mira.

CCLXXXIV

Allí Saturno, vástago de Urano,
Cuando de Olimpo en la mansión eterna
Era de los Titanes soberano,
Y Júpiter, de Creta en la caverna
Era escolar del preceptor Troyano,
Amó a Filira con pasión tan tierna
Que sorprendió la despreciada Diosa
A entrambos en su cámara de esposa.

CCLXXXV

Huyó Saturno fuera del alcance
De Rhea, transformándose en ligero
Corcel. Avergonzada en aquel trance
Ella subió por áspero sendero
A los Montes Pelasgos. Vino el lance
Del parto, y del connubio lastimero
El Centauro Quirón, de alto renombre,
Nació, mitad caballo y mitad hombre.

CCLXXXVI

A toda vela pasan los Macrones
Y la rica heredad de los Bequiros.
La brisa, sin parar, a las regiones
Los lleva de Bizeres y Sapiros.
De repente salir a borbotones
Ven el agua del Ponto, en raudos giros
Que en vasto golfo se abre, extenso y hondo
Con el fragoso Cáucaso en el fondo.

CCLXXXVII

A una de sus altísimas montañas,
Atado con cadenas, Prometeo
Alimenta, infeliz, con sus entrañas
A un buitre colosal, feroz y feo,
Más que las infernales alimañas.
Desde la nave se oye su aleteo
Cuando a perderse va en el horizonte
O toma más voraz al triste monte.

CCLXXXVIII

Del semidiós el hígado devora
Que sin cesar se reproduce y crece,
Su roja garra muestra aterradora,
A ninguna ave el monstruo se parece.
Remos sus alas son. Con popa y prora.
El velamen del Argo se estremece,
Y a los confusos nautas, aturdidos
De la víctima dejan los gemidos.

CCLXXXIX

A la pericia de Argos, siempre alerta,
Deben llegar de noche a su destino
Del caudaloso Fasis a la puerta
Y en el límite extremo del Euxino.
Proceden a guardar bajo cubierta
Velas y antenas de ligero pino.
Bajan el mismo mástil, y a lo largo,
En el centro, reclínanlo del Argo.

CCXC

Sin aguardar a que despunte el día
A todo remo van contra corriente
Cuya linfa levántase bravía
Herida de la prora por el diente.
Alzase la fragosa serranía
A la izquierda del Cáucaso eminente,
Y la ciudad del Haya, la primera
De Cólquide, y del Reino cabecera.

CCXCI

El Campo de Mavorte al otro lado
Se extiende con su bosque. El Vellochino
Allí, por la Serpiente custodiado,
Pende brillante de frondoso encino.
Jasón, en copa de oro cincelado
Libaciones de miel y rico vino
Del claro río vierte en los cristales
Invocando los Números locales.

CCXCII

A la Tierra, a los Dioses protectores
Del Reino y a las ánimas gloriosas
De los difuntos héroes y señores
Manda aplacar con preces fervorosas,
Y de incienso con místicos olores
Ruégales que sus áncoras limosas
Caigan bajo benévolos auspicios,
Y que aceptar se dignen sus servicios.

CCXCIII

Así prorrumpe entusiasmado Anceo:
“Llegamos (dice) a Cólquide distante
Y a Fasis, centro del poder Citeo.
¿Nos mostraremos de su Rey delante
En humilde actitud u hostil arreo?
De resolver y obrar es el instante.
Deliberad con pláticas discretas
Si hay que retar o propiciar a Etas.”

CCXCIV

Obediente Jasón a los consejos
De Argos, manda avanzar a una palude
Y echar las anclas de la orilla lejos.
Que preste sombra y del peligro escude
Al Argo con sus árboles añejos.
Pronto a cerrar los párpados acude
El sueño bienhechor, y de la aurora
Despiértalos la luz consoladora.

FIN DEL LIBRO SEGUNDO

Y DEL TOMO PRIMERO

INTRODUCCIÓN AL TOMO SEGUNDO

CARTA DEL EXCELENTÍSIMO SEÑOR DON ANTONIO MAURA,
DIRECTOR DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA.

AL TRADUCTOR

Excelentísimo señor don Ignacio Montes de Oca y Obregón,
Obispo de San Luis de Potosí

Madrid, 23 de octubre de 1919.

Venerable Prelado, ilustre compañero y distinguido amigo:
Aunque ignoro Si esta noche al ir por vez primera a la junta semanal de la Academia Española, tendré la fortuna de poderle saludar a V. personalmente, me apresuro a manifestarle en estos renglones cuán obligado le quedo por los obsequios con que nuevamente su bondad me abruma, al dedicarme su versión poética al castellano de la ARGONÁUTICA de Apolonio y al enviarme este ejemplar del libro con que me hallo agasajado ahora que regreso de mi vacación de verano.

No sé Si me sea lícito desear que el curso de los sucesos de Méjico le dejara a V. holgura que consintiese la terminación de esta obra, en la cual, una vez más, acredita V. que su espíritu selecto y cultivado pudo verse compelido, pero no ser aprisionado por ocio estéril. Bien ganado tiene V. el derecho a que posterguemos nuestro egoísmo literario a las grandes conveniencias públicas de que reasuma V. el pastoreo de su grey y a la consolación que hallará el ánimo de V. al reanudar sus desvelos episcopales. Como disponga y ordene Dios las cosas, ha de tener V. dondequiera la certeza del afecto cordial que los demás compañeros de la Academia y yo, sin dejarme por ninguno aventajar, le profesamos y guardaremos siempre para V.

Ojalá no necesite otra mano el remate de la traducción tan felizmente emprendida y adelantada por V., y Si hubiera de

asegundarlo otro, ojalá pueda aprovechar la pericia y el acierto con que V. ha abierto el camino.

Salúdale y b. s. a. p. su affmo.

A. Maura.

Los benévolos deseos, tan elocuentemente expresados en la lisonjera carta que antecede se han realizado, y hoy presento a la Academia y al público la entera versión. Siento haber tenido que hacer la de los dos últimos libros con tanta premura, que apenas me ha dejado tiempo para corregirla y revisarla. Lo tuve, sin embargo, para cotejar el texto griego de Apolonio con el latino de Valerio Flaco, que escribió su poema casi trescientos años después, dedicándolo al emperador Vespasiano. Si cuando tenía frescos mis estudios sobre Píndaro juzgaba a Apolonio muy inferior al gran Lírico, al compararlo con Valerio me ha parecido sublime y tengo que devolverle su crédito como poeta épico de altísimos vuelos.

No era fácil superarlo al poeta latino de la época de la decadencia, como parece que intentó. Convertir a Medea en una nueva Dido y a Jasón en otro Eneas era imposible sin apartarse de todas las tradiciones e incompatible con su propósito de seguir de cerca a su modelo. Lo que encontró tan arduo en los libros 6.º y 7.º de su poema, habría presentado dificultades insuperables si la muerte no le hubiera impedido terminar su epopeya.

No es lo mismo tratándose de episodios aislados, como los que Virgilio y Ovidio tomaron de la ARGONÁUTICA. El paso por Escila y Caribdis, la caída de Faetonte, el encuentro con las Harpías, ganaron en elegancia y dulzura en manos de aquellos esclarecidos poetas del Siglo de Oro. Otro tanto puede decirse del Robo de Hilas, cantado en griego por Teócrito y en latín por el mismo Ovidio. Valerio lo quiso convertir en un incidente *diplomático*, y con la innecesaria intervención de dioses y diosas echó a perder el sencillo idilio. Igual suerte corrieron en su poema los cantos mágicos de Medea, el adormecimiento del dragón y otras escenas en que no empleó las sobrias reticencias de Apolonio e hizo intervenir demasía de a las divinidades.

En algunos pasajes acertó; y quien tenga interés en comparar minuciosamente a un autor con otro puede consultar las

eruditísimas notas de don Javier de León Bendicho y Quilty, en su traducción de Valerío Flaco publicada en Madrid en 1868.

Mucho me halagó encontrar en el prólogo del egregio granadino la misma admiración que yo tengo por las octavas reales como único metro propio de la epopeya. Las suyas son espléndidas; y teniendo, además de grande habilidad para escribirlas, la conciencia de saberlo hacer, no se comprende por qué introdujo en su traducción tanta variedad de versos de arte mayor y menor. Quizás opinaba (como yo en un tiempo) que sólo la *Ilíada* y la *Eneida* merecen por completo los honores épicos y que el poema nunca terminado de Valerío debería rebajarse a la categoría de poema heroico simplemente. Sí es así, acertó al reducirlo a la forma de las *Leyendas* de Zorrilla y otros poetas modernos, tanto españoles como italianos. Pero al lector que no ha olvidado las satíricas observaciones de Herosilla, sonará mal el lenguaje de los héroes y los dioses hablando en romance octosílabo, y no podrán concebir a la terrible Medea arrullando al dragón con una cancioncilla de niñera andaluza. Me permito aventurar estas observaciones para hacer resaltar mi preferencia por la octava real, que pierde mucho de su dignidad cuando se convierte en narrativa exclusivamente, dejando para los diálogos otra clase de metros o estrofas.

Al terminar este trabajo, fruto inesperado de mi segunda juventud, exclamo como el viejo luchador de Virgilio:

Hic victor cestus artemque repono

Cuelgo como trofeo ante el simulacro de las Musas la zampoña, la lira y la trompa que me prestaron; pues con instrumentos míos propios no me habría atrevido a cantar. Espero que la generación venidera sabrá modular con los mismos instrumentos canciones de más brío y hará a las letras españolas servicios mayores que los que me glorío de haberles prestado desde mi temprana juventud hasta el año octogésimo de mi edad. Al empezar el quincuagésimo de mi azaroso episcopado, y en vísperas de regresar a mi sede, después de más de un lustro de forzada ausencia, me despido con lágrimas de la Real Academia Española y de esta Corte, en cuyo ambiente hospitalario, religioso y literario he pasado tan contento y agasajado años que para el poeta no se pueden llamar de destierro, aunque para el Obispo hayan sido de profunda amargura.

Madrid, 12 de marzo de 1920.

Ignacio Montes de Oca y Obregón

Obispo de San Luis de Potosí

(entre los árcades) Ipandro Arcaico.

CARTA DEL BIBLIOTECARIO DE EL ESCORIAL.

R. Monasterio de San Lorenzo del Escorial, 29 de enero de 1920.

Ilustrísimo señor Obispo de San Luis de Potosí

Venerado señor Obispo: He concluido ya de saborear (más que leer) el primer tomo de la ARGONÁUTICA. La pluma se me va a darle el más completo y entusiasta parabién. Estoy realmente asombrado de que a su edad haya acometido tal empresa y Llevádola a cabo con tanta perfección, con tales bríos y vuelos poéticos, que más parecen de un joven de treinta años. Tiene versos admirables y octavas enteras que parecen bloques de mármol arrancados de cuajode las entrañas mismas de la *Atlántida* del inmortal Verdaguer, con la que en muchos puntos bien puede compararse esta española ARGONÁUTICA.

El Vaticinio de Finco y, sobre todo, el Paso de las *Simplégades* exceden a todo elogio en la riqueza del léxico, en la variedad de la rima y en la inspiración del intérprete, que no puedo atribuir totalmente al original griego de Apolonio en este poema, que tiene trazas de epopeya. Y. E. I. ha honrado y enriquecido la ya rica literatura castellana con tan admirable traducción y adaptación.

Si en España se apreciase ahora los estudios helénicos, sería cosa de echar a vuelo las campanas de todos los aplausos periodísticos, que no sé para cuándo se quieren, Si no es en tan solemnes ocasiones. ¡Lo que hubiera gozado nuestro admirado Menéndez y Pelayo con esta traducción! Solamente V. E. I. podía llevarla a tan feliz término. Y es cosa de que en nombre de la literatura española se envíen a los revolucionarios de Méjico las gracias más expresivas por haberle empujado hacia estos lares para hacernos tan espléndido regalo poético, que de otro modo sería imposible disfrutar.

Si yo fuera competente, le dedicaría un buen estudio; pero confieso que no lo soy en estas materias delicadas de la poesía griega.

Sobre el *Rapto de Hilas* (que, á mi juicio, es el episodio peor tratado por Apolonio) hay en mi pueblo un preciosísimo e íntegro mosaico del tiempo de Augusto, descubierto hace unos quince años.

Me permito indicarle, sin son de crítica, que a las octavas 13 y 268 les falta un verso, no sé Si con intención o por descuido; pero sin perjudicar al pensamiento total.

¿No le parece que en el segundo tomo encajaría muy bien un mapa geográfico del itinerario que siguieron los Argonautas? Mándelo V. E. I. hacer.

La ARGONÁUTICA de Apolonio está pidiendo a gritos otra Argonáutica sobre el descubrimiento de América.

Pero... *quis est hic?*..

B. s. a. p. su affmo.

P. MIGUÉLEZ.

RESPUESTA

Madrid, 1º de febrero de 1920.

Mi querido padre Miguélez: La tempestad de elogios en que envuelve V, mi ARGONÁUTICA me ha sido doblemente lisonjera, conociendo, desde hace años, lo severo de su crítica y lo inexorable de su polémica. Mil gracias.

No fué, por cierto, intencional la omisión de los dos endecasílabos que me señala, y quedarán repuestos en un *Errata corrige* especial.

Quise desde un principio poner un mapa de la expedición argonáutica. Pero no me fué posible conseguir durante la guerra la edición griega que lo añade al texto, y de que poseo un ejemplar en mi biblioteca, entonces confiscada en Méjico y recientemente restituida. En una nueva edición española, que no sea simplemente *muestra*, como la presente, cabrá de seguro.

Agradecerá las nuevas observaciones que le hagan sus ojos de lince, acostumbrados a ver en la obscuridad de los manuscritos

escurialenses, su afectísimo,
I., OBISPO DE SAN LUIS DE POTOSÍ.

CLAVE ALFABETICA

PARA LOS DOS ULTIMOS LIBROS

ADRIÁTICO.—Aún no llevaba este nombre en la época de los Argonautas. Llamábase mar de Saturno, o sea Cromo, Saturnio o Saturnino. Todos estos nombres se le dan en el poema, según las exigencias de la claridad o de la rima.

AIA.—Además de la capital de la Cólquide, llamábase así la fabulosa isla de Circe. Escribimos *Haya*, o isla Hayea.

CELTAS.—Nombre de una raza que habitaba una gran parte de la Europa occidental. En la época de los Argonautas se daba este nombre a cuantos no eran Iberos en el Norte y Oeste de Europa.

CUPIDO, Amor o Eros.—Era hijo de Venus, de seguro; la paternidad se atribuía a Miarte, Vulcano o Mercurio. Hace un papel importante en el tercer libro.

ERÍDANO. —Este río, que después se llamó Padum y ahora Po, según la fantástica geografía de Apolonio comunicaba con el Rhin, el Ródano y varios lagos. También el Ister o Danubio tenía un ramal que des embocaba en el Adriático.

HESPÉRIDES. —Estas ninfas, con auxilio del dragón llamado Ledón, que mató Hércules guardaban las manzanas de oro que la Tierra dió a Juno como dote. Su jardín se coloca ordinariamente en las islas Canarias o en las de Cabo Verde. Apolonio lo sitúa en las cercanías de Cirene.

JUNO. —Hija de Saturno y de Rhea, hermana y esposa de Júpiter, representa el principal papel entre las divinidades en la segunda parte del poema, como Minerva en la primera. Esta

construyó la nave *Argo* y la llevó al Ponto Euxino; aquélla la salvó en su viaje de regreso y, aunque movida por el deseo de vengarse de Pelias, condujo a Grecia a los Argonautas con el Vello de oro.

MEDRA. —Hija de Etas, rey de Cólquide, nieta del Sol, sobrina de Circe, sacerdotisa de Hécate, perita como nadie en las artes mágicas, es la principal heroína en la segunda parte del poema, y a su lado se ofusca el mismo Jasón. Las aventuras de uno y otro, después del regreso de la expedición a Jolcos, se cuentan diversamente; pero todas son trágicas y dolorosas. Medea, abandonada, mata a los hijos que tuvo de Jasón, Este muere, según unos, por su propia mano; según otros, aplastado por la nave *Argo*,

TRITÓN. —Hijo de Neptuno y Anfitrite, habitaba con sus padres en un palacio de oro en el fondo del mar.

TRITONIA. —La laguna de este nombre, que representa un importante papel hacia el fin del poema, es, evidentemente, el lago salado que, en parte ya seco, se encuentra todavía al Sur de la moderna Túnez, En sus riberas, según Apolonio y otros, nació Minerva.

ERRATA CORRIGE

Léase como sigue en el tomo I, libro I, octava 13:

El Titaresio Mopso, a quien el arte
De adivinar investigando el vuelo
Del ave, enseñó Apolo, a tomar parte
Viene en la expedición. El patrio suelo
Y lago azul por el laurel de Marte
Como su padre y su glorioso abuelo,
Trueca Eridamo. El hijo del difunto
Meneto, Actor, también llegó de Opunto.

Libro II, octava 171:

Un hálito glacial el antro exhala
Que cuanto alcanza contamina y hiela.

Libro II, octava 268:

Si nuestro claro nombre, por ventura.
Saber quisiereis, éste es *Citisoro*;
Frontis aquel de la color obscura;
Melos se nombra el de cabellos de oro;

A mí me llaman *Argos*, Se apresura
Su estirpe al conocer y alto decoro
A abrazarlos cada uno de los nautas,
Jasón añade estas palabras cautas:

LIBRO TERCERO

SUMARIO DEL LIBRO III

Invocación a la Musa Erato (octavas 1 a 2). Visita de Juno y Minerva a Venus, en favor de los Argonautas (3-26). Promesa de Cupido a su madre Venus y recompensa que ésta le promete (27-36). Vuelo de Cupido a la tierra (37-39). Deliberación de los Argonautas (39-50). Jasón y algunos de sus compañeros en el Palacio Real (51-63). Cupido hiere a Medea con su flecha (64-67). Condiciones impuestas por Etas para entregar el Vellocino. Acéptalas Jasón (68-98). Angustias amorosas de Medea (99-104). Piden su protección los Argonautas, por consejo de Argos y por medio de su hermana Calcíopa (99-134). Después de largas vacilaciones, consiente Medea en protegerlos con hechizos (135-184). Su entrevista con Jasón en el templo de Hécate (185-241). Etas entrega los dientes del Dragón (242-256). Sacrificio nocturno y preparativos para el combate (257-269). Impone el yugo a los toros, ara la tierra y siembra los dientes del Dragón (270-281). Nacimiento y matanza de los gigantes. Triunfo de Jasón (282-290).

I

¡Oh musa del amor, divina Erato!
Hoy más que nunca tu favor imploro.
De Medea el erótico arrebató
Revela, y dínos cómo a su decoro,
Del Argonauta prefiriendo el trato,
Pudo a Jasón del Vello de oro
Facilitar la mágica conquista.
¡Musa gentil! Tu inspiración me asista.

II

A ti el Destino ha concedido en parte
Los altos privilegios de Citeres.
Ella contigo su poder comparte:
A vírgenes y férvidas mujeres
Sabéis entrambas el difícil arte
De avasallar con filtros y placeres.
Aun de tu nombre el celestial sonido
A *Amor* lo debes, a *Eros o Cupido*.

III

Tras la arboleda y las palustres cañas,
Bien escondida entre la agreste hierba,
Del enemigo el movimiento y mañas
Acecha de los nautas la caterva.
Pero a través de frondas y espadañas
Los aciertan a ver Juno y Minerva.
Se alejan de los Númenes presentes
Y aun de Jove recátanse prudentes.

IV

Se encierran en recóndito aposento
En el Olimpo, y Juno es la primera
Que empieza la opinión, con mucho tiento,
A explorar de su augusta compañera.
“Hija de Jove, de saber portento,
Háblame franca—dice zalamera—:
¿Qué debemos hacer? Dime qué ardides
Salvarán a esos bravos adalides.

V

”¿Cómo lograr que a la remota Acaya
Lleven el codiciado Vellochino?
¿Tendrá quien a Etas a pedirlo vaya,
Además de valor, astucia y tino?
Terriblemente audaz el Rey del Haya
Es, a la par que luchador, ladino.
Vencerlo en buena lid no está a su alcance;
Pero hay que procurarlo a todo trance.”

VI

Minerva le responde: “Excelsa Juno:
A mí también iguales pensamientos
Me agitan; y no encuentro medio alguno
De infundir en los próceres alientos,
Aunque voy ponderando uno por uno
Mil dolos y estratégicos intentos.”
Y los ojos, del suelo en las baldosas
Clavan, desconcertadas, ambas Diosas.

VII

Por fin exclama Juno: “Vamos, ea,
Juntas a visitar a nuestra grande
Amiga la graciosa Citerea.
Le rogaremos que a Cupido mande
A atravesar el pecho de Medea
Con una de sus flechas, y que ablande
A la hija de Etas, y con filtros haga
Que ame a Jasón la esclarecida maga.

VIII

”Así, con los consejos de su amante,
El vencerá”. Minerva le responde:
“De las flechas de Amor nací ignorante,
Y cuanto le concierne se me esconde;
Pero tu plan me agrada, y adelante
Iré contigo hasta el alcázar donde
Mora Ciprina; mas en este enredo
A tu facundia la palabra cedo.”

IX

Así diciendo, marchan de Ciprina
Al soberbio palacio que Vulcano
Labró para su cónyuge divina
Al concederle Júpiter su mano,
No obstante la cojera que lo indina.
Detiéndense en el pórtico cercano
A la nupcial estancia, en que el mullido.
Lecho prepara Venus al marido.

X

Este se encuentra del Olimpo ausente.
A Lípari partió muy de mañana
Y de la ínsula errante, en la candente
Fragua y sus yunques, en forjar se afan»
Primores mil de bronce reluciente.
Sola ha quedado Venus, y a desgana
Su rubia copiosísima melena
Con peine de oro parte y escarmena.

XI

Sentada en incrustado taburete
Del brillante portal frente a las rejas,
El cabello, cual áureo mantelete,
Los hombros de marfil cubre en guedejas.
Trenzar en un momento se promete
Las hebras de sus fúlgidas madejas
Cuando a las Diosas a su puerta mira.
Arroja el peine, y deja la cadira.

XII

Las invita a sentarse: las saluda
Amable; en otra silla toma asiento;
Sin desenmarañar, graciosa amida
La cabellera, que flotaba al viento,
Sobre su espalda cándida y desnuda.
Y con sonrisa dulce y blando acento
Las apostrofa así: "Señoras mías,
¿Qué os trae aquí después de tantos días?"

XIII

"Muy grave debe ser, según barrunto
Pues sois entre las Diosas las primeras
Y nunca hacéis visitas, el asunto
Que os conduce a mi puerta lisonjeras.
Juno responde: "Pon a bromas punto,
Que nosotras hablamos muy de veras,
Y Si venimos a implorar tu gracia
Es porque nos amaga honda desgracia.

XIV

"Andado al fin de Fasis en el río
Está, después de tanta peripecia,
Con Jasón y sus héroes, el navío
Que a caza del Vellón viene de Grecia.
Por el éxito tiemblo y desconfío;
La hora se acerca, la labor es recia,
Y Si por todos ellos me intereso,
Mayor afecto a Esónides profeso.

XV

"Si navegar pretende aun al Infierno
Los hierros de Ixión a hacer pedazos
Y arrebatarlo a su castigo eterno,
Hasta donde la fuerza de mis brazos
riegue, lo salvará mi afecto tierno
De los que le ha tendido infames lazos
El mismo Pelias, cuyo audaz insulto
A mí me niega víctima, honra y culto.

XVI

"Antigua gratitud también me liga
Al vástago de Esón. De los mortales
Bajé a la tierra, en forma de mendiga,
A probar la virtud y ver los males,
Y del Anauro en la ribera amiga
Me sorprendieron lluvias torrenciales,
la abundancia de nieve y de granizo
Intransitables los caminos hizo.

XVII

"Tornaba de penosa cacería
El apuesto doncel, y su estatura
Descollaba en la helada serranía.
Hirió sus ojos mi senil figura,
Que hundirse entre la nieve parecía.
Sobre sus hombros me llevó segura
Por riscos y barrancos, y su marcha
No interrumpió la nieve ni la escarcha.

XVIII

"Desde entonces está bajo mi amparo.
Y no permitiré que mi enemigo
Pelias se burle del varón preclaro
Pero no lograremos su castigo
Si tú no ayudas a quien me es tan caro
En su proyecto audaz. ¿Cuento contigo?
Venus escucha; en responder vacila;
Al fin dice, cortés, pero intranquila:

XIX

"¡Oh Diosa venerada y venerable!
Si Venus tus proyectos no secunda
Que la llamen el ser más despreciable,
Pero, aunque en ganas de ayudarte abunda
Con hechos y palabras, deleznable
Sabes que es el poder que la circunda."
Respuesta tan benévola le inspira
El gran respeto con que a Juno mira.

XX

Esta replica así, con gran prudencia:
"No te pedimos ni que enredos trames
Ni manifiestes bélica potencia.
Nos bastará que a tu muchacho llames
Y a la hija de Etas, cuya oculta ciencia
Sabe mil dolos, en amor inflames,
De tu hijo atravesando el mismo dardo
A la hechicera y al doncel gallardo.

XXI

"Una vez de Jasón enamorada,

A conquistar el áureo Vellochino
Sabrá ayudarle, y de él acompañada
Emprenderá de Jolcos el camino.”
A entrambas Diosas, Venus, sonrojada,
Así apostrofa en su lenguaje fino:
“Augusta Juno, celestial Minerva,
Veréis de mi hijo la índole proterva.

XXII

”Con vosotras quizá más obediente
Que conmigo será, y a vuestros ojos
Querrá no aparecer tan insolente
Y vergüenza tendrá de sus arrojos.
Ni orden ni observación de mí consiente,
Y de romperle me han venido antojos
Su arco y aljaba y desplumadas flechas
Y de arrancarle las intonsas mechas.

XXIII

”En sus accesos de furor mil veces
Me ha amenazado ya con tono amargo.
Si por sus infantiles pequeñeces
Mi mano maternal sobre él descargo,
Jura que me lo hará pagar con creces.”
Sigue a sus quejas un silencio largo.
En tanto, con sonrisa maliciosa
Dulces se miran una y otra Diosa.

XXIV

Venus, disimulando su despecho,

Prosigue: "A los demás mis desventuras
Suelen mover a risa: ¿qué provecho
Saco con revelar mis amarguras?
Bástame con guardarlas en el pecho.
Por daros de mi amor pruebas seguras
Procuraré ganar a mi Cupido.
Quizá no se me muestre empedernido."

XXV

Calló: Juno la tierna manecita
Entre las suyas acaricia y besa,
Diciéndole: "Carísima Afrodita,
Ven de una vez a acometer la empresa.
Exasperar a tu Cupido evita,
Aunque se irrite su índole traviesa.
Verás cómo te da su asentimiento."
Deja de hablar y se alza de su asiento.

XXVI

Sale con ella la gallarda Palas
Y entrambas se encaminan silenciosas
De sus palacios a las regias salas.
En tanto, la más bella de las Diosas,
Más linda aún con sus campestres galas,
Los valles atraviesa y las umbrosas
Colinas del Olimpo, diligente,
Buscando en ellas al rapaz ardiente.

XXVII

De Jove entre los árboles frutales

Lo halla, y no solo. Está con Ganimedes.
Prendado de la flor de los zagales
Júpiter, lo trajeron sus mercedes
A morar con los dioses inmortales,
Donde no cesa de tenderle redes
Amor. Con dados de oro, artero, juega
Con el garzón, cuando su madre llega.

XXVIII

En pie se yergue el rapazuelo ufano
Y de fúlgidos dados más que llena
Apoya al pecho la siniestra mano.
Su rostro, cual la flor de la verbena,
Del Sol matiza el fuego meridiano.
Sentado, en tanto, presa de honda pena,
El otro niño dobla las rodillas,
Sin enjugar las húmedas mejillas.

XXIX

Dos dados sólo tiene. Los arroja
Uno del otro en pos. La carcajada
De Cupido, procaz, al par lo enoja
Y le da a conocer que la jugada
Ha resultado, cual las otras, floja.
Se va, con la derecha desarmada
Y ambas manos vacías; ni siquiera
Ve que llega la Diosa de Citera.

XXX

Esta pellizca a su hijo la mejilla,
Y la carne teniendo entre sus dedos,
“¿De dónde viene—dice—esa risilla
Que deforma tus labios siempre ledos?
¿Abusando de la índole sencilla
De ese inexperto niño, con enredos
Y trampas la partida le has ganado?
Siempre el mismo serás, perro malvado.

XXXI

”Mas no vengo a reñirte. Grave empresa
Encomendarte quiero. Tú promete,
En asunto que tanto me interesa,
Ayudar a tu madre, y un juguete
Yo te daré Si cumples tu promesa,
Que a Júpiter, cuando era mozalbete,
Su nodriza Adrastea, tan querida,
En la caverna le donó del Ida.

XXXII

”Es una esfera fúlgida y rotunda,
Esmaltada de azul, que ni Vulcano,
Pudiera fabricarte una segunda
De más valor con su arte soberano.
En círculos partida, la circunda
Una lámina de oro, liso y plano.
Cada juntura, repujado anillo
Cubre, girando, con celeste brillo.

XXXIII

"Al arrojar la mágica pelota
Verás que brilla cual luciente estrella,
Y todo el tiempo que en los aires flota
Caudal de luz siguiendo ya la huella
Que de su globo, cual cometa, brota.
Tuya será Si de Medea bella
Lanzas al corazón agudo dardo
Que la enamore de Jasón gallardo.
XXXIV

"Parte sin dilación. De otra manera
El premio no será tan esplendente
De Venus la promesa lisonjera
Colma los votos del rapaz ardiente.
Los juguetes arroja; a la ligera
Falda se cuelga, y pídele insistente,
Acumulando halago sobre halago,
Que le adelante el ofrecido pago.
XXXV

La Diosa con amor abraza a su hijo,
Ambos carrillos le acaricia y besa,
Y exclama así: "Sí el dardo que te exijo
Lanzas al corazón de la Princesa
Heredera de Cólquide, de fijo
Te cumpliré sin dolo mi promesa.
Por tu deidad querida lo aseguro
Y por mi numen a la par lo juro."
XXXVI

Sus dados, esparcidos sobre el heno,
Recoge el niño, y minucioso cuenta,
Y de su Madre en el fulgente seno
Colocándolos va con mano atenta.
Levanta su carcaj, de flechas lleno,
Que apoyado en un tronco se presenta;
Lo cuelga al hombro en tahalí dorado
Y empuña su arco, curvo y bien templado.

XXXVII

Con pie veloz el parque y los vergeles
Del alcázar de Júpiter traspasa:
Muy pronto del Olimpo los canceles
Etéreos e invisibles raudo pasa.
Lo aleja aún de sus devotos fieles
Profundo abismo, que su andar retrasa:
Explora el rumbo que seguir anhela,
Abre las alas y hacia abajo vuela.

XXXVIII

Los dos polos, sostén y fundamento
Del orbe entero, y puntos culminantes
De los excelsos montes, que su asiento
Tienen sobre él, elévanse gigantes
En el obscurecido firmamento,
Y en sus agudos picos penetrantes
El Sol, que acaba de nacer, matiza
Las altas sierras con su luz rojiza.

XXXIX

De la tierra vivífica y fecunda
Aparecen campiñas y heredades
Y el agua, cual cristal, que las inunda
De los sagrados ríos; las ciudades
Y sus hombres; el mar que la circunda
Y aun el éter envuelve en tempestades.
Todo desde los aires ve Cupido
Más claro cada vez, y oye el ruido.

XL

Los héroes, entre tanto, en la apartada
Laguna que formara el mismo río
Acorados están en emboscada,
Surtos detrás del casi sombrío.
La legión delibera congregada.
Cada cual en su banco del navío
Sentado, silencioso, escucha atento
Del Capitán el vigoroso acento.

XLI

“Amigos: Voy mi parecer a daros
Con plena libertad; a todos toca
Ratificarlo con conceptos claros.
Común es nuestra empresa, y os provoca.
A dar vuestra opinión, héroes preclaros,
¡Ay del que cierre por temor la boca!
Si no retoma a Grecia la cohorte,
Culpa será de su cobarde porte.

XLII

”Oíd mi plan. A bordo de la barca
Sobre las armas que os quedéis prefiero,.
Mientras vuestro Caudillo desembarca.
Con reducido séquito, el primero.
Con los hijos de Frijol del Monarca
Iré al palacio, y que me sigan quiero
Dos de vuestra cohorte; y, ante todo,
Hablemos a Etas con humilde modo.

XLIII

”Veré Si mi palabra persuasiva
Lo mueve a dar el Vellocino de oro
Cediendo a la amistad, o bien Si esquivada
Convenios y la paz tiene a desdoro.
Pero que salga de él la negativa
Conviene a la justicia y al decoro;
Y aun así, permitidme que ce persuada
A no desenvainar luego la espada.

XLIV

”Debemos meditar Si en ese trance,
Antes que recurramos a Mavorte,
No habrá algún otro medio que al alcance
Ponga el áureo vellón de la Cohorte.
De lo suyo a privar nadie se lance
Al Rey sin tocar antes el resorte
De suplicar. Discursos lisonjeros
Más eficaces son que los aceros.

XLV

”El noble Frijó, cuando huyendo vino
De su madrastra y del furor paterno,
Al abrigo del solio ¡purpurino
De Etas amparo halló y afecto tierno.
De Júpiter, patrón del peregrino,
¿Quizá al decreto hospitalario eterno
Osará resistir? Hasta un salvaje
Al extranjero ofrecerá hospedaje.”

XLVI

Termina su oración, y no disiente
Uno solo en palabra o pensamiento,
Manifestando todos claramente
Su unánime adhesión y asentimiento.
Jasón, de la embajada presidente.
De Mercurio el bastón tremola al viento.
Lo siguen Telamón, Augías, hijo
Del Sol, y los dos vástagos de Frijó.

XLVII

Por entre el agua y verdes casi
Saltan a tierra, y van a un campo abierto
De cipreses y sauces colosales
En hileras densísimas cubierto.
Le llaman los piadosos naturales
Cementerio de Circe, porque al muerto
Reposo extraño en su recinto ofrece.
¡Uno en cada árbol tétrico se mece!

XLVIII

Aun hoy las leyes Colquias sepultura
Vedan dar a un varón bajo de tierra:
En una piel de vaca, cruda y dura,
Sin quemar su cadáver, se le encierra
Y con cadena férrea se asegura.
Ni un túmulo se le alza, ni se entierra,
Ni en lecho funerario se le tiende.
De un árbol extramuros se suspende.

XLIX

Pero no sólo sobre el aire pesa
De dar asilo a todo cuerpo inerte
La penosa labor. Se abre una huesa
Para toda mujer que hirió la muerte.
La madre Tierra así, por ley expresa,
Puede del aire compartir la suerte.
En este campo lo divisa Juno
Y socorro a Jasón presta oportuno.

L

Los muros de la Villa y las entradas
Envuelve en una atmósfera tan densa
Y niebla tal, que oculta a las miradas
De la de Colquios multitud inmensa
A Jasón y sus nobles camaradas.
Del cementerio salen, y la extensa
Ciudad cruzando, llegan al espacio
Cercado, enfrente del real palacio.

LI

Juno disipa la neblina entonces.
Detiéndose a admirar el frontispicio
Del alcázar: los mármoles y bronce
Que adornan el espléndido edificio;
Las anchas puertas sobre enormes gongos;
Los vastos atrios, de opulencia indicio;
En derredor, columnas gigantescas;
En el centro, emparrados de hojas frescas.

LII

Sobre triglifos de metal luciente
De jaspe alta cornisa, el soberano
Alcázar, en redor orna eminente.
En el fértil jardín cavó Vulcano
Cuatro veneros. Brota de una fuente
De rica leche chorro sobrehumano.
Vino sabroso corre en la segunda
Y balsámico aceite en la otra abunda.

LIII

Agua produce la última fontana,
Frígida en el estío más que hielo,
Pero que tibia, y aun caliente, mana
Cuando bajan las Pléyades del cielo.
De los gigantes en la guerra insana
Cuando Vulcano mismo cayó al suelo
El Sol su carro le ofreció benigno
Y él quiso del favor mostrarse digno.

LIV

De gratitud en prenda a su hijo dona,
A más de aquéllos, muchos monumentos.
Unos mágicos bueyes que en persona
En su fragua forjó, de arte portentos.
De bronce son sus pies, y su corona
De astas; de vivo fuego sus alientos.
El arado que arrastran, de adamante,
Irrompible, inmortal, de eterno aguante.

LV

Hay un patio interior, con ricas salas
Y pórticos y vastos corredores.
La arquitectura allí luce sus galas;
La pintura, sus sombras y colores.
Aquí y allí despléganse dos alas
Que dan acceso, en pisos superiores,
A dormitorios de exquisito lujo,
Con sus puertas de artístico dibujo.

LVI

En la parte más alta y suntuosa
Con Idiya, la reina, Etas habita.
Antes que la tomara por esposa
Del Cáucaso en la ninfa Asterodita
Un hijo tuvo, cuya faz radiosa
De Faetonte el esplendor imita,
Y aunque Absirto se llama lisonjero
Ese apodo le aplica el pueblo entero.

LVII

Cerca tiene su cuarto. El otro lado,
Que del Rey a las hijas se reserva
Calcíopa y Medea, está guardado
De esclavas por innúmera caterva.
Al penetrar Jasón, acompañado
Por los ilustres próceres, lo observa
Con asombro Medea desde arriba
Y un grito lanza al ver la comitiva.

LVIII

Pero ¿por qué en palacio anda a tal hora?
Sacerdotisa de Hécate, su oficio
Es al templo acudir desde la aurora
Y hasta la noche estar a su servicio.
Hoy Juno la detiene hasta deshora,
Del vástago de Esón en beneficio;
En la mansión paterna está la maga
Y de aposento en aposento vaga.

LIX

Aquel grito a Calcíopa su hermana,
Que fué esposa de Frijó, pone alerta.
Arrojan sus doncellas rueca y lana
Y corren en tropel hacia la puerta.
Ella a sus hijos reconoce; ufana
Abre los brazos, y a entender no acierta
Cómo, Si sólo ayer partieron juntos,
Han vuelto ya de tan remotos puntos.

LX

Se arrojan en los brazos maternos
Ellos también y escuchan esta arenga:
“¿Lo veis? No quieren ya los Inmortales
Que otra desdicha a más hogares venga
Ni a desafiar vayáis los temporales
En nueva expedición, penosa y luenga.
¿Qué vale de Atamante todo el oro
De vuestra madre comparado al lloro?

LXI

”desdichada de mí! ¿Qué amor funesto
Os infundió mi esposo moribundo
A Grecia y a ese Orcómeno molesto?
¿En dónde está ese Orcómeno, en qué mundo?
Pero burló vuestro naval apresto
El Hado y seca el llanto en que me inundo
Trayendo al puerto vuestra triste barca.”
Sus voces al oír, sale el Monarca,

LXII

Viene tras él de Tetis la marina
Y el Océano la hija Iduya noble.
Siguen los cortesanos, y se hacina
Toda la servidumbre en fila doble.
Pero no deja el hacha o sierra fina
El leñador que parte pino o roble,
Ni abandona el pastor vacas o bueyes.
Severas son de Cólquide las leyes.

LXIII

Y mientras otros siervos para el baño
Del Rey agua calientan sobre el fuego,
Baja del aire, ansioso de hacer daño,
Invisible Cupido, mas no ciego.
Como el tábano, azote del rebaño,
Que al humilde pastor quita el sosiego
Y a la tierna becerra vuelve loca,
Detrás de una columna se coloca.

LXIV

Ajusta al arco cuerda bien templada
Y saca del carcaj aguda flecha
Jamás por mano alguna disparada.
Ligero avanza; cauteloso acecha;
De Esónides apóyase a la espada;
Su izquierda tiene el arco; la derecha
Del centro de la cuerda fuerte tira,
Y en Medea el rapaz pone la mira.

LXV

Dispara al seno de la augusta dama.
Vuela derecho el abrasado dardo,
Que como tea el corazón le inflama
En vivo amor por el doncel gallardo.
Cupido, satisfecho de su trama,
Sale de la mansión con paso tardo
Y el atrio donde ha herido a la Princesa
Riéndose a carcajadas atraviesa.

LXVI

Ella quedó sin habla; pero luego,
Mirada tras mirada seductora
Lanza a Jasón de apasionado ruego.
Dulce dolor el alma le devora
Y la derrite deleitoso fuego.
De su sana razón ya no es señora;
La memoria perdió; lánguida y mustia
La hace anhelosa respirar la angustia.

LXVII

Semeja a la hacendosa campesina
Que hilando lana los inviernos pasa
Y con sarmientos áridos de encina
Cerca de noche la encendida brasa
Para poder, a la hora matutina
A que despierta, calentar su casa.
La llama en un instante cunde y crece,
Arden las ramas y el hogar fenece.

LXVIII

De su insensato amor la pesadumbre
Así consume el pecho de Medea;
Ya sus mejillas tiñe roja lumbre,
Ya palidez de muerte las blanquea.
Entre tanto, la activa servidumbre
Con baños a los huéspedes recrea,
Y con los ricos vinos y manjares
Olvidan los peligros y pesares.

LXIX

Acaban de comer. Desde su trono
Empieza el Rey su interrogar prolijo
A sus nietos, diciendo en dulce tono:
"¡Oh vástagos de mi hija y de aquel Frijó
A quien tanto encumbré, y en cuyo abono
Más generoso fui, llamándolo hijo,
Que con ningún extraño en esta playa!
¿Qué os trae de nuevo a la Ciudad del Haya?

LXX

"¿Acaso algún terrífico accidente
Cortó el camino o abrevió la estancia?
Os advertí con tiempo que era ingente
Del proyectado viaje la distancia;
Que yo tuve ocasión de ver patente
Cuando mi padre el Sol, allá en mi infancia,
En su carro de luz, con prisa y furia,
Hasta las costas me llevó de Etruria.

LXXI

"Mi hermana Circe con nosotros iba
Por la colonia que fundó Tirreno
En la lejana Hesperia, la nativa
Patria trocando, y su feraz terreno
Al extranjero que a su puerto arriba
Acoge aun hoy su hospitalario seno.
¿Mas de qué sirven vanas digresiones?
Sin temor exponed vuestras razones.

LXXII

"¿De qué habéis menester? ¿Dónde ha quedado
El que os suministré raudó navío?
¿Quiénes son los que os han acompañado
Al territorio y al palacio mío?"
Avanza a responder apresurado
Argos, temiendo de Etas el desvío;
Como hermano mayor, juzga que debe
La palabra tomar, y a hablar se atreve.

LXXIII

Exclama: "¡Oh Rey! La nave que nos diste!
No bien zarpó, fué presa de los mares,
No quedan ni pavesas: ya no existe.
Uno de nuestros Dioses tutelares
A los nautas salvó de fin tan triste.
Asidos a una tabla, a los azares
De horrible tempestad en noche obscura
Escaparnos y a eterna desventura.

LXXIV

"De la Insula de Marte a los desiertos.
Arenales una ola bienhechora
Nos arrojó. Desnudos, medio muertos
De hambre y fatiga nos halló la aurora.
Al serenarse el aire, descubiertos
Fuimos, al fin, por los que veis ahora,
Hijos de Dioses, cuyo pecho amigo
Alimento nos dió, vida y abrigo.

LXXV

"O Júpiter o extraña coincidencia
La mañana anterior hizo que sanos
Fondearan allí, la resistencia
Venciendo de los buitres, que a lejanos
Horizontes huyeron. Mí ascendencia
Al saber me abrazaron como hermanos,
Y oyeron con respeto y regocijo,
¡Oh Rey!, tu propio nombre y el de Frijol.

LXXVI

"Porque a buscarte vienen. Si los fines
Quieres saber de su penoso viaje,
Nada te ocultaré. Son tus afines,
Gente de paz y rinden homenaje
A Júpiter cruzando tus confines.
Este que ves, Augusto personaje,
Del gran Eolo regio descendiente
Se gloria de ser y omnipotente.

LXXVII

"Un Rey celoso a perecer lo envía
En esta expedición malaugurada
Para salvar su trono y dinastía;
Y quiere en su ambición que te persuada
Que el castigo que Frijo merecía
Caerá sobre su raza, Si aplacada
La indignación de Júpiter divino
No queda con el áureo Vellocino.

LXXVIII

"Para llevarlo a la remota Acaya
Aparejaron espaciosa nave;
No como las que ve desde la playa
Luchar aun con el viento más suave
El morador atónito del Haya,
Y cuyo casco resistir no sabe
A la menor tormenta que lo embiste,
Como pasó con nuestra nave triste.

LXXIX

"Es un bajel que con sus manos y arte
Divino fabricó Minerva augusta,
Trabando su armazón de parte a parte
Con clavos y madera tan robusta,
Que ni las olas, ni el furor de Marte,
Ni el huracán lo quiebra ni lo asusta,
Y que avanza lo mismo a toda vela
Que a remo contra el mar y la procela.

LXXX

"De todas las regiones y ciudades
Que se glorían de su sangre griega,
De los héroes de todas las edades
Da flor y nata en el bajel navega.
Vencedora de recias tempestades,
Viene a pedirte por favor la entrega
Del que custodias áureo Vellocino.
De tu respuesta pende su destino.

LXXXI

"En uno de tus puertos ancorada

Aguarda la legión. Guerra no quiere,
Y Si darle la prenda deseada
De buena gana tu bondad prefiere,
Recompensa tendrás proporcionada.
Que el Sauromata tus derechos hiere
Sabe por mí. Te ofrece su conquista
Y a domeñarlo para ti se alista.

LXXXII

"Si de saber los nombres y el linaje,
Como es muy natural, tienes deseo,
De los tres héroes que a tu Corte traje,
Este que ves, de cuerpo giganteo
Y que de convocar tuvo el coraje
A Grecia entera, nieto es de Creteo,
Hijo de Esón, Jasón tiene por nombre,
Y Si es nuestro pariente no te asombre.

LXXXIII

"Creteo, hijo de Eolo, y Afamante.
El padre de mi padre, eran hermanos;
A un vástago del Sol tienes delante,
Augías; consanguíneos sois cercanos.
Por Eaco de Júpiter Tonante
Desciende Telamón, ¡oh cortesanos!
De otros Númenes son hijos o nietos
Los demás héroes a Jasón sujetos."

LXXXIV

Disimular su indignación no intenta
Airado el Rey con el discurso de Argos.
Accesos mil de cólera violenta
Su ánimo agitan e ímpetus amargos.
La idea de traiciones le atormenta,
Y al hijo de Calcíopa hace cargos
De haber ido a buscar al falso Griego,
Y así habla, echando por los ojos fuego:

LXXXV

“¡Fuera de aquí, traidores! Si mis ojos
Os siguen contemplando un solo instante,
Tal vellón os daré, que los antojos
De otro vellón os quite en adelante.
No al Vellochino de oro: mis despojos
Son a los que queréis echar el guante.
Ni es aplacar a un Dios lo que ambiciona
Vuestra falsa piedad: es mi corona.

LXXXVI

”De la hospitalidad la ley venero,
Y acabáis de sentaros a mis mesas.
Si no, la lengua os arrancara fiero
Y las cortadas manos a pavesas,
Redujera verdugo justiciero.
Sólo las plantas de los pies ilesas
Para escarmiento eterno os dejaría,
Raza falaz, sacrílega e impía.”

LXXXVII

Llamaradas arroja por la boca
Al terminar su reto furibundo.
De Telamón la cólera provoca,
Que a desafiar al Rey se alza iracundo.
Esónides en medio se coloca,
Y con el tono fácil y fecundo
Que dan los Dioses al que en jefe manda
Con notas suaves al Monarca ablanda.

LXXXVIII

“Étas—le dice—calma tus furores
Ante esta nobilísima asamblea,
Ni tu imaginación conquistadores
En los que vienen a obsequiarte vea.
Debemos a mandatos superiores
De un Monarca y un Dios nuestra tarea.
El que sale a robar ajenos lares
¿Recorre, por ventura, tantos mares?

LXXXIX

"Pedímoste un favor, cuya memoria
Será a los siglos venideros grata.
A Grecia entera llevaré tu gloria
Y recompensa te daré no ingrata;
Si te pluguiere espléndida victoria,
Ganando sobre el fiero Sauromata;
Sí no, venciendo en desigual contienda
A cualquiera otro pueblo que te ofenda."

XC

Mientras habla Jasón, Elias, reacio,
Inicuo plan en su ánimo medita:
¿Acertará Si luego, allí en palacio,
A aquellos hombres la existencia quita?
¿Será más cuerdo proceder despacio,
Fingiendo lo que el Griego solicita
Darle con condiciones y reserva
Mientras sus fuerzas y poder observa?

XCI

El último proyecto prevalece,
Y Así responde, pérfido: "¡Extranjero
Si eres nieto de un Dios, como parece.
Y en alcurnia mi igual, negar no quiero
El precioso vellón: que lo merece
Tu valor personal prueba primero.
Si un Rey valiente en Hélade domina,
Según decís, su arrojo me fascina.

XCII

"La prueba de valor y fortaleza
A que os sujeto es un trabajo duro
Que con mi propio sacrificio empieza.
Dos toros, con los pies de bronce puro,
Pacen del campo Marcio en la maleza,
De vivas llamas es su hálito impuro:
Yo mismo el yugo a su cerviz impongo
Y a abrir la gleba indómita me pongo.

XCIII

"Con mi sólido arado de adamante
Cuatro yugadas, que el barbecho encierra,
Labro, sin detenerme en un instante.
Y a la hora de sembrar van a la tierra.
En vez del grano rubio, fecundante,
De Ceres, los que un tiempo como sierra
De la más colosal de las serpientes
Crecieron en la boca agudos dientes.

XCIV

"Nacer no puede ni dorada espiga
De tal simiente, ni jugosa caña.
En un guerrero, armado de loriga,
Tórnase cada diente, que con sana.
Unido a los demás, feroz me hostiga
Hasta que los derriba mi guadaña.
Salgo al amanecer, La noche llega
Cuando ya terminé siembras y siega.

XCV

"Cuando de hazaña tal hagas alarde
El vellón te dará. Pero Si a cabo
No la puedes llevar, jamás aguarde
Tal prenda tu ambición. A un Rey tan bravo
No es lícito ceder ante un cobarde,
De su alta dignidad con menoscabo.
Dejémonos de vanas historietas.
Obras, palabras no, placen a Etas."

XCVI

Al terminar el Rey su arenga ruda
Estupefacto cae sobre su asiento
Jasón. Baja los ojos; se le anuda
La lengua; pierde el habla y el aliento;
Quiere deliberar, vacila, duda
Y nada resolver en el momento
Sabe, ni pronunciar vana promesa
De acometer tan arriesgada empresa.

XCVII

Astuto, al fin, replica: “Tu derecho
Me tiene sin resquicio ni salida
Acorralado en callejón estrecho.
Acepto ¡oh Rey! la desigual partida,
Y con tu yunta labraré el barbecho.
Aunque me arranque tu dragón la vida.
Desde que Pelias me lanzó al camino
Persígueme la fuerza del Destino.”

XCVIII

Calla Jasón, que de tristeza muere.
“Puesto que lides tu valor anhela
—replica el Rey, y amargo lo zahiere—,
Con tu legión a incorporarte vuela.
Pero si uncir mis toros ya no quiere
Y mi sembrar insólito recela
Tu mano, todo hará la diestra mía
Y admiraréis mi egregia valentía.”

XCIX

Termina. De su silla se levanta
El vástago de Esón. Lo sigue Augías
Con Telamón; solo Argos se adelanta
Y detiene en las vastas galerías
A sus hermanos. Va con gracia tanta
Jasón pasando puertas y crujías,
Que entre los suyos sin rival descuella
Y en él sus ojos fija la doncella.

C

Tenaz lo mira, alzando el fino velo.
Enardecido el corazón le escuece;
Su mente, como sueño, en raudo vuelo
Los pasos de Jasón seguir parece.
Víctima de vivísimo recelo
Con sus amigos él desaparece.
Calcíopa a su cámara, entre tanto,
Llama sus hijos con profundo espanto.

CI

A la suya Medea se retira
Presa de los fantásticos dolores
Que a todo seno apasionado inspira
El suave revolver de los Amores.
Ante sus ojos sin cesar le mira.
Su juventud radiante; los colores
Ver de su manto y fúlgida armadura,
Su sentarse, su andar, se le figura.

CII

El eco de su voz y de su planta
Al retirarse en sus oídos suena.
No hay un hombre mejor. ¡Cómo le encanta
De ese varón la majestad serena!
Más dulce que la miel, de su garganta
Es el suave trinar que la enajena.
Mas ¡ay! el fuego que el rencor atiza
En el pecho del Rey la aterroriza.

CIII

En profanado féretro tendido
Ver le parece su cadáver yerto,
Bien por los toros mágicos herido,
Bien por la mano de su padre muerto.
Del pecho saca lánguido gemido,
Que degenera en lamentar abierto,
Y exclama así, postrándose de hinojos,..
Anegados en lágrimas los ojos:

CIV

“¿Por qué me tiene mi dolor absorta,
¡Triste de mí! Si el que a morir se apresta.
Es el mejor o el último, qué importa,
De los héroes? Mi mente la funesta
Idea de que muera no soporta,
¡Hécate veneranda! Oído presta
A mi plegaría.—O Si lo mata un toro,
Sepa que al menos yo su suerte lloro.”

CV

Mientras enamorada la Princesa
A la Deidad con súplicas ablanda,
Jasón la Villa y calles atraviesa
Y los senderos que siguió desanda,
Argos, tímido, dice: "Hablar me pesa,
Quizá te desagrade mi demanda,
¡Hijo de Esón!; pero es preciso que hablen
En una situación tan lamentable.

CVI

"Recordarás que alguna vez la historia.
Narré de una beldad, parienta mía,
Que ante el ara velando expiatoria
De Hécate, hija de Perses, que es su guía,
Se ejercita en la magia. La victoria
Será de nuestra heroica Compañía
Si logramos poner de nuestra parte
Su protección, su afán, su ciencia, su arte.

CVII

"Serios temores en mi pecho abrigo
De que juzgue Calcíopa quimera
Tantos peligros dividir contigo.
Pero es la situación tan lastimera,
Que Si la ayuda ansiada no consigo
A todos por igual la muerte espera.
Del Rey que tome a la mansión permite
Y a socorremos a mi madre incite."

CVXII

Termina así su bondadosa arenga.
"Argos querido—Esónides replica—,
No seré yo quien necio te detenga
Sí tal es tu opinión. Corre, suplica
Y de tu madre tu prudencia obtenga
La protección que tu talento indica.
Es triste que dependan de mujeres
Vida, misión, retomo, pareceres."

CIX

Así deliberando, a la palude
Llegan los cuatro, donde está la nave.
Alegre en torno la falange acude,
Pero del Capitán el aire grave
Hace que el gozo en aflicción se mude.
Exclama así: "Nuestra esperanza acabe.
Del Rey feroz, hostil abiertamente
Es a nuestra misión, la negra mente.

CX

"Oíd, oíd el que imponemos Etas
Atroz certamen quiere. ¿Hay quien soporte
Tal lucha entre los bélicos atletas
Que a mis órdenes van en la Cohorte?
—"Cuatro yugadas mide entre sus metas
"—Nos dijo—la llanura de Mavorte.
"Ha de labrarlas todas en un día
"Quien el áureo vellón ganar ansía.

CXI

"Ha de imponer el yugo a las cervices
"De férrea yunta con bronceína planta.
"Llama voraz respiran sus narices.
"El grano suministra la garganta
"De enorme sierpe de hórridos matices.
"De los sembrados dientes se levanta
"Mágica mies de innúmeros guerreros
"Que contra el sembrador se vuelven fieros."

CXII

"Tal, de la serie larga de patrañas
que dijo el Rey, es el resumen breve
Y tales son las ínclitas hazañas
Que consumir vuestro Caudillo debe.
.Así lo ha prometido. ¿Quién las mañas
De un rey como Etas a eludir se atreve?
Y aunque la burla que nos hace es obvia,
Mi compromiso no cumplir me agobia."

CXIII

Los héroes califican de insensato
E inadmisibile del tirano el reto,
Y permanecen mudos largo rato,
Viéndose, sin hablar, con ojo inquieto»
Peleo, al fin, con bélico arrebató
Se alza y exclama: "Del fatal aprieto
Hazañas de impertérritos varones
Nos sacarán, no vanas discusiones.

CXIV

"¡Hijo heroico de Esón, nieto de reyes!
Si tu palabra sostener decides
De Etas unciendo los temidos bueyes,
A combatir en desiguales lides
Corre, cumpliendo del honor las leyes.
Mas Si tus fuerzas vacilante mides
Y temes que el vigor te falte acaso,
Entonces para el atrevido paso.

CXV

"Mas tu valor el éxito no aguarde
En derredor mirándonos inerte.
Sangre de dioses en mis venas arde
Y no me asusta desafiar la muerte,
Que nos ha de segar temprano o tarde,
Sin que pueda caber más triste suerte."
Tanta elocuencia a Telamón inflama,
Que campeón ansioso se proclama.

CXVI

Idas salta a la liza, ardiendo en celos
Porque en tercer lugar las armas toma.
De Tíndaro se ofrecen los Gemelos:
El luchador y el que caballos doma.
Enides, gloria de ínclitos abuelos,
A quien, aunque ni el bozo aún le asoma,
Entre los más robustos se le cuenta,
Tras ellos, valeroso, se presenta.

CXVII

De los valientes próceres el resto
Estos avances en silencio escucha
Y sin envidia cédeles el puesto.
Argos observa: "Vuestra fuerza es mucha;
Pero aplacemos el marcial apresto,
No a sucumbir en temeraria lucha
Os expongáis. Dejadme a mí que corra
Y que a mi madre niegue nos socorra..

CXVIII

"Hay una virgen que nadó y habita
Como princesa en el palado de Etas.
Sacerdotisa y ninfa favorita
De Hécate, en las virtudes más secretas
De plantas y de hierbas es perita.
La misma Diosa díctale recetas
Para mezclar y hervir medicamentos
Con cuanto nace en agua, tierra y vientos.

CXIX

"Los filtros y podones de la maga
Todo lo pueden. Se transforma el mundo,
El fuego más indómito se apaga,
Se aplaca el vendaval más furibundo,
Tiembra la tierra y las riudades traga,
Ejércitos devora el mar profundo,
Vuelven atrás los caudalosos; ríos,
Sufre la luna insólitos desvíos.

CXX

"Mi madre, que es su hermana, Si consigue
Que con su ciencia oculta nos asista,
Sin tardanza veréis cómo se sigue
Del Vellochino de oro la conquista.
Aunque temores de un fracaso abrigue,
Dejad, os ruego, que en tomar insista
En el alcázar a tentar fortuna.
Siento que un Numen a mi plan, se aduna."

CXXI

Los Dioses inmediato asentimiento
A la esperanza dan que Argos revela,
Mandando a confirmarla alto portento.
Blanca paloma perseguida vuela
Al seno de Jasón, Cae sin aliento
Y de la prora clavase en la espuela
El gavilán que audaz la perseguía.
Mopso la ve, y así es su profería:

CXXII

“¡Amigos! La visión en favor vuestro
Viene del cielo. ¿Puede, por ventura,
Otra interpretación dar el más diestro?
El triunfo y el regreso nos augura
Si de la virgen nos anima el estro
Y Argos a conquistarla se apresura.
Me dice el corazón que la doncella
No querrá desoír nuestra querella.

CXXIII

”Olvidado no habréis del ciego Vate
El claro vaticinio: *Sin Ciprina*
Temerario será librar combate.
De Venus es el ave blanquecina
Que, sin que él muerto gavilán la mate;
En el pecho del Jefe se reclina.
El agüero es seguro; pero, hermanos,
Hay a Citeres que elevar las manos,”

CXXIV

Aplauden los guerreros, de Fineo
Dóciles al mandato. Sólo salta,
Lanzando chispas, Idas Afareo,
Y exclama con furor y voz muy alta
“¡Oh Númenes! Lo miro y no lo creo.
Este baldón a nuestra infamia falta.
¿Somos, por dicha, tropa de mujeres
Que a encomendarse vienen a Citeres

CXXV

"En vez de tremolar el estandarte
Del Numen de la guerra, a una hechicera
Vais a acogeros y a su imbecil arte
Por no luchar; la Diosa de Citera
Recibirá las víctimas que a Marte
Debierais ofrecer. ¡Menguados, fuera!
No estéis mirando a tórtolas y halcones
Ni a niñas engañéis con oraciones."

CXXVI

Al terminar sus invectivas Idas
Sordo murmullo acoge sus arrojados.
A las calumnias, nunca merecidas,
De responder refrenan sus antojos.
Toma Jasón enérgicas medidas,
A todo indiferente, y sin enojos:
"Argos—le dice—pronto desembarca
Y marcha hasta el alcázar del Monarca.

CXXVII

"Nosotros, pues parece inoportuna
La permanencia de la armada quilla
Oculta en la pacífica laguna,
Del río atracaremos a la orilla,
Siempre dispuestos a probar fortuna."
Calla Jasón. Corre Argos a la Villa.
Sale el bajel a impulso de los remos
Y ata a un peñón del cable los extremos.

CXXVIII

Etas, en tanto, a congregarse llama
Al pueblo Colquio, del palacio lejos,

En espaciosa plaza, donde es fama
Que antes se celebraban los Concejos,
Para ratificar la misma trama
De dolos nuevos y de engaños viejos
Que acaba de fraguar para exterminio
De la tripulación del barco Minio.

CXXIX

Anuncia ante la pública asamblea
Que Si algún toro enredan en sus lazos
Al héroe que acometa la tarea
Convertirán en leña sus hachazos.
El vecino pinar, que abunda en brea,
De sus esclavos llevarán los brazos
Hasta la nave, haciéndola cenizas
Y a los marinos y su orgullo, trizas.

CXXX

Jamás hubiera recibido a Frijo,
Aunque de Eolo nieto, en su morada,
Sentándolo a su mesa como un hijo,
Y no cual huésped, breve temporada,
Sino con lecho y aposento fijo,
Sin la que le llevó, clara embajada,
Con órdenes de Jove hospitalario,
Mercurio, de los Dioses emisario.

CXXXI

Mucho menos—arguye—aceptaría
En sus reinos a la horda de (piratas.
Que de sus nietos viene en compañía
En busca de rapiñas insensatas.
Por ellos se ve libre todavía
De los que las funciones poco gratas
Ejercen de colgar a aquel que roba
Tienda, choza, almacén, casa o alcoba.

CXXXII

A ellos también alcanzará el castigo
Debido al hombre que a su rey destrona
Aliado con exótico enemigo.
Porque no quieren, cual Jasón pregona,
El dorado vellón llevar consigo.
Al arrebatarle aspiran su corona.
Su padre el Sol, mirando hacia adelante,
Lo reveló a su vástago reinante.

CXXXIII

Tus males te vendrán de tu ralea,
El verídico oráculo le dijo,
De Calcíopa nada, o de Medea
Hay que guardarse, ni de Absirto, su
El vaticinio a que cumplido vea
Torna la prole del difunto Frijó
Sin obtener lo que buscó en Acaya.
No sin motivo la alejé del Haya!

CXXXIV

La nave con sus pérfidos remeros
Toca a su pueblo vigilar activo.
¡Que ni uno solo de esos bandoleros
Del fuego o del acero escape vivo!
Sobre los invasores extranjeros
Tantos denuestos lanza vengativo,
Que pudieran llenar largo volumen.
Tal es el breve, pero fiel resumen.

CXXXV

Llega a palacio en tanto: en el materno
Aposento con ella Argos se encierra.
Ya lo esperaba su cariño tierno
Para ayudarle; mas pensar le aterra
Que pueda contrariar al Hado eterno
Y fracasar o suscitar la guerra.
Teme también que, ceda o no su hermana,.
Resulta su gestión pública y vana.

CXXXVI

Reclinada la virgen en su lecho
Entre tanto, de penas amorosas
Sueño reparador le alivia el pecho.
Pero después visiones engañosas
De las que siempre vuelan en acecho
De cuantas sufren, vírgenes hermosas,
Ya con dulces imágenes la asaltan,
Ya con cuadros de horror la sobresaltan.

CXXXVII

Sueña en su regia cámara Medea
Que el bello huésped que con tal ruido
Osa aceptar la trágica pelea,
Por una piel de oveja no ha venido:
Su mano, su persona, es la presea
Que aspira a conquistar como marido,
Llevándola del mar por el espado
A su patria, a su reino, a su palacio.

CXXXVIII

Se le figura que el arado toma
Y que, aunque de adamante, poco pesa.
Que entrambos toros fácilmente doma
Y da ella sola término a la empresa.
Pero su padre, con indigna broma,
Cumplir rehúsa su real promesa,
Jurando que el trabajo que propuso
Para hombres, no doncellas, lo dispuso.

CXXXIX

Lucha que puede ser de muerte o vida
Entre el nauta y el Rey esto ocasiona,
Y ambos a que como árbitro decida
Designan de la maga la persona.
Ella, en amor de súbito encendida,
La causa de sus padres abandona
Y decide en favor del extranjero,
Con él huyendo en rápido velero.

CXL

Oye a su padre grito tan violento
En el sueño lanzar, que se despierta
Y las paredes va del aposento
Escudriñando con mirada incierta.
Ni a concentrar su vago pensamiento
Ni a recordar lo que ha pasado acierta.
Se sienta, al fin, en la dorada cama
Y en alta voz, acongojada, exclama:

CXLI

“¡Desdichada de mí! ¡Qué pesadilla
Vino a turbar mi sueño! Grave daño
La nave que ha ancorado a nuestra orilla
Temo que va a causar. Por ese extraño
Mancebo que a los héroes acaudilla
Ya tiemblo de pavor y ya me ensaño
Olvide a nuestras vírgenes y vaya
Esposa a conquistar allá en Acaya.

CXLII

”Yo con mis padres viviré doncella.
¿Pero de estos certámenes lejana
Permanecer me dejará mi estrella,
Cuando los hijos de mi propia hermana.
Siguen de cerca de Jasón la huella?
De ir a su habitación me viene gana.
Ella disipará mi acerbo duda.
Y rae dirá Si debo darle ayuda.”

CXLIII

Levántase: camina hacia la puerta
Descalza, con pisada vacilante;
Con una sola túnica cubierta
Atraviesa el dintel; pero al instante
Se para en la antecámara desierta.
Impídele el pudor ir adelante.
Vuelve hada atrás; avanza, Retrocede
Por la segunda vez, y estrujar no puede.

CXLIV

Las piernas le rehúsan su servido.
Sin rumbo cierto mide el pavimento.
Tercera vez a dirigirse al quicio
De amor la mueve el ímpetu violento,
Y por tercera vez el sacrificio
Hace al pudor, de su amoroso intento.
Rendida, al fin, de pena y de trabajo
Se tiende sobre el lecho boca abajo.

CXLV

Como la virgen que a gentil esposo
Acaba de entregar la parentela,
Junto al intacto tálamo espacioso
Al amado varón aguarda en vela.
Y en vez de aquel guerrero victorioso
A quien donar su corazón anhela,
Llega fatal heraldo de Mavorte
La muerte a pregonar de su consorte.

CXLVI

Y la afligida virgen, que sé llora
Antes de ser esposa ya viuda,
Se sienta junto al lecho hora tras hora,
Sin permitir que a consolarla acuda
La turba de sus siervas, que la adora,
Pero envidia también; de quien ayuda
No espera, sino sátiras amargas,
Que hagan sus penas como nunca largas.

CXLVII

Así en la soledad sólo consuelo
Busca Medea; cuando a alguna sierva
Mueve a acercarse su acendrado celo
Y la aflicción de su Señora observa,
A Calcíopa corre, quien a vuelo
Afianza la ocasión que le reserva
El Destino propicio. De la esclava
Oye el anuncio y su presteza alaba.

CXLVIII

La madre, con sus cuatro hijos varones,
En su aposento estaba ponderando
Las que a su hermana sólidas razones
Persuadirían a abrazar su bando.
Vuela por corredores y salones,
Y a su mansión no bien penetra, cuando
En ambas sus mejillas desgarradas
Ve con la sangre lágrimas mezcladas.

CXLIX

“¿Qué es esto, mi Medea?—tierna dice—.
¿Qué llanto es éste? ¿Qué dolor te acosa?
¿El cielo, por ventura, te maldice
Con dura enfermedad? ¿A desastrosa
Muerte sabes que a mí y a mi infelice
Prole mi padre condenó? ¡Dichosa
La que mora entre pueblo tan feroce
Que ni el nombre de Cólquide conoce!”

CL

Calla. Medea por hablar ansía;
El virginal pudor su voz contiene.
De la lengua a la punta ya salía
La palabra que al pecho otra vez viene;
De nuevo asoma por la boca fría,
Pero en los bellos labios se detiene,
Hasta que al fin disipa sus temores,
Y habla porque la empujan los Amores.

CLI

“Calcíopa querida: Si me apuro
Es por tus hijos; tiemblo por su suerte.
Mi padre les prepara de seguro,
Como a esos extranjeros, atroz muerte.
¡Qué sueños me atormentan! Un conjuro
Ojalá los disipe, antes que verte
Con ellos, como auguran mis visiones,
En patíbulos, tumbas y prisiones.”

CLII

Con estas frases a su hermana tiente.
Que salga de su afán la iniciativa
De una campaña en su favor intenta.
Calcíopa, afligida, en quien aviva
Cuanto ha oído el temor que la atormenta,
Replica: “Aun antes de que hablaras iba
A pedir un remedio a tu talento
De mi progenie contra el fin cruento.

CLIII

"Pero antes que te entregue mi confianza
Júrame por la tierra y por el cielo
Que guardarás secreta nuestra alianza
Y cuanto por tu bien hoy te revelo.
En los Númenes pongo mi esperanza
De salvación. Si no, morir anhelo
Para salir del Orco y a toda hora
Agitarte cual Furia vengadora."

CLIV

Llanto copioso baña sus mejillas,
Con que la veste de su hermana moja.
Con ambos brazos ciñe sus rodillas
Y entre los de ella lánguida se arroja.
Siéntanse juntas en doradas sillas
Y rienda suelta dando a su congoja
Rompen en coro en alaridos tales
Que parecen plañidos funerales.

CLV

Medea, perturbada, al fin replica:
"¡Por las Deidades! ¿Qué medicamento
Puedo hallar a tu mal? ¿Qué significa
La atroz imprecación y juramento
Que habla de Furias y venganza indica,
Cuando quiero servirte al pensamiento?
Si a tus hijos salvar está en mi mano
Mi protección no pedirán en vano.

CLVI

"Escucha el juramento (que inviolable
Para los Colquios es) con que me ligo:
Oyeme, Cielo santo impenetrable;
Tierra madre de Dioses, sé testigo
De la sinceridad de cuanto yo hable.
Yo tu progenie a defender me obligo,
Calcíopa, con mí arte, con mi ciencia,
Con mi oculto poder y mi experiencia."

CLVII

“En socorrer a aquel advenedizo
—Calcíopa responde—está el problema.
¿Para hacerlo vencer, algún hechizo
No puedes inventar, o stratagemas?
Tal petición, a nombre suyo, me hizo
Argos aquí en mi cuarto. Dar no tema
Tu amor una respuesta afirmativa.
¡De mis hijos la vida en ella estriba!”

CLVIII

El corazón de gozo le palpita
A Medea gentil. Vivo sonrojo
Tiñe su faz, y negra sombra quita
Su acostumbrado resplandor al ojo.
Tierna responde: “Hermana favorita,
Que nunca de la aurora el suave roja
Alumbre mi pupila, ni en el mundo
Viva me vuelva a ver tu amor profundo,

CLIX

”Si en mis afectos hay mayor tesoro
Que vuestras caras vidas. No sobrinos,
Hermanos son tus hijos. Lazo de oro
Me unió desde la infancia a sus destinos.
A ti como nutriz y madre adoro.
Jugo mejor que los mejores vinos
En tus pechos bebí. Mi madre tierna
Me lo contó para memoria eterna.

CLX

”Por tanto, cualesquiera sacrificios
Por vosotros haré; pero sepulta
Mis favores y sabios maleficios
En lo profundo de tu mente culta.
Para poder prestaros mis servicios
Debe mi intervención quedar oculta,
Sin que mi padre mis pisadas huela.
¡Ay, Si algún imprudente las revela!

CLXI

"Adiós. Al templo de Hécate mañana,
Al alba, llevaré los ingredientes
Para mezclar la mágica tisana
Con que amansar los toros refulgentes."
Torna con buenas nuevas una hermana
Do sus hijos están. Mas de latentes
Remordimientos al quedarse sola
Agita a la otra un mar, ola tras ola.

CLXII

Era la noche, que en tiniebla densa
La tierra envuelve. La mirada ansiosa
Vuelven los nautas en la mar inmensa
A las estrellas de Orion y la Osa.
El centinela o el viajero piensa
Tan sólo en descansar, y aun reposa
La madre que sus hijos ha perdido.
Ni se oye de los perros el ladrido.

CLXIII

Silencio, obscuridad reinan doquiera.
Todo en la Villa y en el campo calla;
Mas ni un instante el sueño refrigera
La que en el pecho de Medea estalla
De penas y de amor flamante hoguera.
Mirar se le figura la batalla
Con los toros de bronce, y se imagina
Que Esónides su fuerza no domina.

CLXIV

¿Visteis en la fontana, que en el frente
Se abre de aristocrático edificio,
Un rayo penetrar del Sol naciente,
Reflejado en el blanco frontispicio?
Nuevo chorro al caer dentro la fuente
Nos maravilla el ímpetu ficticio
Con que, no el agua plácida y tranquila,
Sino el rayo de luz es el que oscila.

CLXV

Así en el pecho de la bella maga
El corazón oscila: llanto a mares
Sus párpados derraman; mas no apaga
El fuego de sus íntimos ¡pesares,
Que la cabeza y el cerebro amaga
Y baja por las fibras capilares
Del cuello hasta los nervios inferiores
Do sus tiros asestan los Amores,

CLXVI

Ya empieza a preparar un bebedizo
Contra los toros, y ya ve con ira
Que lo empezado su furor deshizo.
Ora ella misma a perecer aspira,
Ora negar resuelve todo hechizo
Y no subir a la funérea pira,
Sino aguardar tranquila cuanto el Hado
Le tiene en sus decretos reservado.

CLXVII

Se sienta, y a sí misma hablando a solas,
Desfógase en fatídicos acentos:
“¡Triste de ti! Por encontradas olas
Siempre empujada y ¡por contrarios vientos.
Antes de ver a aquel por quien te inmolas,
Antes que en pos de ajenos testamentos
Lanzáronse los hijos de tu hermana,
¿Por qué con su arco no te hirió Diana?

CLXVIII

”No sé qué hacer con él. Si su destino
Es perecer de Marte en la campaña,
Dejémoslo morir. Es desatino
Imaginar que la fatal maraña
Que tejo y que destejo de contino
Pueda a mis padres ocultar mi maña.
no sé Si podré darle mis consejos
Al Capitán, de su falange lejos.

CLXIX

"Pero ¿qué digo, miserable loca?
Es fuerza que yo misma me convenza
Que el fuego que su amor en mí provoca
No apagaré su muerte. ¡Adiós, vergüenza!
¡Adiós, pudor! A mí mezclar me toca
Las drogas que he de darle. Cuando venza,
Colgada de mi umbral con sogá impía,
O envenenada, me verá ese día.

CLXX

"Pero ¿qué ganaré? Mi cuerpo inerte
Devorará sin compasión la injuria.
Resonará por la ciudad mi muerte.
—*Mirad de la ha llevado la lujuria*
—Dirán las Colquias—la deshonorá vierto.
De su padre en la casa y en la curia
Por la imbécil pasión al extranjero
Que nos trajo el exótico velero.

CLXXI

"Mucho mejor es que antes que la inquina
Pueda cebarse en mi honra y buena fama,
En esta misma noche repentina
Muerte me deje inmóvil en mi cama.
Así, de toda lengua viperina
A salvo quedará mi honor de dama,
Ni de mis padres mancharé el renombre
Con ese crimen sin perdón ni nombre."

CLXXII

Así diciendo, saca un cofrecito
De toda clase de redomas lleno.
Bálsamo salutífero exquisito
Unas contienen; otras, tal veneno
Que recto lleva al infernal *Cocito*.
Inúndase con lágrimas el seno
Cuando, en sus faldas al ponerlo, advierte
"Que ya se encuentra próxima a la muerte.

CLXXIII

Abierta ya la férrea cerradura,
Que oro bruñido con primor esmalta,
A destapar los frascos se apresura.
Sólo sorber el líquido le falta
Cuando la paraliza la pavora
Que del Infierno súbita la asalta,
Y estupefacta, atónita, anhelante,
De los venenos quédase delante.

CLXXIV

Recuerda de la vida las delicias
Y el placer de vivir; de tantos seres
Queridos en su infancia las caricias;
Los juegos de las niñas, hoy mujeres
Sus burlas, sus afectos, sus malicias;
Y le viene la sed de los placeres,
Y mejor que del Orco los horrores
Le parecen del Sol los resplandores.

CLXXV

No, no quiere morir. De nuevo gira
Del cofrecito la (preciosa llave,
Y de su falda ansiosa lo retira.
Vacilación en su alma ya no cabe,
Gracias a Juno, y ávida suspira
Por que la aurora de lucir acabe
Para volar al Templo y el pactado
Hechizo dar al semidiós amado.

CLXXVI

Abre de su balcón la celosía
Una vez y otra vez, con la esperanza
De que penetre ya la luz del día.
Al fin un rayo a vislumbrar alcanza
Y oye de la Ciudad la algarabía.
Argos, veloz, hasta el bajel se lanza;
Pero a sus tres hermanos, de la puerta
De Medea no lejos, deja alerta.

CLXXVII

A la Aurora gentil tierna saluda
La virgen: a su luz las trenzas blondas
Empieza a recoger, que en la desnuda
Cándida espalda, en descuidadas ondas
Dejó flotar, cuando la flecha aguda
De Amor quemaba sus heridas hondas,
Y sus mejillas, que la sangre empaña
Y el amargo llorar, con agua baña.

CLXXVIII

Del cutis de su cuerpo la blancura
Hace brillar con perfumado unguento
Que del néctar supera la dulzura.
Con ricos broches de bruñido argento
Sujeta la preciosa vestidura
Que en innúmeros pliegues flota al viento,
Y con velo sutil de blanco lino
Cubre su frente de esplendor divino.

CLXXIX

Así por el palacio se pasea
Airosa, sin pensar en las fatales
Horas que traerán ¡pobre Medea!
A ella misma y a muchos sendos males.
Coro de doce siervas la rodea,
En doncellez y en años sus iguales,
Que de noche la velan y defienden
Y, de día a sus órdenes atienden.

CLXXX

A su carroza de ciudad les manda
Uncir las muías y tenerla pronta
Para llevarla al ara veneranda
De Hécate poderosa. Mas no monta
Luego; que a solas en sus arcas anda
Buscando hechizos, hasta que uno apronta
Que la medida colma del deseo.
Se denomina *Unción de Prometeo*.

CLXXXI

Quienquiera que de noche a Proserpina,
La unigénita virgen, sacrifique
Y de la saludable medicina
Con unciones su carne purifique,
La tornará en muralla adamantina
Contra el acero, y contra el fuego dique:
Y cuando el nuevo Sol brille en Oriente
Será, como ninguno armipotente.

CLXXXII

Del escarpado Cáucaso en la sierra
Nadó de aquel licor sanguinolento
Que de la herida en que su garra entierra
Extrae el buitre, del Titán tormento.
Al caer unas gotas en la tierra,
Con doble tallo, bajo, amarillento,
Y del color del azafrán Coricio,
Brotó una flor, de su penar indicio.

CLXXXIII

A carne humana la raíz semeja,
Que acaba de cortar feroz verdugo,
Y a goma sin sabor, de encina añeja,
El que la flor destila negro jugo.
Entre las conchas que en la orilla deja
El Caspio mar, a la Princesa plugo
Una escoger en que, según el rito,
Mezclar pudiera el bálsamo bendito,

CLXXXIV

Por siete veces su gentil persona
En siete arroyos de caudal perenne
Bañando fué de noche. A su patrona
Con los diversos títulos que tiene
Invocó siete veces, de Brimona
Dándole el nombre, que a la tierra viene
Nocturna vagabunda, diosa errante,
Sobre espectros y espíritus reinante.

CLXXXV

Cuando, embozada en negra vestidura,
La Titania raíz cortó en secreto,
En las tinieblas de la noche obscura,
Rugió la tierra. El hijo de Japeto
Lanzó a la par un grito de amargura.
Allí también su temerario reto
Castiga el Cielo, y su furor lastima
Al alma en pena, que la flor anima.

CLXXXVI

Del mágico licor de Prometeo
Que así mezcló, la límpida redoma
Cuelga del cinturón, vistoso arreo
Que al seno da vigor y dulce aroma.
Sale del cuarto; pasa el propileo;
Monta; las riendas y el azote toma,
Y de la servidumbre una pareja
Que suba a diestra y a siniestra deja.

CLXXXVII

Las otras diez atléticas doncellas,
Asidas a la caja del carruaje,
Siguiendo van en derredor sus huellas.
La breve falda de ligero encaje,
Libres dejando las rodillas bellas,
Hace más fácil su pedestre viaje;
Las piernas, de color alabastrino,
Moviéndose a compás todo el camino.

CLXXXVIII

Seméjase a Diana cazadora
Cuando, después de baño delicioso
De Anfriso en la corriente bullidora,
O en las orillas del Partenio undoso,
En su carroza de oro, seductora,
Vuela, no en pos del jabalí o del oso,
Sino al olor de la hecatombe rica
Que en sus aras y honor se sacrifica,

CLXXXIX

De ninfas con su séquito brillante,
De pies veloces, va por las colinas
Y montes. Otras de menor aguante,
Para verla pasar, ninfas vecinas,
De las fontanas páranse delante
Que nutren el Anfriso, o cristalinas
Brotan en las montañas: y las eras
Asoman a sus negras madrigueras.

CXC

No de otra suerte la real infanta
Medea, con su linda comitiva,
Por las calles del Haya se adelanta;
Pero la multitud se aparta esquivada
Y aléjase. Parece que le espanta
De la Princesa la mirada viva.
Al llegar de la Villa a las afueras
Se para y habla así a sus compañeras:

CXCI

“Amigas: Yo os confieso sin ambages
Que es gran pecado mi fatal descuido
En inquirir por qué a los personajes
Que de extranjeras playas han venido
La población, con ímpetus salvajes,
Teme y provoca. Mi funesto olvido
Nos hace hallarnos solas a la puerta
Del templo y ara de Hécate desierta.

CXCII

”Puesto que no aparecen las devotas
Que acostumbran venir todos los días,
Y ahora ni esperanzas hay remotas
De que otras se unan a las preces mías.
Nosotras, exhalando suaves notas,
Entonemos piadosas melodías.
Flores cortad que llenen vuestras haldas
Y con ellas tejed sendas guirnaldas.

CXCIII

"Espero recibir preciosos dones,
Que con vosotras partiré gustosa
Si secundar queréis mis intenciones.
Con sus hijos Calcíopa me acosa
Para que de las sórdidas traiciones
Que urdir mi padre con los toros osa
Con mi oculto poder salve clemente
Al Capitán de la extranjera gente.

CXCIV

"Que sepultado quede en vuestro pecho
Cuanto os revelo importa. De otra suerte,
No sólo perderéis honra y provecho,
Sino que el Rey os mandará a la muerte.
Sabed que el Capitán está en acecho,
Atrás dejando su falange fuerte,
Y lejos de su vista y vuestra vista
Viene a tener conmigo unía entrevista.

CXCV

"Por tanto, al observar que al Templo llega.
Salid hasta el vestíbulo prudentes.
Así, con libertad me hará la entrega
De los que prometió ricos presentes;
Y yo, como mi hermana me lo ruega,
Hechizo de variados ingredientes
En su mano pondré, que del alarde
De los toros de bronce lo resguarde."

CXCVI

De Medea y sus pasos oportuno
Aviso llevan a Argos sus hermanos,
Quien a Jasón, sin Argonauta alguno.
Hace cruzar los conocidos llanos
Hasta el santuario de Hécate. Sólo uno
Lo sigue: el sabio Mopso; en los arcanos
Misterios de las aves, agorero,
Y en la vida real, buen consejero.

CXCVII

¡Cuán bello esta Jasón! La augusta Diosa
Del providente Júpiter consorte
Le da con la frescura de la rosa
Del Inmortal el arrogante porte.
Jamás se vió figura tan garbosa
Ni en los hijos de Jove o de Mavorte.
Deslumbra hasta los Minios su hermosura,
Y la victoria el adivino augura.

CXCVIII

Cerca del Templo, a orillas de la plaza,
Un álamo se ve de copa erguida,
En cuyas frondas la parlera raza
De las cornejas con placer se anida.
Una, que de inspirada tiene traza
Por Juno misma, y a escuchar convida
Sus trinos y su cántico imperfecto,
Así habla a quien entiende su dialecto:

CXCIX

“Menguado el vate que ve ni piensa
Lo que hasta el niño con la leche bebe,
Que inflige a una doncella atroz ofensa
Quien la requiebra ante la turba aleve,
Y ni esperanza a dar ni recompensa
Si no es a solas su pudor se atreve,
¡ldos, curiosos! Nunca con sus flores
Os coronen Ciprina o los Amores,”

CC

Las palabras sarcásticas del ave
De Mopso acoge la habitual sonrisa;
Pero dice a Jasón con aire grave:
“Señor: Entra en el Templo a toda prisa,
La virgen está ya, blanda y suave,
Que el profeta Agenórides avisa,
Y que tu triunfo deberás, no olvides,
De Venus al poder y los ardides

CCI

"Argos y yo de este árbol al abrigo
De vuestra decisiva conferencia,
En que Hécate ha de ser solo testigo,
Aguardamos el fin con impaciencia.
La Diosa de Citera esté contigo
E infunda a tu oración tal elocuencia
Que la anhelada protección alcance
En el que nos espera amargo trance."

CCII

Ambos escuchan sus consejos sabios;
Pero a Medea, en su penar absorta,
Su propio modular la causa agravios.
Calla a menudo, el cántico recorta,
Gime su corazón, trinan sus labios.
Ya bien o mal cantar nada le importa.
Y sin que al coro que dirige atienda,
Mira con ansiedad a cada senda.

CCIII

En cada paso que oye en lontananza.
En cada suave ráfaga de viento,
Ver se figura al Capitán que avanza.
.No tarda en descubrirlo su ojo atento.
Penetra, de los Númenes a usanza,
Con majestad y bélico ardimiento,
Marchando a largos pasos de gigante.
Su faz semeja a Sirio fulgurante.

CCIV

.Deslumbrador, tras delicioso baño
Del Océano, nace ardiente Sirio;
Pero peste letal lleva al rebaño
De ovejas pingües y al pastor martirio,
Así Jasón, al presentarse, extraño
Causa a la virgen síncope y delirio.
Fáltale el habla, núblanse sus ojos,
Resístense a doblarse los hinojos.

CCV

Vuelve la magia en sí: torna a su mente.
La antigua calma, a su pupila el brillo
Y la frescura a su mejilla ardiente.
Ya de sus siervas se alejó el corrillo
Y mirándose quedan frente a frente
La enamorada virgen y el Caudillo».
Ella al hijo de Esón contempla muda.
A uno y otro el pudor la lengua anuda.

CCVI

Crecen dos pinos de elevada talla,
casi juntando sus raíces hondas;
Si en el nativo monte el viento calla,
Callan también inmóviles las frondas.
Pero no bien el vendaval estalla,
A susurrar empiezan las redondas
Copas hojosas, y el murmullo ronco
Hace gemir hasta el robusto tronco.

CCVII

Así a las dos inmóviles figuras
Que la incipiente claridad agranda,
A hablar de sus fantásticas locuras
Impulsará de Amor la brisa blanda.
Pero de pronto inmensas desventuras
Esónides prevé que el Cielo manda
Por él a la Princesa generosa,
A quien apostrofar apenas osa:

CCVIII

“¿Por qué, virgen hermosa, así te obstinas
En negarme de tu habla los favores?
Ni soy el seductor que te imaginas
Ni nunca, entre sus mil conquistadores
De vírgenes, me vieron las colinas
Donde nací. Disipa tus temores,
Y pues, propicia, la ocasión lo quiere,
Pregúntame, responde, hábame, inquiere.

CCIX

"En este santo Templo, en que un engaño
Sería imperdonable sacrilegio,
Habíame sin lisonja y sin amaño.
¡Yo te conjuro, por tu padre egregio,
Por Hécate, por Jove, que al extraño
Tiene de proteger el privilegio:
Ampárame cual triste peregrino
Que trae a ti la fuerza del Destino.

CCX

"Tu hermana, como tú, de lindo rostro,
Me ha dado tu benévolo mensaje,
Y sé que para el riesgo que hora arrostro
Le has prometido mágico brevaje.
Yo de rodillas a tus pies me postro.
Dame el hechizo; la misión que traje
Sin ti, sin ella, consumir no puedo.
Es vano sin vosotras mi denuedo.

CCXI

"Mi inmensa gratitud haré patente,
Y cual conviene a quien de lejos llega,
Tu nombre llevaré de gente en gente.
La hueste que a mis órdenes navega
Tu fama esparcirá. Quizá un torrente
De prematuras lágrimas anega
A las madres y esposas, que en la playa
Nos aguardan en fúnebre atalaya.

CCXII

"Tú sola puedes enjugar su llanto;
Ellas también pregonarán tu gloria
Y ensalzarán tu misterioso encanto
Al par que nuestra espléndida, victoria.
De Teseo permite que entre tanto
Las aventuras llame a tu memoria,
A quien de otra doncella los conjuros
Sacaron de gravísimos apuros.

CCXIII

"Era la tierna Ariadne hija de Minos,

Hija del Sol su madre Pasifave
Calmó a su padre airado, y los destinos
Siguió del héroe en su velera nave
Esa corona de astros argentinos
Que desde el délo alúmbranos suave
;Y que, como ella, Ariadne el mundo llama,
La anuencia de los Númenes proclama,
CCXIV

"Así tu estrella en lo alto de los cielos
Encenderán al liado de la Luna
Los Númenes, premiando tus desvelos
En pro de mi legión y mi fortuna.
Que colmarás mis férvidos anhelos
Me garantizan tu elevada cuna,
tu hermosura sin par y acento blando.
¡Salvia a los semidioses que comando!"
CCXV

Tanta lisonja oír la regocija
Y con dulzura celestial sonríte.
Entrambos ojos en el suelo fija.
Derrítesele el alma, sin que fíe
A torpes frases la oración prolija
Que condensar quisiera. Aunque la engríe
Verse rogar por el varón que ampara,
Lo mira silenciosa, cara a cara.
CCXVI

Antes de hablar, del perfumado seno
Saca y le da la mágica redoma.
El Capitán, de regocijo lleno,
Entre sus manos ávido la toma.
Quisiera darle, envuelta en el veneno,
El alma entera, y su sabor y aroma.
Mayores son del héroe los hechizos
Que lanza Amor desde sus blondos rizos.
CCXVII

Cuando su cáliz abre en la mañana,
Lleno de perlas, húmeda la rosa

Del Sol la lumbre entibia la temprana
Lágrima de rocío en que rebosa.
Así la luz que arroja sobrehumana
Del semidiós la cabellera undosa
Los atónitos ojos le cautiva
Y el corazón convierte en llama viva.

CCXVIII

Dos estatuas dijéranse, clavadas
Ante el ara del Templo solitario.
Ya se lanzan de amor mutuas miradas,
Ya ven el pavimento del Santuario.
Con palabras, por fin, entrecortadas
Empieza su discurso extraordinario
La maga así: "De mi difícil arte
Los hechizos a usar, voy a enseñarte.

CCXIX

"Cuando para sembrar el Rey te entregue
Los que arrancó al dragón dientes fatales,
Aguardarás a que la noche llegue
Al medio de sus dos partes iguales;
Al río sin tardanza entrar te plegue
Y bañarte en sus límpidos cristales.
El baño al terminar, tu cuerpo enjuto
Con veste cubrirás de negro luto.

CCXX

"Un pozo cava, de redonda boca,
Lejos de todos, solo y sin ayuda.
Una cordera en su interior coloca,
Que sacrificarás entera y cruda.
Arda en la pira; y entre tanto invoca,
La miel libando que la abeja suda,
A Hécate la Unigénita, que madre
A Asteria llama y al gran Perses padre.

CCXXI

"Aléjate después de aquella pira,
Y aunque oigas a tu espalda, ya cencerros,
Ya pasos de un pastor que se retira,

O ya ladridos de voraces perros,
Ni un punto vuelvas hacia atrás la mira.
Cuando la Aurora luzca allá en los cerros
Disuelve en agua el condensado hechizo,
Dejándolo aceitoso y pegadizo.

CCXXII

"Vacía el frasco entre plegarias santas,
Y úngete con el bálsamo que vierte
Desde la coronilla hasta las plantas.
Verás como en otro hombre te convierte,
Que con tu sombra al enemigo espantas,
Y que tu brazo, invulnerable y fuerte,
Puede vencer, no sólo a tus iguales,
Sino a los mismos dioses inmortales.

CCXXIII

"Cuida, te ruego, que no falte nada
De cuanto el rito misterioso implica,
O nuestra empresa quedará frustrada.
Unge también tu ponderosa pica,
Unge tu escudo y tu flamante espada;
Y cuando brote la falange cínica
Verás que toda lanza se despunta
Y cae al suelo la cornuda yunta.

CCXXIV

"No te figures que será el encanto
Eterno: durará tan sólo un día;
Pero su brevedad ningún espanto
Infunda a tu probada valentía.
Un breve instante más, escucha cuanto
Va a sugerirte la palabra mía.
Quizá te valga más este consejo
Que los hechizos que mezclados dejo.

CCXXV

"Vencida de los toros la bravura,
Cuando el inmenso campo hayas arado,
Abierto surcos en la tierra dura
Y los colmillos del dragón sembrado,

Al ver de los gigantes la estatura
Surgir del suelo en batallón armado,
Sin que te observen, una piedra enorme
Disipara oculto a la legión deforme.

CCXXVI

“Como de hambrientos perros la jauría
A que un cadáver de animal se arroja,
Así a los hijos de la Tierra pía
Verás que combatir se les antoja
Unos con otros por la piedra fría.
En sangre tú también la espada moja,
Y cuando el caso llegue, la matanza
Consuma con la punta de tu lanza.

CCXXVII

”Del campo ya conquistador y dueño,
Dueño serás del áureo Vellochino,
De transportarlo a Grecia el dulce sueño
Realidad haciendo tu destino.
Ve de te lleva el temerario empeño
Que impúsote el oráculo divino.”
Su arenga entre sollozos interrumpe
Y en llanto copiosísimo (prorrumpe.

CCXXVIII

Se le figura verlo entre las olas
Ir navegando de remotos mares,
Mientras ella por él suspira a solas,
Ya en el jardín de sus ingratos lares,
Deshojando azucenas y amapolas,
Ya de Hécate rezando en los altares.
No puede contenerse, y la derecha
Del Capitán, apasionada, estrecha.

CCXXIX

La interrumpida frase así reanuda:
“Si la Fortuna hasta tu patria, Aquea,
A regresar incólume te ayuda,
Acuérdate del nombre de Medea,
Que yo de tí me acordaré sin duda.

Dímelo, por favor: ¿A la isla Hayea,
A Orcómeno tal vez irá tu barca?
¿Dónde es tu hogar? ¿De dónde eres Monarca?”

CCXXX

Amor, en tanto, artero se desliza
Y oculto en los cristales de su llanto
En el hijo de Esón el fuego atiza.
“Háblame—continúa—del quebranto
De esa beldad, que el cielo inmortaliza
Y cuya historia me interesa tanto
Porque es mi consanguínea. ¿Quién no sabe
Que hermana de mi padre es Pasifave?”

CCXXXI

Respóndele Jasón: “Yo te lo juro:
Ni la pálida estrella de la tarde,
Ni de la Luna el brillo claroscuro,
Ni el meridiano Sol, me harán, cobarde,
Dar al olvido tu renombre puro,
Aunque nuevos certámenes me guarde
Etas feroz tras el combate fiero
En que, merced a ti, vencer espero.

CCXXXII

”Previene tu pregunta mi deseo,
Y en cuanto conjeturas no te engañas.
Surge opulenta en territorio Aqueo
Vasta región de altísimas montañas.
El hijo de Japeto, Prometeo,
Engendró de esa sierra en las entrañas
Al pío Deucalión, que a las Deidades
Erigió templos y fundó ciudades.

CCXXXIII

”Si honró a los Dioses antes que ninguno,
También fué de los hombres rey primero,
Henonia apellidaron de consumo
Los habitantes a su reino entero.
Jolcos allí se eleva, grata a Juno,
Ciudad que como patria amo y venero.

Pero de la isla Hayea no te asombre
Que en ella ignoren existencia y nombre.
CCXXXIV

”Pero sí es fama que en edad lejana,
Dejando Minias las Henonias glebas,
Salió a fundar a Orcómeno, rayana
Del viejo Cadmo con la heroica Tebas.
¿Pero a qué hablarte de tu prima hermana,
Si no te puedo dar las gratas nuevas
De que, cual Minos abrazó a Teseo,
Así a tu padre entre mis brazos veo?”
CCXXXV

Ella responde a sus melosas frases
con palabras equívocas e inquietas:
“Quizás en Grecia respetar las bases
De los contratos se usa. Pero en Etas
No encontrarás ninguna de las fases
Que en Minos brillan; ni a las dulces metas
Que Ariadne conquistó con sus amores
Puedo aspirar del Rey con los rencores.
CCXXXVI

”Basta que en Jolcos mi recuerdo amante
Conserve fiel tu agradecido pecho,
Que yo de tí me acordaré constante,
De mis progenitores a despecho;
Mas Si me olvidas, en el mismo instante
Venga a avisarme en el paterno tedio
El público rumor, barca velera
O rápida paloma mensajera.
CCXXXVII

”Mas no: mejor que ráfaga de viento
A mí por esos aires me arrebate
Hasta que en tu palacio tome asiento
Y dicha y nuevo hogar te desbarate,
Huésped ingrata y eternal tormento.
En cara te echaré que del combate
Saliste ileso y con honor y vida,

Gracias a la mujer que no te olvida.”

CCXXXVIII

Doblegándose calla como palma

Que postra el vendaval. Jasón replica:

“Deja a los vientos reposar en calma

Y a la paloma el palomar indica.

Recobra, por piedad, la paz del alma

Si vinieras a Grecia y a la rica

Morada de mis padres, ¡oh, Señora!,

Te acogerán cual diosa protectora.

CCXXXIX

”Las madres, las esposas, que el regreso

fe deban de sus hijos y maridos

A Jolcos y al natal Peloponeso,

Te aclamarán con pechos conmovidos;

Y yo, en las redes de tu afecto preso,

Veré los votos de mi amor cumplidos,

Y mi mansión, mi cámara, mi suerte,

Compartiré contigo hasta la muerte.”

CCXL

Su rostro al escucharlo se ilumina;

Pero de horror la virgen se estremece,

Al ver delante crímenes y ruina.

¡Desventurada! El viaje que aborrece

Hará muy pronto. Juno lo maquina

Porque su saña contra Pelias crece,

Y Medea de Cólquide irá, necia,

Para vengarla a establecerse en Grecia.

CCXLI

La prolongada plática a una hora
Tan avanzada alarma a las doncellas,
Que esperan en silencio a su señora.
Formidan de su madre las querellas
Si vuelven al alcázar a deshora.
Ella aguardar quisiera las estrellas,
De su hermosura y de su voz pendiente,
Si Esónides no hablara así, prudente:

CCXLII

“Es hora que partamos: no al ocaso;
Al descender el Sol quizá la pista
Nos siga algún extraño, que a su paso
Pudiera sospechar nuestra entrevista.
Te volveré a buscar Si no fracaso
Del Vellochino de oro en la conquista.”
Parte Jasón, y en la ancorada prora
Del *Argo* a sus amigos se incorpora.

CCXLIII

Cerca también su séquito a Medea;
Pero ella ni lo mira ni lo siente.
Sube al carruaje, empuña la correa
Y riendas al azar. Maquinalmente
A través de la Villa se pasea,
Las mulas arrastrándola inconsciente,
Y a palacio al llegar no oye a su hermana
Que por su prole en preguntar se afana.

CCXLIV

Sube a su cuarto. Las doradas sillas
Aparta, Un escabel junto a la cama
Pone; se sienta; apoya en las rodillas
Los codos de alabastro; que su fama
Van a manchar del mundo las hablillas
Llora al pensar, Y por la inicua trama
Que da contra su padre armas y aliento
La devora tenaz remordimiento.

CCXLV

Al recoger a Esónides la nave,
Con Argos y con Mopso el adivino,
En sí de gozo la legión no cabe.
Pero al mirar el frasco cristalino,
Su indignación disimular no sabe
Idas, que de los próceres sin tino
Se aparta, con el alma hecha pedazos
Viendo que le echan a Jasón los brazos.

CCXLVI

Llega la noche, que a buscar invita
El lecho a los intrépidos remeros.
Pero al rayar el alba se medita
En elegir dos nobles mensajeros
Que hagan al Rey heráldica visita.
Van Telamón, espejo de guerreros,
Y Etálides, modelo de elocuencia,
Del genitor Mercurio por herencia.

CCXLVII

Difícil no resulta la embajada.
Los dientes de la agónica serpiente
Piden a Etas, que en la tierra arada
Han de servir de mágica simiente.
Donárselos al Rey no desagrada.
Que le serán mortíferos presiente
Al Argonauta, aunque al primer ataque
A los toros flamígeros aplaque.

CCXLVIII

Tras de la ninfa Europa, cuando vino
A Tebas Cadmo, de lejana tierra,
De Marte hasta el venero cristalino
Condújolo la idéntica becerra
Que a Apolo un tiempo señaló el camino.
El manantial del Numen de la guerra
Guardaba una serpiente formidable.
(Que sólo a Cadmo exterminar fué dable.)

CCXIX

A las quijadas del dragón de Aonia
Los dientes arrancó la mano augusta
De la gentil divinidad Tritonia.
Unos al matador regaló justa
Y origen fueron de la raza Jonia,
Que al mismo Marte desafió robusta.
A Etas otra porción, y es la que entrega
A los heraldos para siembra y siega.

CCL

Por las montañas de Etiopía inculta
Veloz desciende el Sol al Occidente;
Al mundo en negra obscuridad sepulta,
Para lucir mañana en el Oriente,
Dando la vuelta con carrera oculta
Bajo la tierra en su carroza ardiente.
Y sus corceles a su propio coche
Unce entre tanto la estrellada noche.

CCLI

Duermen los héroes; pero allá en el polo
Cuando la Osa Mayor rauda declina,
A guisa de ladrón, que inspira el dolo,
Jasón con herramientas se encamina
A un prado al aire libre, pero solo,
Donde Argos ya llevó de la vecina
Cabaña, leche y una pingüe oveja
Que para el sacrificio se apareja.

CCLII

Con actitud devota y las rituales
Preces, sumerge en el sagrado río
Su cuerpo, al de los Dioses inmortales
Igual en suavidad y noble brío.
De Lemnos en la cámaras reales
Hipsipilea, al par que su albedrío,
La que va a revestir túnica obscura
En recuerdo le dió de su ventura.

CCLIII

Un hoyo excava con un codo de hondo»
De Medea según las instruido
De poca anchura y de brocal redondo.
La víctima degüella; en los montones
De árida leña que hacinó en el fondo
La arroja entre piadosas libaciones,
Y mientras arde el expiatorio fuego,
A Hécate llama con ferviente ruego.

CCLIV

Se aleja el héroe. La tremenda Diosa
Oye la invocación en sus cavernas
Y acude al sacrificio presurosa.
Mil víboras se enroscan en las tiernas
Ramas o arrastran por la selva hojosa
Entre el fulgor de innúmeras lucernas,
Y perros mil de la infernal jauría
Ladran con espantosa algarabía.

CCLV

Retiemblan a su paso las praderas.
Sus danzas interrumpen y su canto
Las ninfas que custodian las riberas
De los lagos y ríos de Amaranto.
A mirar hacia atrás tales quimeras
No mueven a Jasón, ni ruido tanto.
Ya la nave al llegar, del Sol la lumbre
Asoma ya del Cáucaso en la cumbre.

CCLVI

Etas, en tanto, al pecho de gigante
Ajusta la coraza regalada
Por Marte mismo, que mató a Minante
Flegreo en la titánica jornada
Y la quitó al cadáver. Relumbrante
Casco se pone, que lucir le agrada.
Sus cuatro conos de oro refulgente
Despiden rayos como el Sol naciente.

CCLVII

Empuña ufano el ponderoso escudo
Que robustecen incontables pieles
De toros de alta raza. Nadie pudo
Romper ese milagro de broqueles.
Blande la enorme lanza, cuyo agudo
Hierro le conquistó sendos laureles.
Con tal guerrero competir en lides
Sólo pudiera el rezagado Alcides.

CCLVIII

Uncidos con doradas guarniciones
A su cuadriga de batalla tiene
Faetonte, su hijo, los bridones,
Y con vigor sus ímpetus contiene.
Empuña de las riendas los cordones
De oro el Monarca; y con la escolta viene
Gran multitud de próceres y mucha
Gente del pueblo al campo de la lucha.

CCLIX

Como al salir Neptuno de los mares
De los Istmicos juegos a la fiesta,
O al Tenaro, o de Onquesto a los pinares
Por la acuática Lema, hasta la enhiesta
Hemonia roca, síguenlo a millares
Al bosque de Calauria o de Genesta,
Por contemplar su carro y sus corceles,
A Etas siguen así sus pueblos fieles.

CCLX

Como Medea aconsejado había,
Bien diluída la encantada goma,
En su armadura Esónides vacía
El elixir que guarda la redoma.
Su escudo con el líquido rocía.
Con él su espada nuevo temple toma.
Su lanza, desde el cabo hasta la punta,
Hace inmortal el bálsamo que le unta.

CCLXI

Prueban las armas por Jasón ungidas
Y es de los héroes impotente el brazo.
Ardiendo en ira, el Afareo Idas
Sobre la pica asesta atroz sablazo
Do la madera y punta van unidas.
El duro sable salta de rechazo,
Como martillo de forzado herrero
Sobre vigornia de templado acero.

CCLXII

Aplauso atronador al roto sable
Saluda, que victoria pronostica.
Con la loción que lo hace invulnerable
Esónides no bien se purifica,
Cuando una intrepidez le entra inefable
Que, hinchándole las venas, centuplica
Das fuerzas de sus manos, y siniestra
Sed de luchar lo empuja a la palestra.

CCLXIII

A semejanza del corcel de guerra.
Que ni la espuela aguarda del jinete,
Con sus relinchos al contrario aterra,
Y sin que rienda o freno lo sujete
Con la pesuña audaz bate la tierra
Y antes de tiempo impávido acomete,
Alta la oreja y elevado el cuello,
Así es Jasón, en su impaciencia bello.

CCLXIV

Cuando de fresno con su: pica larga
Inquieto a saltos la ribera mide,
O vibra en varia dirección su adarga
Que vívidos relámpagos despide,
Rayo parece, que veloz descarga
Nube invernal; y Júpiter no impide
Que vague amedrentando a los mortales
De Fasis en los verdes matorrales.

CCLXV

No aguarda mucho la legión, que activa
Ancoras leva; en orden de batalla
Remando alineada río arriba,
Frente al campo de Marte presto se halla
Atraca diestra, y prolongado ¡viva!
Entre la audaz tripulación estalla
Al ver desembarcar a su Caudillo,
¡Al Sol ofusca de su escudo el brillo!

CCLXVI

Poco de la Ciudad el llano dista.
En la época de regios funerales
Al diámetro equivale de la pista
En que giran los carros imperiales.
Cólquide entera, desde el alba lista,
Del Cáucaso vecino en los breñales
Está la multitud, y en las mesetas,
Junto al río, se eleva el trono de Etas.

CCLXVII

Jasón avanza precavido y mudo;
Del tahalí la espada va pendiente;
Esgrime con placer lanza y escudo;
Dentro del casco lleva, cual simiente,
Los dientes de la sierpe. Su desnudo
Cuerpo, con el hechizo reluciente,
A Apolo flechador semeja en parte;
En fuerza y majestad parece Marte.

CCLXVIII

Gira en redor. De súbito tropieza
Con el yugo de bronce y el arado.
De sólido adamante de una pieza.
Clava en tierra su lanza, a que apoyado
Deja su casco. Libre la cabeza,
Sigue, tan sólo del broquel armado,
Las huellas de la yunta, que, instantánea,
Surge de su guarida subterránea.

CCLXIX

Llamas echando por nariz y boca,
Asaltan entre fétida humareda
Los toros a Jasón, que se coloca
Firme sobre las piernas, sin que pueda.
El ímpetu doblarlo, como roca
Que ante el airado mar inmóvil queda,
Tiemblan los héroes al mirar la carga
Despúntanse los cuernos en la adarga.

CCLXX

Como en el horno de fundir metales
A llama que una ráfaga de viento
Casi apagó, de expertos oficiales
El largo fuelle da mayor aliento,
Así los descornados animales
Fuego al tomar respiran tan violento,.
Que tempestad de rayos más parece,
Y su mugir los montes estremece.

CCLXXI

Queda Jasón envuelto en una hoguera;
Mas de la maga el eficaz hechizo
Su invulnerable cuerpo refrigera.
Por la raíz del cuerno quebradizo
Ase a uno de los toros, de manera
Que hasta el arado de metal macizo
Lo arrastra como tímido cordero,
Sin que librarlo pueda el compañero.

CCLXXII

En actitud hostil éste se arrima;
Jasón del mismo modo lo asegura,
Y de su pie de bronce pone encima
Su propia planta, más que el bronce dura,
Sin que ninguno de doblar se exima
Al yugo férreo la cerviz madura.
Los unce el héroe y, aguijón en mano,.
Se apresta a arar el espacioso llano.

CCLXXIII

Los que a prestarle ayuda en sus anhelos
De preparar el desusado avío
Desembarcaron, ínclitos gemelos
Castor y Pólux, vuelven al navío.
El fuerte escudo que arrojó a los suelos
Cuelga del hombro izquierdo; alza con brío
Su lanza colosal, que airoso esgrime,
Y con el yelmo su cabeza oprime.

CCLXXIV

Tamaña robustez a Etas sorprende.
Los toros recalcitran; se derrumba
El monte; el fuego en su nariz se enciende
Y como trueno su mugir retumba.
Es su respiración, que al cielo asciende,
El huracán que entre las velas zumba.
Jasón, como piloto al gobernalle,
Les hace abrir entre las glebas calle.

CCLXXV

Al peso del arado adamantino
Añade peso de Jasón la planta.
Con la velocidad del torbellino
Desgarrando la tierra se adelanta.
Arrolla cuanto encuentra en su camino.
Piedras y troncos y árboles quebranta.
Que zanja el sembrador cualquiera piensa
No surcos, sino fosos de defensa.

CCLXXVI

Cual labrador pelásgico, la yunta
De toros con la pica agujonea.
Vuelta hacia abajo la dorada punta
Del casco, que sostiene la correa,
Los dientes del dragón (de la presunta
Gigantesca terrígenas ralea
Aborrecido germen) va sacando
Y en la tierra prolífica sembrando.

CCLXXVII

Lanza hacia atrás terríficas miradas.
Teme que, germinando repentinas,
Lo asalten a traición huestes armadas.
Llegaron ya las horas vespertinas,
En llanuras y montes suspiradas
Por las activas turbas campesinas,
En que cada uno a reposar se acuesta
Sobre la grama en la caliente siesta.

CCLXXVIII

Dos partes de su curso cotidiano
Ha recorrido el Sol, desde la aurora;
Le queda la tercera, y mira ufano.
Jasón que a su tarea abrumadora
Ha dado cima al fin. Con ágil mano
Desunce entrambos toros; los azora
A golpes de su lanza, y la carrera
Emprenden a su oculta madriguera.

CCLXXIX

Viendo que de los surcos que él ha abierto
Ningún guerrero todavía nace,
Corre a la nave, de sudor cubierto,
Y entre los suyos su valor renace
Con la tierna acogida. Ya en el puerto,
Saca agua con su yelmo, y satisface
La abrasadora sed, bebiendo a tragos.
En espera de trances más aciagos.

CCLXXX

El jabalí, cuando el rumor escucha
De cazadores y voraces canes,
Aguza sus colmillos y con mucha
Sagacidad previene sus desmanes.
Así Jasón prepárase a la lucha
Con atléticos gestos y ademanes,
Agil doblando las rodillas, tiasas
Después de tan difíciles empresas.

CCLXXXI

Entre tanto, de Marte en la llanura
De sus fecundos senos subterráneos
Gigantes revestidos de armadura
A germinar empiezan espontáneos.
La multitud de picas que fulgura
Relámpagos despide simultáneos,
Que no a la tierra bajan desde el cielo,
Sino al Olimpo suben desde el suelo.

CCLXXXII

Cuando en noche invernal espeso manto
De nieve cubre campos y ciudades,
Y allá en el éter, Júpiter, en tanto,
Desencadena negras tempestades,
Calmar de las tormentas el espanto
Si de súbito place a las Deidades,
¡Qué gozo al ver lucir constelaciones,
Estrellas y planetas a millones!

CCLXXXIII

Así de los terrígenas la hueste
Con subitáneo resplandor alumbra
Al mismo Nauta, aunque su ardor celeste.
De los escudos el fulgor deslumbra.
Volcán parece la llanura agreste.
El mismo Sol se queda en la penumbra.
Las largas picas, de alta punta y corte.
Bosque parecen del feroz Mavorte.

CCLXXXIV

Mira en redor, y ve piedra disforme
Semejante a una rueda de molino.
De mármol es el disco multiforme
Con que suele jugar Marte divino,
Ni cuatro atletas mole tan enorme
Pudieran levantar. Del héroe el tino
La arroja a gran distancia fácilmente,
Y cae en medio de la armada gente.

CCLXXXV

Bien hace de Medea los consejos
En ir siguiendo fiel. La faz adusta
De Etas se niebla al ver que desde lejos
Dispara roca tal, mano robusta.
De Cólquide a los jóvenes y viejos
El desusado proyectil asusta.
Esónides se tiende en el desnudo
Suelo, cubierto con su largo escudo.

CCLXXXVI

Los terrígenas, ciegos, espantados,
Acuden cual famélicos lebreles
Del disco en derredor por todos lados,
Y se destrozan entre sí crueles.
Unos sobre otros caen amontonados
Sobre sus propias lanzas y broqueles,
A quién de frente el matador derriba,
A otros de lado, a muchos boca arriba.

CCLXXXVII

La madre Tierra a los recién nacidos
Acoge muertos en su abierto seno.
De tantos surcos de labró sus nidos
No hay uno que de sangre no esté lleno.
Cual troncos mil por la tormenta herido®,
De olmos y encinas en el campo ameno
Yacen los muertos, y a su fin no toca
De los gigantes la matanza loca.

CCLXXXVIII

De Esónides la espada la termina.
Como la luz de rutilante estrella
Que por el éter rápida camina,
Doquier dejando interminable huella,
Asombro causa al mundo que ilumina,
Así el acero de Jasón destella
Y brilla al rematar a los gigantes
Y ciega a los curiosos circunstantes.

CCLXXXIX

La horrenda mies no toda está madura.
Hay unos que hasta el vientre sólo crecen
Otros de las rodillas a la altura;
Otros sobre las plantas ya se mecen,
Y que van a lidiar se les figura.
Grandes y chicos a la par perecen.
Desbordan de la sangre los caudales
Los surcos convertidos en canales.

CCXC

Cuando de algún limítrofe la saña
Teme el agricultor o negra intriga,
No aguarda a ver crecer la verde caña
Ni que el calor del Sol dore la espiga,
Sino que aguza la hoz y la guadaña
Y de la siega emprende la fatiga.
Esónides así, rebana y hiere
Sin indagar Si ya nació quien muere.

CCXCI

Miradlos revolcándose en su roja
O negra sangre a aquellos adalides,
Que debieron causar tanta congoja.
Así los troncos de álamos y vides
Júpiter quiebra y con su lluvia moja.
Etas, al ver frustrados los ardides,
En burlar, a su vez, a la maldita
Extranjera legión recapacita.

CCXCII

Quien el vergel plantó, que el agua inunda.
Sus anegados árboles lamenta.
De la llanura que labró fecunda
Deplora el Rey la inundación sangrienta,
Y aléjase con faz meditabunda,
Mientras al campo de la lid cruenta
El Sol dirige su última mirada.
De Esónides Jasón es la jornada.

FIN DEL LIBRO TERCERO

LIBRO CUARTO

SUMARIO DEL LIBRO IV

Invocación a la Musa (octava 1ª). Aterrada Medea, huye del Palacio Real y se refugia en el Argo (2-25). Gracias a ella y a sus artes mágicas arrebató Jasón el Vello de Oro (26-48). Perseguidos por Colquios huyen los Argonautas y se detienen en Paflagonia, donde Argos les enseña la ruta que deben seguir diferente del Paso de las Simplégades (49-72). Salen del Euxino, entrando en el Danubio, por un brazo de cuyo río llegan al Adriático (73-76). Córtales la retirada una escuadrilla de Colquios, con quienes celebran un tratado de paz, o una tregua (77-81). Amargura y reconciliaciones de Medea (82-95). Asesinato de Absirto por Jasón. Matanza de Colquios. Desisten éstos de la persecución (96-120). Entra el Argo por las Bocas del Po o Eridano, por el cual pasa al Rin, a algunos lagos y al Ródano, por una de cuyas Bocas sale al Mediterráneo (121-148). Llegan a la isla de Circe, quien absuelve a Jasón y Medea de su crimen, pero los expulsa de su dominio (149-165). Pasan por la Isla de las Sirenas, por Escila y Caribdis, y por las Islas Plantas o errantes (166-210). Llegan a la Isla de los Feacios, donde encuentran otra escuadra de Colquios, que piden la extradición de Medea (211-220). Niégala el Rey de los Feacios, y para fundar su negativa, obliga a Jasón y Medea a celebrar solemnemente sus bodas (221-265). Parten los Argonautas de la Isla; y ya cerca del Peloponeso, los arroja una tempestad a las Sirtes de Libia, donde encalla la nave (266-296). Llévanla en hombros hasta el lago Izonio, donde la botan de nuevo (297-300). Muerte de Cantho y de Mopso. El dios Tritón saca la nave de su lago a alta mar (301-332), Arriban a Creta, donde Medea con sus artes mágicas, mata al gigante Talo (333-349). Llegada a la Isla *Descubierta o Anafe*. Sueño de Eufemo, interpretado por Jasón (350-374), Arribo a Egina, Origen de los juegos anuales que allí se

celebran (375-377). Desembarco en Pagasa, fin de la expedición y despedida de los héroes (378-379).

LIBRO CUARTO

I

¡Oh Musa, que hasta aquí mi amparo fuiste.
Hija de Jove! A ti narrarnos toca
Los artificios y la historia triste
De Medea, que huyó de amores loca
O presa de terror. ¡Oh Diosa! Asiste
Al que en sus dudas tu favor invoca.
¿La intimidó del Rey la furia incauta,
O hirió su corazón el Argonauta?

II

Con sus más aguerridos capitanes
Esa la noche pasa toda entera
Tramando redes y fraguando planes
Para llevar la muerte a la extranjera
Legión y poner coto a sus desmanes.
A los próceres ver lo desespera
De la alevosa lid salir impunes.
Ni a sus dos hijas cree de culpa inmunes.

III

Entre tanto, a Medea Juno inspira
Terror irresistible y hondo espanto.
Cree que su padre todo sabe y mira
Y que le hará apurar en su quebranto
La copa del dolor, hirviendo en ira.
La tímida gacela, de Amaranto
Así se aturde en los selvosos cerros
Al oír el ladrido de los perros.

IV

Teme la indiscreción de sus doncellas,

A quienes ha confiado sus proyectos.
Arden sus ojos como dos centellas;
Le zumban los oídos imperfectos;
Mesa sin compasión sus trenzas bellas,
Y dejará de Juno sin efectos
Las iras, apurando letal droga,
Si Juno misma en su favor no aboga.

V

Persuádela a que viva y a que luche
La artera Diosa; y la azorada maga
Guarda el veneno en su dorado estuche,
Y su sed de morir fácil apaga.
Y sin que a nadie más que a Juno escuche,
Con los hijos de Frijol más le halaga
Aventurarse a los remotos mares
Que perecer en los paternos lares.

VI

Osculo tierno en su almohada imprime
Y a entrambas hojas de su puerta un beso
En ambos lados. La pared oprime
Con su brazo gentil, y en el exceso
De su penar, de su virtud sublime
En testimonio y de su honor ileso
Largo rizo se corta, dulce prenda
Para su madre, y de su amor ofrenda.

VII

“¡Adiós, oh madre!—exclama sin consuelo—
Te dejo aquí este rizo en lugar mío.
Aunque a lejana tierra emprendo el vuelo,
¡Oh madre!, no me mires con desvío.
¡Adiós, hermana! ¡Adiós, nativo suelo!
¿Por qué antes que robara mi albedrío
No se tragó aquel piélago de Tracia
Al hombre que causara mi desgracia?”

VIII

Así habla en su dolor; y cual cautiva
Mujer de alto linaje, a quien la guerra
Cruel sacó de su región nativa
Y la tremenda esclavitud aterra,
Quiere dejar de su señora altiva
La casa, más bien cárcel de la encierra
Sujetándola a insólitas labores.
Y del látigo innoble a los rigores,

IX

No de otra suerte la gentil Princesa
Su alcázar abandona a todo trance.
Salas y galerías atraviesa
Sin que nadie la estorbe ni la alcance.
Con la mágica ciencia que profesa
Manda a todas las puertas, a su avance,
Espontáneas girar sobre sus gonces
Sin que resuenen mármoles ni bronces.

X

Descalzo el pie, con el mantón de modo
Que le cubra la frente y la mejilla,
Camina de las calles entre el lodo,
La túnica al nivel de la rodilla.
Como toda hechicera, no hay recodo
Que no conozca en la poblada Villa,
Cifrando esas mujeres sus afanes
En raíces, cadáveres y canes.

XI

Al conocido templo se dirige
De Hécate, su Deidad y su patraña.
Ninguno ve la pena que la aflige
Y nadie reconoce su persona.
Ni el centinela contraseña exige.
Pero en el cielo, la hija de Latona,
Que empieza a iluminar la tierra fría,
La ve, y exclama así con ironía:

XII

“Ya no se atreverán a echarme en cara
Por el bello Endimión mi pasión tierna,
Ni a murmurar porque mi carro para
En Latmio, frente a plácida caverna.
¡Cuántas veces mi luz, brillante y clara,
Vino a ofuscar tu mágica linterna,
Porque una oscura noche preferías.
Para tus tenebrosas brujerías!

XIII

"El campo te cedí, de mi ventura
Corriendo en pos, merced a tus ardides.
Buscando vas idéntica aventura
Y a abandonar tu patria te decides.
El Numen que derrama la amargura,
Sin duda, entre sus nobles adalides
Ha escogido a Jasón, por quien pereces.
Para darte la suerte que mereces."

XIV

La enamorada Luna, que aun no llena,
Así en el alto cielo habla consigo.
La maga, espoleada por su pena,
Buscando corre en el bajel amigo
Remedio a la pasión que la enajena
Y a su terror hospitalario abrigo.
Al acercarse al Fasis, ve que brilla
Lumbre de hogueras en la opuesta, orilla.

XV

Los fuegos son que el regocijo inmenso
Encendió de los héroes triunfantes.
Toda la noche su fulgor intenso
Iluminó sus pálidos semblantes.
Del otro lado llega el humo denso
Del Haya hasta los tristes habitantes.
Medea ve la nave; pero queda
Oculta su persona en la humareda.

XVI

Distingue de los vástagos de Frijol
Entre los nautas la gigante sombra,
Y con aguda voz al último hijo
Llama, y a Frontis por tres veces nombra.
No se interrumpe el fausto regocijo;
Pero tal grito a la legión asombra,
Y a Frontis y a Jasón se les figura
Reconocer su mágica dulzura.

XVII

Al triple grito de dolor supremo
Tríplice voz de aliento Frontis manda,
En tanto que la nave a todo remo
Se esfuerza por cruzar a la otra banda.
Aun no ha atracado a tierra, y del extremo
De la cubierta a la ribera blanda
Salta Jasón con atrevido brinco.
Argos y Frontis siguen con ahinco.

XVIII

Ante los tres se postra la infelice.
Abraza sus rodillas dolorida.
“Buenos amigos, amparadme—dice—
Salvando vuestras vidas con mi vida.
El Rey, inexorable, nos maldice;
Etas todo lo sabe; fuí vendida.
En el bajel está nuestra esperanza.
¡Ay sí con sus jinetes nos alcanza!

XIX

”La nave aparejad. El Vellochino
De oro, por que venís, prometo daros.
De ese dragón que vela de contino
Yo cerraré los ojos, siempre claros;
Pero antes tú, guerrero peregrino,
Delante de tus próceres preclaros,
Has de ratificar el juramento
Que me hiciste en fatídico momento.

XX

”Júrame por tus dioses tutelares
Que cuando me halle al tu poder sumisa,
Siguiéndote por tierras y por mares,
De prisionera o de cautiva a guisa,
Sin padres, sin parientes y sin lares,
Será el honor nuestra única divisa,
Y nada harás que pueda de una dama
Manchar el nombre o empañar la fama”.

XXI

La súplica impregnada de tristeza
Al terminar, del suelo la levanta
Jasón con exquisita gentileza.
Los brazos en redor de su garganta
Echa respetuoso, y esta empieza
Deprecación veraz y sacrosanta:
“De Júpiter apelo al testimonio
Y de Juno, que ordena el matrimonio.

XXII

”Señora: Del Olimpo al soberano
Con su consorte llamo por testigo
De que a tratarte sólo como hermano
A bordo de mi nave yo me obligo.
De esposo fiel te ofreceré mi mano
Si logro a Grecia navegar contigo,
Y de Jasón legítima consorte
Te aclamarán mi pueblo y mi cohorte.”

XXIII

Así diciendo, tiende su derecha
A la doncella, cuya diestra pura
La mano de Jasón, tímida, estrecha.
Ella al sagrado bosque con premura
Quiere llegar, y ver Si se aprovecha
Para hurtar el Vellón la noche oscura,
Y antes de amanecer dentro la barca
Tenerlo ya, a despecho del Monarca.

XXIV

“Sin descanso bogar”, es la consigna
Que dar a los perínclitos remeros
La prometida de Jasón se digna.
Del dicho al hecho pasan tan ligeros,
Que apenas ha embarcado la maligna
Maga, los esforzados marineros,
Luchando con la rápida corriente,
Se alejan de la orilla velozmente.

XXV

Cuando leván el áncora, un instante
De la Princesa el corazón flaquea.
Hacia la tierra mira vacilante,
Las manos restregándose, Medea.
A seguir impertérrita adelante
Dulcemente Jasón la agujonea,
Y los temores que devoran su alma
Con sus palabras cariñosas calma.

XXVI

Es la hora en que los buenos cazadores
Destierran de sus párpados el sueño,
Confiados en los galgos corredores;
Velan por los que velan por su dueño,
Y en que no los sorprendan los albores
De la aurora gentil tienen empeño.
Borra su luz del jabalí las huellas
Y el olor desvanecen las estrellas.

XXVII

Esónides a esa hora determina
Saltar a tierra con la augusta dama
En un lugar en que la hierba fina
Alcanza, al par que la mullida grama,
Tal espesor, que el pueblo denomina
Aquel paraje “del camero cama”,
Porque es allí donde se echó primero
A reposar el volador camero.

XXVIII

Llevaba aún al hijo de Atamante,
Y el triste Frijó, al desmontar rendido,
A Júpiter, patrón del caminante,
Edificó un altar, agradecido.
Se puede contemplar, no muy distante,
El pedestal, que el humo ha ennegrecido,.
De aquel prodigio de oro reluciente
Que hizo inmolar Mercurio reverente.

XXIX

Este es el sitio que a la nave marca
Para que atraque de Argos la pericia.
Apenas la pareja desembarca
Sigue, buscando la ocasión propicia,
Senda desconocida en la comarca,
De que la maga audaz tiene noticia
Y que conduce al colosal encino
De donde cuelga el áureo Vellochino.

XXX

¡Con qué fulgor aquella piel esplender
Parece blanca nube de verano
Que el matutino Sol tiñe y enciende.
De súbito, estridente, sobrehumano
Silbo fenomenal los aires hiende,
Que retumba en el Cáucaso lejano
Y desde el pie lo mueve hasta la cumbre,
Sembrando por doquier la incertidumbre;.

XXXI

Es el dragón, cuya pupila fosca
En sus ojos sin fin, siempre despierta,
Descubre a la pareja que se embosca,
Y terrífico da la voz de alerta.
Ya alarga el cuello, ya la cola enrosca,
Con escamas innúmeras cubierta,
Y el que lanza feroz, grito iracundo,
Conmueve a la ciudad y a todo el mundo.

XXXII

Del Fasis ambas márgenes agita;
Eleva el sonido su veloz corriente
Adonde el Lico a Cólquide limita.
Alcanza a de se junta su afluente
El Araxo, y con él se precipita
Hundiendo entrambos la sagradamente
Del ancho mar en las cavernas hondas,
Cual montes elevándose sus ondas.

XXXIII

En el bosque de Marte y en la Villa
El pánico es mayor y el cataclismo.
El hombre fuerte dobla la rodilla,
Creyendo que a sus pies se abre el abismo.
La joven madre envuelve en su mantilla
A su recién nacido, que en el mismo
Lecho reposa, y hora ve convulso
Perder la sangre y el calor y el pulso.

XXXIV

¡Visteis en bosque de incendiados pinos.
Salir el humo en densas espirales
Y de los troncos de árboles vecinos
Subir al par en ondas colosales
Que, mezclándose en negros remolinos,
Disípanse en el éter desiguales,
Sin que jamás la incinerada selva
A recobrar su floescencia vuelva?

XXXV

No de otra suerte el que enroscado vela
Sobre la encina consagrada a Marte
Fiero dragón, a fuer de centinela
Parapetado en alto baluarte,
De todo teme, una traición recela.
Vuelve sus ojos a una y otra parte
Ya sus inmensos círculos retuerce,
Ya alarga la cabeza y se destuerce.

XXXVI

La maga ante sus ojos se coloca
Su dulce voz espera que lo ablande
Con cánticos armónicos invoca
Al Sueño, dios entre los dioses grande,
Para que paralice su honda boca
Y alto sopor a sus pupilas mande;
Y a la nocturna vagabunda acude,
Reina del Orco, a que también le ayude

XXXVII

Jasón la sigue; mas su pie vacila
Como su corazón. Pronto el encanto
Surte su efecto, y del dragón oscila
El flexible espinazo con el canto.
De círculos sin número la fila
Se va alargando rápida entre tanto,
Hasta que todo al fin se desenreda,
Cubriendo muchas leguas de arboleda.

XXXVIII

A la ola gigantesca semejante
Que en el piélago surge, y mar afuera.
Podando va, y arrasa en un instante
El litoral y la comarca entera,
A poco retrocede vacilante
Secos dejando campos y ribera,
En el nativo ponto se adormece
Y al fin espejo límpido parece,

XXXIX

Así el dragón; mas su furor no apaga
El que lo abate insólito letargo,
Y con abiertas fauces a la maga
Quiere engullir y al capitán del *Argo*.
Corta la virgen con flamante daga
De floreciente enebro un ramo largo,
Que cuidadosa mira hoja tras hoja
Y en narcótica droga empapa y moja.

XL

De mágico cantar al eco blando
El centenar de párpados rocía,
Que uno del otro en pos se van cerrando
Y una sobre otra cae la seca encía.
Del tósigo que aduerme, acá, al infando
Monstruo llena el olor la selva umbría,
Y con el jugo, precavida, baña
Medea la cabeza a la alimaña.

XLI

Manda a Jasón que al encantado encino.
Trepo ligero, mientras ella vela,
Ungiéndole la frente de continuo,
El sueño del dormido centinela.
Esónides el áureo Vellochino
Descuelga audaz, y hacia la nave vuela.
Apenas llega a bordo, también parte
Ella del bosque lóbrego de Marte.

XLII

Cuando la luna llena desde el cielo.
Acierta a penetrar por la ventana
Del aposento en donde el tenue velo
Y túnica sutil de blanca lana,
Frutos de su trabajo y su desvelo,
Luce la desposada, y mira ufana
Que aquella luz, ya clara, ya rojiza,
Su vestido nupcial tiñe y matiza.

XLIII

Así Jasón, llevando se divierte
La ponderosa piel de oro radiante,
Que parece doblar su brazo fuerte,
Que le alumbra el camino por delante
Y en sus mejillas sonrosadas vierte
Y en su frente una luz pura y brillante.
De oveja no, de ciervo es su tamaño,
O de becerro que ha cumplido el año.

XLIV

Su dorso es de oro puro, y cae su lana,
Como trenzas de fúlgidos cabellos,
Cuelga de su hombro izquierdo, y lo engalana,
Cual manto, hasta los pies, con sus destellos.
Que a algún hombre o un dios venga la gana
De robar a un mortal dones tan bellos
Turbando mil temores al Caudillo,
Dobla la piel para ocultar el brillo.

XLV

Cuando a los Argonautas se incorpora
Medea tras Esónides, la orilla
Empieza suave a iluminar la aurora.
A ver la piel que como el rayo brilla
De Júpiter acude bullidora
La juventud que el prócer acaudilla.
Cada uno hada el metal la mano tiende
Y aquel prodigio acariciar pretende.

XLVI

Prohíbelo Jasón, y en fina ropa
Recién tejida envuelve su presea.
A la cubierta llévala de popa.
A celebrar unánime asamblea
Invita luego a su gallarda tropa.
Preside majestuoso con Medea.
Y así les dice: "Amigos, la partida
A Grecia no hay obstáculo que impida.

XLVII

"La que nos hizo desafiar los mares
Y peligros sin fin, audaz empresa,
Merced a los afanes singulares
De la que veis espléndida Princesa,
Cumplida está. Conmigo, hasta mis lares,
Ella también el piélago atraviesa.
Para marido a vuestro Jefe elige:
La gratitud que la salvéis exige.

XLVIII

"Temo, no sin razón, que Si Etas nota:
Que con nosotros en el *Argo* embarca
Y logra averiguar nuestra derrota,
Impedirán que salga nuestra barca
Del Fasis con su ejército y su flota.
No sea, pues, en precauciones parca
La gente ni un instante. Los remeros
Por turno han de luchar como guerreros.

XLIX

"Mientras una mitad al remo acude,
La otra mitad embrace sus broqueles,
Y cada cual a su vecino escude
Con su rodela, de robustas pieles.
En vuestra mano está que nos salude
Grecia al volver cubiertos de laureles
O que maldiga y llore la ignominia
De los marinos de la nave Minia."

L

Entre entusiastas vítores, la cota
De malla ciñe y fina cimitarra
La desenvaina, y de un fendiente rota
Deja en la popa del bajel la amarra.
Pone a la virgen cerca de la escota.
Anceo cuida del timón la barra,
Y entre los dos, perpetuo centinela,
El vástago de Esón por ambos vela

LI

En tanto que camina a todo remo
Río abajo la nave fugitiva,
Violento acceso de furor supremo
A Etas asalta y de razón lo priva.
El y los Colquios saben ya a qué extremo
Condujo insana su pasión tan viva
Por el extraño huésped a Medea,
Y el Rey convoca a pública asamblea.

LII

En la plaza vastísima, de punta
En blanco armados, Rey y ciudadanos
Acuden presurosos a la junta
Cual ondas que hacia el fin de los veranos,
Cuando en el mar borrasca se barrunta,
Ruedan sobre la playa en copos canos,
O cual las hojas secas que aglomera
El otoño en el bosque o la pradera.

LIII

¿Quién acertó a contarlas? Ese cuente
La multitud que de uno y otro lado
Del Fasis se desborda cual torrente.
Entre la turba resplandece armado
Etas en su cuadriga reluciente.
Va Absirto manejando a su costado
De los corceles rápidos la rienda,
Que el Sol le regaló, de amor en prenda.

LIV

Su redondo broquel el Rey abraza,
De pino resinoso roja tea
Esgrime con la diestra en vez de maza.
Enfrente está su lanza de pelea;
Mas ¡ay!, en vano quiere darle caza,
La nave en que se aleja su Medea
Salió a la mar, y apenas se divisa,
Rauda volando en alas de la brisa.

LV

Del Fasis al llegar a la ancha boca
Alza las manos, para sus bridones
Y a Júpiter y al Sol el Rey invoca
Y llama a presenciar tantas traiciones.
Frente a la turba luego se coloca,
Y amenazas sin fin e imprecaciones
Contra su reino furibundo lanza
Si no le ayuda en su feroz venganza.

LVI

Ya esté ancorada en abrigado puerto,
O ya bogando con hinchada lona
Vaya la nave por el mar abierto,
Hay que salvar de su hija la persona
Y al seductor llevarle vivo o muerto.
Si no, de su justicia y su corona
El peso sentirá, temprano o tarde,
Esa generación baja y cobarde.

LVII

Tal amenaza a la nación entera
Hace correr del Fasis a la orilla,
Y en un día no más bota y apera
Y saca al mar espléndida escuadrilla.
Ver tanta barca sólida y velera
Surcar el ponto a todos maravilla.
Parece más una bandada de aves
Que no una flota de veloces naves.

LVIII

El *Argo* por el reino de Neptuno
Sobre las ondas, más que boga, vuela
Merced al fuerte viento que, oportuno,
Empuja sin cesar la hinchada vela.
Lo hacen soplar los ímpetus de Juno,
Que del Rey Pelias por vengarse anhela
Y quiere que hasta Grecia desde el Haya
La augusta maga en un momento vaya.

LIX

Tan rauda marcha, que al tercero día
El litoral de Paflagonia toca.
En el lugar de la corriente fría
Del Halis en el ponto desemboca;
Manda atracar Medea, a fuer de pía
Sacerdotisa que a su Diosa evoca
Y quiere mantener siempre propicio
Su numen con incienso y sacrificio

LX

Los que para aplacar a la tremenda
Hécate formuló ritos y preces
Ni yo supe jamás ni hay quien entienda.
Lo misterioso a revelar no empieces,
Musa; pon a tus labios una venda.
Pero aun hoy día puede cuantas veces
Quiera el viajero visitar el ara
Y el templo que la maga edificara.

LXI

Esónides la tierra apenas pisa;
Recuerda que hizo el ciego de otra ruta
Para el retorno indicación precisa.
Que así vaticinó nadie disputa;
Pero convienen que dejó indecisa
Toda derrota su palabra astuta.
Argos, que ha tiempo por los mares boga.
Responde así a Jasón, que lo interroga:

LXII

“La proa enderecemos desde luego
A Orcómeno; verídica lo indica
La predicción de vuestro vate ciego.
Hay más arriba una región muy rica;
Un río navegable le da riego:
Que lo sigáis, su dicho significa
Débense sus noticias, nada nuevas,
A sacerdotes de la antigua Tebas.

LXIII

”De las que giran por el ancho cielo
Entonces no brillaba estrella alguna,
Ni iluminaba de la noche el hielo
La suave luz de la argentada luna.
Aún ocultaba impenetrable velo
De los Dañaos la sagrada cuna.
Sólo de Arcadia en la montaña ignota
Comía, raza bárbara, bellota.

LXIV

”De Deucalión la ilustre dinastía
En la tierra Pelasga aún no reinaba.
Egipto entre misterios florecía,
Comarca de la aurora se llamaba
Y del linaje humano madre pía;
Aunque sus lluvias Júpiter negaba,
El gran río Tritón, que aun hoy la inunda,
Se desbordaba, haciéndola fecunda.

LXV

"Cuenta la tradición que de allí vino
Acaudillando innúmeras falanges
Un rey de alto valor y mayor tino,
Que el Asia toda recorrió hasta el Ganges.
Y Europa más allá del mar Euxino.
Confiado en su estrategia y sus alfanjes,
Fundar estados y ciudades supo,
A que diversa suerte y vida cupo.

LXVI

"De unas no quedan ya ni los cimientos.
Otras, del tiempo la guadaña a raya
Teniendo, población y monumentos
Conservan con afán. En atalaya
Dos obeliscos hay, de arte portentos,
En la que aquél fundó ciudad del Haya,
Con imágenes, mapas e inscripciones
De las que recorrió vastas regiones.

LXVII

"El agudo buril con estupenda
Arte y exactitud grabó fecundo
Límites y fronteras, cada senda,
Cada vía en la tierra y mar profundo.
Quien lo conozca, sin temor emprenda
El fácil viaje por el ancho mundo.
En un rincón del piélago bravío
Se ve desembocar un largo río.

LXVIII

"Es ancho y hondo, tanto, que semeja
Brazo de mar, que naves de alto porte
Subir sin riesgo por sus aguas deja.
Uno es su cauce; pero más al Norte
Bóreas sus fuentes una de otra aleja
Y a su corriente da múltiple corte.
Por uno sale al más lejano cuerno
Que agudo forma nuestro mar interno.

LXIX

"Por otro rumbo su caudal desvía
Y hace salir al golfo prolongado
Que cierra la Sicilia al Mediodía.
Con vuestro Jonio mar está ligado
Y os abre a vuestra patria fácil vía;
Volcanes hay por uno y otro lado.
Apellidaron al mayor Vesubio.
Al río llaman Ister o Danubio."

LXX

Así habla. Que es el Ister su camino
Indícales portento soberano.
Por las bocas entrar del mar Euxino,
Por las bocas salir del mar Sicano.
Así lo manda el ángulo argentino
Que con estrellas dibujó la mano
De Juno en el sereno firmamento,
Y acogen todos llenos de contento.

LXXI

No ocultan los marinos su alegría
El hijo augusto al entregar a Lico,
Que hasta Cólquide fué en su compañía;
Ni Carambín ni el Paflagonio pico
Segunda vez mirar alguno ansia.
Derechos van al territorio rico
Que el Ister baña. Los empuja el Noto,
La milagrosa luz guiando al piloto.

LXXII

De Cólquide divídase la flota
En doble escuadra que a Jasón persigue
Por las rocas Cianeas su derrota,
Sin darle caza, la primera sigue.
Del Ponto va a la orilla más remota
La otra, y al Ister arribar consigue
Antes que el *Argo* se aperciba de ella
Por la barra que llaman *Boca Bella*

LXXIII

Del río colosal cierra la entrada
Isla feraz, de triangular figura.
Su fino cuello y punta prolongada
En el cauce penetran con holgura.
En el frente que mira a la ensenada
Por millas hay que calcular su anchura.
Firme entre dos canales se coloca:
La Boca Belia y la Narecia Boca.

LXXIV

Por la primera, que es la más cercana.
La armada de que Absirto es almirante
Entra veloz y gran ventaja gana.
Aunque, salió después, marcha delante.
Porque el *Argo* escogió la más lejana.
De calado mayor, aunque distante,
La flota de los Colquios, más ligera,
Lleva siempre a Jasón la delantera.

LXXV

Al ver las naves huyen asustados
A esconderse en el bosque los pastores,
Dejando en las praderas los ganados.
Monstruos se les figuran destructores
Que acabarán con reses y sembrados.
Nunca los primitivos pobladores
Escitas o de Tracia y en Laurío
Los que hoy habitan, vieron un navío.

LXXVI

Los Colquios, sin parar, signen de frente
Río arriba remando. El monte Anguro
Dejan atrás y el promontorio ingente
De Caulia, que divide como muro,
En dos brazos, del Ister la corriente.
Río abajo bogar es menos duro,
Y saliendo al Adriático la armada,
Corta al Minio bajel la retirada

LXXVII

De Absirto allí la vigilancia crece.
Un grupo de islas hay en la bahía
Que puntos estratégicos ofrece
Al que asaltar o defenderse ansia.
A todas el ejército guarnece;
Sólo de dos islotes, se desvía
Por reverencia a Diana, de Latona
Y de Júpiter hija, su patrona.

LXXVNI

Las islas son que llámanse Brigeas.
En una se venera el santuario
De Diana, con espléndidas preseas.
En la otra dan refugio hospitalario
A los héroes sus rocas giganteas
Contra el audaz ejército contrario.
Y apenas llega el *Argo*, allí se agrupan.
Fuertes los Colquios, las demás ocupan.

LXXIX

Crítico instante es éste para el Minio.
Del Salangón a la región Nestida
.Todo de Absirto está bajo el dominio.
¡Del número mayor es la partida!
Para evitar la muerte y exterminio
De un bando u otro en lucha fratricida,
Un tratado de paz celebran juntos,
De que éstos son los principales puntos

LXXX

Al Capitán de la falange griega
En hacer del dorado Vellochino
La que solicitó, solemne entrega,
Saliendo vencedor, Etas convino.
Lo que el Rey prometió ninguno niega;
Siga con él tranquilo su camino.
Si lo ganó con armas o con dolo
Al que lo ha conquistado importa sólo.

LXXXI

Con otros ojos miran a Medea.
La lucha, en realidad, es por su hermana.
Absirto quiere que entregada sea
A la sacerdotisa de Diana
Hasta que el tribunal de reyes vea
Su causa, y la justicia soberana
Si a su padre ha de ser restituída
O con los héroes proseguir decida.

LXXXII

Llega al oído de la maga en parte
La que se está fraguando negra trama.
El corazón de angustia se le parte,
Y desalentada al jefe llama.
Lejos de los demás con él departe;
Y a solas, ya su cólera derrama,
Ya con sollozos se interrumpe débil,
Y al fin su pena así desfoga flébil:

LXXXIII

”¡Hijo de Esón! ¡Qué pronto la memoria
Se borra de los grandes beneficios!
¿Te basta un rayo efímero de gloria
Para olvidar mi amor y sacrificios?
¡Cuán otro aquella noche perentoria
En que mi intervención y mis servicios
Solicitabas de rodillas, antes
De tu lucha con toros y gigantes!

LXXXIV

”¿Adonde tu solemne juramento
Por Júpiter, patrono del que implora
Mercedes, se llevó maligno viento?
¿Adonde tu promesa seductora?
¿Adonde fué la miel de aquel acento
Que mi decoro de gentil señora
Me hizo olvidar, y alcázares y honores,
Padres y patria y regios esplendores?

LXXXV

"Aquí me tienes, como alción marino
Que a caza de algún pez los mares mide,
Posada en mástil de flotante pino.
Que de cuanto ha adorado se despide
Por conquistarte el áureo Vellochino,
Para que infiel tu corazón olvide
Que sin mis prendas y mi ciencia rara
El insomne dragón aun hoy velara.

LXXXVI

"Los que únenme contigo, íntimos lazos,
De hija, de hermana y prometida esposa,
¿Podrá la ingratitud hacer pedazos?
Del tribunal que amenazamos osa
No me abandones en los regios brazos.
Si de enemigo juez sentencia odiosa
A volver a mi padre me condena,
Muerte me aguarda o infernal cadena.

LXXXVII

"Sé tú mi defensor. La ley te ampara;
Te obligan el honor y la justicia,
El crimen a los dos nos equipara.
De entrambos es el yerro o la impericia.
Si no, mi cuello de una vez separa
Del tronco. Así castiga mi estulticia.
Si el galardón me da tu propio acero
De mi ardiente pasión, contenta muero.

LXXXVIII

"¡Morir! ¿Bajar al Tártaro profundo
Yo sola, o afrontar de un rey tirano
Y cruel genitor el iracundo
Semblante, mientras tú vuelves ufano
Con el laurel de vencedor del mundo?
No lo permita, no, del soberano
Júpiter la consorte bienhechora,
Que dices ser tu diosa protectora.

LXXXIX

"Torna a la patria, sí; pero agobiado
Por penas y recuerdos de mis males.
Trague el Averno tu Vellón dorado
Y olvídenlo cual sueño los mortales.
Vayan doquier que fueres a tu lado
Vengándome las Furias infernales.
Tendrá mi maldición su cumplimiento;
Lo exige tu violado juramento.

XC

"Haced mofa de mí. No será largo
El tiempo que gocéis de vuestra alianza."
La voz le apaga su rencor amargo.
Quemar la nave quiere en su venganza
Y entre las llamas perecer del *Argo*.
Esónides, con miedo y desconfianza,
Así responde: "Cálmate, ¡oh Princesa!
Cuanto ha pasado a mí también me pesa.

XCI

"Dura necesidad a hacer el pacto
Que tanto te enfurece nos obliga.
Muy pocos somos, y al primer contacto
Nos cercará la audaz nube enemiga,
Mandándonos al Tártaro en el acto.
¿Cuál tu suerte será, mi dulce amiga?
Volver cautiva a la paterna corte
O sin gloria morir con mí cohorte.

XCII

"El pacto es un ardid para salvarte.
No es tratado de paz, es tregua sólo
Para que ejerzas de tu magia el arte.
A falta de estrategia, impere el dolo.
Ya que su protección nos niega Marte,
Haz que nos salven Hécate y Apolo.
Marañas en urdir eres perita:
A Absirto el modo de perder medita.

XCIII

"Pueblan el litoral tribus serviles.
Creen a tu hermano capitán experto
Y a nosotros y a tí muéstranse hostiles
Pero una vez el Almirante muerto,
A mi cohorte se unirán por miles,
Y en emboscada, o bien en campo abierto,
Combatiré yo mismo con ventaja
Si el enemigo el paso nos ataja."

XCIV

Estrepitosa réplica provoca
Del Capitán la conciliante arenga.
"Contra loca agresión, defensa loca.
Presente esta verdad tu pecho tenga.
A ti librarme de los Colquios toca
Y yo haré a Absirto que a entregarse venga
—Dice la maga—tú los ricos dones
Le ofrecerás, que ablandan corazones.

XCV

"Si quien tramó la red tan complicada
Para hurtar el Vellón y el plan tan vario
Merece tu confianza ilimitada,
Manda a mi hermano algún parlamentario
Que con hábil palabra lo persuada
A venir a mi estancia solitario.
Armas yo te daré con que asesines
A tu rival. ¿Secundarás mis fines?"

XCVI

¡Qué red sutil de engaños y traiciones
Se tiende en esta inicua conferencia
Al jefe de los Colquios escuadrones!
De sagrada amistad bajo apariencia
Se han preparado hospitalarios dones,
Regalo de los Númenes o herencia,
Y túnica de púrpura le ofrece
Jasón, que como un astro resplandece.

XCVII

Con sus dedos de rosa las tres Gracias
Lo tejieron en la ínsula de Día
Para Dioniso, En las riberas Tracias
A Toante, su hijo, la cedía
Baco gentil. Después de sus desgracias
En Lemnos lo guardó la reina pía
Y allí donó la espléndida presea
A Esónides la tierna Hipsipilea.

XCVIII

Portábala feliz Baco divino
Cuando cayó vencido por el sueño
Que causa aún a los Númenes el vino,
Y olor de suavidad le dió su dueño.
Que aun hoy exhala el peplo purpurino
Y de Ariadne recuerda el vano empeño
Con que de Cnosos a la lejana Día
A Teseo ingratisimo seguía.

IC

La astuta maga, sin perder momento,
Con los embajadores se apersona
Que con Absirto van a parlamento
Y a lo que han de decir los alecciona:
Venirse con Jasón no fué su intento;
A Cólquide tomar sólo ambiciona.
Los vástagos de Frijos—bien, lo sabe—
Por fuerza la trajeron a la nave.

C

Conforme a lo pactado, ya de Diana
Llora, frente al altar su desventura.
A visitar a tu cautiva hermana
Ven al abrigo de la noche obscura.
Juntos, será la vigilancia vana
Del Griego y tramaréis hábil conjura
Para robar el Vello de oro
Y devolver al Haya su tesoro.

CI

Mientras así de hipócritas mensajes
De los heraldos la barquilla carga,
Mágicos filtros, drogas y brevajes
En las aguas y atmósfera descarga,
Cuyo perfume hechiza a los salvajes
Y los sentidos del Caudillo embarga.
Su fuerte olor atrae hasta las fieras,
Por remotas que estén sus madrigueras.

CII

¡Monstruo de perdición, Amor perverso,
Origen y fautor de cuantos males
Osan turbar la paz del universo!
De Medea los ímpetus fatales
Narrar no puede mi cansado verso,
Si tú a infundirle inspiración no sales,
Y pues los dedos del cantor se entumen,
Pulsa mi lira tú, funesto Numen.

CIII

Tú, que avezado estás de las mujeres
A transformar en odios los amores,
Contra los hijos ármate, Si quieres,
De nuestros aguerridos agresores.
Tú, que el horrendo crimen le sugieres,
Narra de la celada los horrores
Que, coronada de laurel y mirto,
Tiende la maga al engañado Absirto,

CIV

A la ínsula de Diana manda el pacto
Que custodiada lleven a Medea;
Le dan los héroes cumplimiento exacto.
Después cada bajel lejos fondea,
Evitando entre sí todo contacto.
Sólo Jasón, sin que ninguno vea
Do va, del Templo queda a poco trecho,
De Absirto y de los suyos en acecho.

CV

Este, al amparo de la noche opaca,
Confiado en las promesas engañosas,
De la dispersa escuadra se destaca,
Cruza del mar las olas borrascosas
Y en la Isla sacra en su bajel atraca.
Hollando sin escolta las baldosas
Del santuario, a solas, de Medea
Los falaces propósitos sondea.

CVI

¡Sondear a la maga! ¡Hombre sencillo!
Al niño se asemeja, que inocente,
Atraído del agua por el brillo,
Pretende vadear fiero torrente.
Traman allí la muerte del Caudillo
Y el exterminio de la extraña gente.
A sus proyectos fácil se doblega
Su hermana, y sí es traición nada le niega.

CVII

¡Oh Templo! ¡Quién creyera cuando el *Brigo*,
Que en el vecino continente mora,
Te construyó piadoso, para abrigo
De la imagen de Diana cazadora,
Que de tamaños crímenes testigo
Sería la Deidad que en ti se adora!
De súbito Jasón de su emboscada
Sale blandiendo la desnuda espada.

CVIII

La vista en torno, cauteloso, gira.
Como de reses matador gigante
En el toro mayor pone la mira
Y le descarga golpe fulminante,
Así el hijo de Esón, ardiendo en ira,
Del hijo de Etas párase delante,
Alza el acero, hiere y de un fendiente
En dos lo parte, del altar enfrente.

CIX

Vuelta la faz, que oculta bajo el velo
Para no ver el desigual combate,
Está Medea, cuando cae al suelo
Su víctima en el atrio. No lo abate
El vencimiento o de la muerte el hielo;
Y aunque su corazón apenas late,
Entrambas manos en su sangre moja
Y al rostro de la pérfida la arroja.

CX

Del blanco velo que el carmín empaña
Ella sacude el líquido tranquila.
En el cadáver el feroz se ensaña
Y las extremidades le mutila.
En sangre con los labios le restaña.
Tres veces en, lamerla no vacila
Y tres veces la escupe. Así redime
Su honor el que a traición el hierro esgrime.

CXI

La Furia vengadora, del Averno
Sale y contempla con enjutos ojos
La triste escena de rencor fraterno.
De Absirto da a los húmedos despojos
Sepultura Jasón, y el sueño eterno
Duerme de lo llevaron sus arrojados.
Llámanse desde entonces Sabatinos
Los nuevos insulares peregrinos.

CXII

Del *Argo* el vigilante centinela
Ve que una luz en la ínsula fulgura.
Es la ansiada señal que les revela
El éxito feliz de la aventura.
Del contrario bajel, de nadie vela,
En llegar al costado se apresura
El *Argo*, cuyos nautas su coraje
Muestran al empezar el abordaje.

CXIII

Para matar bandadas de pichones
De gavilanes basta una pareja.
Si cae una familia de leones
No queda del rebaño ni una oveja;
Así de los contrarios escuadrones
Un puñado de nautas ni uno deja.
De sangre lleno, sí, de hombres vacío,
Flota al azar dé Cólquide el navío .

CXIV

Cuando ya empiezan a notar su falta
Viene a ofrecer su innecesaria ayuda
Jasón; a bordo de la nave salta
Y a su legión, incólume, saluda.
Pero aunque la victoria fué muy alta,
Antes que el resto de la flota acuda
En su persecución, que el Argo tuerza
Su rumbo y zarpe sin demora es fuerza.

CXV

¿Qué camino seguir? Quiere la maga
Su opinión expresar; pero Peleo
Habla y la voz de la doncella apaga:
"Esta noche partir es mi deseo
Antes que venga el enemigo en zaga.
Rumbo opuesto llevad. Si, cual preveo.
La flota Colquia se dirige a Oriente,
La prora enderezad hacia Occidente.

CXVI

"Al verse de su Príncipe privados,
Unos seguimos pensarán la pista;

Otros renunciarán, desanimados,
Del Vellón a la vana reconquista.
Buscamos no podrán por todos lados,
Y cuando de alcanzamos se desista
Podremos, sin temer demanda necia,
Virar de bordo y regresar a Grecia.

CXVII

Con su prudente hablar de Easo el hijo
A la marina juventud conmueve,
Y cada cual sobre su banco fijo
Con tanta robustez el remo mueve,
Que en pocas horas de bogar prolijo
Cruzan el mar; y, tras pasaje breve,
Frente a la isla de Electra, ya a la entrada
Del Erídano, el *Argo* está ancorada.

CXVIII

La muerte de su Príncipe alborota
La hueste Colquia y a vengarlo incita.
Recorrerá el Adriático su flota.
Y ¡ay de Jasón Si resistir medita!
Pero que siga la única derrota
Por que alcanzarlo puede, Juno evita,
Lanzando con furor rayo tras rayo,
Que la sumerge en fúnebre desmayo.

CXIX

No habrá persecución. Pero la furia
De Etas que a más desgracias los arrastre
Temen, Si se presentan en su curia
Con sus bajeles frágiles sin lastre;
Sin el Vellón, perdido por su incuria;
Sin Medea, causante del desastre;
Y prefieren fundar vasta colonia
En derredor de la feraz Ausonia.

CXX

Un grupo en la isla que la sangre inunda
Del pobre Absirto, sus cabañas planta;
Del Ilírico río en la fecunda
Ribera una ciudad otro levanta,
Y con muros y torres la circunda.
Allí de Cadmo está la tumba santa.
Otros van a habitar entre los Faunos
De los llamados hoy montes Ceraunos.

CXXI

Cuando observa Jasón que ya no viene
La chusma a retaguardia, al fin reposa.
Del río en la entrada se detiene.
Es su navegación muy peligrosa.
Por el número de islas que contiene,
La espesa niebla y la corriente undosa.
A los Hilenos pedirá un experto
Piloto que los guíe con acierto.

CXXII

No es tribu ya de indómitos salvajes,
Y a darles libre tránsito se allana.
Una trípode de oro, como gajes,
Ofrece el Capitán de buena gana,
Apolo, en el primero de los viajes
Que hizo a explorar su voluntad arcana,
Dos iguales le dió de amor en prenda,
Y le ordenó que de una se desprenda.

CXXIII

Tierra que a aquella trípode da abrigo
Jamás—el Hado así lo determina—
Las plantas hollarán del enemigo.
Promesa tan brillante la fascina;
Acoge al extranjero como amigo,
Y el don precioso la ciudad Helina
En foso profundísimo sepulta
Y a las miradas del profano oculta.

CXXIV

Hospitalaria a Esónides recibe
La gran Ciudad. Su fundador ilustre»
Hilo, el hijo de Alcides, ya no vive.
Su madre fué la Náyade palustre
Melita. En el mar como se percibe
Isla pequeña. Baco le dió lustre.
Fué su nutriz, y se llamó Macride.
Melita allí fué de Hércules querida.

CXXV

Cuando, llevado de ímpetus voraces,
Mató a su prole, del atroz delito
Pidió la absolución a los Feaces.
Partió, cumplido el expiatorio rito;
Pero no quiso el hijo hacer las paces
Con el que lo amparó, fiero Nausito,
Y un reino se buscó en la mar Saturnia,
Como exigía su divina alcurnia.

CXXVI

Con un puñado de Feacia gente,
Que lo siguió de amor en testimonio,
Al establecer colonia armipotente
Se aventuró en las islas del mar Cromo.
Nausito mismo le ayudó prudente;
Pero al llegar del litoral Ausonio
Sus bueyes a robarle los Mentores,
Murió luchando en tiempos posteriores.

CXXVII

Y ahora, ¡oh Musas, célicas Deidades!
Venid, cantemos cómo el Argo vino
A abrirse por las islas Estecades
Y la Ausonia península camino;
Qué viento lo empujó; qué tempestades
Le hizo arrostrar la fuerza del Destino;
Por qué, al tocar al término su empresa,
Se aleja y nuevos mares atraviesa.

CXXVIII

Conmueve hasta los cielos la inaudita
Traición que a Absirto dió muerte cruenta,
Y al Rey de las Deidades tanto irrita,
Que exterminarlos Júpiter intenta.
Mas su bondad lo mueve a que permita
A la hechicera Circe la sangrienta
Mancha purificar, con sus divinos.
Ritos, de los feroces asesinos.

CXXIX

Nada a los héroes Júpiter revela,
Ni con la previsión de los azares
Que van a padecer los desconsuela
Antes de regresar a sus hogares.
Mas ¡por instinto abandonar anhela
Jasón aquellos peligrosos mares,
Y lejos de las islas que la flota
Colquia ocupó seguir otra derrota.

CXXX

Del territorio Hileo se retira
El *Argo*, Deja atrás las Disceladas;
Las Liburnenses desde lejos mira
A Issa y a Piteya, islas sagradas,
Apenas ve; lo mismo que a Corcira
Le dió su nombre, ninfa de doradas
Trenzas, hija de Asopo, a quien ardiente
Amó el señor del fúlgido tridente.

CXXXI

Encanta de sus selvas la espesura,
Y al verla desde el mar el navegante
Apellidó a Corcira la *Isla obscura*.
Brisa gallarda llévalos delante
De Mélite, y el nauta se figura
Ver de Ceroso el pico culminante.
Por último, la vista de ninfea,
Donde reina Calipso, los recrea.

CXXXII

Ya la Ceraunia sierra en lontananza
Divisar imagínase el piloto,
Cuando recuerda Juno la matanza,
La indignación de Júpiter y el voto;
Contra la prora de la nave lanza
Fiera procela, y el adverso Noto
La hace tomar al punto de partida,
Llevándola hasta Electra a toda brida.

CXXXIII

De súbito en el fondo de la nave
De voz humana el varonil acento
Se escucha, tan armónico y suave,
Que calla el ponto y enmudece el viento.
Es de Dodona la encantada trabe,
A quien Minerva dió vida y aliento,
Y la que tronco fué de años a encina
En la quilla del *Argo* vaticina:

CXXXIV

“Dura navegación, larga y molesta,
La indignación de Jove les prepara.
Mucho que errar y que sufrir les resta.
Ni volverán a ver la patria cara
Si antes no lavan la traición funesta
Que a Absirto derribó—la voz declara—.
Para espiarla a Circe hay que acogerse,
Hija del Sol y de la augusta Perse.

CCXXXV

”Por tanto, los períncritos gemelos
Cástor y Pólux súplica ferviente
Dirijan a los Reyes de los cielos
Para que de su mar y continente
Nos abra los caminos sin recelos
Ausonia, a sus mandatos obediente.”
La voz del *Argo* y negros vaticinios
El corazón oprimen de los Minios.

CXXXVI

Sólo los dos Tindárides hermanos,
Sin abrigar temor de adversidades,
Alzando al cielo suplicantes manos,
Piden para el bajel prosperidades.
Con viento ya de popa, van livianos
Saliendo de las recias tempestades
Y entran en el Erídano de frente
Sin que la tradición los amedrente.

CXXXVII

Narran allí verídicas leyendas
Que cuando Faetonte del paterno
Carro del Sol arrebató las riendas,
Sin fuerzas para guiar su brazo tierno,
Abandonó las conocidas sendas,
Dejando a los caballos sin gobierno;
Y tanto se acercó a la tierra fría,
Que ya una parte con su fuego ardía.

CXXXVIII

Para evitar la destrucción del mundo,
Jo ve sus rayos disparó al mancebo,
Cayendo en el Erídano profundo,
casi abrasado, el vástago de Febo.
Yace el cadáver entre el limo inmundo
En un remanso, donde siempre nuevo
Fuego lo quema, y en espesa nube
Del inflamado pecho el humo sube.

CXXXIX

Jamás aquellas aguas a ave alguna
Fué dado atravesar. Súbita llama
Sale del fondo y cae a la laguna.
De Helíades la turba, aun muerto, lo ama,
Y encerrada en un álamo cada una,
De ámbar, a gotas, lágrimas derrama.
Pero la Celta tradición sostiene
Que de ámbar el raudal de Apolo viene.

CXL

Esculapio nació de su connubio
Con Coronis; cruel le reconvino
Su genitor, y el Numen boquirrubio
A las regiones Hiperbóreas vino.
En las fuentes del Rhin y del Danubio
Tanto lloró a su vástago divino,
Que sus lágrimas de ámbar la corriente
Del Erídano arrastra hasta el presente.

CXLI

Esto narran los Celtas. Pero el hecho
Es que, al entrar los nautas en el río,
La fetidez del humeante lecho
De Faetonte causa tal hastío,
Que, sin probar bocado, con el pecho
Lleno de angustia y agotado el brío,
Todo el día remaron. Anochece,
Y más triste espectáculo aparece.

CXLII

Descúbrese las sombras colosales
De álamos gigantescos en hilera.
De Apolo son las hijas, que a raudales,
De su hermano la muerte lastimera
Lloran entre lamentos funerales
Que ensordecen la lóbrega ribera,
Y como aceite, encima de las ondas,
Deslízanse sus lágrimas redondas.

CXLIII

A sus oídos el rugir horrendo
Llega después como de cien torrentes.
Del Ródano y Erídano el estruendo
Es, al unir entrambos sus corrientes.
Inmenso territorio recorriendo
Del Norte viene aquél. Allí sus fuentes.
Brotan en tierras negras y desiertas,
Del reino de la noche entre las puertas

CXLIV

Al Océano abriéndose camino,
Sale a su inmensidad por anchas bocas.
Al piélago de Jonia y al Euxino
Llega a través de montes y de rocas.
Sus ondas bebe el golfo Saturnino
Lagos cruzando con revueltas locas.
Al fin, por siete fauces se despeña
En los azules mares de Cerdeña.

CXLV

A la merced del Ródano se entrega
Por las regiones Célticas el *Argo*;
Fácil entre sus márgenes navega
Sin encontrar obstáculo ni embargo;
Pero en diversos brazos se despliega,
Formando lagos en su curso largo
Que con ignoto mar lo comunican
Y del bajel los riesgos multiplican.

CXLVI

Por uno de ellos a la mar de Atlante
Lo empuja ya terrífica procela.
Jasón, de aquellos vientos ignorante,
Peligro de naufragio no recela.
Juno lo observa; párase delante;
Manda virar y recoger la vela.
Tal grito lanza en el peñón Hercinio,
Que turba el éter y acobarda al Minio.

CXLVII

Pone a los héroes en segura vía,
Y desde entonces la benigna Diosa
Con más empeño su derrota guía.
Envuélvelos en niebla tenebrosa,
Que de Celtas y Lígures de día
Los oculta a la turba peligrosa,
Hasta que salvos los acoge el seno
Del tanto suspirado mar Tirreno.

CXLVIII

De Júpiter merced a las bondades
Para con sus Gemelos favoritos,
Arriban a las islas Estecades.
Allí los honran con perpetuos ritos.
Desde entonces a todas las edades
Se extienden los favores infinitos
De Cástor y de Pólux, hoy patrones
De las naves de todas las naciones».

CXLIX

De Etalia van a la isla encantadora
En breve tiempo, y anclan en seguro
Puerto, que el nombre de *Argo* lleva ahora.
Con piedrecillas de color obscura
Seca el sudor la gente remadora,
Que sus cuerpos empapa y desfigura
Las piedras hoy semejan piel humana
Y armas arroja el mar cada mañana.

CL

Vuelven al mar, y al litoral Tirreno
Se acercan del Ausonio continente.
La matutina luz brilla de lleno
En la ínsula del Haya de Occidente,
Que brinda para anclar cómodo seno;
Y al fondear, a Circe ven enfrente,
Que, de rodillas, a lavarse empieza
Con la salobre linfa la cabeza.

CLI

De la noche anterior aún parece
Con los fatales sueños aterrada.
La sangre, de su alcázar enrojece
Tapias, paredes, cámaras y entrada.
Arden las hierbas mágicas que ofrece
A cuantos hombres van a su morada,
Y con puñados de la sangre tibia
La llama apaga y su terror alivia.

CLII

Por tanto, cuando el alba apenas raya
Sale a lavar su rubia cabellera,
Sus rojas manos y manchada saya.
Extraños animales en hilera
La siguen a su alcázar y a la playa.
Sus cuerpos son ni de hombre ni de fiera
Miembros de toda dase y catadura
Componen su estrambótica estructura.

CLIII

Nacieron las informes alimañas
Cuando la madre Tierra, húmeda y fría,
Aun no consolidaba sus entrañas,
Ni el Sol la calentaba, ni llovía.
El tiempo sólo pudo a esas extrañas
Figuras desbistar con valentía
Y darles disciplina y movimiento
Como a ejército en paz o manso armenio.

CLIV

Esos rebaños de tranquilas fieras,
Que en nada se asemejan a leones,
A tigres o a carnívoras panteras,
Asombran a los griegos campeones.
De Circe las exóticas maneras,
Traje oriental y cólquicas facciones
Mira con atención la caravana,
Y reconoce de Etas a la hermana.

CLV

De su nocturno pánico repuesta,
Sobre sus pasos a volver se atreve.
Halla formada a la legión apuesta;
A romper filas la convida aleve
Y a penetrar en su mansión funesta.
Por orden de Jasón nadie se mueve,
Y él solo avanza a paso acelerado
Con la virgen de Cólquide a su lado.

CLVX

Sin que de su visita el fin columbre,
Taburetes de honor Circe presenta.
Ellos se acercan juntos a la lumbre;
Mas ni uno ni otro ante el hogar se sienta,
Como es de penitentes la costumbre.
Con ambas manos ocultar intenta
Medea el rostro, mientras él clavada
Deja en el suelo la homicida espada.

CLVII

Al ver que permanecen largo rato
Los ojos sin alzar, Circe comprende
Que absolución de algún asesinato
Han venido a impetrar. De Jove atiende
Patrón de suplicantes, al mandato,
Y el expiatorio rito luego emprende.
Su Numen justiciero culpa y vida
Perdona, Si se humilla, al homicida.

CLVIII

Pone un lechón, que de nacer acaba,
Sobre sus dos cabezas; lo degüella,
Y con la sangre que derrama lava
Las manos de Jasón y la doncella.
A Júpiter, en tanto, humilde alaba,
Que borra de los crímenes la huella,
Acompañando nuevas oraciones
Las purificadoras libaciones.

CLIX

Mientras las ninfas Náyades, sus damas,
Sacan al basurero el desperdicio,
Las vísceras arroja ella a las llamas
Y pide que se acepte el sacrificio,
Las Furias aplacándose y sus tramas,
Y mirándolos Júpiter propicio,
Ya la vertida sangre ajena sea
O de las propias tribus y ralea.

CLX

Cumplido al fin cuanto prescribe el rito,
Levanta a la pareja penitente.
Ricas sillas le da; con su exquisito
Tacto, ella misma se coloca enfrente.
Su historia les pregunta, su inaudito
Viaje, cuál es su origen y su gente.
Grande interés en la doncella toma
Y quiere que hable en su nativo idioma.

CLXI

De la noche anterior la pesadilla
La abruma aún, y averiguar le importa
Cuál es de su diente la mancilla.
Los ojos la ve alzar, y queda absorta
Con el fulgor que en su pupila brilla.
Ese círculo de oro que recorta
Del globo azul celeste el fuego vivo
De los hijos del Sol es distintivo.

CLXII

Es su sobrina; le habla su dialecto;
Dice que Si ha entregado el Vellochino
Por Calcíopa débelo al afecto.
Narra las peripecias del camino.
Temió de la ira de Etas el efecto,
Y huyó con el caudillo peregrino.
No omite con los toros la batalla;
Sólo el aleve fratricidio calla.

CLXIII

Pero la hija del Sol comprende todo,
Y aunque la compadece, a su parienta
Dirige la palabra de este modo:
“¡Desventurada! Tu villana afrenta
A tu estirpe y tu Rey cubre de lodo.
Tu locura escapar en vano intenta
De tu irritado padre a la venganza;
Verás como hasta Grecia audaz se lanza.

CLXIV

”Pero eres mi sobrina, y a mi puerta
Llamaste en actitud de suplicante;
Que en tu perseguidora me convierta
No esperes, ni en amiga, en adelante.
A ese galán de procedencia incierta
Sigue a despecho de tu padre amante.
Aléjate al momento de mis ojos;
No ruegues más ante mi hogar de hinojos.”

CLXV

Medea queda inmóvil en la sala;
Los párpados se cubre con el manto,
Avergonzada y mustia. Al fin exhala
Amargos ayes y prorrumpe en llanto.
De la mansión de vino enhoramala,
Después de tanto errar y sufrir tanto,
La saca el héroe; de la mano asida,
Ella marcha con él, casi sin vida.

CLXVI

No escapan a los ojos de la esposa
De Jove augusto, que por ellos vela.
Su embarque, por encargo de la Diosa,
Acecha, vigilante centinela,
Desde las nubes, Iris luminosa.
A dar aviso a su señora vuela,
Y así le dice Juno, sorprendida:
"Escucha, por favor, Iris querida:

CLXVII

"Sí alguna vez mis ruegos celestiales
Gentil oíste, más que nunca ahora
Quiero que en el servicio te señales
De mi deidad, que tu socorro implora.
Con raudas alas baja a los cristales
Del transparente mar, de Tetis mora,
Y dile: "Ven, te necesita Juno;
"Sal de tu linfa sin reparo alguno."

CLXVIII

"Después a las orillas del Sicano
Irás, donde el sonoro martilleo
Te indicará las fraguas de Vulcano.
Expresarás al *Numen* mi deseo
De que sofoque su potente mano
Las llamas del Vesubio y el Etneo,
Y a trabajar en Lípari se niegue.
Mientras el *Argo* en ese mar navegue.

CLXIX

”Tras Eolo, monarca de los vientos,
Hijos del éter, volarás aprisa,
Y de pacificar los elementos
Le darás de mi parte orden precisa.
Haga que el Noto calme sus alientos,
Y el Aquilón y la nocturna brisa.
Deje soplar no más Céfiro leve
Que a los Feacios a la nave lleve.”

CLXX

Iris, desde el olímpico bosque
Salta veloz. Con rápido aleteo
Hiende los aires; tras etéreo viaje,
Sumérgese en las aguas del Egeo,
Donde halla a Tetis y le da el mensaje
En el paterno alcázar de Nereo,
Y fácil la persuade a que se apreste
A ver a Juno en su mansión celeste.

CLXXI

Habla a Vulcano, y cesa desde luego
El golpe del martillo y el soplido
Del fuelle enorme que alimenta el fuego.
A Eolo se dirige; y, comedido,
Las órdenes de Juno acata ciego.
Iris refresca el cuerpo entumecido;
Tetis padre y hermanas abandona,
Y con Juno en Olimpo se apersona.

CLXXII

La augusta Diosa a la Deidad marina
Sienta a su lado, cariñosa besa
Y dice: “Sabes bien, Tetis divina,
Cuánto de Esón el hijo me interesa,
Que, al mando de su nave peregrina,
Tus líquidos dominios atraviesa.
¿Me negarás la gracia que te pido
Por socorrer a un héroe tan querido?”

CLXXIII

"No ignoras que cruzaron hace poco
Las terribles Simplégades errantes,
De tempestades y desastres foco.
Pasar en medio de esas rocas antes
Que mis amigos, fuera intento loco;
Mas yo sobre las ondas espumantes
Llevé la nave con seguro pulso,
Y al Euxino salió bajo mi impulso.

CLXXIV

"De Escila por la roca formidable
Y por el espantoso remolino
De Caribdis la lleva inevitable
La voluntad de Jove y del Destino.
Del gran cariño déjame que te hable
Que a unirme a ti desde la infancia vino,
Mayor que a cuantos Númenes y ninfas
Moran del mar en las salobres linfas.

CLXXV

"Prendado de tu cándida hermosura.
Mi esposo infiel te requirió de amores.
Tú conservaste tu inocencia pura,
Librándome de amargos sinsabores;
Y aunque por ti su admiración perdura,
De Júpiter desechas los favores
Y dejas, en los mares escondida,
Deslizarse pacífica mi vida.

CLXXVI

"Aunque prestó solemne juramento
De nunca darte a un dios en matrimonio
No desistió del atrevido intento
Hasta que Temis, al augusto Cronio,
De su infidelidad para escarmiento,
De este oráculo dio fiel testimonio:
*El hombre de quien Tetis fuere madre
Será mayor en todo que su padre.*

CLXXVII

"No sin razón el hijo de Saturno
Temió que de los cielos el gobierno
Le arrancara tu vástago a su tumo,
Siendo, como ellos, inmortal y eterno.
Yo marido te dije alto coturno,
Aunque mortal, inmejorable y tierno,
A quien amar pudieras sin reparo
Y su linaje perpetuar preclaro.

CLXXVIII

"A tu mesa paréceme que veo
Sentarse, de los Númenes al coro,
El día de tus bodas con Peleo.
Ni en la fiesta nupcial tuve a desdoro
El sostener la antorcha de Himeneo
Yo misma, para darte honra y decoro.
Mi reconocimiento galardona
Así tu reverencia a mi persona.

CLXXIX

"Como no dudo que a tu afán concierna,.
Escucha esta vetusta profecía:
Del centauro Quirón en la caverna
De Náyades la turba a tu hijo cría,
Tan pequeñuelo aún, que la materna
Leche, llorando, pide todavía.
En la Elisia llanura esplendorosa
Una nieta del Sol será su esposa.

CLXXX

"Medea la nombraron. Del monarca
De Cólquide es la hija, cuya mente
Todos los ramos del saber abarca,
Y a bordo viene con la griega gente.
Dirige el curso de la Minia barca;
A tu marido en ayudar consiente;
Con las demás Nereidas ve ligera:
Salvando al *Argo* salvas a tu nuera.

CLXXXI

"Vulcano el fuego apagará de cierto;
Eolo sólo al Céfiro suave
Dejará libre por el mar abierto.
A ti te toca conducir la nave
De los Feaces al seguro puerto.
El salvamento tu pericia acabe.
Manda a las rocas respetar la quilla
Y a las olas, que son mi pesadilla.

CLXXXII

"No dejes que Caribdis espumosa
En su negra vorágine los trague,
Ni que para estrellarlos, engañosa,
Hacia su roca Escila los halague.
¡Escila, hija de Forcio tenebrosa!
¿Cuándo será que tu furor se apague?
Hécate, la nocturna vagabunda,
Que a luz te dió, de horrores te circunda.

CLXXXIII

"En pos de tu marido y tus hermanas
Corre, y a las reyertas conyugales
Den treguas mis caricias soberanas.
¡Yerran hasta los Dioses inmortales!
Nunca serán mis esperanzas vanas
Si, uniendo vuestras fuerzas desiguales,
Dais a la nave el ímpetu oportuno."
Aquí da fin a sus mandatos Juno.

CLXXXIV

Tetis responde: "¡Oh Diosa! Si de veras
Del rayo ardiente cesan los desmanes;
Si no suscita tempestades fieras
El soplo de violentos huracanes;
Si Céfiro tan sólo sus ligeras
Alas agita, calma tus afanes.
Aunque la mar contraria se alborote,
.Sacar prometo tu bajel a flote.

CLXXXV

"Dame tu venia de partir, que largo
Es mi camino. A mis hermanas debo
Por toda la extensión del ponto amargo
Ir recogiendo y regresar de nuevo
Adonde está ancorada la nave *Argo*
Antes que tome a iluminarla Febo."
Dice, y a la vorágine más alta
Del hondo mar desde el Olimpo salta.

CLXXXVI

Corre de mar en mar, de seno en seno;
A sus hermanas las Nereidas junta,
Y a dar de Juno cumplimiento pleno
A los mandatos, a la Ausonia punta
Despacha a todas. Ella del Tirreno
Nadando a la isla al continente adjunta
Vuela como relámpago fugace
O cual rayo da luz del Sol que nace.

CLXXXVII

La ninfa, que en su intento no desmaya,
La lumbre del crepúsculo aprovecha,
Y encuentra a los marinos en el Haya
Jugando al disco, o con inocua flecha
Tirando al blanco. A la arenosa playa
Salta y hacia su esposo va derecha;
Y a todos invisible, no a sus ojos,
Le ase la mano y dice sin enojos:

CLXXXVIII

“¿Cuándo dejáis vuestra actitud innoble?
Aquí la nave tímida reposa,
Atada a tierra con amarra doble,
Mientras de ninfas turba numerosa,
Que su carena de Dodóneo roble
Sobre sus hombros llevará gozosa
Por obsequiar a Juno, ya la aguarda.

¿En levantar el áncora qué tarda?

CLXXXIX

”Las vagabundas ínsulas errantes,
Después del que habéis hecho gran rodea,
No podréis evitar; pero arrogantes
Os sacarán las hijas de Nereo.
Si entre ellas me conoces, no te espantes
Ni a los héroes lo digas ¡oh Peleo!
Si no quieres sufrir peor castigo
Que el primer día en que reñí contigo.”

CXC

Así diciendo, torna al mar no vista,
Y recordando los antiguos males
De su marido, el ánimo contrista.
Desde rompió los lazos conyugales
Es la primera y única entrevista.
Estaba el tierno Aquiles en pañales
Y a su madre causaba eterno susto
Pensar que era mortal su fruto augusto.

CXCI

Sacáballo en la noche de la cama
Y para consumir todo lo humano
Lo circundaba de celeste llana.
Raspaba luego con amante mano
De cada cicatriz la fina escama
Y al despuntar la aurora, muy temprano,
Su cuerpecito entero sumergía
En un baño de olímpica ambrosía.

CXCII

Así esperaba la vejez odiosa
Alejar para siempre de su pecho
Y la inmortalidad esplendorosa
Legarle, de los Hados a despecho.
Peleo la maniobra peligrosa
Una noche observó. Saltó del lecho
Y lanzó tan terrífico alarido,
Que ella soltó a su vástago querido.

CXCIII

Ni una palabra proferir se digna,
Y hasta el fondo del mar, Tetis, adonde
No la puede seguir, salta maligna
Y en su profundidad siempre se esconde.
Peleo a la misión que hora le asigna,
No obstante sus rencores, corresponde
Transmitiendo las órdenes de Juno
De arrojarse en los brazos de Neptuno.

CXCIV

Discos y flechas guarda cada nauta
Se tienden en los rústicos jergones
En que acostumbran, tras de cena lauta,
En tierra reposar los campeones;
Raya la aurora; con maniobra cauta
Sueltan amarras, llevan provisiones,
Se refrigeran con frugal almuerzo
Y áncoras levan sin ningún esfuerzo.

CXCV

Izan las lonas, alzan las antenas;
Céfiro lanza su apacible brisa;
Marcha la nave con las velas plenas:
Isla florida presto se divisa.
Moran allí las pérfidas Sirenas
Cuyas canciones y falaz sonrisa
Llaman al nauta a sus abiertos brazos.
¡Ay si lo enredan sus traidores lazos!

CXCVI

Nacieron del enlace misterioso
De Aquelóo y Terpsícore divina,
La Musa, cuyo baile prodigioso
A las demás Piérides fascina.
El coro de sus hijas armonioso
Supo encantar también a Proserpina,
Virgen aún, ajena a los placeres,
Digna progenie de la Diosa Ceres.

CXCVII

Hoy en cola de pez su cuerpo estriba;
De vírgenes la cándida belleza
Ostentan de cintura para arriba,
Y de oro es el color de su cabeza.
Dos alas, de que, al fin, Jove las priva,
De pájaros les daban ligereza
En otro tiempo. Siempre en atalaya,
Al marinero acechan en la playa.

CXCVIII

No escapan a sus ansias de conquista
Los héroes de Jasón; y empieza el canto
Apenas el bajel está a la vista.
De la celeste voz al dulce encanto
No hay entre los remeros quien resista,
Y Tetis y sus ninfas, con espanto,
Ven que parece desdeñar su ayuda
El *Argo* y a la costa va, sin duda.

CIC

¡Vanos temores! El cantor de Tracia,.
Orfeo, temple su Bistonía lira
Y empieza a modular con tanta gracia.
Que apagarse su voz sienten con ira
Las hembras, y presienten su desgracia.
El desviado bajel de nuevo vira,
Y ya sin vacilar sigue adelante
Riesgos mayores a afrontar constante.

CC

No a todos asustó la muerte lenta
De consunción fatal con que acostumbra
Su amor funesto, la pasión violenta
Pagar de aquel que su beldad deslumbra.
Aunque apagado el canto, a Butes tienta;
Horas de dicha en su ilusión columbra.
Del banco de remero, alucinado,
Al ponto salta y lo atraviesa a nado.

CCI

La isla de perdición ya casi toca
Cuando lo mira Venus Ericina;
A compasión su suerte la provoca
Y lo arrebató a la onda cristalina.
De Lilibeo la saliente roca,
Donde ella reina, encuéntrase vecina,
Y, salvo de la muerte y los placeres,
Casa y hogar allí le da Citeres.

CCII

Llega el fatal momento. La de Escila
Roca piramidal se alza iracunda;
Caribdis, a sus pies, nunca tranquila,
Acecha en su vorágine profunda
Y los dientes terríficos afila.
Los errantes islotes en que abunda
El mar Sicano vagan sin cimientos,
Del fuelle de Vulcano con los vientos.

CCIII

Es cierto que ha apagado ya sus hornos
Y ni forja de Júpiter los rayos
Ni al cinturón de Venus pone adornos
De fino esmalte con colores gayos;
Mas tal impulso imprime en los contornos
De Lípari a las islas y a los cayos
El incesante soplo de sus fraguas,
Que no se calman fáciles las aguas.

CCIV

Las ninfas, a la entrada del Estrecho,
Ya en el fondo del mar o ya a la orilla,
Circundan el bajel, desnudo el pecho,
La falda remangada a la rodilla.
Unas el borde izquierdo o el derecho,
Otras aferran la pesada quilla;
Del gobernalle Tetis se apodera
Y su curso dirige desde fuera.

CCV

Semejan a la turba juguetona
De delfines que siguen un navío;
Ya saltan a la altura de la lona,
Ya se sumergen en el ponto frío,
Ya forman en redor ancha corona
Y ya parece que, perdiendo el brío,
Atrás se quedan, cuando nuevo salto
Los sube que los mástiles más alto.

CCVI

Así a los nautas las Nereidas bellas
Valor infunden, gozo y esperanza,
De oculto escollo al descubrir las huellas
Levantán el bajel con gran pujanza;
Relucen entre el humo como estrellas
Que del extinto fuego les alcanza,
Y envuelve a los islotes en su sombra
Que ínsulas *Plauctas* el Heleno nombra.

CCVII

¿Visteis jamás un coro de Espartanas,
Formadas en contrarias divisiones,
En la palestra divertirse ufanas
Con esferas volantes o balones?
De mano a mano arrójanse con ganas
De superar a atléticos varones
El proyectil redondo, que, en su vuelo,
No toca ni unía vez el duro suelo,

CCVIII

Las Nereidas así, fuertes y esbeltas,
Si ven que el *Argo* entre los cayos flota,
Del piélagos sacándole resueltas,
Arrójanselo a guisa de pelota
Unas a otras, por la espuma envueltas,
Sin sacarlo jamás de su derrota.
Un día largo del ardiente estío
Duró la lucha con el mar bravío.

CCIX

Vulcano, en roca altísima, apoyado
Al largo mango del martillo, observa
La gran maniobra que ejecuta a nado
De las Nereidas la gentil caterva.
La ve desde su alcázar estrellado
Juno, abrazada al cuello de Minerva;
A cada peña u ola que se mueve
Tiembla, y apenas a mirar se atreve.

CCX

Al fin, del archipiélago flotante,
De escollos y vorágines ilesa,
Sale la nave airosa y arrogante.
Céfiro blando de soplar no cesa
Y a los héroes empuja hacia adelante.
Admiran en Trinacria la dehesa
Donde la hierba más lozana crece
Y el ganado del Sol pace y florece.

CCXI

Cumplida la misión que, salvadora,
Les dió de Jove la consorte augusta,
Después de trabajar desde la aurora,
Dejan alegres la Magnesia fusta,
Y como de gaviotas voladora
Bandada a quien el piélago no asusta.
Del mar Sicano saltan a las linfas
Y se sumergen las Nereidas ninfas.

CCXII

Ya de la tempestad sin el ruido,
Empiezan a escuchar en la ribera
De bueyes y de vacas el mugido,
De ovejas el balar en la pradera.
Con báculo de argento retorcido,
Faetusa, del Sol hija postrera,
Acostumbraba a ovejas y cameros
A los prados llevar y abrevaderos.

CCXIII

Del ganado mayor era pastora
Lampecia, con cayado reluciente,
Aunque de bronce vil. Desde la prora
Lo ven pacer los nautas claramente.
No hay una vaca obscura ni incolora.
Son blancas como leche, y en la frente,
Simétricos, ostenta cada toro
Resplandeciente par de cuernos de oro.

CCXIV

Con su pálida luz el vespertino
Crepúsculo alumbraba estas escenas.
La negra noche a interrumpir no vino
Ni viaje, ni zozobras, ni faenas.
La nueva aurora aceleró el camino;
Y, al fin, se ven las márgenes amenas
De una isla, lejos del confín Ausonio,
En el Cecraunio mar, cerca del Jonio.

CCXV

Musas, que acostumbráis en el Parnaso
De los Dioses cantar las maravillas,
Contra mi voluntad detengo el paso
Y ante vosotras caigo de rodillas.
Perdón imploro, Si os ofendo acaso
Del vulgo repitiendo las hablillas;
Pero no puedo antiguas tradiciones
Callar en mis verídicas canciones.

CCXVI

Conserva la Isla una reliquia extraña,
Que da lugar a dúplice leyenda;
Tiene figura de hoz o de guadaña
La que veneran codiciada prenda.
Cuentan que ardiendo en parricida saña
Saturno en la sacrílega contienda
Contra su genitor, al dios Urano
Con su hoja curva mutiló inhumano.

CCXVII

Pero atribuyen otros pareceres
Su origen, no a domésticos desmanes,
Sino a favores de la diosa Ceres.
Del Orco, de reinaba, sus afanes
Por Macride y sus rústicos placeres,
Sacáronlo a enseñar a los Titanes
Los secretos de aquella agricultura
Que a la Isla da riqueza y hermosura.

CCXVIII

Desde entonces el nombre de *Drepana*
O *Tierra de la Falce* los Feaces
Confirieron a su Insula lozana.
Madre y nutriz aclámanla veraces
Y hasta Urano remontan su lejana
Estirpe, ya verídicos, ya audaces.
Allí a los nautas a buscar abrigo
Empuja de Trinacria viento amigo.

CCXIX

Con religiosos ritos y agasajos
Recíbenlos el Rey y el pueblo todo.
Con fraternal afecto altos y bajos
Los tratan de su estancia en el período.
Olvidando los héroes sus trabajos,
Al pueblo corresponden de igual modo.
Pronto de paz el cántico bendito
Verán de guerra convertirse en grito.

CCXX

Los Colquios, que salieron del Euxino
Por el estrecho que cerraban antes
Las Simplégades rocas, y el Destino
Abrió al pasar los Minios navegantes,
Y anduvieron buscándolos sin tino,
La anclada nave miran vigilantes,
Y exigiendo la entrega de Medea,
Su numerosa escuadra la rodea.

CCXXI

Terribles son sus bárbaros insultos:
Aunque vencidos sus bajeles rueden,
Etas, su rey, no sufrirá que insultos
Los defensores de su casa queden.
¿No miran esos próceres estultos
Que en número y en armas les exceden?
Armanse de Jasón los adalides
Y se preparan a las duras lides.

CCXXII

Pero el rey Alcimóo los obliga
A envainar de ambos lados el acero:
“La tierra que pisáis es tierra amiga
Y luchas en mis reinos yo no quiero:
Que cada parte su alegato diga
Y un árbitro decida justiciero.”
Tal es su voluntad; y aunque le escuece,
De Cólquide el ejército obedece.

CCXXIII

La hueste de Jasón, pidiendo amparo,
Medea sin cesar recorre inquieta;
Abraza las rodillas sin reparo
De la esposa del Rey, la dulce Areta.
“¡Oh Reina! sí, a pesar de tu preclaro
Linaje, a errar también estás sujeta,
Sabrás compadecer a una infelice
Que por temor erró—tierna le dice—.

CCXXIV

”No entregues a los Colquios mi persona
Ni de Etas a la cólera inaudita.
El Sol, que nos alumbra y galardona;
Hécate, que de noche nos visita,
Testigos son que mi virgínea zona
Sin mancha ni lunar, cual mi bendita
Madre me la ciñó, mi pecho guarda,
Ni mi fuga causó pasión bastarda.

CCXXV

"Tras mi primer error, de aturdimiento.
Culpa venial, tal pánico me asalta,
Que me arrebatara la razón el viento
Y agravo huyendo mi ligera falta;
Pero tranquila en tu poder me siento.
Haz que del Rey la majestad tan alta,
Cediendo de tus gracias al conjuro,
Un asilo me dé firme y seguro."

CCXXVI

Así a la Reina habló. Para los Griegos
Es su lenguaje cáustico y amargo,
Mezclando vituperios a los ruegos:
"¿Del Vellochino quién alzó el embargo?
¿Quién de los toros apagó los fuegos?
¿Quién del Dragón ocasionó el letargo?
¡Y a la mujer por quien tornáis a Grecia
Vuestro egoísmo ingrato menosprecia ¡

CCXXVII

"Abandoné mi alcázar, mis parientes,
Mis padres, mi corona de princesa,
Y, despreciando hablillas insolentes,
Doquier os sigo, en vuestra nave presa.
Antes a mí humillabais vuestras frentes;
Hoy que mi auxilio ya no os interesa,
Porque el Vellón tenéis, que yo os he dado,
Cual cortesana vil, me hacéis a un lado.

CCXXVIII

"Cual semidioses, de virtud ejemplo,
Desde que os vi, ganasteis mi confianza.
Hoy que desanimados os contemplo,
Cifro aún en vosotros mi esperanza.
Seguro asilo encontraré en el templo.
Si huyo a la ciudadela, ¿quién me alcanza?
De vuestros brazos el potente muro
Siempre será mi asilo más seguro.

CCXXIX

"¡Ay Si me abandonáis a los furores
De Etas, mi padre, y, por vengar su afrenta.
Me manda a las regiones inferiores!
Será vuestra expiación dura y sangrienta.
Del Infierno saldrán con sus horrores
Las negras Furias a pedirnos cuenta
De tantos juramentos hechos trizas
Y pactos reducidos a cenizas.

CCXXX

"Cuando de apoderaros del dorado
Vellochino buscabais una traza,
Al ejército entero congregado
Del Haya desafiasteis en la plaza.
Hoy que apenas de Colquios un puñado
Ha llegado hasta aquí dándonos caza,
La batalla esquiváis y tenéis miedo.
¿Adónde fué el helénico desnudo?

CCXXXI

"También la compasión huyó del alma
De quien ante una Reina forastera
Me ve postrar con impasible calma.
Temed que, al fin., arrebatáros quiera
De la victoria la anhelada palma
De las Deidades la venganza fiera,
Cuando el adverso Numen que me hostiga
Trueque en favor su cólera enemiga."

CCXXXII

Así termina, y con acento blando
De cada prócer protección implora
Y a cada cual la mano va estrechando.
Salvar a toda costa a su señora
Jura entusiasta el argonauta bando,
Esgrimiendo la espada protectora,
Vibrando el asta y con el hierro agudo
Sonoro hiriendo el ponderoso escudo.

CCXXXIII

Llega la noche, en tanto, que a los males
Alivio trae, tregua a las labores,
Descanso y refrigerio a los mortales;
Pero hay un corazón cuyos dolores,
Girando siempre en círculos iguales,
De la mañana encuentran los albores.
Son como el huso de hacendosa viuda
A quien la suerte hirió con mano ruda,

CCXXXIV

El grupo de sus hijos la rodea;
Lámpara triste en su mesita oscila;
El lecho conyugal, solo, blanquea;
Gira incesante el huso con que hila,
Y, semejante a la infeliz Medea,
Pasa la noche en vela e intranquila,
Sin que a sus hijos a decir acierte
Que a su marido arrebató la muerte.

CCXXXV

Reina el silencio en el palacio y Corte
Del piadoso Alcinóo, a quien recibe
En la cámara regia su consorte,
Que por su amante esposo se desvive.
Dama gentil de religioso porte,
Que derramando beneficios vive,
Es Areta dulcísima, y hoy piensa
Tan sólo de Medea en la defensa.

CCXXXVI

Huye también el sueño de sus lechos,
Y así la Reina, recostada, exclama:
“Sabe, ¡oh Rey y Señor!, que muy a pechos
Tomo las desventuras de esa dama.
Defiende, te lo ruego, sus derechos;
Ningún delito ni pasión la infama.
Error ligero trajo error más grave.
¿Culpa venial en qué mujer no cabe?”

CCXXXVII

"Cólquide está muy lejos; ¿quién es Etas?
Nada sabemos de él, sino su nombre.
Desde Tesalia o Argos las saetas
Nos pueden alcanzar, sin que te asombre.
Mucho arriesgamos Si a los Minios retas.
Jasón, su protector, de alto renombre,
Consta que con solemne juramento
Palabra le otorgó de casamiento.

CCXXXVIII

"Si entregas su persona al enemigo,
Perjurio horrible al Capitán impones.
Te alcanzará, cual cómplice, el castigo
Y el reino entero a la ruina expones.
De un padre airado—sé lo que te digo
No esperes indulgencia ni perdones.
De ejemplos mil que nárranos la historia
Algunos hallarás en tu memoria.

CCXXXIX

"En la torre de bronce los tormentos
Y en el mar las angustias de Danae;
De Antíope la muerte y sufrimientos
Y el abandono a tu recuerdo trae;
Equeto con agudos instrumentos
Los bellos ojos a su prole extrae,
Y, ciega ya, la tiene con las manos
Y pies moliendo de metal los granos.

CCXL

"Si accedes de su padre a la demanda,
Que corra suerte igual no se te esconde."
El Rey, benigno, a quien su esposa ablanda,
Así desde su lecho le responde:
"Si la hospitalidad salvarla manda,
Sus leyes acatar me corresponde;
Mas contrariar de Júpiter supremo,
Que aquí la trajo, los designios temo.

CCXLI

"Puedo arrojar de aquí su débil flota;
Pero a Etas provocar, ni quiero ni oso.
Es fuerte su nación, aunque remota,
Y otro monarca no hay más poderoso.
Si su paciencia nuestra audacia agota,
De ejército dispone numeroso
Con que la guerra declarar a Grecia.
Comete grave error quien lo desprecia.

CCXLII

"Prefiero pronunciar sentencia justa
Que a ambos partidos por igual contente.
Oiga mi plan tu majestad augusta:
Irá a su hogar Si es virgen inocente;
Si no, romper el vínculo me asusta
Que en matrimonio la ate santamente.
No la daré, ni de su vientre el fruto
Irá a aumentar mi liberal tributo."

CCXLIII

No bien termina, lo acomete el sueño.
Sagaz la Reina, cuanto oyó pondera.
Salta del lecho, a su señor y dueño
Dejando adormecido, y sale fuera,
Al atrio, donde vela con empeño
La servidumbre, que órdenes espera.
A una doncella manda por un paje,
Y este le da solícito mensaje.

CCXLIV

Al puerto corra y al Caudillo diga
Que sus bodas al punto solemnice.
La dama sus gestiones no prosiga
Con el rey Alcinoó, quien predice
Que la enviará a su padre Si es amiga,
Si esposa, con Jasón será felice.
A pie camine: la distancia es corta;
Viveza, rapidez, secreto importa.

CCXLV

Halla a los héroes, como siempre, en vela
Junto a la nave, y oyen el mandato,
Que sus perplejos ánimos consuela.
Alzan un ara, y sacrificio grato
De ovejas pingües arde; el humo vuela
A acariciar, en nubes, el olfato
De las deidades, y, como es de rito,
Liban con profusión vino exquisito.

CCXLVI

Para las bodas la sagrada estancia
Preparan en el antro milagroso
Do Macride habitó, la que en su infancia
A Baco en su regazo cariñoso
Tierna acogió. Con miel fué su lactancia
Cuando Mercurio lo sacó piadoso
De la llama voraz, allá en Eubea,
Y sus labios bañó con miel Hiblea,

CCXLVII

Era hija de Aristeo, que el cultivo
De las abejas supo cual ninguno;
Que fué el primero que plantó el olivo
Y el jugo destiló del aceituno.
Cuando de Jove el vástago furtivo
En brazos de Macride miró Juno,
La desterró de la mansión paterna
Y la trajo a vivir a esa caverna.

CCXLVIII

Allí vivió contenta, trabajando
Y enriqueciendo a la nación Feacia.
Erigen en ese antro venerando
Trono y altar. Cual pabellón lo agracia
De oro sutil el Vellochino blando.
No se atreve a tocarlo ni se sacia
De admirarlo de ninfas la colonia
Que asiste a la sagrada ceremonia.

CCXLIX

Como celeste auréola fulgura
El oro que en sus frentes se refleja,
Aumentando su cándida hermosura.
Por obsequiar a la gentil pareja
Un coro de Melito la espesura,
Otro las linfas del Egeo deja,
O de las claras fuentes y los mares,
De donde son deidades tutelares.

CCL

Las invitó de Jove la consorte,
Que los nupciales vínculos anuda.
En dos hileras, con gallardo porte,
Rindiendo honores y prestando ayuda,
Formada está la náutica cohorte
Con la espada flamígera desnuda.
Si el Colquio quiere perturbar la fiesta
Para el combate la hallará dispuesta.

CCLI

Celeste olor de flores se respira,
Don de las ninfas. El laurel corona
Todas las frentes. La Bistonía lira
Orfeo pulsa, y dulce coro entona
El cántico nupcial, que Amor inspira.
Los viene a confortar Juno en persona,
Y el antro que consagra Citerea
Llámase aún la gruta de Medea.

CCLII

¡Ay! No esperaba la isla del Feace
Solemnizar tamaña ceremonia.
Estaba reservado el noble enlace
Para alegrar a la nativa Hemonia.
Pero a los Dioses aguardar no place,
Y, sin llegar al piélago de Joma
A interponerse, como suele, vino
La inexorable fuerza del Destino.

CCLIII

La senda del placer con pie seguro
No fué dado seguir a los mortales.
A nuestro lado va Numen impuro
Tendiendo lazos y sembrando males.
Hoy viene a perturbar rumor obscuro
Los que lo arrullan cánticos nupciales.
El rey que hora los juzga con clemencia.
¿Confirmará mañana su sentencia?

CCLIV

Llega la aurora, y con su luz celeste
La noche se disipa a toda prisa.
En la playa, en la Villa, en el agreste
Campo sembrado, brilla una sonrisa.
Se agita el pueblo; muévase la hueste
De Colquios que a lo lejos se divisa.
El Rey también levántase del lecho
Su fallo a pronunciar según derecho.

CCLV

Al puerto marcha, donde está la armada,
A cumplir a los Colquios la promesa
De responder él mismo a su embajada
Y la suerte fijar de la princesa.
Hoy que su fallo y voluntad sagrada
Más como juez que como rey expresa,
Aureo bastón de administrar justicia,
No cetro, entre sus manos acaricia.

CCLVI

Lucida escolta de ínclitos guerreros,
De alto penacho y fúlgida coraza,
Sigue a su Rey, desnudos los aceros,
Sostén de la justicia y amenaza
De quien se atreva a disputar sus fueros.
Al mismo tiempo salen de la plaza
Innúmeras mujeres, de fondea
El *Argo*, a ver las bodas de Medea.

CCLVII

También las sigue turba de varones
De alta prosapia y en ganados rica.
Quién trae para sacras libaciones
Vino; quién sus ovejas sacrifica;
Quién, de sus dilatadas posesiones,
El becerro más pingüe le dedica.
La misma Juno difundió la nueva
Que a la orilla del mar a todos lleva.

CCLVIII

De las víctimas dura la fragancia
De la noche anterior, y de las finas
Anforas el licor aún se escancia.
Preciosas joyas de oro y argentinas
Y túnicas de artística elegancia,
Tejidas por sus manos femeninas,
Para que sirvan de nupciales donas
Presentan niñas, viudas y matronas.

CCLIX

La gracia varonil y el porte regio
De los próceres deja estupefacto
Al pueblo todo. El citarista egregio,
De su marfil armónico al contacto,
Saca a su lira celestial, arpegio
Y, en derredor de Orfeo, con exacto
Compás, hiriendo el suelo con su planta
Festivo el resto de los héroes, canta.

CCLX

Cuando a Himeneo la Cohorte invoca,
Coro de ninfas con su coro alterna
Cuando callar a los varones toca,
Solas modulan, y su nota tierna
La admiración universal provoca.
Danzan en torno con ligera pierna,
Y a los mortales su beldad conmueve.
¡Oh Juno! Todo a tu favor se debe.

CCLXI

Tu celestial inspiración, de Areta
Llenó primero la índole piadosa,
Y por su influjo, a tu querer sujeta
Quedó la de Alcinóo, augusta Diosa,
Al tirano de Cólquide no reta,
Ni teme ya. Tranquilidad rebosa
Cuando su fallo intrépido pronuncia
Y de los Colquios a la escuadra anuncia.

CCLXII

No cabe duda. Pleno testimonio,
Cielos y tierra, Dioses y mortales,
Nos dan del celebrado matrimonio.
Firmes están los lazos conyugales.
Si no les place el fallo, ancho es el Jonio.
Del puerto y de sus límites navales
Salgan sin dilación; mas la princesa,
Nunca será del enemigo presa.

CCLXIII

De la sentencia tal es el resumen.
Ellos, al ver que días y semanas
En inútiles súplicas consumen,
A formidar empiezan, que, inhumanas,
Del propio Rey las iras los abrumen
Por su fracaso y sus pesquisas vanas,
Y piden al Feacio rey insigne,
Que admitirlos, cual súbditos, se digne.

CCLXIV

Allí moraron, hasta que de Efira
Llegó de Baco la ínclita ralea,
Y a isla que enfrente, rumbo al Sur se mira.
Tuvieron que emigrar; a la de Eubea
Más tarde una colonia se retira,
Otra al Orico, y otra del Nестeo
A la comarca. Nuevos horizontes
La última busca en los Ceraunios Montes.

CCLXV

Para tanto emigrar, años sin cuento
Debieron transcurrir; pero perenne
Vive el recuerdo del glorioso evento.
De Apolo el templo, en su recinto tiene
Las que erigió Medea aras de argento;
Y cuando el fausto aniversario viene,
Se ofrecen a los númenes propicios
De las Parcas y ninfas, sacrificios.

CCLXVI

Los Reyes, al partir, hospitalarios,
Regalos acumulan en la nave:
Armas, licores, víveres, vestuarios,
Cuanto del *Argo* en las bodegas cabe.
Areta, por su cuenta, entre otros varios
Dones, para Medea escoger sabe,
De su séquito fiel, doce doncellas,
Todas a cual más útiles y bellas.

CCLXVII

El puerto inolvidable de Drepana
El *Argo* el día séptimo abandona.
El Céfiro, que manda en la mañana
Júpiter a llenar su hinchada lona
Indica que su diestra soberana
Sus yerros apiadada le perdona;
Pero, implacable el Hado, aún prohíbe
Que sin nuevo sufrir a Acaya arribe.

CCLXVIII

Por el golfo que Ambrácico se nombra,
A toda vela pasan a travieso.
De las Islas Equínadas ni sombra
Perciben ya en su rápido progreso.
Creta dejan atrás, y les asombra
El ver que tocan ya el Peloponeso,
Cuando de Bóreas huracán furente
A Libia los empuja de repente.

CCLXIX

¡Qué tempestad, qué viento, qué procela!
Durante nueve noches con sus días
Flota al azar la Minia carabela
En las ondas del Líbico bravías.
Sin remos ni timón, ni árbol ni vela,
Víctima de zozobras y averías,
Encuétrase por fin desmantelada
En las sirtes del Africa varada.

CCLXX

Fórmanlas bajos de fangosa arena,
Que, desde el fondo, red de alga marina
Sútil, por todos lados encadena.
Cúbrelos con espuma blanquecina,
El agua cuyo flujo ya los llena,
Ya en su reflujó hacia la mar declina.
Nave que allí la tempestad arrastre,
No escapara; seguro es el desastre.

CCLXXI

Largo arenal, que llega al horizonte,
Monótono se extiende. Ni una loma
Que lo alegre se ve, ni árbol ni monte,
Ni fiero halcón, ni tímida paloma,
Ni liebre o colosal rinoceronte
En su infecunda soledad asoma;
Sin rocas que resistan a su empuje,
El mismo mar, o calla, o sordo ruge.

CCLXXII

El continuo moverse de las ondas
Del varado bajel dejó la quilla
Parte del agua en las algosas frondas,
La otra mitad, sobre la seca orilla.
Sin amarras, sin áncoras ni sondas
A los marinos su impotencia humilla.
Saltan de bordo; y una vez en tierra,
El lúgubre silencio los aterra.

CCLXXIII

Buscan en vano un manantial o fuente
En que apagar la sed. Ni un arroyuelo,
Ni una choza se ve, ni un ser viviente.
Por un lado la mar, arriba el cielo,
Del otro lado el arenal ardiente,
Presa del más amargo desconsuelo
Se preguntan al fin: “¿Qué tierra es ésta?
¿Dó nos echó la tempestad funesta?”

CCLXXIV

”Por qué, sin escuchar vanas patrañas,
No nos abrimos otra vez camino
A través de las móviles montañas?
¿Por qué no desafiamos el Destino
Y consumamos inéditas hazañas,
Cayendo en ellas, Si era nuestro sino,
Pero cayendo con gloriosa muerte,
No con la que hoy depáranos la suerte?”

CCLXXV

Así, más de uno, con pasión murmura,
Y a confirmar el timonel Anceo
Sus coléricas quejas se apresura:
“Sembrado el litoral de escollos veo;
Por entre ellos salir fuera locura.
Sólo de mar un golpe giganteo
Alzando su nivel no pocos codos
Salvó la nave y a nosotros todos.

CCLXXVI

”Pero encallada está; y aunque de tierra
Sople gallarda favorable brisa,
La multitud de sirtes nos encierra,
¡Tremenda suerte el Hado nos aguisa
Y que naufrague en mi poder me aterra!
Es mi sustitución cosa precisa.
Quizás un modo de salvaros halle
El que de mí reciba el gobernalle.”

CCLXXVII

Así habla, y una lágrima furtiva
Los grandes ojos del piloto empaña.
La parte de la triste comitiva
A los asuntos de la mar no extraña,
Comprende las razones en que estriba
Su decisión de abandonar la caña
A alguno de sus fuertes compañeros
Que exhalan hoy gemidos lastimeros.

CCLXXVIII

Cuando se ven venir calamidades
En la villa, en el campo o en la sierra,
Terremotos, granizo, tempestades,
Inundaciones, epidemia o guerra;
Cuando a los simulacros de deidades
Que sudan sangre, el labrador se aferra
Al ver morir sus cabras y sus bueyes,
Y vacilar los tronos de los reyes,

CCLXXIX

Labriegos, campesinos, ciudadanos,
Cual espectros giróvagos nocturnos,
Circulan restregándose las manos,
Asustados mirando y taciturnos,
Ya de un cometa los cabellos vanos,
Ya el Sol, que apaga sus fulgores diurnos,
Así los Argonautas todo el día
Midiendo van la playa en su agonía.

CCLXXX

Llega la noche, y su penar acrece.
De eterna despedida tierno abrazo
Tristes se dan. El día que fenece
Juzgan que rompe de su vida el lazo.
De inanición el cuerpo languidece.
Sin una gota de agua, ni un pedazo
De pan, tendidos buscan en la arena
Que el sueño venga a disipar su pena.

CCLXXXI

Aquí y allí los halla la mañana,
Cubierta la cabeza con el manto.
Medea, de los próceres lejana,
Pasó la noche, presa de hondo espanto.
El coro de doncellas, que se afana
De su señora por secar el llanto,
Vela su sueño, lánguidos los cuellos,
Manchados con el polvo sus cabellos.

CCLXXXII

Como pían los tiernos pajarillos
En derredor de extraña golondrina,
O escucha entre sus juncos amarillos
Del Pactolo la linfa cristalina,
De los cisnes los cánticos sencillos,
Así, ya gime, ya doliente trina,
Ante su nueva soberana, el coro
De las doncellas de cabellos de oro.

CCLXXXIII

El nuevo sol el mismo desamparo
Les trae irremediable y absoluto,
¡Qué muerte les reserva el Hado avaro,
De sus hazañas sin coger el fruto,
Dejando al mundo de su suerte ignaro,
Sin gloria, sin honor, ni amor ni luto;
Y sepultando en el profundo olvido
Ese escuadrón para triunfar nacido!

CCLXXXIV

Pero la adversidad que les aflige
Al coro de las ninfas semideas
Que los destinos de la Libia rige
Mueve a piedad; y rústicas libreas
Ostentando a la playa se dirige.
Es el que de Minerva las preseas
Con que armada nació, guardó un instante
Al dejar la cabeza del Tonante.

CCLXXXV

Las mismas ellas son, que la fortuna
De bañarla tuvieron aquel día
En la Tritonia Líbica laguna.
Terrible está el calor; es mediodía.
Yace en tierra Jasón. Acércase una
Que al Jefe sin demora hablar ansia.
Y al desgarrado manto, que defiende
Su cabeza del Sol, la mano extiende.

CCLXXXVI

Temor a la deidad alzar los ojos
Le impide; ni vigor el in felice
Tiene para postrársele de hinojos.
“¿Por qué tanto abatirse?—ella le dice—
Conoce todo el mundo tus arrojos,
¡Desdichado mortal! y te bendice.
Sabemos que ganaste el Vellochino
Y cuanto has padecido en el camino.

CCLXXXVII

“Hijas de Libia y ninfas tuelares
Somos, y de este suelo semidiosas,
¡Y tú que desafiaste tantos mares
Los ojos levantar apenas osas!
¡Arriba! que os aguardan vuestros lares,
Vuestras madres y vástagos y esposas,
¿Pensáis a Acaya retomar sin lucha?
Convoca a tu legión, y antes escucha:

CCLXXXVIII

“Cuando del dios Neptuno los bridones
Veáis que ya Anfitrite desguarnece
A la madre volved los corazones,
Que, aunque vacía, vuestra cuna mece.
Los que ella os prodigó, preciosos dones
Que en igual modo la paguéis merece,
Cargando con esfuerzos y con mañas
A la que os ha abrigado en sus entrañas.”

CCLXXXIX

Dice, y desaparece; y todo el coro
Se disipa fugaz de sus hermanas,
“Deidades venerandas, yo os adoro
—Lanzando en derredor miradas vanas,
Respóndele Jasón—pero deploro
Que vuestro augusto oráculo a profanas.
Mentes es poco claro y descifrable.
Lo acataré cuando a mis vates hable.”

CCXC

Convoca a la legión; y aunque rugido.
Más que de humana voz parece acento,
Es su grito marcial tan conocido,
Que todos se congregan al momento.
Así de su pastor el alarido
Oye y atiende el dispersado armento,
Así al león acude la leona
Cuando el peligro su rugir pregona.

CCXCI

No lejos de la nave y sus enseres
A sentarse a los próceres invita,
Entre ellos admitiendo a las mujeres,
“Amigos, escuchadme: la visita
Divina que me honró, los pareceres
—Dice—de todos a pedir me excita.
Tendido reposaba, medio muerto
Y con mi manto militar cubierto.

CCXCII

”Mano gentil sentí que, de repente,
Me alzaba de los hombros el embozo,
Y a tres Deidades me encontré de frente.
De vírgenes sus rostros, sin rebozo,
Brillaban; mas del cuello vi pendiente
Peplo de pieles de cabrito mozo,
Cubriéndoles gracioso las espaldas
Y delante cayendo como faldas.

CCXCIII

”Me mandaron alzar; y como bueno
De vosotros luchar en compañía,
Y de la madre que os llevó en el seno
Pagar los beneficios a porfía
A la hora que Anfitrite en el Tirreno
El carro de Neptuno desuncía.
No temo confesarlo, francamente,
No comprende este oráculo mi mente.

CCXCIV

Dijeron ser las ninfas semideas
Que sobre Libia colocó el destino.
Conocen las hazañas gigantes
Que nos dieron el áureo Vellochino,
El paso por las Rocas Cianeas
De Escila el dominado remolino..
Al fin las ocultó—tiempo no tuve
De verlo—negra niebla o blanca nube

CCXCVI

Del auditorio el estupor exalta
Ver en el mar fenomenal portento:
Corcel enorme, cuyo cuello esmalta
Dorada crin, del húmedo elemento
Sale, sacude el agua, a tierra salta,
Y echa a correr más rápido que el viento.
Llenó de gozo su veloz carrera
A Peleo, que habló de esta manera:

CCXCVI

“Desenganchado el carro de Neptuno
Ha sido ya por mano de Anfitrite.
Es el que veis de sus corceles uno
Que su excursión de mar a mar repite.
Sendero no hallará más oportuno
La nave a flote quien sacar medite.
Ella, cual madre, nos llevó en su vientre,
Hoy, en sus hijos, salvación encuentre.

CCXCVII

"La nave cargaremos en los hombros,
Así interpreto del Destino el fallo.
Si no queremos reducirla a escombros
Otra manera de salvarla no hallo.
Que a nadie cause nuestra empresa asombros.
Hijos de dioses somos. Del caballo
En el desierto nos guiarán las huellas,
Y desde el alto cielo las estrellas

CCXCVIII

¡Oh Musas, mis eternas protectoras!
Lo que voy a narrar es vuestro cuento.
Con su relato, en mis primeras horas
Ya me arrullaba el maternal acento.
Vuestro ministro soy, sois mis señoras,
Es tradición veraz, no vano invento.

¡Oh ninfas de Pieria sacrosanta!
Lo que me sugerís mi lira canta.

CCXCIX

¡Hijos de Reyes! Gracias a la augusta
Sangre de dioses que arde en vuestras venas.
La espalda vuestra soportó robusta
La nave con sus mástiles y antenas
Y cargamento. Referir me asusta
Vuestro viaje a través de las arenas
Del desierto de Libia. ¡Doce días,
Doce noches de angustias y agonías!

CCC

¡Cuánta distancia con la nave a cuestas,
Andando sin cesar siempre adelante
Sin reposar en las ardientes siestas,
Sin descansar de noche ni un instante!
La inextinguible sed y las molestas
Hambres exigen sobrehumano aguante.
Y en el Tritonio Lago, ¡qué finura
Requiere la segunda botadura!

CCCI

A flote está la nave. Cual jauría
De galgos, que al arroyo jadeante
Lleva la sed tras larga cacería
La Cohorte de próceres, errante
Busca algún manantial. Sus pasos guía
Propicio Numen al jardín de Atlante,
Donde ayer mismo, de matar acaba
Hércules al dragón que la guardaba.

CCCII

Aún la cola mueve la serpiente,
Que yace cabe un tronco de manzano.
Emponzoñada flecha hirió su frente
En que de Alcides destiló la mano
Hiel de la Hidra de Lerna pestilente,
Tal fuerza tiene su veneno insano
Que, con el simple olor, entre las roscas
Del difunto dragón mueren las moscas.

CCCIII

Es el vergel de las manzanas de oro
De la esposa de Júpiter divino
Dote, y de las Hespérides tesoro
Que el semidiós a arrebatarse vino,
De sus pupilas el amargo lloro
Enjugar con el brazo alabastrino
Y cuando de hombres la presencia advierten
Las tres en polvo y tierra se convierten.

CCCIV

Tal ímpetu a los próceres consterna,
Menos a Orfeo, vástago de Eagro,
Que de su mente con la luz interna
Penetra lo profundo del milagro.
Con los demás, devoto, se prosterna
A su nombre exclamando: "Yo os consagro
Mi admiración. De este vergel delicias,
Quienquiera que seáis, sednos propicias.

CCCV

"Ya en el cielo imperéis; ya de los mares
Deidades os aclamen, o del suelo
En que vagamos, ninfas tutelares:
Dejadnos veros sin terrestre velo,
Y entre vuestros dorados manzanares
Haced brotar un manantial de hielo,
O en las cercanas rocas una fuente
En que apaguemos nuestra sed ardiente.

CCCVI

"Si nos llevan los Númenes supremos
De nuestra Acaya a las riberas caras,
Libaciones sin cuento ofreceremos
Dones y sacrificios en las aras,
De las que de la Libia en los extremos
Hijas del grande Océano preclaras
Mostráronse, salvándonos la vida
Por el hambre y la sed casi perdida."

CCCVII

Las mueve a compasión la flébil nota,
Tienden alfombra de menuda grama,
Súrculo triple de la tierra brota,
Sale de cada cual hojosa rama,
Tórnase tronco; la corteza rota
Brazos frondosos por doquier derrama,
Ereteida en olmo, Héspera en fuerte
Alamo y Eglá en sauce se convierte.

CCCVIII

Aun no ha llegado el fin de los portentos,
A cada tronco asoma rediviva,
Con su estatura propia y lineamentos
La forma de su ninfa respectiva.
A nombre de las tres, dulces acentos
Presta a sus labios Eglá compasiva
Diciéndoles: "El cielo que os protege,
Hoy no temáis que de ampararos deje.

CCCIX

"Ayer llegó un gigante a nuestro huerto
De torvos ojos y mirar sañudo.
De monstruoso león iba cubierto
Desde los hombros, con el cuero crudo.
A pie en su viaje atravesó el desierto
Llevando a cuestas, de acebuche rudo
Que esgrimía feroz, enorme clava
Y de emplumadas flechas tosca aljaba.

CCCX

"De matar al dragón tras la fatiga,
Que lo ha de confortar en vano piensa
Con una ánfora de agua mano amiga
Después de tanto robo y tanta ofensa.
Sale a apagar el fuego que lo hostiga
Y algún Numen, quizás en recompensa
De otros hechos, propicio lo coloca
junto al Tritonio lago, en una roca.

CCCXI

"Con la punta del pie la roca hiende
Y brota un manantial con fuerza tanta,
Que, a guisa de cuadrúpedo, se tiende
Y bebe hasta que el agua lo atraganta."
Al grato aviso la legión atiende.
Siguen las huellas de la hercúlea planta
Y a plenas fauces beben del venero
Como hormigas en torno al hormiguero.

CCCXII

Escurriéndole el agua de la boca,
Uno, el mayor de sus amigos viejos,
Así el recuerdo de Hércules evoca:
"Ved cómo nos ayuda desde lejos,
Desagraviarle a cuantos le aman toca
Y pedirle su ayuda y sus consejos.
Ayer salió: por rápido que avance
No nos será difícil darle alcance."

CCCXIII

Destácanse a explorar los más capaces.
De Bóreas los perínclitos Gemelos
Sus raudas alas desplegando audaces
Emprenden por el aire osados vuelos.
Siguen por tierra a los hermanos Traces,
Linceo, cuya vista hasta los cielos
Llega y el Orco lóbrego conoce,
Y Eufemo el andarín de pie veloce.

CCCXIV

Se les añade un quinto: el pobre Cantho.
Lo empuja el Hado, más que su coraje
O que su fraternal cariño santo
Por Polifemo, al desastroso viaje.
Pensó la historia averiguar de cuanto
Aconteció al perdido personaje.
Una Ciudad fundó éste para el *Miso*
Y por tierra alcanzar al *Argo* quiso.

CCCXV

No lo pudo lograr. En; mortuario
Túmulo yace a orillas del Euxino
Del Cálibe en el duro territorio.
Linceo pronto a confirmarle vino.
Desde su improvisado observatorio
De Júpiter al Vástago divino
Lejos miró sin compañía alguna
Confuso, cual se ve la nueva luna.

CCCXVI

Numen adverso lo ocultó a su vista
Eufemo, y los dos héroes voladores
Seguir no pueden a Hércules la pista.
¡Oh, Cantho! En ti la Parca los rigores
Funesta descargó. Verte contrista
Morir sin gloria a manos de pastores.
Aguda piedra hiere al Argonauta
Que de una oveja sin valor se incauta.

CCCXVII

No era de humilde ni de imbele raza
Cafauro el matador. Nieto de Febo
Hasta Minos también su origen traza,
Y es de dos ninfas, Líbico renuevo.
Los irritados Minios le dan caza.
Tendido queda el montaraz mancebo,
Y el que ceder no quiso ni una oveja
Todo el rebaño al enemigo deja.

CCCXVIII

A Cantho dan honrosa sepultura;
Pero antes que aquel sol llegue a su ocaso
Hiere a los Minios nueva desventura:
A lejana excursión en campo raso
El adivino Mopso se aventura.
Serpiente colosal halla a su paso
Que, evitando el calor de mediodía,
A la sombra pacífica dormía.

CCCXIX

No es animal de instintos agresivos
Que sin que la provoquen acometa
Ni a viajeros, de suyo inofensivos
Si se echan a correr, persiga inquieta;
Mas cuando de sus dientes incisivos
Sus venenos letíferos espeta,
Quien a excitar su cólera se atreve,
Halla el camino del Infierno breve.

CCCXX

De aquella lengua el más ligero roce
Causa mortal herida. Pean mismo
—Médico de los dioses—no conoce
Antídoto que libre del abismo
La testa de Medusa, que veloce
Por los aires condujo el heroísmo
De Perseo, dejó de sangre tibia
Caer algunas gotas sobre Libia.

CCCXXI

Fué germen de mortíferas serpientes
Aquella sangre. El Vástago de Ampico
En la que está a sus pies no para mientes
Y le pisa la espina. Abre el hocico
El monstruo; se retuerce, y con los dientes
Le abre en el calcañar un tajo oblico,
Y el virus en la herida le inocula,
Que por las venas rápido circula.

CCCXXII

Huyen Medea y la gentil caterva
La sangre que le brota de hilo en hilo,
Mas sin dolor, el moribundo observa,
Y que se acerca el fin mira tranquilo
La atroz ponzoña su vigor enerva,
Se aguza más de su nariz el filo
El cuerpo todo lánguido resbala
Y el último suspiro pronto exhala.

CCCXXIII

¡Adivino infeliz! ¿De qué su ciencia
Le ha venido a servir? ¿De qué, su tino?
Salió de Grecia ya con la evidencia
De que en Libia morir era su sino.
Quien de las aves conoció la ciencia,
¿Cómo no escapa de un reptil dañino?
Cuando la muerte su guadaña vibra,
Ni arte, ni fuerza, ni valor nos libra.

CCCXXIV

El veneno y el sol, la sepultura
Obligan a cavarle sin tardanza
Porque el cadáver ya se desfigura.
Ponen encima el túmulo de usanza,
Y en derredor, luciendo la armadura,
Tres veces dan la vuelta de ordenanza.
En tanto las mujeres, plañideras,
Se mesan las doradas cabelleras.

CCXXXV

Es hora ya de aparejar la nave,
A izar la vela el Céfiro convida;
¿Pero la puerta del canal quién sabe
Que del lago a la mar presta salida?
De los demás por la estrechez no cabe
Y va de un lado al otro distraída,
A diestra y a siniestra, como loca
Buscando salvación de boca en boca.

CCCXXVI

A víbora semeja, que en la sierra
De los rayos del sol buscando abrigo
Silba, se arrastra, se enfurece y yerra
Hasta que encuentra natural postigo
En la montaña que árida la encierra.
Por donde sale a su rincón amigo
Chispas de fuego lanza de los ojos
Y el Sol esmalta sus matices rojos.

CCCXXVII

Así vacila el *Argo*, hasta que Orfeo
Manda sacar la trípode preciosa
De Apolo, y ofrecerla cual trofeo
A los Dioses de Libia la arenosa.
Al buen Tritón aplaca el don Febeo
Que de doncel bajo la forma hermosa
Se les presenta, y un terrón arranca
Diciéndoles con voz sonora y franca:

CCCXXVIII

“Tomadlo: este es mi dón hospitalario,
Prenda de paz y de amistad sincera
Al que viene a mi reino solitario;
Mas Si salir quisiereis mar afuera,
Yo os mostraré de hacerlo el modo vario.
El dios Neptuno, que en el mar impera,
Mi padre fué, y Eurípilo es mi nombre,
Si soy perito en mares no os asombre.

CCCXXIX

Avanza, y el terrón recibe Eufemo,
Y así le dice: "De la mar de Minos
Y la tierra de Pélope, el supremo
Hado nos trajo, y la tormenta. Dinos
Si podremos sacar a vela o remo
La nave, hasta los mares convecinos.
En hombros, a través del continente,
La trajimos, sin luz que nos oriente."

CCCXXX

Respóndele Tritón: "¿Entre la bruma
Dos escolleras veis en lontananza
Que hace brillar la blanquecina espuma?
Es la boca del lago. Desconfianza
No os cause su estrechez, porque suma
Profundidad y gran calado alcanza.
Ya fuera, el ancho mar os dará acceso
A Creta y al feraz Peloponeso.

CCCXXXI

"Viraréis a estribor, la marejada
Que os empuja a alta mar aprovechando
Y seguiréis la costa, Si orientada
La notáis hacia el Norte; pero cuando
Por otros rumbos la miréis desviada,
Dejadla, y evitado un cabo pando
Muy peligroso; pero siempre avante
Y siempre a la derecha, id adelante.

CCCXXXII

"Vuestros trabajos aceptad con gozo,
Que donde hay juventud, hay alegría.
Adiós." Termina así el gallardo mozo,
Y la legión, que ya zarpar ansia,
Torna a embarcar henchida de alborozo.
Tritón penetra en tanto en la bahía
Armado con la trípode de Febo,
Y se le ve desaparecer de nuevo.

CCCXXXIII

Contenta a la legión su vista deja
Conoce que aquel dón lo hará propicio
Y a Esónides unánime aconseja
Que, en gratitud por tanto beneficio,
Inmole al Numen la mejor oveja
Rogándole que acepte el sacrificio.
La víctima el Caudillo sacrifica,
Y con esta oración la santifica:

CCCXXXIV

“Escúchanos, oh Dios, quienquiera que seas,
Ya te llamen Tritón, del mar portento,
Del piélago las bellas semideas,
Ya Forcis o Nereo; tú que aliento
Nos diste entre las Líbicas mareas
En donde tienes tu imperial asiento
Concede que la patria al fin salude
A esta legión que a tu socorro acude.”

CCCXXXV

Diciendo así, la víctima expiatoria
Esónides degüella, y en el seno
La sepulta del mar, propiciatoria.
De sus profundidades, sin ajeno
Disfraz, Tritón augusto, de su gloria
En todo el esplendor, surge sereno.
Su cuerpo, de cintura para arriba,
Representa de un dios la imagen viva;

CCCXXXVI

El resto es de un enorme ballenato,
Claro el color, elástica la espina
De la naciente luna fiel retrato,
La cauda en semicírculo termina
De la palmera el movimiento grato
A sus aletas da, cuando camina:
De proa a popa lanza una mirada,
Y al lado de estribor airoso nada.

CCCXXXVII

Cual domador, que el potro predilecto
En el circo ejercita a la carrera
Marcha a su lado, en ademán perfecto,
Y ya se le adelanta, ya lo espera,
Lo azota, o lo acaricia con afecto
Y por la crin lo aferra, de manera
Que sin sentir la mano que lo rige
La pista y paso que conviene, elige.

CCCXXXVIII

Así Tritón, asido de la quilla
Con la siniestra mano lleva el *Argo*.
Ya, previsor, la aleja de la orilla;
Ya de la costa empújala a lo largo
Mientras en alta mar el sol no brilla
Cumple de guiarla su glorioso cargo
Pero, no bien de la laguna emerge
El Dios inadvertido, se sumerge.

CCCXXXIX

Detiénense los nautas en un puerto
Que nombran *Argo*; y rústicos altares
A Tritón y Naptuno de concierto
Erigen por sus gradas singulares.
Siguen de pronto el litoral desierto,
Mas cuando empiezan a rizar los mares
Las gratas brisas del ansiado Noto,
Rumbo al Norte bogar manda el piloto.

CCCXL

El viento infla la vela todo el día;
Pero al atardecer desaparece,
Los obliga a remar la noche fría,
Y con el nuevo sol la calma crece.
En tierra al labrador la hora tardía
Le brinda con el sueño que merece,
Para los héroes no hay reposo blando
Y otra noche, y aun más, siguen remando.

CCCXLI

En Cárpatos, por fin, el Argo toca,
Isla del peregrino poco amante
Que a la puerta de Creta la coloca.
Sigue su ruta. Obsérvala el gigante
Talo feroz desde elevada roca
En que suele acechar al navegante,
Y arrojando al bajel piedra tras piedra
A la infeliz tripulación arredra.

CCCXLII

Ultimo semidiós superviviente
Es Talo de la raza primitiva
Que de fresno y de bronce juntamente
Produjo de la tierra la inventiva.
Cuando a Europa gentil del continente
Trajo de Jove la pasión tan viva,
Confió al gigante la misión odiosa
De custodiar a Creta y a su esposa.

CCCXLIII

Como de bronce, es todo invulnerable
Su cuerpo colosal, salvo una vena
Cabe el tendón del calcañar, que dable
A cualquiera es mirar, de sangre llena.
Afrontar a un jayán tan formidable
No es fácil, y resuélvense con pena
A alejarse, en ayunas y sedientos,
Cuando Medea les infunde alientos.

CCCXLIV

“Escuchadme: En vosotros es locura
—Les dice—; pero que es de mi resorte
Luchar con el jayán se me figura;
Aunque de semidiós sea su porte
Y de bronce o de hierro su estructura,
Dejadme obrar; pero antes la Cohorte
Ponga la nave fuera del alcance
De las piedras o flechas que nos lance.”

CCCXLV

Fuera de tiro, y en lugar seguro
Contra toda agresión puesta la quilla,
Con gran curiosidad ven el conjuro.
Apoyada en Jasón, por la escotilla
Se presenta Medea: El peplo obscuro,
De púrpura encendida es su mantilla.
De banco en banco va con lento salto
Y sube de la popa a lo más alto.

CCCXLVI

Con aire misterioso, hacia la peña
En donde está el jayán la mano extiende.
Al terno de las Parcas, que domeña
El éter, y a poblar el Orco atiende
En irritar con cánticos se empeña
Tres veces, y otras tres los brazos tiende
En oración, mirada centellante
Lanzando como rayo hacia el gigante.

CCCXLVII

¡Oh, Júpiter; oh, Padre omnipotente
Tu fuerza irresistible me anonada.
No has menester de morbo pestilente
Ni de flecha veloz ni aguda espada
Para domar al que retarte intente.
Así de la hechicera la mirada
Los ojos del Terrígena fascina
Derrite el bronce, y el vigor fulmina.

CCCXLVIII

Mientras para cegar el ancho puerto
Peñasco enorme en arrancar se goza,
Aquel tendón de suave piel cubierto
Una punta al caer ligera roza,
Y aunque orificio breve deja abierto,
La única arteria que es vital destroza,
El desangrado calcañar flaquea:
Más bien que sangre es plomo el que gotea.

CCCXLIX

No alcanza a veces a tronchar el pina
Por la raíz el leñador cansado,
Y lo sostiene, aunque sutil y fino,
El pie del tronco a medias cercenado.
Pero a la media noche, el torbellino
Lo hace balancear de lado a lado
Tendiéndolo por fin en la floresta
Desde la base a la copuda cresta.

CCCL

Así el jayán, vencido de la maga
Por las imprecaciones y conjuros,
Sutil veneno sin saberlo traga.
Su cuerpo de metal, los mal seguros
Pies no sostienen, ya: la luz se apaga
De sus ojos, y cae ante los muros
De aquella Creta que guardar no sabe.
Frente al cadáver ancoró la nave.

CCCLI

Los héroes desembarcan. Sin demora
Empiezan a erigir templo votivo
A Minerva, a quien dan cual protectora
De Minoide el glorioso apelativo
En la fuente su sed devoradora
Apagan; y soplando viento vivo
Quieren aprovecharlo. Está ya lista
La nave, de agua y víveres provista,

CCCLII

Levan el ancla. Noche de amargura
En los Créticos mares les aguarda,
A esconderse la luna se apresura,
La estrella matinal su luz retarda;
Es tan impenetrable la espesura
De la niebla, que al práctico acobarda
Que del Infierno brota le parece,
Y que en la Estigia su bajel se mece.

CCCLIII

Noche de perdición. Así la historia
Esas horas de angustias apellida
En que, valor, aspiraciones, gloria,
Patria y amor el Argonauta olvida.
La fuerza del timón juzga ilusoria,
La milagrosa quilla ve perdida:
Sólo Jasón, aunque su faz inunda
El llanto, en Febo su esperanza funda.

CCCLIV

Tienden los brazos, y solemne voto
Ofrece a su deidad de ir en persona
Y enriquecer sin límites ni coto
Los santuarios de Amida y de Pitona
Y el que en Delos alzó, pueblo devoto.
Lo oye en el délo el Hijo de Latona,
Baja, y estampa sus divinas plantas
En uno de los picos de Melantas.

CCCLV

El alto Numen yérguese sublime
Del alto monte en la elevada cumbre
Y el arco de oro que su diestra esgrime
Derrama en derredor tan viva lumbre
Que rompe el velo que la mar oprime,
E isla desconocida su vislumbre
Revela de Jasón a las miradas
Del grupo de las Islas Esporadas.

CCCLVI

De nueva aurora el retardado brillo
Al *Argo* ve de la Insula desierta
Anclada en el pequeño puertecillo.
Le dan el nombre de *Isla descubierta*,
Y a Apolo al dedicar templo sencillo,
Rústico altar e improvisada huerta,
De *Apolo irradiador* el nombre nuevo
Dan al que los salvó, radiante Febo.

CCCLVII

Con víctimas raquílicas, con ara
Pobre y con los escasos elementos
Que una playa desierta les depara
A Apolo propiciar son sus intentos.
Con extrañeza ven fiesta tan rara
Las doncellas, que allá en los opulentos
Alcázares y templos de sus Reyes
Vieron siempre inmolar hermosos bueyes.

CCCLVIII

Cuando con libaciones de agua pura
Ve que se apagan los rituales fuegos,
Pierde el cortejo toda su apostura.
A su risa sardónica, los Griegos
Contestan con irónica finura
Y se establecen literarios juegos
Que duran hasta la época presente
Al celebrar al Numen refulgente.

CCCLIX

Amaina el temporal. Amarras corta
El *Argo*, y va a zarpar, cuando alza el remo
Y sobre el banco, a la legión absorta,
Narra este sueño el andarín Eufemo:
Al dios Mercurio venerar le importa,
Mensajero de Júpiter Supremo
Y mantenerse en la *Isla descubierta*
Para cumplir sus órdenes alerta.

CCCLX

Soñó que del terrón, que en la laguna
Tritonia ha poco tiempo recibía,
Manaba leche dulce, que en la cuna
A vástagos innúmeros nutría:
Después, aunque pequeño, la Fortuna
En virgen colosal lo convertía.
El andarín, al verla tan hermosa,
Sin vacilar la declaró su esposa.

CCCLXI

“Tuya no puedo ser—ella le dice—. Tritón y Libia son mis genitores, De tus hijos nací para nutrice. De Apolo esplendoroso a los fulgores Descubrirás una ínsula felice. Con las Nereidas, cuando en ella mores, Echame al mar; que surgiré flotante Y nutriré a tus pósteros amante”

CCCLXII

Estos recuerdos a Jasón sujeta. Esónides, que atento los escucha, Con espíritu clama de profeta: “Amigo: alaba a Júpiter. Es mucha La gloria que el Destino te decreta Y grande el galardón de tanta lucha. Pronto verás de tierra ese puñado En isla por los Dioses transformado.

CCCLXIII

“Ella será la patria y grato centro De la progenie que de sí descienda. Cuando bogaba nuestra nave dentro De la palude, bajo humana venda Tritón, no otra deidad, salió a tu encuentro Y te donó la hospitalaria prenda, Que volverán los Númenes con creces Si arrojándola al mar los obedeces.”

CCCLXIV

Jasón así de Febo los arcanos Llamando a su memoria, vaticina Responde, y no con cumplimientos vanos Eufemo: a los oráculos se inclina Y el sagrado terrón con ambas manos Sumerge en la fecunda onda marina. De su seno brotó la que hoy existe Con el nombre de *Thera*, isla *Caliste*.

CCCLXV

Cumplióse la Apolínea profecía
Muchos años después. Lacedemonia
A los nietos de Eufemo recibía
Cuando el Tirreno que llegó de Ausonia
En Lemnos vencedor se establecía.
Thero llevó de Esparta otra colonia
A Caliste gentil; su propio nombre
Dándole y población y alto renombre.

CCCLXVI

Ya nada les detiene. Con violencia
A toda vela llegan hasta Egina.
Anclar los hace de agua la carencia;
Los convida a zarpar la ventolina
Y entran en provechosa competencia
Ganando quien más linfa cristalina
Lleve a todo correr hasta la nave
Y quien más pronto su faena acabe.

CCCLXVII

Este el origen fué de los anuales
Juegos de Mirmidones Egmetas,
En que, desde los claros manantiales
De la arenosa playa hasta las metas
Van a todo correr, de aguas lústrales
Llevando en hombros ánforas repletas.
Aunque primero llegue, Si una gota
Derrama alguno, cierta es su derrota.

CCCLXVIII

Y aquí, oh Falange de héroes escogida,
Baza de dioses, vástagos del cielo,
Dejad que de vosotros me despida.
Por doquier os siguió mi osado vuelo,
Y al regresar al punto de partida
Que este mi canto, de año en año, anhelo
Suene más dulce, y el glorioso viaje
Eternice, a la par que mi homenaje,

CCCLXIX

Trabajos, aventuras, tempestades,
Ya no os aguardan al salir de Egina,
Y gracias al favor de las Deidades
Vais costeando el Atica vecina.
Dejáis atrás las ínclitas ciudades
De Eubea y de Locris Opuntina:
Abre sus brazos la natal Pagasa.
¡Héroes, adiós! Ya estáis en vuestra casa.

FIN DEL CUARTO Y ÚLTIMO LIBRO

**¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!**

**DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA
WEB**